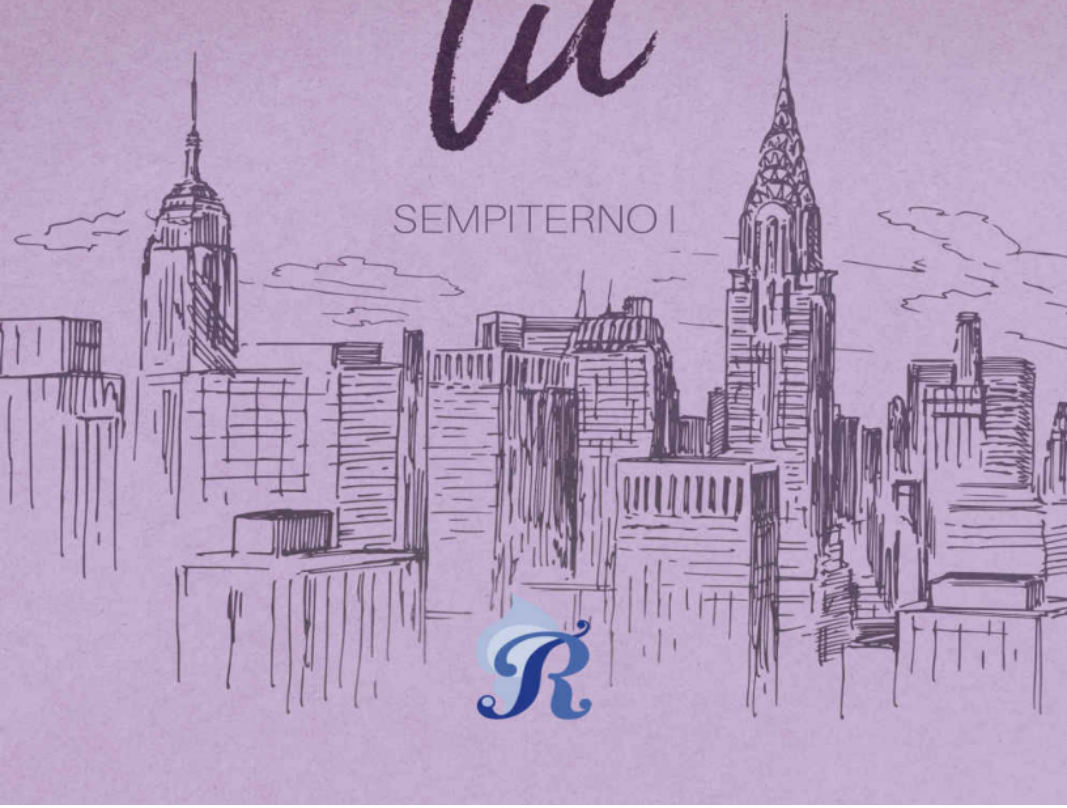
ISABEL P. MORENO

tenías que ser tú

SEMPITERNO I



tenías que ser tú

SEMPITERNO I

ISABEL P. MORNEO

Primera edición digital: abril 2023
Título Original: Tenías que ser tú
©Isabel P. Moreno, 2023
©Editorial Romantic Ediciones, 2023
www.romantic-ediciones.com
Diseño de portada: Romantic Ediciones
ISBN: 978-84-19545-39-8

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.

ÍNDICE

· Prólogo ·
· Capítulo 1 · Enero
· Capítulo 2 ·
· Capítulo 3 ·
· Capítulo 4 ·
· Capítulo 5 ·
· Capítulo 6 ·
· Capítulo 7 ·
· Capítulo 8 ·
· Capítulo 9 ·
· Capítulo 10 ·
· Capítulo 11 ·
· Capítulo 12 ·
· Capítulo 13 ·
· Capítulo 14 · Febrero
· Capítulo 15 ·
· Capítulo 16 ·
· Capítulo 17 ·
· Capítulo 18 ·
· Capítulo 19 ·
· Capítulo 20 ·
· Capítulo 21 ·
· Capítulo 22 ·
· Capítulo 23 ·
· Capítulo 24 ·
· Capítulo 25 ·
· Capítulo 26 ·
· Capítulo 27 ·
· Capítulo 28 ·
· Capítulo 29 ·
· Capítulo 30 ·
· Capítulo 31 ·
· Capítulo 32 ·
· Capítulo 33 ·
· Capítulo 34 · Marzo
· Capítulo 35 ·
· Capítulo 36 ·
· Capítulo 37 ·
· Capítulo 38 · Abril
· Capítulo 39 ·
· Capítulo 40 ·
· Capítulo 41 ·
· Capítulo 42 ·

· Capítulo 43 ·
· Capítulo 44 ·
· Capítulo 45 ·
· Capítulo 46 ·
· Capítulo 47 · Mayo
· Capítulo 48 ·
· Capítulo 49 ·
· Capítulo 50 ·
· Capítulo 51 ·
· Capítulo 52 ·
Agradecimientos

Esta novela va para todas aquellas personas que creen en el amor a primera vista. Para las que se dejan llevar, para las románticas y para las pasionales. Para todas las personas que quieren querer y se dejan querer. Y para mis lectoras y las futuras, espero que disfruten con cada capítulo de esta historia.

· Prólogo ·

Muy segura y desafiante, suelto mi ropa y doy dos pasos para plantarle cara. Lo miro a los ojos, segura de todo lo que pienso decirle, pero entonces...me quedo sin habla, paralizada. Sí, si lees bien. Paralizada. Aunque ¿Qué esperaba? Este hombre es tan guapo que me ha cortado la respiración. De pronto, siento algo en el estómago que es casi desconocido para mí, hacía mucho que no sentía algo así. ¿Me estoy poniendo nerviosa?

Paseo mis ojos por su cara y su pelo, que lo lleva al estilo texturizado. Sus labios están perfectamente perfilados y, ¡Madre mía! que ganas de morderle el inferior. Es que me llama a gritos. Miro su mandíbula, que parece dura y peligrosa, a la vez que su bonita boca, y poso mis ojos en los suyos. Son oscuros como la noche, tanto que casi no se distingue su pupila. De repente quiero perderme en ellos. En seguida, me percato de una cicatriz en su ojo izquierdo, exactamente desde la ceja hasta el pómulo. Quiero saber cómo se la ha hecho, tocarla, acariciarla...

—¿Qué miras? —pregunta cortante y me avergüenzo por haber sido tan cotilla y mirar su cicatriz. Es obvio que le ha molestado— ¿Acaso has encontrado algo que te guste?

· Capítulo 1 ·
Enero

Ava

Viernes por la noche y no tengo ningún plan.

Jess, mi mejor amiga, trabaja mañana por la mañana y Hugo, mi mejor amigo, está corrigiendo los exámenes de sus alumnos, o sea, que voy a pasar una mierda de fin de semana. Me apetece arreglarme, salir y pasarlo bien en alguna discoteca del centro, pero, visto lo visto, no va a poder ser. Llamaré a Marco y le pediré que se quede en mi casa todo el fin de semana; con suerte tendré un par de noches moviditas.

Llevamos saliendo seis años, sí seis largos años, pero nuestra relación ha cambiado considerablemente con el paso del tiempo. Al principio lo hacíamos todo juntos, la verdad es que éramos un poco empalagosos, pero no nos dábamos cuenta, solo queríamos estar juntos la mayor parte del tiempo. No me juzgues de pegajosa, al fin y al cabo, éramos unos críos.

Con el paso de los años fuimos distanciándonos, aunque fue a peor cuando hace un año acepté un trabajo en una tienda de fotografía, el cual me encantaba, pero, que no dejaba lugar para vernos como ambos deseábamos. Por desgracia el trabajo terminó y con él mi sueño de ser fotógrafa, al menos los primeros meses de desempleo porque en cuanto la ansiedad llamó a mi puerta empecé a hacer algunos reportajes en casa para ocupar mis horas muertas.

Aunque al principio, cuando acepté el maravilloso trabajo en la tienda de fotografía, a Marco y a mí nos costó lo suyo adaptarnos a la situación y a pasar menos tiempo juntos, pero con el paso de los meses nos fuimos acostumbrando. De hecho, nos hemos acostumbrado tanto a vernos poco y a hablar con tan poca frecuencia que no lo echo de menos si no lo veo.

¡Ja! ¡Al final era verdad eso de que puedo vivir sin él!

A veces, cuando pienso en él, como en este preciso momento, me apena llamarlo solo para tener sexo salvaje porque Marco es cariñoso y atento y no se merece que requiera su compañía de forma tan esporádica. Normalmente, para sentirme mejor persona, me digo...Ava tu no llamas a Marco solo para acostarte con él, lo haces porque...pues porque lo quieres, pero inmediatamente mi conciencia se ríe de mí y entonces me da la realidad en toda la cara. ¿A quién quiero engañar? Hace mucho que no lo quiero del modo que debería.

Debería dejarlo, dejar que vuele y conozca a alguien que lo ame y lo aprecie como se merece. Que siga su camino y no entrometerme en

él, darle su espacio y desaparecer de su vida.

Sí, voy a hacer eso, es lo mejor.

Pero ya cuando el fin de semana pase, ¿No? Para despedirnos con buen sexo y comida rápida, digo.

Estoy riéndome sola por mis propias ocurrencias al mismo tiempo que marco el número de teléfono del hombre con el que llevo saliendo tantos años, al que no quiero, al que pienso dejar, pero también al que me voy a tirar durante todo el fin de semana.

Joder, soy horrible.

Aun así, le llamo.

Contenta aun por la conversación que he tenido con Marco hace media hora, me levanto de mi cómodo sofá de piel, de color naranja, para ir a la cocina y beber algo, cuando suena el timbre. Como si tuviera un resorte en mi interior, me doy la vuelta y una sonrisilla traviesa se me dibuja en la cara solo de imaginar sus manos sobre mí.

¿Que? Aunque acabe de decidir dejarlo, tengo que admitir que esta como un queso y siempre me alegro de verlo, es un hombre muy divertido y atento.

Sin pensar ni un segundo más que soy la peor persona del mundo, camino hasta la puerta y abro, con una gran sonrisa en los labios, por supuesto, no es para menos.

—Hola guapa.

Ahí, frente a mí y con una sonrisa de oreja a oreja, esta quien me va a provocar agujetas durante dos noches. Va vestido con una sudadera burdeos, un pantalón negro y unos deportes del mismo color que la sudadera. Su pelo, que es castaño claro, siempre está peinado con despreocupación y ahora algunas ondulaciones le rozan la frente. Inconscientemente se los retiro y me gano un sabroso beso en los labios. No puedo dejar de sonreír. ¿Será la regla?

—Hola —Mi voz es apenas un susurro sobre su boca. Antes de separarme le doy un mordisquito en el labio inferior—. Pasa.

Abriendo un poco más la puerta le dejo espacio para que entre y luego cierro detrás de mí. Enseguida me doy cuenta de que lleva una bolsa en la mano y acelero el paso para quitársela, pero cuando la tengo entre las manos, se gira hacia mí y, entre risas, me rodea con sus fuertes brazos.

Aspiro al sentir su pecho ejercitado contra mi cuerpo, de verdad que este chico está como un tren. Le encanta el deporte y lo practica con regularidad, de ahí su cuerpo tan perfecto y marcado. En alguna ocasión lo he acompañado a sus entrenamientos y tengo que admitir que es uno de mis pasatiempos favoritos. Tíos sudados, rojos por el esfuerzo, despeinados, fuertes y con sonrisas blancas y alineadas...Una maldita perdición.

—Siempre tan cotilla. —murmura entonces mordisqueando mi

cuello.

Mi cuerpo se estremece ante el maravilloso contacto y no puedo evitar sonreír al sentir como Marco ronronea sobre mi piel al notarlo.

—¿Para qué voy a cambiar?

Me giro sobre mis talones para quedar frente a él. Hago contacto con sus ojos perdiéndome en el color verde bosque de ellos. Marco se muerde el labio después de lamérselo y yo no puedo evitar mirar su movimiento, el corazón se me pone a mil en décimas de segundos al presenciar la sonrisa pilla que se le forma. Dirás...Quieres romper, ¿Cómo puedes sentir tantas cosas cuando estás con él?

Pues sencillo, yo sé perfectamente bien lo que esos labios y dientes pueden hacer en la intimidad.

—Es comida italiana —susurra en mi oído consiguiendo que mi cuerpo siga subiendo de temperatura—, sé que te encanta. —Sí, me encanta.

Antes de separarse de mí me regala un dulce beso en los labios y lo sigo hasta la cocina.

—Oh…te has acordado… — La verdad es que me ha sorprendido, al fin y al cabo, apenas nos prestamos atención.

Aparentemente sorprendido por mis palabras, no duda en girarse para mirarme y dejar los cubiertos de plástico, que hay en la bolsa, sobre la encimera antes de acercarse a mí y acariciarme los hombros.

—Por supuesto que me he acordado, es decir, nunca lo he olvidado. ¿Por qué no me iba a acordar de los gustos de mi novia?

Pues también es verdad. Llevamos saliendo demasiado tiempo y es normal que sepa cuál es una de mis comidas preferidas. De repente me siento una idiota por haber dicho tal tontería y me encojo de hombros antes de sentarme sobre la encimera. No debería haber abierto la boca, pero es que siempre me pasa lo mismo. Lo pienso, me parece buena idea, lo suelto y la cago. Ese es mi funcionamiento.

Marco me observa desde su posición, su cara se mueve levemente y me hace saber que está buscando alguna explicación a lo que acaba de oír. Siempre se me ha dado muy mal decir toda la verdad, suelo decir lo que pienso, pero cuando veo en la cara de los demás que mis palabras han molestado o dolido, las maquillo. Sé que está mal. Joder, últimamente todo lo está. Por una vez, voy a intentar hacer lo correcto, a ver qué tal sale.

—No sé, es obvio que ya no estamos como antes. Nos pasamos días sin vernos y hablar. No sería difícil que te olvidaras de mis gustos.

Tengo que fijar la mirada en el suelo, porque no estoy preparada para afrontar su ceño fruncido. Me doy cuenta de que estoy retorciendo el dobladillo de mi camiseta con los dedos cuando siento que Marco se hace un hueco entre mis piernas y me levanta la barbilla con su dedo índice.

—Ya…ya lo sé. Hemos cambiado…nuestra relación ha cambiado y…

Algo se alerta en mí cuando se pasa las manos por el pelo.

—Tus sentimientos también, ¿No?

Sus ojos se posan sobre los míos y, por un segundo, parece que va a hablar, pero no lo hace. No quiero atosigarlo y decido esperar unos segundos con la esperanza de que diga algo, pero sigue sin hacerlo. Me resulta demasiado raro, Marco siempre tiene algo que decir para salvar cualquier situación y se acaba de quedar mudo, ¿Qué ocurre? Y lo que más me preocupa, ¿por qué su silencio no me asusta ni inquieta? No siento nada, al menos no lo que se siente cuando intuyes que tu pareja ha dejado de quererte. Esos sentimientos de terror, miedo, angustia y tristeza que se instalan en tu cuerpo en estas situaciones, ninguno se ha pasado a saludarme.

Tal vez, siendo sincera, el pulso se me ha acelerado un poco ante la incertidumbre de que va a decirme, pero no como esperaba. Su silencio es tan largo que ya he dado por hecho que me va a dejar, todo en él me lo dice a gritos. Sus ojos, sus manos que se pasan por su pelo una y otra vez, su respiración alterada...Se me ha adelantado.

Pero entonces me sorprende levantando la vista de mis piernas y besándome. Es un beso suave y delicado, pero extrañamente necesario en estos momentos. Cuando se separa de mí todavía tengo los labios en posición y me siento ridícula, me acaricia la mejilla con el dedo pulgar y me queda claro que el beso no va a seguir. Entonces me pregunto, ¿La decepción que siento a qué se debe? ¿a qué me ha gustado el beso y quiero que continúe? ¿o simplemente esperaba acabar en la cama y sobre sus piernas?

—No lo sé, yo sigo queriéndote, pero también noto lo mismo que tú. Nos hemos distanciado... pero no quiero perderte. —La urgencia en su voz y sus cejas unidas es suficiente para creer que lo dice en serio.

—Está bien…lo superaremos. —Le aseguro, convencida de ello.

Y es verdad, me ha parecido tan sincero que me he replanteado mis intenciones. Quizá solo estemos pasando por un bache típico de relaciones largas y me he agobiado hasta el punto de querer romper sin ser realmente necesario. Quizá podamos con esto.

Me dejo llevar cuando, tras mirarme con intensidad durante varios segundos, atrapa mi cara entre sus manos y vuelve a besarme. Pero esta vez con exigencia y pegándose a mi cuerpo para poder presionar sus labios con los míos con más fuerza. No puedo evitar gemir cuando su lengua se abre paso en mi boca y la explora con premura sin dejar un hueco por inspeccionar.

Mis dedos se enredan en sus rebeldes mechones de pelo y tiran de ellos cuando Marco aprieta el interior de mis muslos. Aun si bajar la vista puedo ver sus dedos hundiéndose en mi carne. En una caricia,

lleva las manos a mis nalgas y me arrastra hacia el borde de la encimera, haciendo que mi zona íntima roce su entrepierna.

A pesar de la ropa que llevamos puedo notar lo muy duro que está. Para mi perdición, empieza a besarme el cuello y meter una mano por debajo de mi chaleco, consiguiendo que mi vello se erice ante el contacto frío de sus manos que rápidamente se calientan con nuestros roces.

Aunque para caliente ya estoy yo.

Me siento arder al notar sus dedos acariciando mis pechos y su saliva mojando mi piel cuando me mordisquea la clavícula. Muerta por el deseo, echo la cabeza un poco hacia atrás para que le resulte más fácil y ahogo un suspiro cuando me pega aún más a él haciéndome saber lo caliente que está. Ese movimiento era el que necesitaba para empezar a desnudarme y Marco me sigue. Con mi ayuda, porque necesito tenerlo desnudo, se deshace de la sudadera y la camiseta que lleva mientras le desabrocho los pantalones, los cuales se deslizan por sus piernas hasta el suelo.

Me inflo de orgullo y amor propio gracias a la cara que tiene Marco mientras me mira con detenimiento, paseando sus ojos verdes por mi cuerpo y deteniéndolos sobre mis pechos, los cuales asalta sin pudor. Con desespero los saca por encima de la copa del sujetador, los lame y muerde para luego, con un poco de torpeza, desabrochar el sujetador.

Sin venir a cuento me pregunto si siempre se le ha dado tan mal desnudarme, me quedo quieta pensando y buscando respuestas un poco decepcionada, pero sin saber el motivo. Sumida en mis pensamientos, moviéndome por las exigencias de Marco, se me agarrotan los dedos al empezar a sentir que se me está bajando el calentón. ¡Qué leches! Quiero disfrutar de una noche increíble, no pasarla agobiada y aturdida por mis dudas.

Espabilando a mis atontadas hormonas, rodeo con mis piernas la cintura de Marco y, necesitando tomar el control de la situación, lo beso. Lo hago con ganas y urgencia, sintiendo como mi vagina palpita por tenerlo dentro cuanto antes. Mis manos se han movido hasta la cintura de mi pantalón de chándal con la intención de bajarlos, porque soy capaz de llegar al orgasmo con solo la fricción de nuestras excitaciones.

Pero como siempre en cada buen momento algo tiene que estropearlo, suena el timbre de la puerta.

Dejamos de besarnos, miramos hacia el lugar de donde viene el sonido y cuando el silencio ha sido lo bastante largo para nosotros volvemos a lo que realmente nos interesa. Sus manos vuelven a volar por todo mi cuerpo y yo no puedo dejar de retorcerle el pelo y apretar mis piernas para poder sentirlo más y más cerca.

Y de repente unos golpes en mi puerta detienen nuestra excitante

escenita.

Con la respiración agitada y el sudor frío empezando a recorrer mi cuerpo, maldigo una y otra vez por la maldita interrupción.

Destino, ¿Intentas decirme algo?

Estoy dispuesta a bajarme de la encimera para ver qué ocurre, pero Marco me sujeta por las caderas arrimándome a su dureza.

Mmm, que delicia.

—Vamos, no podemos parar ahora —Su voz ronca y su ataque de besos en mi cuello y escote, consiguen que vuelva a dejarme llevar. Un par de golpes suenan y él acaba soltando un frustrante gruñido—. Joder ¿esperas a alguien?

Niego con la cabeza, ¿a quién iba a estar esperando? Empiezo a ponerme la ropa y, cuando los dos estamos vestidos y aparentemente más tranquilos, voy a la puerta tras Marco, que parece bastante cabreado. Tiene la espalda recta, como si estuviera esperando que entrase su mayor contrincante.

Hombres...

Antes de abrir cojo aire, un poco nerviosa porque es muy raro que alguien venga a mi casa a tan altas horas de la noche y mucho más que llame con tanta insistencia. Por un segundo barajo la posibilidad de mirar por la mirilla, pero…entonces recuerdo que no tengo. Por lo que, si es algún atracador o algo por el estilo, estamos muertos. Al menos espero que tantas horas de entrenamiento le valga de algo a Marco.

Pero al abrir no es precisamente un atracador lo que aparece tras ella, si no mi madre llorando y mi padre con un brazo protector sobre sus hombros.

—Ava, tenemos que hablar.

· Capítulo 2 ·

Zeus

Manhattan, Nueva York, 18:00.

—Ya estoy lista.

Me giro para mirar a Cristal, está espectacular con ese vestido ajustado de lentejuelas, le queda de fábula, realza sus pechos y, el color negro de la prenda, su cabello rubio. Pero a pesar de eso, no siento nada extraordinario al encontrarla en la puerta del pasillo. Está ahí porque sí, porque no puedo hacer nada para que no esté, porque no tengo lo que hay que tener para mandarlo todo a la mierda y decirle que no la quiero.

Bueno eso y porque su padre me tiene cogido por los huevos.

—El vestido te queda muy bien. —Consigo decir al salir del trance en el que me he sumergido.

Ella se acerca hacia mí, pega su cuerpo al mío y me besa, su cintura empieza a moverse contra mí, despertando algo que empieza a presionar mis pantalones. Aunque haya dicho lo que haya dicho antes, no puedo negar que es una mujer preciosa y yo no soy de piedra. Pero tampoco puedo negar que ya no es como antes, puedo estar sin tocarla días e incluso semanas que no voy a echarlo en falta y todo ha sido culpa de ella.

—Vámonos o llegaremos tarde.

Molesto, la aparto a un lado y veo como su rostro entristece, se está dando cuenta de lo que ocurre. Quizá con algo de suerte ella dé el paso, encuentra a alguien que la mire mejor que yo y me deje.

Sin volver a mirarla, cojo mis cosas, me abrocho los botones de la chaqueta de mi traje y salgo de mi apartamento, escuchando el repiqueo de sus tacones detrás de mí. En la calle está Marc, mi chófer, al que llamo en ocasiones como estas.

—Hola chicos.

Miro a mi chófer y le doy golpecitos amistosos en el hombro como saludo, lo conozco desde hace años y nos llevamos muy bien. Este sonríe a Cristal con educación cuando lo saluda y le pestañea con coquetería. Como siempre, veo la incomodidad en la cara de Marc, pero no puedo hacer nada, Cristal solo busca atención.

Una vez en el coche, nos dirigimos al restaurante en el que nos están esperando, tenemos que asistir a una cena que ha organizado el padre Cristal en la que celebraremos el quincuagésimo aniversario del hospital en el que trabajamos.

No tardamos en llegar al restaurante, que está hasta arriba de gente en la puerta haciendo cola para entrar.

Cuando llega nuestro turno, le decimos nuestros nombres al maître y este nos deja pasar sin problemas. Somos los hijos de los dueños del hospital, o entramos o entramos. El salón está decorado con tonos blancos y arena, cosas brillantes y de fondo música clásica, toda elegancia y queda bien. Porque eso es Máximo Lewis, un hombre elegante, pero mentiroso, qué además de ser mi peor pesadilla, le gusta complacer y caer bien a los demás.

Cristal se agarra de mi brazo cuando los invitados se acercan a nosotros para saludar, sonríe y charla entre risas. Media hora hablando sobre futuro, boda y bebés (todo de lo que huyo constantemente, pues no quiero nada de eso) es mi límite. Con sutileza quito la mano de Cristal de mi brazo, sonrío a la pareja que tengo delante y me voy a por un Brandy. Necesito sobrevivir a esta maldita noche envuelta en mentiras.

—Pero mira quien tenemos aquí, mi espléndido yerno.

Cierro los ojos antes de girarme y encarar al único ser humano que ha conseguido sacar lo peor de mí, el único que se ha atrevido a manipularme. Sin decirle ni una palabra, lo miro y veo como se acerca a mí, sonriéndole falsamente a todo aquel que lo saluda o le muestra su encanto.

Cuando lo tengo delante, le doy un trago a mi bebida, la noche va a ser larga.

· Capítulo 3 ·

Ava

La voz apagada y triste de mi padre resuena en mis oídos como el tic tac de un reloj y la imagen de mi madre, llorando desolada, se reproduce en bucle. ¿Qué ha podido pasar para que estén así? Encontrarlos de esa forma me ha pillado por sorpresa y por más que intento averiguar qué ha causado tal desolación en mis padres, no encuentro nada. No hemos tenido malas noticias últimamente; a mi padre le va bien el trabajo, el "estudio" que he montado en mi piso parece ir viento en popa y mi madre no ha mostrado indicios de que estuviera ocurriendo algo.

Quiero hablar, de verdad que quiero, pero no me atrevo. Las palabras están ahí, empujando en mi garganta para ser liberadas, pero no salen. Estoy tan asustada aun sin saber qué ha ocurrido que el corazón se me va a salir del pecho de un momento a otro.

Cuando Marco pone su mano sobre mi hombro agradezco enormemente que esté conmigo en esta situación tan extraña, me ha hecho recordar todos los momentos en los que he tenido su apoyo y cariño y me siento afortunada. Pero el sentimiento de paz se convierte en inquietud cuando Marco me da un apretoncito en el hombro y sé que tengo que decir algo, los tres están a la espera.

—¿Qué es lo que pasa? —Mi voz apenas es un susurro, pero mi padre me ha escuchado perfectamente.

—Por favor, cariño, siéntate. Será mejor que te lo contemos mientras lo estás.

Un frío terrible recorre todo mi cuerpo, desde la columna vertebral hasta la nuca, y siento un pellizco en el estómago. Estoy nerviosa, angustiada, tanta intriga me está matando.

A pesar de querer hacerlo no me muevo, mis pies están pegados al suelo. Tengo que hacer un esfuerzo enorme para que mi cuerpo responda a mis órdenes y pueda sentarme de una vez. Mi padre está frente a mí con mi madre a su lado, él le acaricia el hombro y la abraza pegándola a su costado. Verlos así me encoge el corazón, no puedo esperar ni un segundo más para saber que ocurre.

Cuando los ojos de mi padre se mueven hasta mí, le hago un gesto de impaciencia para que empiece a hablar antes de que me dé un paro cardíaco o algo por el estilo. Me sudan las manos una barbaridad y la nuca la siento helada. Marco aún está de pie al lado del sillón en el que me he sentado y me siento segura al saber que está conmigo.

Mi padre deja de acariciar a mi madre y centra toda su atención en mí, sus ojos me dicen que lo que tiene que contar es importante. ¿Pero qué es? De pronto mi madre se seca las lágrimas y se inclina hacia mí, tiene la intención de hablar ella, pero el llanto no la deja así que es mi padre quién lo hace.

—Siento muchísimo lo que tenemos que contarte…acabamos de enterarnos —suspira y su pena se instala en mí—. Venimos del hospital y nos han dado una noticia horrible. —Mi corazón empieza a bombear a mil por horas y se me seca la boca —. Ava, la tía María ha muerto.

La tía María ha muerto…la tía María ha muerto…la tía María… muerto… ¡Oh, Dios mío! Esto no puede estar pasando. Me falta el aire, siento como si la garganta se me hubiera cerrado y una opresión en el pecho insoportable. En cuanto las palabras han salido de entre los labios de mi padre el mundo se me ha venido abajo.

Mi madre sigue llorando, agobiándome y consiguiendo que llore con ella. Veo borroso como Marco se arrodilla frente a mí y me abraza, sin importarle lo más mínimo que empape su camiseta con mis lágrimas. Me dejo abrazar, dejo que sus brazos me envuelvan y me acunen. Aspiro su aroma y hundo mi cara contra su pecho, rápidamente siento una rabia inmensa al no sentir nada entre sus brazos. ¿Será por el shock de la noticia? Espero que sí.

La tía María o tía Mari, como solía llamarla, no volverá a llamarme para saber cómo me va en el trabajo, ni volverá a contarme sus locuras en los viajes que haga con sus amigas, ni tampoco me dará más consejos, ni volveremos a vernos jamás. Un dolor desolador me presiona el pecho y el llanto casi me ahoga, las lágrimas se acumulan en mis labios cerrados y no puedo respirar. Duele, duele muchísimo. Siento mi cuerpo pesado cuando me levanto para abrazar a mis padres, ahora entiendo porque están así; mi tía Mari es muy importante para todos.

María era la tía de mi madre biológica, Ana, que cuando esta nos abandonó a mi padre y a mi cuando yo tan solo tenía dos años nos cuidó y nos dio su amor. La familia se amplió cuando llegó Sonia quien ocupó el lugar de madre que Ana rechazó tiempo atrás. Sonia me mimaba, y sigue haciéndolo, me contaba cuentos para dormir, me acunaba cuando tenía pesadillas, proporcionándome así el amor y el calor de madre que una niña tan pequeña necesita. Nada de eso queda en el pasado porque mi madre sigue mimándome y protegiéndome como si fuera una niña.

Con la llegada de Sonia a nuestras vidas, año tras año, fui comprendiendo que la familia no siempre comparte la misma sangre y que cuando las personas se aman con la totalidad del corazón pueden afrontar cualquier cosa.

La tía María no tardo en encariñarse con ella y tratarla como a una hija, rápidamente estrecharon lazos y se volvieron inseparables. La tía siempre ha estado cuando la hemos necesitado y nuestra relación era muy estrecha. Era una mujer atenta, considerada, amable, cariñosa y graciosa, muy graciosa. Era difícil no hacerle un hueco en el corazón.

Yo hablaba con ella todos los días y siempre que terminaba pronto en el trabajo, o ella paraba en casa cinco minutos, iba a visitarla. Nos pasábamos horas charlando y riendo y ahora... ahora solo podré echarla de menos y recordarla.

Los brazos de mis padres empiezan a agobiarme porque me falta el aire por el llanto, por no hablar de que no dejo de darle vueltas a cómo ha podido suceder todo. Me separo inmediatamente de mis padres y los observo, nadie me ha dicho todavía como ha muerto.

—¿Qué ha pasado? — mis ojos van de mi padre a mi madre, en busca de alguna respuesta.

Siento como mi corazón se acelera con el largo silencio de mis padres, estoy tan desesperada en estos momentos que necesito levantarme y soltar todos los nervios que están revolviendo mi estómago. Tengo ganas de vomitar. Estoy a punto de levantarme cuando mi padre me coge una mano y baja la cabeza unos segundos antes de suspirar y volver a mirarme.

—Ya sabes que Aurora, la vecina de tu tía, tiene una llave de su casa, por cualquier cosa. Al igual que tú tía también tenía una llave de la casa de ella. Hace una hora, Aurora fue a casa de tu tía, pero ella no le abrió, así que decidió entrar con su propia llave. Y cuando entró en el salón María estaba en el sofá. Aurora la llamó una y otra vez, pero tu tía no se movía. —Mi padre coge tanto aire que me da miedo de que empiece a hiperventilar—. Llamó a la ambulancia y los médicos, pero cuando estos llegaron, le comunicaron que había fallecido. La llevaron al hospital y poco tiempo después nos han dado la noticia.

Pero ¿cómo ha muerto tan repentinamente? Mi cabeza no deja de darle vueltas y haciendo mil preguntas que parecen no tener respuestas. Ella parecía tan sana, tan viva y salvaje que no puedo creer que ya no esté.

Me duele el pecho, el corazón y el alma como pensé que jamás me dolería. Siento como las lágrimas se mezclan en mi boca y me paso la lengua por los labios antes de secármelas con la manga de mi camiseta. Sigo sin entender como ha ocurrido esto, por más vueltas que le doy a lo sucedido no le encuentro lógica. Es decir, sé que mueren millones de personas de forma natural, pero necesito algo más. En realidad, sé que hay algo más y que no me lo están contando. Lo noto en sus gestos, en sus ojos cuando me miran y en la forma en que mi padre se está tocando su espeso bigote una y otra vez al contarme como ha muerto mi tía.

Desesperada me giro en mi sitio y miro a Marco, que sigue con su mano sobre mi hombro, buscando las respuestas que necesito y que muy bien sé que él no puede darme. Se acerca a mi cabeza y me da un dulce beso en la coronilla. Después dirige la mirada a mi padre.

—Pero…pero no lo entiendo. ¿De qué ha muerto? —Mis padres se miran, se hablan con la mirada y eso me frustra. Ambos saben algo que no me están contado —¿Podéis decirme de una maldita vez que ocurre? ¿qué coño ocultáis?

Mi padre odia las palabrotas, siempre me ha regañado cuando las he dicho, a pesar de tener ya veintiocho años, pero esta vez no me dice nada. Solo frunce el ceño. Con su reacción me demuestra que por una vez entiende que explote, que saque la mala hostia que tengo y que diga algún taco. Con el gesto suavizado, me mira a los ojos con tanta tristeza, que mi cuerpo se estremece al imaginar el dolor que intenta ocultar para ser fuerte por nosotras.

—Estaba enferma, Ava —dice al fin, y la cabeza empieza a darme vueltas—. Hace diez años, le diagnosticaron una extraña enfermedad. Al principio parecía que estaba curándose, pero en su segunda revisión, un año y medio después, el nuevo diagnóstico demostró que no había nada que hacer. Nosotros intentamos hacer todo lo posible por buscar una cura, pero los médicos nos aconsejaron que aprovecháramos los días con ella y la hiciéramos feliz, porque no iba a superar su enfermedad. Pensábamos que estaría con nosotros un par de años o así, era la esperanza que los médicos nos dieron, pero como ella era toda una luchadora, consiguió vivir diez años más.

Mis ojos se han abierto como platos al escuchar todo lo que dice mi padre. Estaba completamente segura de que mi tía estaba perfectamente, jamás había visto algún síntoma en ella que demostrase lo contrario.

» Nunca te dijimos nada porque eras demasiado joven. Cuando fuiste creciendo ella nos hizo prometer que no te contaríamos nada y eso hicimos. No estuvo ingresada en hospitales porque siempre pidió morir en casa, quería estar cerca de nosotros y así lo hicimos. Intentamos cumplir todos sus deseos para que fuese feliz el mayor tiempo posible.

En cuanto me parece que mi padre no va a decir nada más, me levanto y empiezo a dar vueltas por el salón. Necesito relajarme y procesar toda la información. No puedo hacer otra cosa que llorar, así que lloro tanto que me falta el aire, pero aun así no me consuelo.

Necesitada de aire, me acerco a la ventana y la abro un poco. El frío de enero me da en la cara y cierro los ojos para disfrutarlo. Cuando los abro fijo la mirada en la calle, está mojada por la fuerte lluvia que acaba de cesar, el cielo está negro y el ambiente es nostálgico. Como si fuese a juego con la terrible tragedia que acaba de

ocurrir.

Observo a las personas que desde mi piso se ven muy pequeñas, andan sin parecer tener preocupaciones mientras yo lloro la muerte de mi queridísima tía. Son tan ajenos a lo que está ocurriendo en mi hogar, que me dan una envidia dolorosa.

Un cálido abrazo desde atrás consigue envolverme. El perfume de Marco inunda mis fosas nasales y una increíble tranquilidad se instala en mi cuerpo con su contacto. Sus brazos están cruzados bajo mi pecho y me presiona contra el suyo, le acaricio los antebrazos con mis heladas manos y me regala otro tierno beso en la cabeza.

—Vamos cariño, siéntate e intenta tranquilizarte. Sé que esto es muy duro para ti, se cuánto querías a tu tía y cuanto la echarás de menos. Pero tienes que ser fuerte, yo sé que lo eres. Y quiero que sepas que voy a estar aquí, contigo, en todo momento, porque te quiero como el primer día.

Sus palabras me calan tan hondo que me hacen casi tambalearme. Hace tan solo unos minutos pensaba romper con él porque estábamos muy distanciados y ahora me dice que me quiere como el primer día, provocando un huracán de sentimiento en mi interior. Estas palabras son las que necesitaba para aclarar mis ideas, necesitaba saber y sentir que me sigue queriendo como me está demostrando en este momento.

Es tanta la emoción que siento que me derrumbo sobre su pecho. Me giro entre sus brazos y apoyo la cara en sus pectorales, humedeciendo su sudadera por mis agrias lágrimas. Su respuesta vuelve a conmocionarme. Pasea la mano con delicadeza por mi espalda, brindándome calor y protección con un simple movimiento de manos.

Con tranquilidad y paciencia, espera sin inmutarse a que el llanto cese un poco y, cuando por fin me separo de su pecho, coge mi húmeda cara entre sus manos y me besa la frente.

—Vamos con tus padres, ellos también necesitan apoyo.

Tiene razón, me he separado y he intentado encontrar mi propio sosiego sin detenerme a pensar en cuanto estarían sufriendo ellos.

Con los ojos y la cabeza cargados por el llanto y el sofoco me dejo llevar por Marco al salón. Mis padres siguen abrazados, pero mi madre ya no llora. Parecen un poco más tranquilos.

Después de una larga charla entre los cuatros, sin querer demorarlo más, cojo mi teléfono e informo a Jess y Hugo de lo que acababa de ocurrir. Ambos, sé que dolidos porque tenían muy buena relación con la tía Mari, me aseguran venir a mi casa por la mañana para estar conmigo. Encantada y necesitada de estar con ellos acepto.

Marco está en la cocina preparando chocolate caliente para todos, mientras mis padres me explican que el entierro será en dos días y que tienen algo para mí que les dejó mi tía.

Pensar que ella sabía que moriría en cualquier momento mientras estaba de bromas y risas conmigo, me parte el alma. Me hubiera gustado saber lo que pasaba y así haber podido estar con ella en su último día. Pero quizá eso era lo que no quería. La conocía muy bien y estoy segura de que quería morir siendo la mujer divertida y salvaje que siempre ha sido. Aun así, no puedo evitar sentir rabia por que se haya ido sin despedirse, tengo tanto que decirle...

Estoy tan sumergida en mis pensamientos que no escucho lo que dicen mis padres, asiento con la cabeza de vez en cuando para sentirme menos peor persona. Pero ellos se dan cuenta cuando me asusto al sentir la mano de Marco en mi hombro para darme una taza con chocolate.

Me disculpo con una triste sonrisa y soplo un poco por encima antes de mojarme los labios con el espeso y delicioso chocolate con leche. Una vez Marco también se ha sentado, empezamos a contar anécdotas de mi tía. Por un momento fijo la vista en Marco, que está a mi lado, y disfruto de su sonrisa al escuchar las historias y de su gesto de tristeza cuando intenta consolarme al verme llorar de nuevo. Había olvidado lo cariñoso que es y lo bien que me siento entre sus brazos. Tengo la sensación de que nuestra relación va a recuperarse y volveremos a estar como antaño.

Tras dos horas de charla y recuerdos muy dolorosos, convenzo a mis padres para que se queden a dormir en mi piso en una habitación que acomodé hace años para los invitados. También le ofrezco a Marco que se quede, pero prefiere irse a su casa. Sin rechistar, porque estoy demasiado cansada, acepto su decisión. Lo que menos me apetece en estos momentos en rogarle a alguien que se quede a mi lado.

Ya en la puerta, Marco se detiene en el descansillo y yo me apoyo en el marco. Lleva las llaves de su coche en la mano, las guarda en el bolsillo delantero de su sudadera y me mira triste. Antes de marcharse, se acerca a mí con dos firmes pasos y me coge la cara entre sus cálidas manos. Me besa y lo hace con pasión. Aprieta su boca contra la mía con fuerza y succiona mi lengua antes de finalizar el beso. Con la frente pegada a la mía, me promete volver para estar conmigo y ayudarnos con la organización del entierro.

Después de otro beso de despedida, pero esta vez más dulce, cierro la puerta y me voy derechita a la cama. Poco a poco mis párpados empiezan a cerrarse y lo último que veo, antes de caer en un profundo sueño, es la sonrisa de mi tía.

· Capítulo 4 ·

Zeus

Restaurante King's House, Manhattan, Nueva York, 21:00.

Llevo tres horas encerrado en este restaurante, aguantando preguntas entrometidas de las mujeres de los socios de mi padre y los comentarios inoportunos de Máximo. Ocho horas de trabajo en el hospital son más amenas que esto. Solo quiero irme a mi casa, quitarme este traje y meterme en la cama para descansar.

—¿Serás capaz de llevar a cabo todo lo que llevan tu padre y Max?

Spencer, otro pez gordo al que no tolero y al que le gusta meter las narices donde no le llaman. Sonrío un poco, tengo que poner buena cara ya que esta gente vive de eso. Creo que si alguien le hace un gesto de desagrado a alguno se podrían desmayar aquí mismo. Voy a responder, cuando me interrumpen.

—Para eso queda mucho, quizá ni se lleve a cabo. Las cosas y costumbres cambian con los años.

Máximo se coloca delante de Spencer y mía, nos mira de manera arrogante y fabrica una sonrisa antes de beber de la copa de Champagne que lleva en la mano. Levanto el labio con desagrado, no puedo evitarlo, es lo único que siento hacia ese hombre. Él quiere que la dueña del hospital sea su hija y que del único modo que yo tenga mando sea porque me case con ella. Mi padre en cambio quiere que lo sea yo, ya que el primer dueño del hospital fue mi padre hasta que decidió venderle la mitad a su querido amigo Máximo. Estamos en un tira y afloja entre familias que está rompiendo todo vínculo amistoso que antaño pudo haber.

—Hijo, ¿Por qué no me acompañas un segundo a la terraza? —Mi salvador.

Me bebo el último trago de mi vaso, lo dejo sobre la mesa y sin despedirme sigo a mi padre como me ha pedido. Todos nos saludan y nos detienen en el camino desde la barra hasta la calle, pero esta vez de manera más sincera. Observo a mi padre desde atrás, es alto, de cabello oscuro, aunque ahora está casi canoso, de complexión erguida y apariencia seria. Básicamente soy su reflejo.

—Cada día tolero menos a ese hombre, ojalá lo hubieras conocido cuando no estaba corrompido por el dinero y la fama.

Mi padre saca una cajetilla de tabaco del bolsillo y se enciende uno. Exhala con ímpetu y deja escapar el humo entre la nariz y la boca. Estoy cansado de decirle que no fue, hace unos años sufrió un infarto

y él, mejor que nadie, sabe que no puede, pero simplemente me ignora. Al menos ya no fuma como antes. Me apoyo en la baranda de escayola de la terraza y cruzo los brazos en el pecho, desde donde estoy puedo ver a través del cristal a mi pareja bailar con otros hombres. Ojalá sintiera algo.

—No me cansaré de decírtelo, déjala y sé feliz. Así ella también lo será.

Le cuento todo a mi padre, ya sea laboral o personal, es el único apoyo y figura paternal que tengo, solo estamos él, mi hermana, sobrinos y yo, y desde que soy un adolescente es mi confidente. Bueno, todo, todo no. Está al corriente de mi situación con Cristal, pero no sabe que ocurrió en el pasado ni como me chantajea su antiguo amigo, no quiero que se disguste más de lo debido y sufra otro infarto, ya es suficiente con que él se dé cuenta de lo poco que vale Máximo, de lo ruin que es.

—Estamos bien, solo tenemos problemas de pareja, nada más. —Miento, no quiero hablar más de la cuenta.

—Hijo —Apaga el cigarro en un cenicero de pie que hay a su lado y suspira—, hace mucho tiempo que no estáis bien. No la quieres, lo noto en tu actitud y mirada. No es igual que hace años y, al igual que lo noto yo, lo nota ella. Si no lo haces ahora, lo harás cuando se te cruce la mujer que te haga perder la cabeza, la que te haga replantearte todo este numerito. Esa mujer te hará abrir los ojos y darte cuenta de que el amor es imprescindible en todo el mundo, es el que mueve las acciones y actitudes de las personas. El único que te hace cometer una locura de la que no te arrepentirás jamás.

Lo miro negando con la cabeza, no creo que haya una mujer que tenga ese efecto en mí. Nunca la ha habido y nunca la habrá. Mi padre sonríe, totalmente en desacuerdo conmigo, lo veo en sus ojos, me da un golpecito en la espalda y se marcha al interior del restaurante. Me quedo un rato fuera, acompañado por el frío de enero, pensando en lo que mi padre me ha dicho hace un instante, al final tengo que sonreír, pues me hace mucha gracia que piense que una mujer puede hacerme perder la cabeza.

· Capítulo 5 ·

Ava

Por la mañana, como me habían prometido, todos aparecen en mi casa para hacernos compañía. Por un instante me siento bien.

Llegada la hora, salimos de mi piso y vamos al tanatorio. Entramos en la sala donde, al fondo, se encuentra mi tía y observo como mis padres se acercan al cristal que los separa de su frío cuerpo. Yo decido no ir, prefiero recordarla con su mejor vestido, sus labios de color rosa y sus chispeantes ojos oscuros. No mucho tiempo después, el sonido que hace la puerta al abrirse me hace mirar hacia arriba y observo como empieza a entrar gente para consolarnos.

Todos se acercan a nosotros, nos abrazan y besan para demostrar sus condolencias. Los más cercanos se quedan a nuestro lado durante varias horas, hablando y contando las innumerables vivencias que han compartido con mi tía. Yo me alegro de oír lo feliz que ha hecho a todo aquel que ha tenido el privilegio de conocerla.

La cabeza me da vueltas y estoy un poco agobiada aquí sentada. No me he movido desde que he llegado y mi cuerpo se ha zarandeado tantas veces por los abrazos y besos de los demás que cuando esté en la cama me dolerán todos los músculos. Para despejarme, salgo a la puerta y no puedo evitar sorprenderme al ver que el cielo está negro. Aunque tampoco debería extrañarme tanto, ha llegado tanta gente y hemos hablado de tantas cosas que es totalmente normal que se me haya pasado tan rápido.

Sobre las nueve de la noche todo el mundo empieza a marcharse y poco antes de las diez solo quedamos, mis padres, mis amigos, Marco y yo. Como el entierro será a la mañana siguiente y queremos hacer una pequeña reunión familiar como despedida hacia mi tía, decidimos marcharnos a casa. Junto a nuestros coches, Hugo y Jess me abrazan y se despiden de nosotros.

Para venir hemos usado el coche de Marco y con él nos vamos a casa de mis padres. Esta noche dormiremos allí y organizaremos todo lo del día después. Casi media hora después de un denso tráfico, llegamos por fin a la casa donde me he criado.

En cuanto pongo un pie en el amplio salón, la nostalgia me golpea como un boxeador a su mayor contrincante. Es la primera vez que me pasa desde que no vivo aquí, que no es poco tiempo ya que llevo cuatro años viviendo sola. Inspecciono el lugar como si fuese la primera vez que entro aquí y de inmediato miles de bonitos recuerdos

llenan mi cabeza y, aunque siento como una lágrima rueda por mi mejilla, sonrío. No estoy preparada para hacer frente a no volver a verla.

Antes de irnos a dormir, Marco y yo nos quedamos en el salón a solas, nos hace falta. Nos acurrucamos uno al otro, bajo una manta muy calentita y disfrutando del silencio de la noche. Su mano me hace cosquillas en el cuero cabelludo cuando lo acaricia con los dedos y los ojos se me empiezan a cerrar cuando su masajeo se prolonga más de la cuenta.

Creo que doy una cabezada porque Marco se detiene y me hace levantarme para irnos a la cama. Voy casi dormida y cogida de su mano por el pasillo en el momento que mi padre nos detiene.

—Ava, lo que nos ha dado tu tía para ti, te lo entregaremos a la hora de leer el testamento ¿de acuerdo? Así nos lo pidió ella —Asiento, si así lo quería ella así será. Entonces sus ojos viajan desde mi cara a Marco, a quién sonríe cariñosamente antes de hablarle—. Gracias por quedarte con mi hija muchacho, significa mucho para nosotros.

—Sabes que no es nada, estoy aquí porque la quiero a ella y a vosotros.

Mi padre vuelve a sonreír y tras poner su mano en el hombro de Marco se va con el rostro cargado de pena. Cuando mi padre desaparece en la oscuridad del pasillo, miro a Marco con cara de bobalicona, lo que ha dicho ha sido muy bonito. No sé qué le pasa, pero lleva dos días muy romántico y cariñoso. No se separa de mí ni un segundo y está siempre dispuesto a complacerme. Me parece tan bonito y placentero que no quiero pensar que sus acciones son porque siente lástima por mí.

Como sus palabras me han llegado al corazón y son exactamente lo que necesito en estos momentos, me arrimo a él, que ya lleva un rato observándome, y le rodeo la cintura con los brazos.

—Es muy bonito eso que has dicho —Me pongo de puntillas, porque es más alto que yo, y le doy un ligero beso en los labios —. Yo también te quiero.

—Lo que he dicho es lo que siento. Lo eres todo para mí Ava.

Nos abrazamos durante un rato y, con sus brazos sobre mis hombros, nos vamos a mi habitación. Estoy tan cansada que probablemente en cuanto mi cuerpo haga contacto con las sábanas me quedaré frita.

A las ocho de la mañana, ya estamos todos en el gran comedor de la casa de mis padres desayunando. Laura, la asistenta, a la cual queremos mucho, ha preparado unos gofres con arándanos y fresas que están para chuparse los dedos y se lo hacemos saber con halagos.

Nos comemos el delicioso desayuno con tranquilidad y charlamos tranquilamente hasta que llega la hora nos marchamos al tanatorio. Desde allí iremos al entierro y después volveremos a casa de mis padres.

Llegada la hora de despedirnos de mi tía, todos los presentes estamos en silencio y seguramente recordando sus mejores momentos. Me detengo unos segundos en observar a todos los que nos están acompañados y me alegro muchísimo de que tanta gente la quiera. Estoy segura de que su recuerdo perdurará en nosotros toda la vida.

Con las manos en los bolsillos de mi abrigo miro el cielo, que está gris y advierte que caerá una buena. Me mantengo a un lado, observando como las nubes se mueven lentamente y tapan el poco sol que hace mientras todos empiezan a dejar flores a la tumba de mi tía antes de marcharse.

Cuarenta minutos después, tras pedirle a mi familia que me espere en el coche, me acerco a la tumba de mi tía y dejo sobre ella una bonita rosa blanca.

—Hasta siempre, mi preciosa y maravillosa tía. Te querré toda mi vida.

Cuando me subo al coche y mi padre se pone en marcha, no me apetece hablar. Todo el viaje hasta la casa de mis padres me lo paso recordando a mi tía e imaginando mi vida sin ella. Escucho como ellos hablan, incluso en algún momento me parece oír que me nombran, pero no digo nada, continúo mirando por la ventana hasta que la casa aparece ante mis ojos.

En el salón lo que predomina es el olor a candela y los susurros de las pocas personas que somos. Cuando mis padres me contaron que querían hacer una pequeña reunión con la familia y amigos cercanos lo acepté porque sé que a mi tía le encantaba estar acompañada. Pero no sabía que dentro de la palabra familia entraba Sandra, la hermana pequeña de mi madre que no ha querido saber nada de nosotros desde hace años. Al parecer eso de abandonar y desaparecer va en los genes. Observo su comportamiento y me altera verla todo el tiempo sonreír descaradamente detrás de la pantalla de su móvil, si no fuera por el lugar y la situación en la que estamos le cantaría las cuarenta.

Mi gesto se suaviza cuando mis ojos se pasean por la sala y capto a las mejores amigas de mi tía. Clara, Aurora y Macu, que tienen una carita de pena que me duele hasta el alma. Después, veo a Hugo y Jess hablando con todos los presentes y volcándose para que estén cómodos. Mi madre está en el sofá frente a la chimenea, sentada al lado de mi padre y hablando con un vecino. Y Marco, apoyado en la ventana con una taza en las manos, me hace sonreír con cariño. Echo tanto de menos que estemos bien, que su comportamiento me está afectando más de lo que debería teniendo en cuenta que hace unos

días quería romper con él.

Le estoy dando vueltas a mi vida amorosa, cuando a Sandra se le cae el teléfono de las manos y llama la atención de la mayoría. Ni siquiera sé que siento por ella, pero desde luego amor no es. A penas la conozco. Mi familia es tan perfecta para todos, pero tan imperfecta en la intimidad que me apena. Mi madre biológica nos abandonó cuando era una niña, Sandra no quiere saber nada de nosotros, mi tía acaba de morir, los padres de mi madre murieron hace años y con mi padre hace mucho que no estoy unida.

Lo que dañó nuestra relación fue mi ingreso al internado cuando tenía seis años. Os preguntaréis, ¿Y debido a qué estuviste en uno? Pues muy sencillo. En la zona de Madrid donde he vivido siempre, hasta que me emancipé, es de caché y pijerio, aunque eso es más bien fachada, tienen como moda matricular a los niños en el internado más codiciado de Madrid hasta que terminamos la universidad.

Oh sí, porque el maravilloso edificio tiene colegio, instituto y universidad. Vamos, más bien, un lugar en el que los padres ricos echan a sus hijos para quitárselos de encima.

Mis primeros días fueron un asco hasta que conocí a Jess, con la que tuve una fuerte conexión desde el momento en que compartimos unas risas. Conocerla a ella me llevó a conocer a Hugo, que en ese entonces era jugador del equipo de futbol del Internado, lo que nos hizo conocer a Marco. Y, aunque Marco no congenió del todo con Hugo y Jess, quedábamos para salir y estudiar juntos. Desde el momento en que nos conocimos nunca nos separamos y todo cambió para mí.

Aunque me queje de haber tenido que pasar la infancia, adolescencia y parte de mi juventud en el internado tengo que admitir que me vino muy bien para los estudios y Jessica, Hugo, Marco y yo estábamos entre los mejores estudiantes. Como siempre he sido una aficionada a la fotografía, no hace falta que os diga qué carrera estudié. Además, hablo varios idiomas entre los que mejor domino es el inglés. Pero, aunque tenga un currículo académico extraordinario, no puedo olvidar que tan solo siendo una niña volvía a casa en vacaciones y algunos fines de semana.

Ni siquiera sé cómo he acabado sentada en el sofá de piel que está frente a la chimenea. He estado tan sumida en mis recuerdos que no he sido consciente de que me he levantado.

—He puesto en la cocina los ramos de flores que os han traído. No sabía muy bien donde ponerlos.

Dejo caer los ojos en Huego, que se aproxima a mí y se sienta a mi lado. Me siento como en casa cuando pasa un brazo por mis hombros y me estrecha.

—Está bien, no importa donde los dejes. Gracia por todo —digo

mirándolo a él y luego a Jess que se ha colocado de pie delante de la chimenea para calentarse—. No sé qué haría sin vosotros.

Estamos así, acurrucados y en silencio, durante un rato hasta que alguien lo reclama en la cocina. En cuanto Hugo se marcha seguido por Jessica, Marco se acerca a mí aprovechando que nadie está encima de mí preguntando como me encuentro. Las amigas de mi tía me hacen compañía y me cuentan alguna que otra historieta de las suyas, alegrándome un poquitín durante bastante tiempo.

Cuando los invitados empiezan a marcharse estoy exhausta. Necesito meterme en la cama y descansar, pero eso no hace que me niegue a ayudar a Laura y mis padres a recoger. Por suerte en menos que canta un gallo lo tenemos todo limpio.

Estoy recogiendo los vasos para meterlos en el lavavajillas cuando escucho a mi madre invitar a Marco y mis amigos a cenar, pero todos rechazan la invitación porque trabajan al día siguiente.

La vida sigue y ni siquiera la muerte de un ser querido la detiene, aunque sea unos segundos.

Después de despedir a mis amigos, con abrazos, besos y algunas risas, toca hacerlo con Marco. Lo acompaño hasta la puerta y me dejo abrazar con fuerza. Hundo la cara en su pecho, que está muy suave por el chaleco que lleva y también dejo que me acaricie y bese la cabeza.

—Intenta descansar, lo necesitas —Me dice con los labios pegados a mi pelo. Siento el calor de su aliento sobre él, pero no me muevo.

Cierro los ojos y disfruto de lo bien que me siento entre sus brazos... hacía tanto que no estábamos así. Lo estrecho un poco más y después me separo, tengo que dejar que se vaya.

—Me encanta cuando eres cariñoso. Gracias por haberme acompañado estos días.

No sé por qué, pero en cuanto suelto esas palabras algo me atenaza el cuerpo. No quiero ser mal pensada, pero tampoco puedo obviar que llevo días pensando en que Marco volverá a estar distante antes de que me dé cuenta y todo volverá a ser como antes.

—Eh, sabes que siempre me tendrás.

Me retira con dulzura un mechón de pelo que cae sobre mi cara y me besa. Me besa con cuidado y tranquilidad y no puedo sentir otra cosa que una despedida.

Veo como el coche de Marco desaparece en la carretera y cierro la puerta con llave. Voy a mi antigua habitación, la cual está como la dejé, y entro en el cuarto de baño que hay dentro. Abro el agua caliente y empiezo a desnudarme, después de meter la mano debajo del grifo y regular la temperatura me meto en la bañera y dejo que el agua caliente acaricie mis penas. Cierro los ojos, sintiendo como mis pies helados por el frio se sienten hervir cuando el agua hace contacto

con ellos. Dejo que las lágrimas salgan y se mezclen con el agua. Lo hago hasta que me siento un poco mejor y salgo de la bañera para secarme. Como un autómata me coloco el pijama y me meto en la cama.

Mañana será otro día.

· Capítulo 6 ·

Zeus

Midtown, Manhattan, 05:00.

—Tienes que venir enseguida, ha entrado un chico en estado crítico y necesita intervención.

Dejo el dispositivo en la mesilla y me visto. Sin despedirme de Cristal, cojo mis cosas y salgo del apartamento. Vivo cerca del hospital por lo que el trayecto es corto.

· Capítulo 7 ·

Ava

Ha pasado una semana y la ausencia de mi tía es horrible. Añoro nuestras charlas, nuestros paseos comiendo pipas y nuestras tardes de dulcecitos y café todos los días. Incluso, a veces, cuando me suena el móvil corro para cogerlo con la esperanza de que su nombre aparezca en la pantalla, aun sabiendo que eso no volverá a ocurrir.

Unos días después de la reunión en mi casa, mis padres y yo decidimos ir al piso de mi tía. Durante varios días recogimos sus pertenencias y todas las que no pudimos quedarnos las donamos a una organización para personas sin hogar.

Dos días después retomé mi trabajo y me volqué en él, algo que me ha sentado muy bien porque la mayor parte del tiempo me olvidaba de mis problemas. Además, las horas que tenía libre las pasaba con Jess y Hugo a pesar del cúmulo de responsabilidades que tienen ambos con sus trabajos.

Y Marco...bueno... Lo último que supe de él fue un mensaje hace cuatro días. No lo he vuelto a ver desde el día de la reunión en casa de mis padres y no sé nada de él desde su último mensaje: «Tengo mucho trabajo hoy». Tampoco me sorprende, algo en mi interior me decía que todo volvería a ser igual de desastroso que antes. No le he vuelto a escribir porque quiero que sienta mi orgullo y sepa que no me voy a arrastrar por nadie que pasa de mi culo, me jode, me entristece y me enfurece todo esto.

¿Qué clase de persona, que supuestamente ama a otra, no le escribe durante días? ¿Ni la llama, ni se preocupa por ella? No se trata de estar hablando las veinticuatro horas del día, pero un «¿Qué tal?» O «Tengo ganas de verte» vienen bien en una relación. No sé, llámame loca.

Y pensar que me había replanteado romper con él. ¡Ja! Ahora tengo más claro que el agua que en cuanto vuelva a verlo ¡Lo dejo!

Los días siguen pasando y gracias al trabajo consigo olvidarme un poco de la usencia de Marco, del que no sé nada desde hace casi dos semanas. Esta mañana he recibido a una madre y su hija para hacerle un reportaje a la peque. Estoy detrás de la cámara intentando capturar las mejores poses de Gabriela, una niña de tres años con el pelo rubio como el sol y los ojos azules como el océano, cuando empieza a berrear. A pesar de que su madre se queja por ello, yo entiendo a la

pequeña. Lleva dos horas sentada en el mismo silloncito esperando pacíficamente a que su madre decida cuál es la mejor foto. En algún momento tenía que explotar.

Agobiada por el propio agobio de la niña, dejo la cámara en una mesa libre que tengo a mi lado y la cojo en brazos para que se tranquilice. Adoro los niños pequeños, son tan regordetes, alegres y achuchables...

—Princesita ¿No quieres hacerte más fotos? —Doy un par de vueltas con ella en brazos y no tarda ni dos segundos en carcajearse. Que sonido más hermoso —. Vamos tesoro, ya queda poquito.

Mis palabras parecen calmarla y yo vuelvo al trabajo, sonriente, mientras escucho de fondo una canción que me gusta mucho y que se titula: *Fascinación* de Carlos Rivera.

Una hora más tarde, Gabriela está manchándose la boca con una piruleta roja y su madre revisa las fotografías en mi ordenador.

—Estas fotos son preciosas Ava. No sé cuál elegir. Haces un trabajo magnífico. —señala la madre con una sonrisa de oreja a oreja.

Me encanta cuando mis clientes me halagan. Puede sonar muy presuntuoso, pero es que saber que mi trabajo alegra y gusta a los demás es una de las cosas más gratificantes del mundo. Yo fotografío y ellos se van felices a sus casas, por eso cuando me dicen lo bien que lo hago ¡Me lo creo!

—Muchas gracias, Sofía. Me alegra mucho que te gusten. —respondo contenta mientras paso las imágenes.

—Tienes que montar un estudio —suelta ella mientras hace muecas a las fotos—. Estoy segura de que se llenaría.

La miro y pienso en ello. Llevo tiempo queriendo hacerlo, pero no es algo que se hace fácilmente. Los locales que he encontrado hasta ahora son muy pequeños o demasiado grandes, no tienen ventanas, otros, demasiada luz... Por más que busco no encuentro el lugar idóneo. Me levanto de la silla y me separo un poco para observar el espacio de la habitación en la que estamos. Es la que usaba para los invitados y que, necesitada de trabajar, he redecorado para que parezca un estudio de fotografía.

—Créeme que está en mi lista de deseos, pero por ahora tiene que seguir ahí. No es una buena época para montar un negocio y no encuentro un local que me llene, por lo cual tengo que posponerlo.

Sofía no dice nada más y me regala una sonrisa a modo de respuesta antes de echarle un último vistazo a las fotos. No puedo evitar poner los ojos en blanco cuando no me ve, llevamos horas así. Gracias al cielo, la madre elige las fotos y el álbum en el que las vamos a plasmar, coge a su hija en brazos y sale de mi casa.

¡Bendito seas silencio!

Antes de que se haga más tarde me pongo a recoger el decorado y

todo lo que he utilizado para este reportaje y coloco lo necesario para el que tengo mañana por la mañana. Una vez está todo listo, sin pensármelo, me voy al cuarto de baño y lleno la bañera con agua caliente. Cuando está considerablemente llena, le echo unas bolas de baño que compre por internet y me meto, aunque no sin antes poner en aleatorio mi lista de canciones en el móvil. No puedo ducharme sin música. De inmediato suena Coldplay y sonrío entrando en la bañera.

Que gustazo el agua caliente en el cuerpo helado. Estoy a punto de echar humo por el contraste de temperatura.

Me deslizo y apoyo la cabeza en el borde de la bañera, cubriéndome así el agua hasta el cuello. Lo necesito, estoy tan estresada por todo lo que está pasando que me llevo todo el día con los músculos en tensión. Cierro los ojos, dejo la mente en blanco, el calorcito del agua se apodera de cada parte de mi cuerpo llevándome a la tranquilidad que necesito en estos momentos.

Entonces, un pitido suena y me alerta de que tengo un mensaje. Con el ojo izquierdo un poco abierto miro hacia la mesa auxiliar que tengo pegada a la bañera y donde se encuentra mi teléfono. Le doy varios segundos para que vuelva a sonar, porque si no lo hubiera hecho no lo habría cogido. Me seco las manos en la toalla que tengo también sobre la mesa, bajo la barra de notificaciones y veo que se trata de mi grupo de WhatsApp “Los canallas”.

Río al recordar a que se debe el nombre. Todo empezó con una noche de fiesta en el bar que solíamos frecuentar los fines de semana (digo frecuentar porque nos prohibieron la entrada) en el que Hugo, después de atiborrarse a chupitos acabó bailando semidesnudo sobre la barra del bar. Para obligarlo a bajar, Jess y yo nos subimos también. Cuando los camareros nos vieron no dudaron en llamar a los porteros y estos nos echaron a la calle, donde había una señora —con el pelo cargado de rulos de colores, una bata celeste con el lazo tan apretado que parecía una lechuga amarrada y unas zapatillas de estar por casa con su taconcito— paseando a su chihuahua. Esta en cuanto nos vio las pintas nos llamó canallas y mil improperios más que seguramente habría aprendido en alguna telenovela por las tardes.

Cuando me dispongo a leer los mensajes, me entero de que Jessica ha puesto la oreja en su turno de mañana en la tienda en la que trabaja y por lo que Hugo se está cachondeando de lo lindo. Poco después mi amiga suelta un cotilleo de los buenos y es qué Susana la hija de una mujer del barrio, muy señoritinga ella, se ha quedado embarazada y no sabe quién es el padre.

Me imagino a mis dos amigos tirándose pullitas mientras una defiende cotillear entre las clientas y Hugo le reprocha que es una cotilla. Los puede ver gritar en mi cabeza como si los tuviera delante.

Jessica es la típica mujer de veintiocho años con la cabeza bien

amueblada y un futuro que tiene claro que va a conseguir. La primera impresión que obtienes de ella es de insolente porque siempre tiene ese labio superior hacia arriba, y lo más graciosos es que ni ella misma se da cuenta de que te está mirando así. Pero después es la mejor amiga del mundo, siempre que estás triste ella viene e intenta consolarte, apoyarte y mimarte.

Hace ocho años tuvo un novio, se llama Francisco. Al principio era el novio que todas queríamos tener, después de varios meses se convirtió en un verdadero incordio y en lo peor que le podía haber sucedido a Jessica. Siempre estaba enfadado, nunca la dejada respirar ni un segundo, le ponía impedimentos cuando quería salir y no dejaba que hablara con Hugo sin él estar presente. Como era lógico, todos sus seres queridos pusimos remedio y conseguimos que lo dejara y que Francisco no volviera a acercarse a ella.

Después está Hugo. Mi Hugui. Es el típico tío en el que, con solo mirarlo a los ojos, puedes ver amor, cariño, fiestas, locura. Y cuando lo conoces, eso mismo es lo que te ofrece. Hugo es lo que ves, ni más ni menos. Siempre es muy protector con nosotras y nosotras lo adoramos.

Aún recuerdo cuando éramos unos adolescentes y se interponía en todas las citas que Jessica y yo íbamos a tener. Les decía a los chicos que éramos sus hermanas pequeñas y que, si se acercaban a nosotras, se la verían con él. A pesar de que nos jorobaba las citas, nosotras no podíamos estar más de cinco minutos enfadadas con él y acabábamos perdonándonos entre risas.

Siempre me he sentido afortunada de tenerlos en mi vida.

A mí que también me encanta un cotilleo, me sumerjo en la conversación que están teniendo mis amigos y no me contengo en hacer preguntas para sacar información. Nos llevamos un buen rato hablando de Susana hasta que Hugo pregunta que estamos haciendo. Yo, que lo conozco demasiado bien, respondo con una sonrisa en los labios:

Me estoy dando un baño que me está sentando de maravilla.

Como esperaba, Hugo no tarda en responder:

Hugui: Un baño, ¿Con esas bolas de colores que compramos por internet?

Asiento, aunque no puede verme, y tecleo.

Ajaaám.

Mi teléfono no tarda en volver a sonar entre mis manos.

Hugui: Buaah, voy a darme uno ahora mismo. Hasta mañana bomboncitos.

Jess: ¿Ya te vas?

La pobre de Jessica se ha quedado a mitad de otro cotilleo y divertida porque me estoy imaginando su cara, le respondo:

Ni siquiera creo que vaya a leer estos mensajes. Después de su bañito, cae desplomado en la cama. Y yo lo haré en cuanto salga de la bañera y me ponga el pijama. Hasta mañana guapetona.

Antes de dejar de nuevo el teléfono sobre la mesa, veo que Jess ha respondido.

Jess: A la mierda el cotilleo. Buenas noches mis dioses.

Sonriendo, salgo de la bañera mientras esta se va vaciando, me seco un poco el pelo con una toalla antes de enrollarla en él y después me seco el cuerpo. Muerta de frío, me coloco rápidamente mi pijama de pelitos y me voy directa a mi habitación, donde me coloco delante del espejo para echarme una cremita buenísima en la cara.

Conforme abro el bote y me echo pinceladas de crema en el rostro para extenderla con delicadeza, observo las ojeras que se han implantado en mis ojos hace semanas. Y sin poder evitarlo le echo una ojeada al resto de mi cuerpo. El cual, según mi padre, es igualito al de mi madre. A pesar de que eso siempre me crea rabia, tengo que reconocer que me gusta mi cuerpo y me quiero. Pero también debo reconocer que estoy echa un asco y necesito un cambio.

Mi piel no es muy oscura, por lo que las ojeras parecen dos puñetazos dados con ganas. Ni que decir tiene que mi melena de color negra las hace resaltar aún más. Hace años, mirando una fotografía de mis padres, corroboré que mi estatura, no muy alta, y mis curvas son de mi madre biológica. Sin embargo, mis ojos son del mismo color gris que los de mi padre.

Mis ojos suben por mis piernas y no sé porque, pero se detienen en mis pechos. Esos que están escondidos debajo de la camiseta del pijama. Ya podría haberme dejado mi madre esa herencia, pero ni eso pudo. A pesar de lo que pueda pensar a veces de mis pechos, no es que les tenga mucha tirria. Aunque son pequeños, están en buena posición y puedo sacarles partido que da gusto.

Después de resoplar, porque no me gusta cómo me estoy viendo y

corroborando que necesito un cambio en mi vida el cual empieza sin Marco, sigo extendiendo con delicadeza la crema sobre mis mejillas, frente y barbilla con movimientos suaves y en pequeños círculos. Cuando he acabado, con las manos congeladas del frío, me voy a la cama y me tapo hasta arriba con las mantas.

Estoy dispuestas a apagar la luz de mi mesilla de noche, darme la vuelta y soñar con los angelitos, pero algo en mi interior me obliga a coger mi teléfono y mirar el chat de Marco. Rápidamente veo que está en línea, ¿Me escribirá? Aunque esté muy cabreada con él y quiera dejarlo, no puedo obviar todos nuestros años de relación.

Como una pánfila espero que lo haga, pero no ocurre y eso solo hace que quiera tirarle el móvil de canto en toda la cara. ¡Será cabronazo! Mi idea es dejar el móvil en la mesilla y pasar de él, pero como es de esperar no me puedo estar quietecita y para cuando me quiero dar cuenta ya estoy releyendo los últimos mensajes que nos escribimos.

Soy masoquista, ¡Que le voy a hacer!

Leo varias veces mi absurdo mensaje en el que le pregunto dónde está, sintiéndome una idiota, y el de respuesta de él donde me dice que está ocupado. Malhumorada, aireada y con ganas de dar un par de gritos me obligo a dejar de una vez el dichoso teléfono móvil en la mesilla y descansar, lo necesito.

Y sin más, me quedo dormida pensando en el idiota de Marco.

· Capítulo 8 ·

Zeus

Midtown, Manhattan 18:30.

El mes de enero está siendo una auténtica mierda. Estoy casi todos los días en el hospital y encima Cristal no se despega de mí ni un segundo, lo que me hace estar enfadado la mayor parte de los días.

Lo pago con todo el mundo, mis amigos me esquivan y casi no he hablado con mi padre estos días y cuando lo hago es para discutir. El único momento de paz que consigo tener es cuando veo a mis sobrinos.

Acabo de llegar del hospital, he tenido que realizar una operación de cinco horas y necesito darme una ducha. Dejo mi teléfono en el mueble de la entradita junto a las llaves, entro en mi despacho y dejo el maletín sobre el escritorio, voy a mi habitación donde entro en el vestidor, cojo algo de ropa y me meto en la ducha. Abro el agua caliente y permito que me relaje el cuerpo, poniendo la mente en blanco para desconectar por completo.

Ha sido un día duro. Cuando termino, me seco y me coloco el pantalón y camiseta que he cogido y me meto en mi despacho.

· Capítulo 9 ·

Ava

—¿Me estás diciendo que ese descerebrado no ha vuelto a hablarte?

Niego con la cabeza sin necesidad de decir ni una palabra. En cuanto Jess sigue mis movimientos aprieta los labios con fuerza y sé que en su cabeza le está dando una paliza a Marco.

—Es que este tío no aprende, ¿Qué tiene que hacer para no poder escribirte ni un mísero mensaje o venir a verte unos minutos? Es que no lo entiendo de verdad, si lo tuviera delante...

Dejo que Jess despotrique y suelte por ese piquito de oro que tiene todo lo que necesite, mientras yo me hago miles de preguntas. Realmente, ¿qué lo mantiene tan ocupado? Sé que su trabajo le ha robado mucho tiempo en varias ocasiones, pero nunca había estado tan ocupado como hasta ahora y eso me preocupa bastante. No hay que ser muy listo para saber que me está esquivando, pero ¿Por qué? Se suponía que él apostaba por esta relación y era yo quien quería terminarla. Ahora tengo la maldita sensación de que los papeles se han cambiado.

Me muevo en el sofá incómoda con el mal presentimiento de que está ocurriendo algo que cuando me entere no me va a gustar. Solo espero que no me esté engañando con otra, ¿Por qué no creo que lo esté haciendo? ¿O sí? Ay, madre lo malito que se me pone el cuerpo de solo imaginarlo. No creo que ese impresentable tenga la poca decencia de estar con otra y dándome plantón a mí.

No sé cuánto se me contrae la cara al pensar en eso, pero lo que sí sé es que Jessica se huele algo y por eso me está mirando como si pudiera leerme los pensamientos.

—¿En qué piensas? —pregunta levantando demasiado una ceja.

—¿Yoooo?

—No, mi padre —refunfuña cruzando los brazos—. Sí tú, conozco esa cara de: estoy pensando en algo malo.

Mierda, a veces me planteo si es bueno que alguien te conozca tanto. Aun sabiendo que me ha pillado, defiendo mi postura.

—No pienso en nada malo, solo estaba escuchando lo que me decías.

—Dios... No sé porque insistes. Dímelo de una vez —me presiona acercándose un poco más a mí.

—Déjame que no tengo nada que decir. —insisto mientras coloco mis piernas sobre el regazo de Hugo, quién hasta ahora no ha abierto

la boca.

Nada convencida con mis palabras, mi amiga se acerca aún más a mí, obviando que Hugo está en medio, y me mira intensamente a los ojos. Me observa durante unos segundos, buscando yo qué sé en ellos y después se deja caer con aplomo en el sofá, suelta un largo suspiro y alarga un brazo hacia mí.

—¿Me lo prometes?— dije sacando su dedo meñique.

Miro su dedo casi doblado, esperando que el mío se enrede en él y prometa no estar engañándola, y suspiro dándome por vencida. La promesa del meñique es sagrada para nosotros.

—Está bien —Suspiro dándole un manotazo en la mano para que la quite de mi vista. Mirándola, me pongo derecha y suelto lo que pensaba—. Me preguntaba si quizá esté engañándome.

De repente, Hugo me mira a los ojos y Jess suelta una risotada.

—Anda ya mujer, no pienses eso. Por muy mal que se esté comportando, no creo que fuera capaz de hacer eso. Al menos, no por su bien.

No puedo evitar sonreír, esta Jess...

—Huguito, ¿A que tú tampoco crees que lo haga? —le pregunta entonces a nuestro amigo, que sigue de la misma postura que cogió al principio.

Jessica lo mira con cara de saber lo que va a responder, pero esta se cambia en cuando Hugo habla.

—Puede que sí lo esté haciendo.

Vale, ninguna nos esperábamos esa respuesta y queda patente por cómo nos miramos con los ojos abiertos como platos. Hugo, que creo que no es consciente de que sus palabras pueden hacer daño, simplemente se encoge de hombros.

Sin poder evitarlo me dejo caer en el sofá y dejo que sus palabras me afecten. Porque lo hace, ya os digo que lo hace. Aunque esa duda ronde por mi cabeza, esperaba que ellos me dijeran que es una locura y al no hacerlo lo único que ocurre es que vuelva a inundar mi mente. Y ahora todo empieza a tener sentido.

Su ausencia, sus mensajes cortos, las veces que está en línea por las noches y no llega ningún mensaje, su preciosa y simpática compañera de trabajo...

—¿Qué? —escucho que pregunta Hugo.

—Como que ¿qué? —Lo imita Jess con reproche —¿Es que ahora eres un insensible? Podías haber sido más sutil y pensar un poco en como tus palabras pueden afectar a quienes las escuchan.

—Joder Jessica, solo he dicho lo que pensaba.

—Ah, ¿pero lo has pensado y todo? —Lo regaña mi amiga muy afectada.

Hugo parece no escucharla y se mueve para ponerse frente a mí,

dándole la espalda a ella que lo mira achinando los ojos.

—¿Cuánto tiempo hace que no habláis? ¿Desde cuándo no os veis? ¿Cuándo fue la última vez que te demostró su interés? Dejando a un lado los días de la muerte de tu tía —Sé que espera una respuesta, pero no puedo dársela ya que no la tengo. Sus preguntas me han pillado por sorpresa y, por encima de su hombro, puedo ver que a Jessica también. Viendo que no respondo, Hugo suelta un bufido —¿Cuánto hace que no folláis?

—Pero Hugo... ¿A qué viene esa pregunta? —exclama Jessica muy indignada. Pone una mano en el hombro de nuestro amigo y lo obliga a girarse, luego me mira a mí— Ava, no respondas si no quieres.

Hugo la mira boquiabierto y frunce el ceño.

—¿Ahora nos ocultamos cosas? Ni que fuera la primera vez que hablamos de algo así.

En eso tiene razón, siempre nos lo hemos contado todo. No hay algo en la vida de uno de nosotros que no sepamos y sé que lo que Jess acaba de decir lo ha ofendido. Quiero decirle que no le oculto nada, pero él no me da lugar.

—Mira bombón, te lo he preguntado porque después de lo que nos cuentas no puedo pensar en otra cosa. Si no se acerca a ti, ni se preocupa por ti y ni siquiera os acostáis, puede ser porque otra persona esté ocupando sus atenciones.

Ni quiero ni pienso darle la razón, aunque todas sus conclusiones no me hagan pensar en otra cosa que en dársela. No quiero, porque no puede ser. No puede ser verdad que Marco pueda estar poniéndome los cuernos. No.… porque como así sea ¡Lo mato! Uy que si lo mato ¡Y me recreo en hacerlo!

Me masajeo la sien para que todos los malos pensamiento se vayan de mi mente porque si no podría explotar de un momento a otro. Confundida miro a mis amigos que a su vez me miran a mí y sin decir una palabra me voy a la cocina.

Por el camino escucho como Jess le echa la bronca y que Hugo le responde algo, pero como ya estoy abriendo el frigorífico no consigo escuchar con claridad qué es lo que le dice. Después de sacar la caja de leche, cojo una taza del armario y vierto el líquido en ella. Cuando la tengo llena, meto la taza en el microondas y lo programo un minuto. Mientras la taza da vueltas en el interior del electrodoméstico, cojo un bote de miel de la despensa y una cuchara del cajón. Una vez lo tengo todo sobre la encimera y el microondas me avisa de que su trabajo ha terminado, hago la mezcla y le doy un trago que me sienta de maravillas.

Tomándome la leche sigo escuchando el alboroto que mis amigos tienen montado en el salón, pero cuando de repente dejo de escucharlos no puedo evitar fruncir el ceño. Al igual que cuando dos

niños pequeños se quedan en silencio, hay que echarse a temblar cuando ya mis niños adultos lo hacen. Algo traman seguro.

Con cuidado dejo la taza sobre la encimera y estoy dispuesta a ir al salón para ver a que se debe que se hayan quedado mudos, pero entonces me interceptan en la puerta de la cocina. No puedo hacer otra cosa que sonreír cuando Hugo me abraza y automáticamente desaparezco entre sus brazos porque es más alto que yo. Aunque, a decir verdad, no es difícil ser más alto que yo.

—Lo siento, no quería ser un troglodita.

Encantada lo abrazo con más fuerza y noto como Jess se acerca y abraza a Hugo por detrás, quedando este entre las dos. Eso me hace reír porque sé lo que va a ocurrir. No pasan ni dos segundos, cuando Hugo empieza a removerse incómodo entre nosotras.

—Eh, chicas ¿Podéis soltarme?

Tras soltar una risotada, Jessica y yo hacemos lo que nos pide. Hugo se agobia fácilmente cuando le agarras las manos, los pies o alguna extremidad y no puede moverse. Siempre que alguien se entera de su fobia, le cuesta creer como un hombre tan alto y fuerte puede tener un miedo así. Además, no es capaz de ver una película de terror sin alguna de nosotras.

—Que no te cunda el pánico Hugo.

Tras decir eso, mi teléfono suena y al ver que se trata de mi madre levanto un dedo para disculparme y coger la llamada.

—Hola mamá —digo apoyándome en la encimera.

—Hola cariño ¿Qué tal el día? ¿Mucho trabajo?

—Muy bien, la verdad es que sí. Hoy he tenido toda la mañana ocupada y ahora están aquí los chicos.

—Me alegra que te distraigas. Diles hola de mi parte —Hago lo que mi madre me pide.

Durante un rato hablo con mi madre de un sinfín de cosas que me sacan una sonrisa y de inmediato los echo de menos. Hace una semana que no paso tiempo con ellos, por lo que propongo:

—En cuanto tenga una mañana libre, voy a casa para almorzar.

Mi madre suspira y escucho que se mueve.

—No te preocupes cariño, tu padre y yo sabemos que estás muy ocupada.

Pongo los ojos en blanco, ella como siempre me excusa y yo sé que no lo merezco.

—Lo sé, pero quiero veros, charlar con vosotros, saber cómo estáis.

—Nosotros estamos bien, tu padre algo cansado del trabajo y yo esta semana haciendo horas extras en el hospital.

Su voz suena tan cansada que su cara agotada se instala en mi mente y es lo único que veo. Estoy cansada de decirles a mis padres que se tomen un respiro, por muy mal que pueda sonar podemos

permitírnoslo. Hace años que la familia de mi padre es inversora y gracias al esfuerzo y constancia de mi padre para que esas inversiones no decaigan siempre hemos tenido un buen patrimonio. Además, ellos, por otra parte, se matan a trabajar para que el dinero siga llegando a casa. Se merecen estar un tiempo sin trabajar y dedicándoselos a ellos mismos.

—Mamá vuelvo a repetirlo, creo que deberíais coger unas vacaciones o dejar el trabajo. No os hace falta, pero algo de tranquilidad sí.

Como siempre que lo digo, mi madre no está de acuerdo conmigo.

—Y yo te repito a ti, que el dinero se acaba en algún momento y que tu padre y yo somos jóvenes para dejar el trabajo. Además, ¿qué te he dicho siempre de conseguir nuestros objetivos y tener un futuro sólido? Un trabajo te da solidez y experiencia entre muchas otras cosas.

Lo sé y le doy la razón. Yo misma me veo incapaz de estar metida en casa chupando del bote, pero solo quiero lo mejor para ellos. Y como también sé que esta batalla está ganada y no por mí precisamente, me limito a cambiar de tema.

—Oye, ¿has llamado para alguna otra cosa?

—Para decirte que mañana a las nueve de la mañana tienes que estar en la notaría por lo de la herencia de tu tía. Allí estará nuestro abogado y leeremos con él el testamento. Cuando cuelgue, te paso la ubicación.

—¿Mi tía ha dejado herencia? —Mis amigos me miran de inmediato. Cotillas— ¿El qué? ¿a quién?

No sé porque, pero mis propias preguntas me encogen el estómago. ¿Y si la muerte de mi tía y su herencia hacen que mi madre biológica vuelva a aparecer? Solo de imaginarlo me entra un no sé qué por el cuerpo. Una sacudida me desarma por dentro y entonces escucho a mi madre de nuevo.

—No lo sabemos por eso nos han citado allí. Ni se te ocurra llegar tarde Ava.

—No mamá, ¿por quién me tomas? Es algo importante. Estaré allí puntual.

—Hasta mañana tesoro.

—Dale un beso de mi parte a papá.

Acabo de finalizar la llamada con mi madre y ya mis amigos se han recolocado a mi lado.

—¿Te imaginas que tu tía era rica y te ha dejado toda su riqueza? —pregunta entonces Jess, sonriendo como una auténtica psicópata.

—Bah, tontería. Nos han citado a nosotros porque somos los únicos familiares directos con los que pueden contactar. Seguramente le habrá dejado el piso a mi tía Sandra o a Ana. Que yo sepa, mi tía no

poseía nada más.

—¿Quién sabe? A lo mejor tenía una doble vida y te he dejado todo a ti.

Eso sí que me sorprende, aunque más todavía quien lo dice. Ahora no solo Jessica está loca, Hugo también.

—¿De qué habláis? Además, tiene dos sobrinas más que son Ana y Sandra, ¿Por qué iba a dejarme nada a mí?

Como si lo que acabara de decir fuera una locura, Jess me mira poniendo los ojos en blanco mientras se sienta sobre la encimera.

—Sabes también como nosotros que tú eras como una hija para tu tía María y que te adoraba como a nadie. Algo te caerá.

En eso lleva razón. Nuestra relación era estupenda y estábamos muy unidas. Pasábamos casi todas las tardes juntas y, si no podíamos, nos llamábamos. La veía más que a mis propios padres y ella me mimaba más que estos. Por eso mismo, me resulta difícil creer que mi tía tuviera secretos y mucho más que tuviera una vida oculta. Es una idiotez. Aunque, ¿y si la tenía? Sería una locura.

¡Madre mía! No sé ni cómo puedo pensarlo, después miro a mis amigos y entiendo que lo haga.

—Tengo tanta hambre que me comería a un caballo.

Jessica y yo miramos a Hugo, que se está zampando el queso que guardo en el frigorífico y nos reímos divertidas. Entre risas, nos preparamos algo de cenar y nos volvemos al salón, donde nos sentamos en el sofá para disfrutar de nuestra cena improvisada. Hablamos sin descanso, cotilleamos y bromeamos sin mirar la hora hasta que Hugo pregunta:

—¿A qué hora has quedado con tus padres?

—A las nueve de la mañana —respondo entonces mientras observo como disfruta su cerveza.

—Uf, entonces vámonos ya Hugo. Mira la hora que es.

Según mi amiga dice eso, miro la hora en el móvil y no me puedo creer que haya pasado tan rápido el tiempo y ni siquiera nos hayamos dado cuenta. Alarmada porque como no duerma mis ocho horitas no soy persona, empiezo a recoger la mesa.

Después de dejar todo en la cocina, vuelvo al salón y recojo las cosas de cada uno. Se las planto en las manos y los empujo hasta la puerta para que se marchen. Como llegue tarde a la cita, mi madre me mata.

Jessica me da un beso en la mejilla y Hugo me abraza antes de marcharse. Cuando ya he cerrado, echo la llave y me voy a mi habitación. Una vez me he colocado el pijama y metido en la cama, miro por última vez mi teléfono y me encuentro con dos mensajes. Uno de mi madre, que me envió la ubicación de la notaría, y otro de Marco.

Cariño, siento mucho haber estado tan ausente, pero he tenido mucho trabajo. Te lo compensaré, te lo prometo. Espero verte mañana.

¿Pero de que va? Desaparece y ahora pretende verme...Este sin duda está mal de la cabeza. Por eso y mil cosas más, igual que leo el mensaje sin entrar en su chat lo ignoro. No pienso responderle ni ahora, ni mañana, ni en ningún otro momento.

Cabreada por la poca sensibilidad del estúpido de mi ex, porque está claro que ya lo es, aunque él no lo sepa, dejo el teléfono sobre la mesilla después de asegurarme de que he puesto como diez alarmas y apago la luz.

Por la mañana no me cuesta nada levantarme y en cuanto me doy una duchita rápida me coloco ropa bien abrigada. Está haciendo un frío horroroso. Me tomo un café bien caliente y cargado y, tras meter la taza en el lavavajillas, pues odio fregar, salgo de casa.

Bajo al parking subterráneo de mi edificio y me monto en el coche, arranco el motor y me pongo en marcha. Aunque no sin antes encender la radio.

Mientras sorteo el tráfico y me dirijo a la notaría, escucho con atención las noticias de la radio. Al parecer, un joven cirujano de Nueva York ha realizado por tercera vez este año una operación larguísima y de la que no esperaban buenos resultados. Por lo visto, este cirujano realiza operaciones increíblemente difíciles y todas resultan exitosas. Me alegra mucho oír eso y valoro mucho más el trabajazo que realizan siempre los sanitarios.

Sigo escuchando más noticias del cirujano cuando cambian radicalmente el foco de atención, que era la operación, para centrarse ahora en su vida privada y como no, amorosa.

Odio que la sociedad necesite saber más de la vida privada de alguien que sobre sus méritos y las cosas buenas que hacen en la vida. No lo soporto. Por lo que centro toda mi atención en el tráfico y media hora después estoy en la puerta de la notaría.

—Buenos días. —Les digo a mis padres cuando estoy lo suficientemente cerca.

No estoy que echo chispas, pero tampoco estoy demasiado contenta. Me quedé dormida tarde y eso me está pasando factura. Mis padres, que me conocen muy bien, se dan cuenta, pero hacen caso omiso a mi gesto taciturno.

—Buenos días hija.

Mi padre me planta un beso en la mejilla y mi madre hace lo mismo. Después me entregan un sobre que yo miro con intriga. ¿Qué será? La letra con la que está escrito mi nombre sobre el papel es la de

mi tía, lo que me intriga aún más. Estoy a punto de abrirlo cuando la mamo de mi padre se pone sobre las mías y me lo prohíbe.

—Tu tía quería que lo leyeras cuando ya supiéramos lo que dice el testamento.

Eso me confunde, ¿cómo saben ellos lo que mi tía quería? Y mi padre, que parece leerme la mente me lo aclara.

—Hace un año, tu tía nos entregó este sobre y una carta que nos pidió que leyéramos una vez ella no estuviera. En ella nos pedía lo que te acabo de decir.

Sin decir nada, observo el sobre que está entre mis manos. Es muy mono. Es de color lila y tiene unas flores secas pegadas en el anverso y mi nombre escrito en el reverso. Estoy ansiosa por abrirlo, pero sé que tengo que esperar. Como ya es casi la hora, subo un par de escalones de la corta escalera de la notaría para que me sigan.

Una vez dentro, nos quedamos a la espera en una sala. Donde me pregunto una y otra vez si realmente sabemos todo sobre la vida de mi tía Mari. Y donde también le doy vueltas a las insinuaciones de mis amigos, consiguiendo que la intriga y el nerviosismo se apoderen de mí.

¿Qué habrá escrito en el testamento?

· Capítulo 10 ·

Zeus

Manhattan, Nueva York, 04:00.

—Oh, mi amor. Sigue así.

Los gemidos de Cristal no hacen más que distraerme de lo único que deseo en este momento, desahogarme. Aunque más que gemidos son leves susurros. Esta mujer no grita ni aunque le roben el bolso. La tengo debajo de mí, desnuda y receptiva, muy receptiva.

Al parecer ha tenido un sueño húmedo y se ha despertado a medianoche con las pulsaciones a mil, se ha arrimado a mí y se ha metido bajo las sábanas buscándome y bueno, me ha encontrado. Llevamos semanas sin mantener relaciones, además de porque estoy ocupado, porque no me atrae como antes, no tengo la necesidad de acostarme con ella, aunque ahora lo esté haciendo.

Nunca me he aprovechado de ninguna mujer, las respeto y valoro como se merecen, y me parte el corazón estar haciéndole esto a Cristal. Pero por más que intento dejarla o pedirle que se marche siempre ocurre lo mismo.

—Vamos cielo...

Dice algo más, pero lo hace tan bajo que no la escucho bien. Tengo ganas de decirle que grite, que se mueva, que me reclame, pero ya lo he hecho durante demasiado tiempo, ahora para lo único que quiero que se mueva es para que se vaya. No quiero seguir haciéndole daño, me estoy comportando como un auténtico hijo de puta...

¡Mierda! Tengo la conciencia tan intranquila que acabo de tener un gatillazo. Joder, no me lo puedo creer es la primera vez que me pasa. Detengo mis movimientos y me salgo de ella poco a poco, me quito el preservativo y me voy al cuarto de baño. Por culpa de Cristal lo utilizo desde hace años, nunca mantengo relaciones con ella sin protección.

—¿Qué pasa? —La voz de Cristal chirria en mis oídos.

—Voy a darme una ducha.

—Querrás decir, vamos.

—Sé que te he dejado a la mitad, pero...

—Para nada, cielo. Casi llego por segunda vez. —Se mira en el espejo y se limpia la comisura de los labios como si se le hubiese quitado el pintalabios.

La miro atónito, ¿Cómo es posible que haya tenido un orgasmo y no me haya enterado? Eso me enfurece más. Estoy cansado, necesito más en mi vida, o quizá menos. Yo que se ya, quiero estar solo en mi

apartamento, que Cristal y su padre no tengan nada que ver con mi vida.

—No me he enterado, como no has dicho nada. —Entro en la ducha y me remuevo el pelo bajo el agua.

—Ya sabes que soy una dama, nosotras no gritamos.

Mejor no digo nada, si no la tenemos. Si ella supiera lo que pienso sobre lo que ella cree que es, el edificio temblaría. Escucho abrirse la puerta de la ducha y la miro de reojo, ni loco me ducho con ella.

—Cristal, necesito espacio. Déjame solo un segundo.

—Pero…

—Cristal. —Aprieto la mandíbula

Me mira unos segundos, de arriba abajo y, desnuda, sale del baño. Suelto el aire que tenía retenido y apoyo la cabeza en el azulejo de la pared, sintiendo como el agua recorre mi cuerpo. Todavía no puedo creer que se haya corrido y no me haya enterado.

Vuelvo a la habitación, Cristal está en la cama, con el pijama y su horrible antifaz puesto. Echo las sábanas hacia atrás para acostarme y cuando me tapo la escucho hablar entre dientes:

—Al menos espero que solo te haya gustado más que conmigo. —Sin más, se da la vuelta.

Esta mujer está acabando con la poca paciencia que me queda.

· Capítulo 11 ·

Ava

Cuando nos indican que podemos pasar, entramos en una pequeña habitación donde hay varias estanterías repletas de ficheros y libros muy gordos que admiro con detenimiento. Cuando mis ojos llegan al centro de la estancia veo un escritorio de madera con dos torres de folios, un ordenador y a un hombre canosos ojeando algunos papeles, sentado en una silla giratoria de cuero negro tras él.

—Oh, vaya. Buenos días. —dice en cuanto nos ve.

Por la confianza con la que se saludan mis padres y él me queda claro que se conocen de antes. No pasa mucho tiempo cuando me entero de que se llama Pepe y que, efectivamente, es amigo de mi padre. Mientras esperamos al abogado de mis padres, los cuatro tomamos asiento y charlamos con naturalidad, aunque yo estoy muy tensa. Estar aquí y el motivo que me ha traído me incomoda hasta querer largarme.

Estoy mirando con atención la sala, ignorando lo que mis padres y Pepe hablan, cuando la puerta se abre y entra el abogado, aunque tengo que decir que no es lo que esperaba.

¡Bendito abogado!

Vaya rubiales se presenta en la notaría para alegrarme las vistas, la mañana y el día. Por lo que me cuenta mi padre su antiguo abogado se jubiló hace unos meses y por eso ha venido Lucas. Sin poder quitarle ojo, observo como se mueve con seguridad hasta Pepe, se presenta y luego toma asiento. Desde el mio, lo sigo mirando hasta que sus ojos se posan sobre mí y bueno...me pilla.

Una sonrisilla muy mona mueve sus labios, también muy monos, cuando me tiende una mano que yo estrecho gustosa. Después de quedarme sin aliento al ver sus bonitos ojos marrones, decido que ya lo he mirado demasiado y desvío la mirada. Por un momento pienso en Jess y en cuál sería su cara al ver a Lucas y tengo que reprimir una sonrisa.

Segundos más tarde él empieza su trabajo.

—Procedamos a la lectura del testamento de María González Suárez.

El ruido de los elásticos que mantienen cerrada la carpeta marrón donde están los folios resuena en la pequeña habitación cuando dan un latigazo en el cartón de esta. Tengo la sensación de que el proceso es demasiado lento, necesito que todo esto vaya más rápido y poder

dejar este drama a un lado. Aunque realmente no sé qué es lo que me inquieta más, si la incertidumbre de qué habrá ahí plasmado o la posibilidad de que Sandra y Ana aparezcan de un momento a otro.

Por suerte, pasa media hora en la que mis padres y yo escuchamos con atención lo que el notario nos lee y lo que el abogadito guaperas nos explica. Por ahora lo que escucho no me sorprende; a mis padres les deja un coche antiguo que guardaba con mucho cariño para que lo arreglen y lo cuiden, a Ana, mi madre biológica, sus joyas, a Sandra un baúl con pertenencias de mi tía de cuando era joven, a Aurora, su vecina, sus clavellinas, rosas y hortensias.

Como ya he dicho no me sorprende nada y como le dije a mis amigos, no hay nada para mí porque seguramente el coche que mi padre va a arreglar pasará a ser mio, aunque yo ya tenga uno. Estoy a puntito de levantarme, cuando escucho que el guaperas vuelve a hablar clavando sus ojos en los míos.

—Por último, pide que Ava Ferrer Novoa, su sobrina, aquí presente, pase a ser la propietaria de su apartamento en Time Square, Nueva york. También apunta que dejó en manos de Jorge Ferrer Gutiérrez una carta y un sobre para que se lo entregaran al finalizar este cometido.

Me río, me rio porque me sale de los más profundo. ¿He oído bien? Hay dos posibilidades para lo que este simpático y buenorro abogado acaba de decir; la primera que mi tía, a saber, por qué, tenía una casa en otro país y la segunda que en Madrid hay una calle que se llama Time Square y no lo sabía. Estoy tan confusa que no soy consciente de lo que digo a continuación hasta que escucho a Lucas reírse.

—¿Desde cuándo hay una calle en Madrid que se llame Time Square?

Como ya he dicho, Lucas se ríe y para disimular se lleva una mano cerrada a los labios. Lo miro fugazmente para recriminarle su pésima profesionalidad en estos momentos, pero quedo maravillada cuando su pelo le roza la frente al mover la cabeza hacia abajo. Casi puedo ver que los mechones le brillan cuando le da el sol que entra por la única ventana, que es tan pequeña que me parece ridículo que esté ahí, que hay en la sala. Mientras yo analizo la postura de Lucas, este aprovecha para enderezarse y vuelve a su papel de abogado serio. Cuando lo hace reprimo una sonrisa y me agrada cuando él me devuelve otra.

Para desviar mi atención y volver a centrarla en el motivo por el que estamos aquí, hago un gesto de impaciencia y Pepe, que tiene un folio en la mano, se dispone a hablar.

— No hay ninguna calle aquí con ese nombre. Lo que ha escuchado usted es que pasará a ser la propietaria de un piso en Time Square, Nueva York. Vamos, Estados Unidos si así se ubica mejor.

A Pepe solo le ha faltado decirme con voz de gorila, «vamos en EE.

UU.»

Vale, ahora sí que lo estoy flipando, ¡Y en colores! Un apartamento en Time Square, en el mismo sitio donde baja la bola tan famosa en año nuevo. No me lo puedo creer. Cuando se lo cuente a los chicos van a alucinar, además de que Jessica me soltará su «Te lo dije» y con cuánta razón.

Estoy tan confusa que no soy consciente de mi grito y lo que eso provoca.

—¿¡Cómo dice!?

De inmediato una mano cálida se posa en mi pierna derecha.

—Ava, cielo, cálmate. —dice mi madre entre dientes mirando a todos.

Mis ojos miran los rostros de la habitación y siento vergüenza por haberme dejado llevar por la emoción, aunque tengo que reír cuando veo a Lucas hacerlo.

Vaya con el pibonazo, tiene una sonrisa tremenda.

—Lo siento, no he podido contenerme —consigo decir, mirando de reojo a Lucas que me sube el pulgar divertido. Pongo los ojos en blanco y suspiro—. Lo siento de veras.

—No te preocupes, aquí he visto de todo —Pepe mueve sus labios en una sonrisa debajo de su barba blanca y empieza a guardar el papeleo en una carpeta, pero se detiene para mirarnos a los cuatro—. Ya hemos terminado, si no tienen nada más que aclarar tengo otra reunión.

Los cuatro, que estamos de pie en la sala, nos miramos fugazmente y después salimos en silencio del edificio. En cuanto pongo un pie sobre la acera me detengo frente a mis padres y me vuelvo loca.

—¿Un piso en otro país? Mi tía tiene un apartamento, y probablemente una vida secreta, en Nueva York y no me lo habéis dicho. Oh, joder...

—Ava, esa boca.

Miro a mi madre con los ojos entrecerrados, odio que me regañe como si fuera una cría.

—Mierda.

—¡Ava, no te lo vuelvo a repetir!

¡Arggg! O grito para mis adentros o reviento tímpanos. ¡No soy una maldita cría! Que ahora me esté comportando como una... ¡Vale! pero no lo soy y estoy cansada de que me oculten cosas o me traten como tal. Me masajeo las sienes con los dedos, necesito relajarme y hablar sobre el asunto porque no le encuentro ni pies ni cabeza.

Me agarro el inicio de la cremallera de mi abrigo y me lo atuso hasta taparme la boca cuando una ráfaga de viento nos golpea a todos. Los pelos se me meten en los ojos y me los aparto con brusquedad, algo frustrada. Cuando tengo los ojos libres, tengo a Lucas en mi

campo de visión. ¡Hay que ver lo guapo que es el tío! Como antes, me regala una sonrisa y yo hago lo mismo antes de volver a centrarme en mis padres.

Están hablando de lo que harán con el piso que mi tía tiene en Madrid y con el coche que han heredado cuando los interrumpo y consigo que me miren.

—Está bien, ¿Alguien de los presentes es consciente de lo que significa que mi tía tuviera un piso allí? Oh, bueno y ¿podría explicarme alguien porque lo he heredado yo?

Mi padre se aproxima a mí con una sonrisa muy tierna que me hace olvidar por una fracción de tiempo el agobio del momento.

—Claro que lo sabemos, hija. Tu tía vivió allí muchos años cuando conoció a un hombre en la universidad. Aunque sus padres le prohibieron marcharse, ella lo hizo por amor. Pero por desgracia, tuvo que volver cuando él falleció por un tiroteo en una gasolinera. Desde que volvió, tu tía no ha vuelto a ir allí.

Vaya...No me esperaba eso. Tuvo que ser muy duro perder a la persona a la que amas con todo tu ser. No sé porque, pero pienso en Marco y no siento nada. A ver, no quiero que le ocurra nada y ojalá todo le vaya genial, incluso me atrevo a decir que ojalá encuentre a alguien que le haga abrir su corazón, ese que yo conocí años atrás. Pero si pienso en cómo sería terminar nuestra relación, decirle adiós al amor con él, no me imagino llorando desolada en el sofá de mi casa. Más bien me sentiría liberada.

—Mi dulce niña, si te marchas...Estarás tan lejos.

En cuanto mi padre suelta esas palabras mi madre solloza y a mí se me encoge el corazón. Inmediatamente mis ojos conectan con los de Lucas, que nos observa desde la distancia, y se encoge de hombros. Quiero acercarme a él y preguntarle porque sigue aquí, cuando mi madre me abraza.

Me ahoga con sus pelos, pero la abrazo de vuelta igualmente. Si alguien me dice hace unas horas que esto iba a pasar no me lo hubiera creído. ¡Voy a ser la propietaria de un apartamento en Time Square! Y tengo que aprovecharlo, una oportunidad así no se tiene todos los días.

Unos segundos después, mi madre me suelta, aunque no deja de llorar. Parece que se está despidiendo de mí y mi padre me mira con ternura, así que decido suavizar el ambiente.

—A ver mamá, relájate que tengo que sopesar toda esta información.

—Lo sabemos —dice entonces mi padre, poniendo una mano en mi mejilla—. De todos modos, queremos que sepas que tomes la decisión que tomes, tendrás nuestro apoyo.

Después de recibir un cálido beso en la mejilla por su parte,

estamos un rato charlando y Lucas se anima a participar en la conversación. Nos enteramos de que está esperando un taxi porque tiene el coche en el taller y sin dudarlo me ofrezco a llevarlo. Al principio se niega, no quiere molestar, pero después de insistirle mucho, el pobre acaba llamando de nuevo al taxi para que no lo recojan.

—Bueno, he visto que te ha sorprendido mucho lo que has recibido hoy.

Aunque estoy mirando la carretera, me permito mirarlo rápidamente y sonrío al ver sus mechones dorados sobre su frente contrastando con sus ojos marrones.

—Pues claro que lo ha hecho, ¿Es que a ti no te sorprendería?

No lo estoy mirando, pero por el ruidito que escucho puedo apostar a que se ha encogido de hombros.

—Para que engañarnos, sí que lo haría.

Ambos reímos y disfruto del sonido de su sonrisa. El resto del camino lo pasamos hablando, riendo, y conociéndonos un poco. Me sorprendo al saber que es francés y que vivió en Francia hasta los diez años, que fue cuando él y sus padres se mudaron a España. Tiene varios años más que yo, y a pesar de haberse enamorado cuando tenía dieciocho años no ha tenido una relación seria nunca.

Cuando lo dejo en su destino, me ofrece una tarjeta donde aparece su nombre y contactos, la cojo gustosa. Le mando un mensaje antes de que se marche y me contesta con una sonrisa en los labios.

Nos vemos otro día. Me has prometido un café.

Suelto una carcajada y Lucas cierra la puerta por donde se ha bajado, me dice adiós con la mano, empieza a caminar hacia un edificio y yo me adentro en el tráfico.

Conducir es algo que me gusta mucho y por eso siempre que lo hago disfruto. Aprecio el paisaje, ya sea de bosques, la ciudad o el mismo tráfico. Con cuidado, lo observo todo a mi alrededor y tengo que decir que si pudiera sacaría alguna que otra impresionante fotografía.

Con la radio de fondo, sorteo los vehículos que tengo delante y llego a casa en un momento. Por suerte la carretera no está muy cargada.

En la puerta del edificio donde vivo saco las llaves del bolso, llamo al ascensor y me subo cuando las puertas se abren. Marco la segunda planta, un pequeño zarandeo me avisa de que las puertas se abrirán y bajo cuando lo hacen. Camino hasta el final del pasillo donde está mi piso, abro la puerta, dejo el bolso sobre el sofá y tengo que volver a cogerlo cuando mi teléfono suena.

Cuando lo tengo en las manos veo que se trata de Marco y paso de él, dejando caer el teléfono sobre el sofá antes de sentarme para poder abrir los sobres que mi padre me ha entregado momentos antes. Leo de nuevo mi nombre y la nostalgia se acopla en mi interior. Abrazo el sobrecito como si estuviera abrazando a mi tía.

Con cuidado saco el folio que hay dentro, donde parece que hay algo escrito, con la intención de leerlo, pero mi móvil vuelve a sonar, aunque esta vez es un mensaje. Lo cojo y cuando lo miro, maldigo porque es Marco de nuevo.

Hola, ¿Qué haces? No has respondido a mi mensaje ni a mi llamada. Espero que no estés enfadada y quiero verte hoy, te echo de menos. Llámame, te quiero.

¿Qué me quiere? Tendrá dura la jeta, o sea que pasa de mí durante más de una semana y ahora me viene con tonterías como estas. Oh no, por ahí sí que no paso. Como el mensajito me está cabreando, decido dejar el teléfono sobre el sofá y apartar de mi mente todas las cosas desagradables que se me ocurren decirle en estos momentos a Marco, para concentrarme en lo que tengo entre las manos. Es mucho más importante que prestar atención a las insistencias de Marco.

Vuelvo el folio y la letra de mi tía, tan bonita y limpia, queda ante mis ojos. Inmediatamente una tristeza sobrecogedora se instala en mi pecho y los ojos empiezan a escocerme.

Empezamos bien.

Sin demorarme más, empiezo a leerla.

Para mi dulce Ava:

Si estás leyendo esta carta, que te escribo entre lágrimas, es porque ya no volveremos a vernos. Nunca he querido dejarte, ni a tus padres tampoco, pero he luchado con todas mis fuerzas para estar a vuestro lado todo el tiempo posible y quiero que sepas qué, aunque no esté presente, ni pueda llamarte o pasear contigo como cada día, estaré en tu corazón para el resto de tu vida.

Ya serás conocedora de lo que te dejo y quiero explicarte porqué lo hago.

Cuando era joven y estudiaba en la universidad, un privilegio para los jóvenes en aquellos años, conocí a un hombre maravilloso que se apoderó de mi corazón con tan solo una bonita sonrisa. Cuando empezamos a conocernos más y nos volvimos inseparables, él tuvo que volver a su país y tuvimos que despedirnos para siempre. Algo que ninguno queríamos. Con todo el dolor de mi corazón, le dije adiós antes de que partiera en su viaje

y estuve tres meses sin saber de él hasta que recibí su primera carta. Donde me decía cuanto me añoraba y amaba.

Sus palabras me aclararon todas las dudas que había tenido durante el tiempo que habíamos estado incomunicados y sin pensar en nada más que mi felicidad, pues eran tiempo duros y mis padres eran muy severos conmigo, decidí reunir dinero y marcharme junto a él cuanto antes. Ni que decir tiene que, cuando mis padres fueron conocedores de mis planes me lo prohibieron, pero ya nada ni nadie podía detenerme. Quería estar con mi amor costara lo que costara.

Para mi suerte y sorpresa, conseguí convencer a mi madre para que me ayudara a escapar y una noche, mientras mi padre dormía, me fui.

Cuando llegué a Nueva York y vi que mi amor me esperaba con los brazos abiertos no dudé ni un segundo en dejar mis maletas en medio de toda la gente, que llegaba o se iba, para correr a sus brazos. Después de mi llegada todo fue perfecto y precioso.

Tras muchas horas de sacrificio y trabajo, encontramos un edificio con algunos pisos en alquiler y venta en Time Square, que ya te digo que en ese entonces nada tenía que ver con ahora. He bicheado en internet la zona y me he quedado petrificada al ver cuánto ha cambiado.

¡Si mi querido y adorado Teodoro pudiera ver el cambio!

Pero, por desgracia, me arrebataron muy pronto al amor de mi vida y, apenada y desolada, me volví a España, donde nunca pude volver a encontrar el amor en ningún otro hombre.

Aquel piso lleva muchos años cerrado, aunque por eso no te preocupes una gran amiga mía lo cuida.

Te dejo mi antiguo hogar a ti, porque eres lo más preciado y parecido a una hija que tengo. Te he querido y te seguiré queriendo, aunque ya no esté, con toda mi alma y nadie mejor que tú puede darle vida a ese piso abandonado. Y también porque sé cuáles son tus sueños y que aquí no encuentras el momento ni el lugar donde llevarlo a cabo. Y por eso quiero que consideres la posibilidad de probar la vida allí y sí, sé lo que te estoy pidiendo y es por tu bien. Aunque si decides no hacerlo, no te preocupes porque no me defraudas, jamás podrías hacerlo.

Llevo tiempo pensando que te hace falta un cambio en tu vida, deshacerte de lo que no aporta (como Marco, que, aunque le tenga cariño, sé que no es para ti), olvidarte de lo que te preocupa y empezar a vivir tu propia vida de una vez.

En esa ciudad podrás encontrar oportunidades que aquí jamás encontrarás y las cuales sé que aprovecharás al máximo. Podrías montar tu propio negocio y dedicarte por fin a lo que tanto adoras, ¡La fotografía!

Ojalá encuentres también un amor puro, salvaje, pasional, duradero y verdadero como el que yo encontré con mi adorado Teodoro.

Si te vas, mi querida niña, no pienses que abandonas a tu familia pues ellos nunca lo pensarán. Tú no eres de dejar atrás a nadie, vayas donde

vayas sé que nos llevas siempre contigo. Tan solo piensa que despliegas las alas y vuelas hacia un lugar donde crees que te irá mejor y que siempre podrás volver a tu antiguo hogar. Pídeles a tus amigos que te acompañen, aunque, ahora que pienso en la situación de Hugo me cuesta creer que él pudiera acompañarte, pero Jessica…Oh, mi alocada Jess. Ella seguro que dará grititos de alegría y saltitos cuando se lo digas.

Mis niños bonitos, que pronto os dejo, pero que feliz me habéis hecho todos estos años. Sé que os cuidaréis entre vosotros y que os tendréis siempre. Sabiendo eso, me voy tranquila.

Llega la hora de despedirme, mi hermosa niña. Espero que logres tus metas como hasta ahora. Déjate llevar más por tu corazón, es grande y bondadoso y estoy segura de que te llevará por buen camino.

Sé feliz siempre Ava.
Te quiero.

Estoy llorando a mares, pero no me preocupo en dejar de hacerlo. Estoy sola en casa y necesito desahogarme, liberarme de toda la presión que está instalada en mis músculos desde que mi tía no está. Seco el folio con la manga de mi jersey porque se han caído algunas lágrimas en él y no quiero que se dañe. Lo aprieto con cuidado sobre mi pecho y lo abrazo, balanceándome despacio en el sofá, acunándome a mí misma.

Esta carta me ha abierto un poco los ojos, aunque también me ha escocido en las heridas de mi corazón, esas que sé que tardarán mucho en sanar. No me ha sorprendido mucho que mi tía piense que necesito un cambio de aire, porque si algo teníamos en común era saber cuándo algo apestaba en nuestras vidas. La única diferencia era que mi tía lo tiraba a la basura sin pensarlo y yo le doy mil vueltas antes de actuar.

Pero esta vez va a ser diferente. Tiene que serlo.

Un poco más tranquila y habiendo dejado de llorar, dejo la carta a un lado y cojo el otro sobre más pequeño. Este también tiene mi nombre, pero no tiene ninguna flor. Lo abro con el mismo cuidado y mimo que el anterior y en mi mano se desliza una gargantilla plateada con mi inicial. Además de una nota.

Esta gargantilla, que antes fue mía pero que ahora lleva tu inicial, te la regalo para que siempre me lleves contigo.

Sin poder evitarlo, vuelven a caer las lágrimas por mis mejillas y, a pesar de ser una persona fuerte y odiar que alguien piense que necesito ayuda o protección, no reprimo ninguna. Me he permitido

llorar estos días delante de cualquiera, he dejado que me mimen y abracen constantemente porque realmente lo necesitaba, porque, aunque nunca quiera reconocerlo, sé que estoy rota y tengo que recomponerme.

Me echo el pelo a un lado y me coloco la gargantilla con cuidado de no cogerme ningún pelillo del coraje. Después, cojo la carta y la nota que venía con la gargantilla y las meto en uno de los cajones del mueble que tengo debajo del televisor. Vuelvo al sofá, me siento y le pido a los chicos que vengan a casa, necesito contarles lo que acabo de leer, pero cuando termino de enviar el mensaje me llega uno de Marco y resoplo.

Cielo, ¿Estas enfadada? ¿por eso no me respondes? Vamos, no seas cabezota, entiende que he estado ocupado. Quedemos hoy, quiero verte.

No, no y no. Sé que lo repito una y otra vez en mi cabeza y que no soy capaz de decírselo, pero es porque no quiero hablar con él ni para rechazarlo. Por lo que abro su chat, lo leo y paso de su culo. ¿A caso no ha pasado él del mío durante todos estos días?

Dejando a un lado el tema de Marco, uno que tengo que resolver cuanto antes, me meto en la cocina y preparo algo para picar, si algo les gusta a mis chicos es comer y beber cerveza. Aunque, ahora que lo pienso ¿A quién no?

Llevo dos platitos cargados de queso, jamón y aceitunas a la mesa del salón y cuando voy a volver a entrar en la cocina para poner los vasos escucho el timbre de la puerta. Con una sonrisa abro.

—Hola bombón. —dice mi hombretón antes de abrazarme.

Como siempre Hugo huele increíblemente bien, va increíblemente guapo con un chaleco negro y sus vaqueros, y es increíblemente adorable.

—¿Dónde está la más guapa?

Entre risas, Jessica me da un achuchón y los tres entramos en mi casa. Hugo no tarda en tirarse sobre el jamón y Jessica se zampa casi todo el queso de una sentada. Charlamos sobre el trabajo, mientras bebemos cervezas hasta que uno de mis amigos saca el tema importante.

¿A que no adivinas quién?

Después de todas las especulaciones y cuentos de hadas que se monta Jessica, por fin deja que les enseñe el sobre donde está la carta de mi tía. Les leo la carta en voz alta y me emociono cuando ambos se ponen sentimentales, los dos querían mucho a mi tía. También les enseño mi gargantilla y la nota que venía con ella. Los dos la miran y me dicen lo bonita que es, sonríen y me abrazan. Creyendo que pueden ocultarme su preocupación en cuanto a lo que han escuchado

minutos antes.

De pronto, Jess se levanta del sofá y entre lágrimas se va al cuarto de baño. Hugo y yo la seguimos con la mirada hasta que se cierra la puerta y entonces mi amigo me mira.

—Me hace muy feliz saber que nos quería tanto. Aunque...

Sentándome sobre sus piernas, lo abrazo y dejo que me envuelva con cariño. No hace falta que termine lo que iba a decir, ya sé que es. Me da algunos besos en la cabeza y, cuando creo que ya he mojado suficiente su chaleco con mis lágrimas, me retiro un poco para mirarlo. A pesar de no querer dejar atrás mi vida aquí, en Madrid, sé que esta oportunidad me vendrá muy bien y tengo que aprovecharla.

—Sabes que deseo con toda mi alma que vengas conmigo, ¿Verdad?

Cuando los ojos de Hugo se posan sobre los míos, se me encoge el estómago al ver su tristeza. Los observo todo el tiempo que puedo, guardándome en mi memoria hasta sus más pequeñas motas doradas, hasta que él habla.

—Claro que lo sé y ojalá pudiera ir, porque lo haría con los ojos cerrados, pero sé que eres consciente de que no puedo. No puedo dejar a mi madre, no después de la muerte de mi padre.

Lo sé, claro que lo sé. Desde que su padre murió, su madre no ha levantado cabeza y a Hugo le preocupa su depresión. En alguna que otra ocasión ha tenido que vivir un tiempo con ella para que no esté sola.

—Lo sé cariño. No voy a pedirte que lo hagas, pero sí que me visites, sabes que mi madre estará encantada de estar con tu madre.

Después de eso, me agarra por la nuca y me atrae hacia sí, ahuecando mi cara en el hueco de su cuello y abrazándome con cariño hasta que la voz quebrada de nuestra sentimental amiga nos separa.

—¿Qué hacéis? —pregunta Jess con un pañuelo en la nariz.

—Despedirnos, Ava se marcha a Nueva York.

Sorprendida, Jessica abre los ojos y yo le abro los brazos para que se una al abrazo. Nos quedamos así durante un rato, disfrutando de nosotros hasta que Hugo, sin poder evitarlo, empieza a agobiarse entre nosotras. Cuando decidimos liberarlo, Jessica, con la voz cambiada por el llanto, declara:

—Huguito de mi corazón, también tienes que despedirte de mí.

Los tres reímos de felicidad. Sé que Hugo se alegra por nosotras, pero a pesar de eso, la tristeza por tener que separarnos estará instalada en nosotros siempre.

· Capítulo 12 ·

Zeus

Midtown, Manhattan, 17:00.

—Este viaje os vendrá bien. Mi hija quiere volver ver Madrid y tú la llevarás, para eso eres su pareja. Mantenla feliz o te las verás conmigo.

Escaneo con rabia a Máximo, que no deja de dar vueltas por el salón de mi casa. Se ha presentado sin avisar, sabiendo que su hija está en el hospital hasta tarde y que puede chantajearme con libertad. Ojalá pudiera mandar todo a la mierda, pero la necesidad de que el hospital sea mío va por delante de cualquier deseo. El hospital ha sido de mi familia durante cuarenta y cinco años, hasta que mi padre quiso compartirlo con Máximo, y por eso necesito que sea de mi propiedad, sin compartirlo con nadie.

Quiero que el Vitaly vaya en mi herencia familiar, que cuando yo muera lo tenga un hijo o hija mio y que este lo herede a alguno de los suyos. Mi hermana no quiere nada al respecto, por eso debería ser yo el sucesor y eso solo puedo conseguirlo casándome con Cristal y, al ser ella una de las dueñas, ofrecerle una suma de dinero generosa. Sé cuánto le gusta el dinero y todo lo referente.

—¿Me está escuchando?

Lo fulmino con la mirada. Se ha dejado caer en la isla de mi cocina y está jugueteando con un reloj de bolsillo que lleva en una cadena. Espera una respuesta, complaciente claro está, y yo solo quiero partirle la cara por mangonearme. Suspiro, necesitado de que se marche de una maldita vez.

—¿Qué quieres que te diga exactamente Máximo? —Me froto la frente, intentando no perder los papeles— No tengo otra opción, no hasta que me case con tu hija y te pierda de vista. Entonces te la verás conmigo.

Se acerca a mí amenazante, lo que me falta por ver. Se pone muy cerca de mí y me golpea el hombro con fuerza. Esto no me ayuda nada a mantener mi furia guardada. Aprieto la mandíbula, conociéndome, conociendo mis impulsos, y dejo que me dé en el hombro y grite gilipolleces. Por mucho que esté acatando órdenes ahora, solo obedeceré respecto a Cristal de lo demás no pienso dejar que piense que tiene el mando.

Una vez parece más calmado, me retiro unos pasos y suelto con asco:

—Te estás librando porque mi padre me ha educado a no usar la

agresión si no es estrictamente necesaria y porque, aunque seas un capullo de cuidado eres su amigo. Pero, que no te ponga una mano encima, no significa que no pueda hacerte la vida imposible, por lo que, si no vas a hablarme de tu niña consentida no tienes nada que hacer en mi casa. — Manteniendo la calma, camino hacia la puerta y la abro. Alargo el brazo y le señalo el ascensor que está frente a la entrada—. Vete de una puta vez y no vuelvas a venir sin avisar. No eres bienvenido.

Máximo aprieta los puños, coge sus cosas y sale de mi casa sin mediar palabra. Cierro de un portazo y me meto en el despacho, enciendo el ordenador y repaso mi correo. Abro algunos de la agencia de viajes que nos ha organizado la semana en Madrid, se los envío a mi chófer y a Salma, mi asistenta, para que sepan que estaré ausente y puedan descansar algunos de esos días.

Mi teléfono vibra y se enciende la pantalla descubriendo un mensaje de mi mejor amigo.

Tío, voy a tu casa con cervezas.

Suelto una carcajada y no entro en el mensaje, no hace falta que le responda. Puede venir siempre que lo desee. Salgo de mi despacho y me pongo a preparar algo de cenar.

· Capítulo 13 ·

Ava

A la mañana siguiente, decido visitar a mis padres y contarles mi decisión. Aunque ya me habían dado su veredicto yo necesito hablar con ellos y escuchar otra vez sus opiniones con respecto a mi marcha. No todo lo que me dicen lo hacen entre lágrimas, también se alegran muchísimo porque voy acompañada por Jess e intentaré por todos los medios conseguir montar mi propio estudio de fotografía.

Como me voy en una semana, decido quedarme unos días en su casa para aprovechar estos últimos días a tope con ellos. Lo pasamos muy bien, recordamos viejos tiempos, jugamos a juegos de mesas y todas las noches preparamos la cena en familia. Ni que decir tiene que Hugo, Jess, e incluso Lucas con quien he quedado un par de veces y he congeniado desde el minuto uno, nos acompañan en algún que otro momento.

En los días que paso con mis padres no le contesto a Marco ni un solo mensaje, sé que no está bien, pero me duelen tanto sus falsas promesas que ya no me quedan fuerzas para responderle. Eso sí, por muchas largas que le esté dando, tengo que hablar con él y decirle de una vez por todas que lo nuestro se ha acabado y que me marcho de España.

¿Por cuánto tiempo? No lo sé ¿Volveré? ¿vendré solo de visita? ¿Volverá Jessica? No tengo respuestas para ninguna de esas preguntas, pero sí pienso averiguarlo.

El viernes por la tarde, tras despedirme de mis padres, me vuelvo a mi piso para hacer las maletas con Jessica, hemos decidido dormir juntas esta noche para irnos al aeropuerto por la mañana.

Ah, sí. Nos vamos por la mañana y no tengo las maletas hechas. Pero eso no es nada nuevo, todo lo organizada que soy en el trabajo lo olvido en cuanto a mi vida respecta. Por eso, cuando Jessica deja sus maletas en la puerta de mi casa y vamos a mi dormitorio, donde tengo las mías abiertas y vacías sobre la cama, suelto una carcajada al escucharla maldecir.

Sin necesidad de pedirle ayuda, abre mis armarios y saca toda la ropa.

—¿Qué piensas llevarte? Yo he cogido un poco de todo porque no sé si volveremos en un corto plazo de tiempo o estaremos allí meses. También había pensado que Hugo podía ir llevándonos cosas cada vez que nos visite.

La observo mientras sigue cogiendo mis pertenencias sin saber que responderle. No sé si estaremos allí unas semanas porque todo nos venga muy grande o nos quedarnos para siempre. Tampoco sé si Hugo podrá visitarnos tantas veces como nos gustaría y me apena muchísimo que mi amiga se haga falsas ilusiones. Le doy vueltas al asunto a la vez que me encamino a la cocina, cojo una botella de vino, dos copas y vuelvo a mi habitación.

—No lo sé Jess, estoy tan abrumada por la idea de marcharnos que lo que menos me importa ahora mismo es qué ropa llevarme.

Ella se vuelve para mirarme cuando escucha que descorcho la botella. Le lleno una de las copas y se la entrego, brindamos mirando las maletas vacías y damos un buen trago a nuestra bebida.

Dejo la copa sobre mi mesita de noche y cojo algunos vestidos nuevos que tengo en el armario, se los enseño a Jess para que me dé su opinión y, después de darme el visto bueno, los echo en la maleta. También cojo ropa interior, dos pijamas bien calentitos, ropa de deporte y algún que otro conjunto para pasar los primeros días.

Estamos doblando la ropa para colocarla en las maletas cuando mi teléfono empieza a sonar. Son mensajes de Marco, lleva toda la semana enviándomelos o llamándome constantemente y aunque les haya respondido a algunos no consigo que me deje en paz. Necesito planear la ruptura perfecta, con pocos lloros, poco sufrimiento y mucha madurez. Tengo la intención de dejar el teléfono sobre la cama para centrarme en la maleta, pero el continuo sonido de este no me lo permite.

Al fin, acordándome de la madre de Marco, leo el mensaje antes de responderle.

Ava, cariño. ¿Estás bien? Hace días que no respondes mis mensaje y llamadas. Contéstame, por favor.

Como soy consciente de que ha llegado la hora de que sea sincera, decido explicarle que me gustaría hablar con él esta noche y que lo avisaré para que se pase por casa. Su respuesta es tan empalagosa y me resulta tan falsa que me pone de mal humor y acabo tirando el teléfono sobre la cama. Consciente de que si lo hago contra la pared me quedaré sin él.

Jess, que ha leído los mensajes, porque si no lo hacía no se quedaba tranquila, decide callar. Creo que le ha cogido tanta tirria a raíz de su comportamiento que no dice nada al respecto. Para dejar el tema a un lado, volvemos al que nos interesa de verdad: hacer mis maletas.

Durante dos horas decidimos que coger, vaciamos los armarios de mi cuarto de baño y cojo algunas cosas más, que son muy necesarias, hasta que el telefonillo suena y tengo que ir a abrir. Abro también la

puerta de mi piso y después, cuando Hugo aparece por el pasillo, mis brazos.

—Mi bomboncito —dice con una sonrisa acercándose a mí.

En cuanto Jessica aparece ella se abalanza también sobre él para abrazarlo. Cuando creemos que tenemos que separarnos, entramos y nos sentamos en el sofá, donde Jess me pone bonita porque he hecho mis maletas a última hora y Hugo ríe a mandíbula suelta. Para zanjar el temita maletas, voy a por ellas y las dejo en el salón porque estoy segura de que como las deje en la habitación me voy sin ellas.

Por suerte, sobre las diez ya estamos cenando comida mexicana que solemos pedir a menudo porque nuestro Hugo es un obseso de los burritos. Digo por suerte porque la última vez que pedimos, el repartidor se retrasó media hora y Jessica le monto tal circo que nos dejó la cena gratis.

—Este burrito está que te cagas —asegura Hugo como siempre que come uno. Tiene la boca llena e intenta hablar a la vez, consiguiendo ahogarse. Jess lo mira con los labios apretados y tengo que reír—¿Qué miras?

—Que estás masticando como una vaca —Suelta ella muy seria.

—Madre mía como está la pijita, ha sido solo una vez.

Están en una de sus batallas de miradas, a punto de soltarse cualquier insulto que nos lleve a detener la cena durante al menos cinco minutos y no estoy dispuesta a desperdiciar el poquito tiempo que nos queda juntos en una absurda discusión.

—Dios, dejaros de tonterías y cenemos en paz. Es nuestra última noche juntos.

Mi frase nos afecta demasiado a los tres, que nos miramos con tristeza, y continuamos cenando. Rápidamente empezamos a charlar para cambiar el ambiente que se ha creado y no tardamos mucho tiempo en estar riendo por alguna ocurrencia de Jessica.

Terminada la cena y recogida la mesa, pasamos un buen rato recordando anécdotas y como nos conocimos en el Internado. Alguna que otra lagrimilla se nos escapa y por eso decido sacar una botella de Vodka y tres vasos de chupitos que me traje del último bar donde salimos de fiesta. Nada más llenar los vasitos y bebernos el líquido de una vez, empezamos con una ronda de juegos apropiados para la ocasión; yo nunca, verdad o reto, con el que nos reímos bastante cuando Jess acepta pedirle a un vecino un poco de lubricante, y terminando por las cartas.

Dos horas después, Hugo se marcha porque por la mañana tiene que hacer algunos recados importantes. Entre lágrimas, achuchones, promesas y mucho dolor, Jessica y yo le decimos adiós a una de las personas más importantes de nuestras vidas.

Cuando la puerta se cierra, mi amiga, llorando a mares y borracha

perdida, se va a la cama y yo, que estoy casi igual, me quedo en el salón con el corazón encogido.

¿Estaré haciendo bien al marcharme?

Ni tiempo me da a responderme mentalmente, cuando unos toquecitos en la puerta llaman mi atención. No creo que sea Hugo porque no veo nada suyo por el salón y barajo si abrir o no, no tengo mirilla y podría ser cualquiera, pero entonces mi teléfono suena y leo un mensaje de Marco donde me pide que le abra la puerta.

Cierro los ojos con fuerza, me he olvidado de él por completo.

Avergonzada por mi metedura de pata, abro la puerta y miro al hombre alto que tengo delante. Va vestido con unos vaqueros claros, un chaquetón oscuro y unas botas militares negras. Él solo me mira de arriba abajo un par de veces hasta que entra en mi piso cierra la puerta y, tras coger mi cara entre sus manos, me besa con posesión.

Oh, no. No puede estar haciendo esto después de haberme atiborrado a Vodka. No porque una no es de piedra y hombre... aunque quiera romper con él, Marco es mucho Marco.

A pesar de estar saboreando su beso, sé que esto no está bien porque puedo estar creándole falsas esperanzas y entre nosotros ya no hay nada. Aunque me cuesta horrores despegarme, porque al parecer mi cuerpo tiene ganas de jaleo, lo consigo y sus ojos marrones se clavan en los míos.

—¿Qué coño crees que haces? —pregunto muy digna después de haber respondido a su beso.— Suéltame.

Me mira sin entender, muy normal ni yo lo hago, y no se mueve ni un centímetro cuando se dirige a mí.

—Ava, lo siento. Siento haber desaparecido, estaba hecho un lio y necesitaba tiempo.

—¿Tiempo? ¿Qué necesitabas tiempo? —pregunto alzando la voz más de lo que debo —¿Para qué coño necesitabas tiempo?

En silencio veo como camina hacia el sofá y se desploma en él para luego mirarme de nuevo.

—Para aclarar mis sentimientos —susurra metiendo su cara entre sus manos.

—¿Tus sentimientos? —resoplo, sintiéndome demasiado mareada como para afrontar esta estupidez — No me quieres Marco y no es algo nuevo.

Él me mira con el ceño fruncido y niega con la cabeza, demasiado seguro de que me estoy equivocando. Suelto una bocanada de aire y me siento a su lado, le cojo una mano y lo miro a los ojos.

Si algo tengo claro es que sus sentimientos hacia mí han cambiado, y mucho. He llorado por eso mismo muchas veces porque he necesitado su cariño muy a menudo. Cuando lo he necesitado no ha estado, me ha dejado plantada muchas veces y he notado como su

interés se ha ido desvaneciendo poco a poco, doliéndome cada vez más. Me ha costado mucho admitir que nuestro amor ya no existe, al menos no como pareja.

Después de negar mil veces, esconde la cara entre sus manos de nuevo y lo observo. Me detengo a hacerlo porque siempre había pensado que nuestra relación era perfecta, que nada podría romperla y que jamás nos separaríamos. Que nuestro amor era el mejor del mundo y que nunca encontraría a nadie como él. Y ahora, que lo tengo delante, sentado en el sofá de mi casa, lo único que quiero es justamente eso, no encontrar a alguien como él.

—Tenemos que dejarlo —suelto como si estuviera pidiendo chuches en una tienda.

—¿Qué? —pregunta casi en un jadeo. Se mueve en su sitio y se pone frente a mí. —No quiero que rompamos.

—Lo que no quieres dejar es la monotonía que tenemos y lo bien que nos llevamos después de seis años. Pero tanto tú como yo, sabemos que aquí ya no hay amor. Yo...—Mierda, justo ahora que me estaba quedando bien tengo que ahogarme con mi saliva. Maldito Vodka— Yo no te intereso.

Frunce el ceño y parpadea, como si hubiera recibido un golpe de realidad. Después se acerca más a mí y coge mi cara.

—No digas eso, por favor. Claro que me interesas, te quiero Ava. Estoy enamorado de ti.

Me separo de él inmediatamente en cuanto veo sus intenciones de besarme. No está la cosa para que se acerque demasiado, no sé si me entiendes.

—No lo pongas más difícil de lo que ya es. Hemos vivido muchos momentos, buenos y malos, y esto es muy duro, pero es lo mejor para ambos.

—Vamos, dame otra oportunidad —Pide acariciándome los hombros hasta llegar a mi cuello—. Solo una, por favor.

Me quedo pasmada cuando se coloca delante de mí y se arrodilla, encajando su tronco entre mis piernas.

—No me dejes. Te quiero, yo...no puedo perderte.

Que difícil se está poniendo esto. No puedo tenerlo delante de mí, suplicando por mi amor y olvidarme de nuestro pasado, nuestra relación y lo enamorada que creía que estaba hace tan solo unas semanas. Me deslizo por el sofá y me siento en el suelo, quedando muy cerca.

—Marco, sabes que nada cambiará si decido darte una oportunidad. Al principio parecerá maravilloso, pero volverás a desaparecer.

Le rodeo el cuello con los brazos, no quiero verlo tan mal. Había planeado una ruptura sin llantos y yo estoy a puntito de soltar una lagrimilla. Cuando abro la boca para coger aire, Marco clava sus ojos

directamente en ella y la atrapa con sus labios. Ahogo un grito ante la sorpresa.

Ni muerta pienso responder a su beso, porque lo que quiero es romper con él, no besarlo, pero mi cuerpo tiene otros planes. Mis hormonas se han vuelto locas al sentir como aprieta mis caderas y automáticamente me han obligado a mover los labios y la lengua. Estoy un poco excitada, para qué mentirnos.

Entre besos, empieza a levantarse y me coge en peso para dejarme sobre el sofá. Se echa sobre mí y clava su dureza en mi intimidad. Está claro que quiere y necesita lo mismo que yo; sexo. Dejo que sus manos vuelen por mi cuerpo, apretando mis pechos por encima de la ropa, enviando pequeñas descargas a mi vagina.

Como he dicho antes, estoy un poco excitada y su ropa me estorba demasiado, así que me deshago de ella. Poco después, él hace lo mismo con la mía y me deja un camino de besos por todo el cuerpo hasta llegar a mi zona más sensible. Hace algo con la lengua ahí abajo que ya no me parece tan extraordinario como tiempo atrás, lo golpea con la punta de la lengua, lo succiona y para mi gusto, lo babosea.

¿Pero qué está haciendo?

Suspiro alguna que otra vez y, cansada de tener que aguantar como casi le da una paliza a mi pobre clítoris, le cojo la cabeza y lo obligo a subir.

—Me encantas, nunca me cansaré de ti.

Casi me creo lo que dice. Sonriendo, lo aparto de encima y me coloco sobre él. Mi cuerpo me pide algo y tengo que dárselo. Me rozo contra él, sintiendo como su carne se mueve debajo de mí. Sus dedos se clavan en mis nalgas, haciendo presión en la fricción, y después con una mano me empuja hacia él, pegando mis pechos al suyo.

La poca excitación que tengo hasta el momento se está incrementando y con ella mi urgencia de satisfacerme. Por lo que cojo su miembro, duro y húmedo, y lo paso entre mis labios inferiores una y otra vez, consiguiendo que Marco cierre los ojos y se muerda el labio inferior. Por poco, casi veo delante de mí al Marco salvaje del que me enamoré, pero entonces me levanta con poca delicadeza y me empuja hacia abajo, consiguiendo que grite más por dolor que por placer.

Me cabreo en milésimas de segundo, hasta que empieza a levantar y bajar su pelvis y el dolor desaparece, creando un cosquilleo muy curioso en mi vientre. Eso me lleva a dejarme ir y me muevo, lo hago al compás de sus movimientos, dejando que me pellizque las caderas y me apriete hacia abajo.

El cuerpo de Marco se empieza a relajar, deja caer su cabeza sobre el respaldo del sofá, echando un poco hacia atrás su desordenado pelo. Me mira con los ojos medio cerrados y abriendo los labios lo necesario para poder respirar aceleradamente. Si no quisiera romper con él

dejaría que mi juicio se nublase, más de lo que ya está, con solo la imagen que me está ofreciendo.

Suelta mis caderas para asaltar mis pechos. Los masajea, pellizca mis pezones y se echa hacia adelante para pasar su lengua sobre ellos. Subo y bajo con celeridad, sintiendo como, poco a poco, mi cuerpo empieza a sentir el grandioso placer. Al parecer, Marco también lo siente porque muerde uno de mis pezones con ganas, sube la pelvis con fuerzas y con sus manos aplasta mis nalgas contra sus mulos. Después gruñe y hunde la cara en mi hombro.

Eso no me detiene, sigo buscando mi placer, pero de repente algo hace clic en mi mente y el poco atisbo de orgasmo desaparece por completo de mi cuerpo. No siento absolutamente nada y me cabreo. Oh, Dios mío, me cabreo y de lo lindo.

¿Quién se cree este para venir a mi casa, no dejar que rompa con él y encima llevarse un orgasmo de regalo? Mierda y mucha más mierda.

Me levanto de un salto y me coloco delante, poniendo un brazo sobre mis pechos para taparlos. Aunque a qué horas, lleva comiéndoselos un buen rato.

—Vete de aquí. —ordeno mientras cojo su ropa y se la tiro encima.

—Pero ¿qué dices?

Su cara me dice lo confuso que está, pero me da igual. Solo quiero que se marche de una vez.

—¿Qué ha pasado? ¿No estábamos pasándolo bien?

Oh, sí. Sobre todo, yo. Es que le daba con toda la mano abierta en la cara. No es capaz ni de darse cuenta de que no estaba disfrutando. ¿Se podría decir que lo que me ha pasado ha sido un gatillazo? ¿Y si me queda trauma y no consigo volver a tener otros orgasmos? Me entra sudores solo de pensarlo.

Poniéndome la camiseta y los pantalones, haciendo caso omiso a la ropa interior, y lo que empiezo a sentir entre mis piernas, camino hasta la puerta y me cruzo de brazos.

—Vete Marco. Es lo que tendrías que haber hecho cuando te he dicho que quería romper. Esto ha sido un error. No sé qué me ha pasado y me he dejado llevar, pero es un error —Camina hacia mí, con los pantalones desabrochados y la camiseta sin poner, va a decir algo, pero no quiero escucharlo—. Además, me mudo a Nueva York.

—¿Qué cojones...? ¿De qué hablas?—Se pasa las manos por el pelo y la cara, se está cabreando.

—Lo que has escuchado, y ahora vete.

Se coloca la camiseta con brusquedad, se abrocha los pantalones y da una zancada hacia mí para agarrarme por los brazos. Su respiración se agita, sus ojos se oscurecen y me asusto por primera vez de un hombre. Sus dedos se empiezan a clavar tanto que me duelen e intento zafarme.

—No puedes irte y abandonarme —masculla, sabiendo cuanto me afecta ese tema—. No pienso dejar que lo hagas. Ni loco lo haría.

—Yo tampoco quería que tu pasaras de mí y sin embargo míranos. Asúmelo, me has perdido.

Aprieta los dientes y la mandíbula parece que se le va a desencajar, da un fuerte apretón en mis brazos y después me suelta con un empujón que me hace darme contra la puerta. Lo miro asustada, con la respiración y el corazón desbocados. ¿Pero qué le pasa?

—Lo estás empeorando, Pero ¿qué te pasa? ¿Por qué te comportas así?

Pero Marco no me escucha, va al sofá a por sus llaves y antes de marcharse, acerca su cara a la mía y escupe:

—Eres una... ¡Joder! Abandóname si es lo que quieres, al fin y al cabo, te viene de familia.

Atónita, veo cómo se va dando un portazo que me hace encogerme. No soy totalmente consciente del daño de sus palabras hasta que miro a mi alrededor y me siento completamente sola, con los ojos llenos de lágrimas, el corazón roto y el pecho encogido.

Me lavo antes de ir a mi habitación, donde me pongo un pijama casi sin ser dueña de mis movimientos y me meto en la cama. Observo a Jess, que está dormida a mi lado, con la boca abierta y los pelos sobre la cara. Parece un angelito cuando está así, ¡Qué pena que cuando se despierta no lo sea!

Me siento afortunada de tener a mi alrededor a la gente que me quiere por encima de todo, aunque a veces siga preguntándome porque no fui suficiente para mi madre. Al sentir que la respiración se me descontrola, sé que voy a empezar a llorar y no voy a poder parar, por eso hundo la cara en la almohada y lloro hasta quedarme dormida.

· Capítulo 14 ·
Febrero

Zeus

Centro de Madrid, 08:00.

Vaya semanita de cojones he pasado en Madrid con Cristal, menos mal que hoy cogemos el vuelo de regreso. Tengo tantas ganas de largarme y empezar a trabajar para poder verla poco que son las ocho de la mañana y lo tengo todo listo. Tenemos el tiempo justo para desayunar y llegar al aeropuerto de Barajas.

¿Por qué no uso mi avión privado? Porque a mi señora futura esposa le apetecía un vuelo normal, con pasajeros y colas de espera. No sé qué le ha dado, ella odia no usarlo.

A las ocho y media, Cristal se levanta, se prepara y juntos bajamos a la cafetería del hotel. Nos tomamos un café cada uno y yo me como un donut de chocolate blanco, que está de muerte. Al salir del edificio, encuentro a un hombre tirado sobre cartones con un perrillo que lo acompaña, como era de esperar, Cristal pasa por delante y ni lo mira. Sin embargo, yo vuelvo a entrar le compro un desayuno y le dejo en una bolsita una suma de dinero que espero le sirva para pasar el mes.

Hay gente, como nosotros, que nacemos en familias de bien, sin ningún tipo de problemas por el dinero y otras que no tienen nunca qué llevarse a la boca. Que su mayor manjar es un trozo de pan duro, por lo que no me supone nada ayudar a quien lo necesita. Suelo donar dinero a organizaciones para personas desamparadas u otros hospitales que no tienen tanta preparación, necesito que mi dinero se utilice para una buena causa y no solo para comprarme relojes caros.

—Cada día te entiendo menos. No regales tu dinero, menos a gentuza.

Miro al frente, observando a la gente ir y venir por la calle, los coches circulando con celeridad y como las cafeterías se llenan con gente trajeada. Realmente, no somos tan diferentes. Echo un vistazo a Cristal, que va acompañada de una chica a la que ha contratado para que la peine y pinte esta semana. La joven se llama Ivonne, delgada, tímida y educada, da gusto hablar con ella. Dejo escapar el aire y vuelvo a mirar al centro.

—Algún día tendrás compasión y empatía, al menos espero que así sea.

Cristal no me responde, sigue caminando hasta que llegamos al coche que hemos alquilado, abre la puerta para subir y cierra de un portazo. Pido disculpas a Ivonne, que no sabe dónde meterse, y le

abro la puerta para que suba al coche, guardo las maletas y me subo yo para conducir.

Cuarenta y cinco minutos después, llegamos al aeropuerto donde entramos y nos sentamos para esperar nuestro vuelo. Ivonne y yo hablamos de sus planes de futuro y me sorprende saber que quiere ser diseñadora de moda y que toda la ropa que ha usado esta semana ha sido confeccionada por ella. En cuanto Cristal nos ve charlando, se sienta sobre mis piernas y empieza a acariciarme el pelo, su mano va hacia mi cara, acariciando mi mejilla hasta llegar a mi ojo izquierdo. Molesto, le aparto la mano con brusquedad, no sé a qué coño ha venido que haga tal cosa, ni que quiere conseguir con ello, pero me ha hecho enfadar.

Me muevo para que se quite de encima y consigo que se siente en otra silla, no quiero tenerla cerca en este momento. Sabe muy bien que no quiero que toque esa zona de mi cara, nadie lo ha hecho, y mucho menos quiero que lo haga ella. Cruzo una pierna sobre la otra, observando el aeropuerto y a todas las personas que van con sus maletas en la mano esperando su vuelo. En la puerta de la tienda, que hay a unos metros delante de mí, observo a una chica cargada de revistas, donuts e incluso una bolsa.

Sonrío al ver que intenta llevarlo todo en las manos, parece muy graciosa. La observo caminar mientras esquiva a la gente para no chocar y, lejos de donde yo estoy sentado, llega hasta otro grupo de sillas, donde la espera otra mujer. Esta se gira, no puedo verle la cara desde tan lejos, pero veo su pelo negro y que ríe al verla llegar con tantas cosas. Me quedo embobado, sus movimientos me atraen, son ligeros y parecen suaves, su pelo se mueve con ellos y creo que es fascinante.

· Capítulo 15 ·

Ava
Horas antes...

Puta resaca.

La cabeza me duele horrores, los ojos me escuecen del llanto y tengo la espalda molida por un peso muerto que no me deja moverme. Intento escapar de lo que me oprime y al no conseguirlo, doy un salto para darme la vuelta consiguiendo salir de debajo del cuerpo de Jessica. ¿Cómo puede una persona moverse tanto mientras duerme?

—Vamos Jess, es hora de arreglarnos. —Le susurro en el oído para no ser brusca.

Como lo único que recibo de ella es un leve ronquido, decido meterme en la ducha y volver a intentar despertarla cuando termine. Me lavo el pelo, me lo seco con el secador y me coloco la ropa interior antes de salir. No me creo que mi amiga aún no se haya levantado, al final llegaremos tarde. Son las siete de la mañana y tenemos que estar en el aeropuerto a las diez. Casi corriendo, voy a la cocina, cojo una olla pequeña y la lleno de agua, vuelvo a mi habitación y se la echo a Jessica en la cabeza.

Imagínate su cara.

—¡Tiaaaaa! —grita dando un salto de la cama.

Empapada, pero despierta.

Suelto una carcajada cuando la veo con los pelos pegados a la cara y casi tiritando del frío. Estamos en febrero y una olla llena de agua no es buena opción. Cojo una camiseta básica, de color blanca, para ponérmela debajo del jersey morado que tengo sobre la cama, después me pongo unas medias y una falda vaquera. De nuevo en el cuarto de baño, decido recogerme el pelo en un moño flojo. Me fijo en la gargantilla de mi cuello y la toco con cariño y una sonrisa en los labios.

Cuando termino, en la habitación veo a Jess coger sus cosas para meterse en la ducha. No me dirige la palabra y eso me hace gracia. Salgo al salón y decido pedir un taxi para que nos recoja y nos lleve al aeropuerto. He pensado pedírselo a mis padres, pero no quiero que viajen más de la cuenta. Meto las cosas en mi bolso, revisando varias veces que no se me olvida nada, cuando me suena un mensaje.

Mamá: No sé cómo eres tan cabezota y no nos dejas ir a recogeros. Nos vemos en el aeropuerto, ¡No lleguéis tarde!

En la habitación sonrío al escuchar como el agua de la ducha se corta, significando que Jessica ya ha terminado. Al final, tenemos tiempo de sobra, pero aun así le meto prisa. Me gusta escucharla.

—¡Jessica! Mueve ese culo que tienes o llegaremos tarde.

—Pasa de mí, ¡Bruja!

Suelto una carcajada al escucharla maldecir. Recibo una notificación que me avisa de que el taxista ya ha llegado. Miro la puerta del baño, está claro que me como yo solita cargar el equipaje. Salgo de mi piso y llamo al ascensor, coloco una maleta en la puerta para que no se cierre y lo lleno con el equipaje. Cuando ya está todo, me siento sobre una maleta y espero a que el ascensor llegue abajo. Cuando las puertas se abren, hago la misma operación que antes, pero esta vez para vaciarlo.

Por suerte, el taxista tiene compasión y al verme cargada como una mula se acerca a mí con una sonrisa y me ayuda. Una vez hemos acabado, le pido que espere cinco minutos, tengo que volver a subir para buscar a Jessica.

—Tía, ¿Se puede saber que te queda?—pregunto entrando en mi habitación.

Abro la boca cuando veo que todavía se tiene que vestir y que se está secando el pelo. Al menos lo tiene corto y no tardará mucho. Tiene el rostro serio, probablemente esté enfadada por como la he despertado, y, como no puedo estar más de dos minutos enfadada con ella, me coloco una mano en la cadera y la echo hacia un lado de un empujoncito.

—Has estado bastante tiempo en remojo, ¿No te habrás arrugado? ¿no?

Ella me fulmina con la mirada, pero sé que quiere reírse.

—Eres idiota.

—Pero me adoras.

—Por suerte para ti.

Entre risas, salimos de mi casa. Miro por última vez mi hogar y cierro la puerta con llaves. En la calle, subimos al taxi y le decimos la dirección a la que tiene que llevarnos.

En el trayecto hasta el aeropuerto estoy todo el tiempo mirando la carretera, admirando por última vez antes de irme las carreteras de mi ciudad, el tráfico, el cielo, los árboles. Odio esa sensación de tristeza que se me acopla siempre que tengo que despedirme, en el fondo soy muy ñoña. De reojo veo al taxista centrado en la carretera y a Jessica pegada a la pantalla de su móvil.

—Tiaaaaa, no me digas que esto no es una chulada —grita emocionada mostrándome unas imágenes del lugar al que nos mudamos. Sonrío, sí que lo es—. Tenemos que visitar miles de sitios,

hacer fotos, enseñárselas a Hugo —Se calla y me mira achinando los ojos—. Conocer hombres.

Desde luego eso último no entra en mis planes ahora mismo. ¡Acabo de romper con mi novio!

—No, no y no. No nos mudamos a otro país solo para ver cosas y pasarlo bien, también para encontrar trabajo. Tenemos que centrarnos en nuestros objetivos y después, quizá, si tenemos tiempo, pues...

—Aburrida —dice sin dejarme terminar.

La miro de soslayo, centrando mi vista en lo que hay al otro lado de la ventana del taxi. Entrar en esta discusión con Jessica es absurdo cuando estamos a casi diez horas del lugar en el que viviremos. Dejo que siga emocionándose y mostrándome imágenes, las cuales observo gustosa porque como ella dice, son una chulada.

Al cabo de un rato, me lleva hasta su terreno y fantaseamos con la nueva vida que nos espera. No sé cuándo me he cambiado de posición, pero vuelvo a estar mirando la ventana cuando escucho que habla.

—¿En qué piensas? —Me pregunta dejando su teléfono en el sillón.

—En nada —Miento.

Miento, porque si le cuento lo que pasó anoche con Marco, probablemente me eche un sermón por no habérselo contado antes. Aunque en mi defensa tengo que admitir que tenía Vodka hasta en la sangre. Nunca le he ocultado nada a los chicos, lo sabemos todo sobre nuestras vidas, pero anoche me quedé tan confusa y dolida que me avergüenzo solo de pensar en la cara de Hugo y Jessica escuchándome.

—Eres mi hermana —dice cogiéndome la mano—. Sé hasta cuando te da un apretón, ¿seguro que quieres ocultarme qué te ocurre?

Jessica 1 – Ava 0 patatero.

—Marco estuvo en casa anoche.

Jessica abre los ojos como platos y la boca todo lo que puede, si algo le gusta a esta chica es el drama. Con gracia, se lleva una mano a la barbilla y simula cerrársela.

—No me lo creo. Después de todo el tiempo que ha estado sin dar señales de vida, se presenta en tu casa. Claramente está buscando que lo encuentre y le pateé las bolas.

Hace un gesto de puñetazo mordiéndose el labio inferior y desencajando los ojos consiguiendo que el conductor nos mira por el espejo retrovisor. Le doy un tirón de pelo y me mira ofendida.

—¿Qué haces?—pregunta boxeándose la mano.

—Si sigues así el taxista nos tirará por la ventana. Relájate, ya sé que le darías una paliza a cualquiera por mí. Ahora cállate y deja que te cuente.

Mira de reojo al conductor y suelta una risita que me resetea el alma. Cuando le cuento lo que ocurrió en el sofá con Marco, me tacha

de loca. Me regaña por haber caído en ese juego después de que él haya pasado de mí durante tanto tiempo. Se pone como loca, y eso que no le he contado todavía como acaba el encuentro.

Después de tomar aire, suelto a la carrerilla todo lo que me dijo y como se fue de mi casa. Está en silencio durante unos segundos, demasiado largos, hasta que empieza a soltar improperios por la boca. De la ira, pasa al sentimentalismo y me dice cosas muy bonitas como cuanto me quiere, cuanto valgo y lo orgullosa que está de mí. Al final, con tantas palabritas bonitas, se nos escapa unas lagrimillas a las dos.

—Ya hemos llegado. —Nos interrumpe el chófer antes de bajarse.

Entre los tres bajamos el equipaje, después le pago por el viaje, nos desea un buen vuelo y nos despedimos. Con Jessica a mi lado, entro en el aeropuerto y dejamos las maletas cerca de unos asientos desde donde tenemos cerca la pantalla donde aparecerá la salida del vuelo y una tienda. Terminando de dar un rodaje al lugar con mis ojos, veo a mis padres acercarse hasta nosotras.

Ambos nos abrazan, nos besan y no puedo evitar sentir tristeza ante la cara de felicidad de mi amiga. Sé que le habría gustado que sus padres estuvieran aquí, despidiéndose de ella, pero están en Málaga en un viaje de negocios. Aunque se despidieron de ella por una videollamada.

—Tened mucho cuidado tesoros. No salgáis hasta muy tarde, que no conocéis la zona. Abrigaros mucho, no comáis demasiada comida rápida. —Nos acaricia la majilla a ambas y después empieza a llorar —. Dejaros de sexo y más sexo y centraros en el trabajo.

—¡Mamá! —Le reprendo sin reconocerla.

Jessica ríe como una loca mientras mi padre se torna serio y pone los ojos en blanco antes de abrazarla. A su vez yo despido a mi madre.

—Chicas, por favor, tened muchísimo cuidado. No os fieis de nadie si no os da buena espina, no olvidéis llamarnos y contarnos que tal os va.

Se me antoja asegurarle que no me olvidaré de ellos y, sobre todo, pedirles perdón por abandonarlos, pero la voz de mi tía me recuerda que no lo estoy haciendo. Lo único que hago es sonreír como una niña pequeña y abalanzarme a sus brazos.

Minutos después, tras muchos besos y abrazos, mis padres se marchan y, Jessica y yo, nos quedamos junto a nuestras maletas, ansiosas, nerviosas y emocionadas por lo que nos espera.

—Bueeeeno, a esperar se ha dicho. —susurro mirando a mi alrededor.

—Sí, eso parece, pero yo no aguanto aquí sentada sin hacer nada. —asegura levantándose y señalando detrás de ella—. Voy a la tienda esa, ¿Quieres algo?

—Una sopa de letras.

Jessica me mira con horror y reprimo una risita.

—¿Una sopa de letras? —asiento— ¿A las nueve menos cuarto de la mañana y con resaca?

—Sí, ¿Qué pasa?

No me contesta, solo levanta los brazos al cielo como si no me entendiera. Riendo, la veo entrar en la tienda y, cinco minutos después, salir cargada con una bolsa, el libro de sopas de letras en la mano, dos cafés y varias revistas.

—¿Dónde vas con todo esto?—Le pregunto divertida cuando la tengo cerca.

Ella deja la bolsa sobre una silla que hay libre a su lado, coge un paquete de donuts, lo abre, y le da un mordisco a uno.

—Me he puesto nerviosa al pensar en el avión y en lo alto que estaremos —declara con la boca llena— ¿Y si nos estrellamos?

—Pues, de la impresión de la caída, moriremos de un infarto.

No levanto la vista de la sopa de letras, pero no me hace falta, sé exactamente cuál es su cara.

—¡Ava! ¿Quieres matarme de un infarto? ¿No has tenido suficiente con empaparme esta mañana?

Río por lo que dice y ella refunfuña, se levanta y no me dice dónde va. A las nueve y media, cuando regresa, me informa de que ha ido al hall de facturación. Los vuelos van con retraso y ya me he aburrido de buscar palabras. Y por lo que veo, Jessica también se ha cansado de leer sobre el amor de los famosos. Así que decido ir a por unos cafés, hace frío y eso nos vendrá bien.

—Voy a la tienda, ¿Quieres un capuchino? —pregunto dejando caer mi cabeza en su hombro. Está inquieta y sus piernas moviéndose me lo afirma—. No estés nerviosa, no es para tanto.

—Argg, Lo sé. Es que...me pone enferma esperar tanto. Nuestro vuelo sale en media hora, ¡Media hora! —Me coge por los hombros y me zarandea.

—Relájate, cuando menos te des cuenta estamos subiéndonos al avión. —Me levanto y cojo mi bolso—¿Quieres el capuchino o no?

Asiente y, antes de que me dé tiempo a dar dos pasos, me dice que va a hablar con un guarda de seguridad para obtener información acerca de los vuelos. La miro perpleja, ha dejado las maletas sola. La observo unos instantes, viendo como mueve las manos expresándose y el hombre que tiene delante no sabe dónde meterse. Pobrecillo. En uno de sus locos movimientos, me mira y le señalo las maletas, me hace un gesto de despreocupación y obliga al hombre a moverse un poco más cerca de mí.

—Yo las vigilo.

La miro por última vez antes de entrar en la tienda. Cuando lo hago, un hilo de aire helado recorre mi cuerpo y me eriza la piel. Miro

hacia arriba y veo que tengo un aire acondicionado sobre la cabeza. Hay que estar locos para encender esto en el mes en el que estamos.

Rumiando palabras muy feas, me dirijo a la máquina de cafés que hay al fondo de la tienda. Realmente no es muy grande, se compone de algunas cámaras con bebidas frías, chocolatinas, libros de bolsillo, revistas y algún que otro detalle para comprarlo como regalo. Frente a la máquina, inserto el dinero necesario para pedir la bebida. Con uno ya en la mano, espero que el otro acabe y, cuando lo hace, lo cojo con la otra mano. Sin mirar al frente, pues mi objetivo es no derramarlos por el camino, me giro para salir de la tienda cuando siento que choco con algo duro y la bebida cae sobre mi pecho y el suelo.

—Mierda, mierda, mierda.

Me agarro el jersey y la camiseta, me los separo de la piel, el café está hirviendo, y empiezo a soplarme el escote, hasta que me doy cuenta de que hay alguien delante de mí sin quitarme los ojos de encima. No tardo ni una milésima de segundo en convertirlo en el culpable.

—¿Es mucho pedir una disculpa? —pregunto observando sus ojos.

—Yo no he tenido la culpa, de echo has sido tu quien no ha mirado por donde va. —explica tranquilo, haciéndome saber, por su acento, que no es español. Aunque lo habla exquisitamente— Quizá me disculpe por que estés quemándote...—Se toca la barbilla y por un momento deseo hacerlo yo. Después vuelve a mirarme a los ojos y me descontrolo —Aunque también es por tu culpa.

Arrugo las cejas y atisbo una sonrisa ladeada por su parte.

¡Está cañón! Las cosas como son.

Pero ese no es el caso, me ha tirado dos cafés hirviendo encima, bueno quizá hirviendo no, pero sí muy calientes y ¿Se atreve a decir que es mi culpa? ¡De eso nada!

Muy segura y desafiante, suelto mi ropa y doy dos pasos para plantarle cara. Lo miro a los ojos, segura de todo lo que pienso decirle, pero entonces...me quedo sin habla, paralizada. Sí, si lees bien. Paralizada. Aunque ¿Qué esperaba? Este hombre es tan guapo que me ha cortado la respiración. De pronto, siento algo en el estómago que es casi desconocido para mí, hacía mucho que no sentía algo así. ¿Me estoy poniendo nerviosa?

Paseo mis ojos por su cara y su pelo, que lo lleva al estilo texturizado. Sus labios están perfectamente perfilados y, ¡Madre mía! que ganas de morderle el inferior. Es que me llama a gritos. Miro su mandíbula, que parece dura y peligrosa, a la vez que su bonita boca, y poso mis ojos en los suyos. Son oscuros como la noche, tanto que casi no se distingue su pupila. De repente quiero perderme en ellos. En seguida, vislumbro una cicatriz en su ojo izquierdo, exactamente desde la ceja hasta el pómulo. Quiero saber cómo se la ha hecho,

tocarla, acariciarla...

—¿Qué miras? —pregunta cortante y me avergüenzo por haber sido tan cotilla y mirar su cicatriz. Es obvio que le ha molestado— ¿Acaso has encontrado algo que te guste?

Levanta una ceja y siento como me arde la cara. ¿En serio me ha preguntado eso? Miro a mi alrededor como un impulso, para ver si alguien más lo ha escuchado, ¡Será creído! Aun así, debería ser sincera y directa como lo ha sido él y decirle que sí, pero no pienso hacerlo. Doy un pasito hacia atrás para poder verle mejor la cara, es más alto que yo y al estar tan cerca tengo que alzar la cabeza demasiado, cuando puedo volver a observar su atrayente y perfecto rostro, levanto el mentón y suelto:

—Lo idiota que eres. De hecho, lo eres tanto que hasta en la cara se te nota.

Sin más y dejándolo con el entrecejo arrugado y los labios en una línea demasiado tensa, me doy la vuelta y salgo de la tienda con el corazón a mil por horas. Echa una furia, me abro paso entre la gente y consigo entrar en los aseos públicos que, por suerte, están vacíos. Cierro la puerta y me apoyo unos segundos en ella, intentando tranquilizarme. No sé qué me pasa, estoy atacada y tengo unas ganas irrefrenables de volver a la tienda solo para poder volver a ver sus ojos.

Bueno...sus ojos y a él enterito. Tengo que admitir que nunca he visto a un hombre tan sensual, serio y atractivo. Es alto, tiene la piel clara que acentúa su pelo azabache y ojos de maravilla. Llevaba un abrigo, pero he podido apreciar a la perfección el ancho de sus hombros y sus brazos, aunque me gustaría poder apreciarlo sin la ropa...

Estoy falta, tanto que hasta fantaseo con un hombre que he visto menos de cinco minutos.

Vuelvo los ojos y me acerco a los lavabos, me quito el jersey y la camiseta que tengo debajo, dejo el jersey sobre el mármol del lavabo y meto bajo el agua la camiseta manchada de café. La restriego hasta que la mancha parece quitarse un poco. Después cojo papel húmedo que hay en una cajita atornillada a la pared y restriego la mancha del jersey.

Aclaro: me quedo tan pancha en sujetador porque es un cuarto de baño de mujeres.

—Vaya...

Como si fuera a cámara lenta, me giro hacia la puerta y me encuentro con el idiota de antes qué, por cierto, me está mirando las tetas. Rápidamente, cojo el jersey y me lo pongo. No me puedo creer que haya entrado aquí a pesar de ser un baño solo de mujeres. Sacando la cabeza por el cuello del chaleco lo miro con furia y este

levanta sus ojos hasta mí tragando saliva. Temblando como un flan, me apoyo con las manos al lavabo y me miro en el espejo, al menos no estoy despeinada, aunque, qué más da ya si me ha visto en sujetador.

—¿Qué haces aquí? ¿No sabes que esto es solo para mujeres?

—Solo venía a disculparme, antes he sido un...

—¿Engreído? ¿Idiota? ¿Maleducado? —Mejor me callo ya porque si no, no termino.

Él sigue cerca de la puerta, mirándome con detenimiento y sin inmutarse por lo que le digo.

—Puede que sea un poco de todo eso, pero aun así quiero disculparme por cómo te he hablado. Aunque sigo pensando que el choque ha sido por tu culta, honey.

Uy, el cosquilleo que me entra por el cuerpo al escuchar cómo me llama. Sus labios se curvan en una exquisita sonrisa y entonces soy consciente de la nube en la que me he montado. Y ni que decir tiene, él sabe lo que provoca en las mujeres y sabe usar sus armas. Aunque esta vez no ha fijado bien su objetivo, porque pienso cantarle las cuarentas.

Su sonrisa dura el tiempo que yo tardo en acercarme a él y quedar a tan solo unos centímetros, es decir, escasos segundos. Cuando me tiene delante, su rostro vuelve a tornarse serio y la mandíbula se le tensa, en un intento fallido de causarme impresión porque no pienso permitírselo. Respiro con fuerza, le reto con la mirada y entra en mi juego. Nos miramos con intensidad, frunzo el ceño y él me imita, no sé por qué eso me hace gracia, pero alejo todos mis pensamientos amistosos de esta situación ya que mi intención es dejarle muy clarito que conmigo se ha equivocado.

De hecho, estoy a punto de repetirle lo imbécil que es, pero entonces él estrecha aún más nuestra distancia, quedando tan juntos que ambos tenemos que mover las cabezas para poder volver a mirarnos a los ojos. Y cuando lo hacemos, toda la furia que sentía hace solo unos segundos desaparece y pasa a convertirse en deseo.

Tanto, que podría cometer una locura aquí mismo.

· Capítulo 16 ·

Zeus

Su mirada gris es pura atracción. No imaginé que la mujer a la que estaba observando momentos antes era tan hermosa. Solo deseo acercarme a ella y besarla, es como si necesitara hacerlo. Como si mi cuerpo dependiera de ese contacto.

Me parece una mujer tan suave, tiene que ser tan dulce. Me siento como si fuese una abeja que tiene delante toneladas de miel.

Estoy loco. No puedo ver a una mujer y querer tocarla solo para sentir que está ahí. No puedo tener una conexión tan fuerte con alguien que no conozco de nada… ¿O sí?

· Capítulo 17 ·

Ava

Y se podría decir que la cometo o que estoy a punto de hacerlo.

Estamos tan cerca que su perfume inunda mis fosas nasales y me desboca el corazón. Huele tan bien, es tan guapo y desprende tanta seguridad que me siento ligeramente aturdida.

Con detenimiento, mira cada parte de mi cara como si estuviera buscando alguna respuesta en mi rostro. ¿De qué pregunta? No lo sé. Aprovechando su postura, me detengo a admirar sus ojos. Su iris es tan negro y penetrante que me transporta a una oscuridad donde solo nos veo a los dos. Uno frente al otro, retándonos, devorándonos con la mirada. Y por una milésima de segundo quiero estar ahí, para siempre.

Pero ¿Qué mierdas pienso? Lo acabo de conocer.

Rompo el contacto visual, mirando por encima de su hombro, fijando mi mirada en la puerta de salida.

—No me llames así, no sabes con quién hablas —sentencio, aparentando firmeza. Él sonríe y yo me descontrolo—. Y ahora márchate para que pueda seguir limpiando lo que has derramado en mi jersey.

Una sonrisa ladeada y otro acercamiento más por su parte.

—No voy a ir a ningún sitio, esto son unos baños para ambos sexos —¿¡Qué!? Retuerzo mis dedos nerviosa—. Límpiatelo, no me voy a ir a ningún sitio, honey.

Me estremezco al escucharlo y ver como sus labios se mueven con sensualidad. Los miro durante tanto tiempo qué, cuando él los mueve en una seductora sonrisa, me avergüenzo. Me ha pillado.

Juego con mi labio inferior aun observando los suyos y decido mirarlo de nuevo a los ojos, no voy a dejar que piense que me intimida. Entonces todo pasa tan rápido, que solo soy consciente de que se ha movido cuando siento como sus labios abren los míos.

Abro los ojos asustada por lo que este hombre, al que no conozco de nada, se ha atrevido a hacer. Bueno, por eso y por cómo reacciona mi cuerpo. Una corriente eléctrica recorre mi columna vertebral y me encoge el estómago. No sé cómo gestionar lo que está pasando, tampoco porqué demonios estoy sintiendo este remolino en mi interior, lo único que sé es que no quiero detenerme. Probablemente me voy a arrepentir de estar besándome con un tipo con el que solo he intercambiado unos pocos de insultos, pero joder, estoy segura de que

me arrepentiré mucho más si le pido que se detenga.

Excitada, rodeo su cuello con mis brazos para sostenerme, me está dejando sin aliento y temo caerme si no me agarro. Casi pierdo la cordura cuando, con un gruñido y fuerza, pasa un brazo por debajo de mis nalgas y me levanta en el aire para que rodee su cintura con mis piernas.

Mmm, lo que siento cuando me enredo es pura tentación.

Sin dejar de besarme, da varios pasos y con la espalda abre la puerta de uno de los cubículos de los aseos, la cierra de un puntapié y me apoya en ella con urgencia. El frío de la puerta cala por la lana de mi jersey y me despierta de este sueño que estoy teniendo despierta. Separo mis labios de los suyos y coloco una mano en su pecho para que se detenga, buscando en mi interior la poca fuerza de voluntad que me queda para poder rechazarlo mientras siento su erección.

—Lo siento, yo... Esto no debería haber pasado.

Me mira a los ojos, tiene la respiración acelerada y las pupilas muy dilatadas.

—¿Por qué? —pregunta tan tranquilo, antes de acercarse despacio a mi cuello.

Cierro los ojos al sentir sus cálidos labios sobre mi piel sensible y suelto un suspiro al notar como se me eriza la piel.

—No.… te conozco de nada. —digo al fin, aturdida, por todo lo que mi cuerpo está experimentando con este desconocido. ¿De dónde ha salido?

No presta atención a lo que le digo, simplemente pasea su lengua por mi cuello y mandíbula hasta que juguetea con el lóbulo de mi oreja para después morderlo.

Tengo el corazón tan acelerado que temo por él.

Su aliento choca con mi oreja y escucho:

—No pienses en eso, honey. —Me humedezco—. Solo en que voy a darte uno de los mejores orgasmos de tu vida.

Voy a olvidar lo creído que acaba de sonar.

No tengo ni puñetera idea de donde me estoy metiendo, pero si tengo el presentimiento de que esto me va a carrear consecuencias. Aun así, mis dudas no me detienen a la hora de visualizar con hambre sus hombros, cuello y mandíbula, la cual se mueve arriba y abajo cada vez que besa o lame mi cuello.

Dios, voy a morir de placer.

Tengo la mirada fija en su cuello, tentada de hacer con él todo lo que se me antoja y, en un arrebato de lujuria, lo hago. Muerdo su cuello con cuidado y él suelta un gruñido acompañado de un movimiento de caderas. Ahogo un gemido cuando su erección choca con mí. Está muy excitado, demasiado y eso solo puede significar dos cosas:

La primera de mis teorías es que lleva tanto tiempo sin tener sexo que necesita un polvo y no le importa que sea con una desconocida en el baño de un aeropuerto. Y la segunda, que ha sentido la misma extraña sensación que yo cuando nos hemos mirado a los ojos por primera vez en la tienda. Una sensación de atracción casi hipnotizante que nos obliga a estar muy cerca el uno del otro.

Lo sé, suena a gilipollez, pero es lo que he sentido.

Estoy perdida en mi mar de dudas, cuando apoya una mano en la pared, con la otra aprieta mis nalgas para estrecharnos más y sube sus labios por mi mandíbula hasta mi boca. La cual abro encantada, dejando que la explore cuanto desee.

He tomado una decisión. Soy una mujer madura, fuerte y sobre todo libre que puede tener sexo con quien le plazca y donde se le antoje, así que ¿Por qué no con este increíble hombre y en este mismo momento?

Se toma su tiempo a la hora de saborear mis labios y mi lengua, los cual succiona una y otra vez como si nunca tuviera suficiente. No puedo evitar rozarme contra él, sin importarme lo que pueda pensar. Ahora mismo solo me importo yo y mi placer. Eso parece gustarle porque gruñe en mi boca antes de meter una mano bajo mi chaleco. Nos separamos lo necesario para respirar, después volvemos a comernos con deseo.

Su mano, grande y ágil, pasea por mi abdomen y lo agarra con firmeza para moverme un poco hacia arriba. Quiero que vuelva a agarrarme así, sus manos se han moldeado tan bien a mi cuerpo. Pero cuando mi cuerpo reacciona realmente excitado, sintiendo una explosión de placer en él, es cuando sus dedos se cierran para agarrar uno de mis pezones y juguetear con él hasta dejarlo duro mientras clava sus ojos en los míos.

Con los labios entreabiertos por su respiración agitada, el ceño fruncido ligeramente por la calidez del momento y su pelvis moviéndose contra mí, me vuelve loca. Con cuidado, él mira mi jersey y después a mí levantando las cejas, inmediatamente le doy permiso y no tarda en subirlo y detenerse a mirar mis pechos.

Sin poder evitarlo se me encoge el estómago al ver que no hace ni dice nada. Me siento algo avergonzada por primera vez al estar en sujetador ante un hombre. ¿No le gustan mis tetas o qué? ¿Estará leyendo mi tatuaje?

—Son preciosos. —asegura, como si me leyera la mente.

Nos miramos un segundo a los ojos, hasta que él frunce el ceño confundido y se pierde en mis pechos. Los muerde, lame, besa, acaricia, mueve y tensa todo el tiempo que se le antoja. Dejando a un lado mis pechos, lleva una mano al bajo de mi falda para meterla dentro y me mira al percatarse de que llevo medias.

—¿Qué? Hace frío, ¿vale? —suelto una risita y él mueve sus labios en otra.

Sin mediar palabras y sin quitar su vista de mis ojos, hace presión con sus dedos en la tela y hace un agujero a mis medias. Abro la boca para quejarme, pero él me lo impide con un beso salvaje. Después se separa y abre el agujero más y más, hasta que comprueba que su mano cabe y la lleva hasta mi ropa interior. Me encanta la cara que se le queda al tocar la fina tira de mi tanga.

Me mira, luego a mis labios y sin besarlos suspira de placer. Juguetón, enreda su dedo en la tirilla y la suelta, consiguiendo que choque con mi piel y que jadee. Parece gustarle.

Con tranquilidad, saca su mano, la lleva a mi boca, pasea su dedo pulgar por mis labios y me hace abrirlos. Con los ojos, negros como la noche por toda la sensualidad del momento, fijos en mí, mete sus dedo índice y corazón en mi boca, mirando la acción como si fuera lo más erótico que ha presenciado en su vida.

Los chupo, me recreo en ello. Los lleno de saliva, excitada por saber dónde van a acabar. Los saca de mi boca y, sin preámbulos, los cuela por la tela rota de mis medias, echa a un lado mi diminuto tanga y, por mis pliegues húmedos, los mete todo lo que puede.

El momento es intenso. Al principio los mueve con delicadeza y suavidad, pero enseguida cambia a unos más fuertes y rápidos, moviéndolos y tocando las zonas más sensibles de mi humedad, sin apartar sus ojos de los míos o de mi boca cuando gimo.

Por un momento pienso que voy a explotar de placer, pero entonces me sorprende con su dedo pulgar sobre mi clítoris. Lo masajea de una forma tan certera y majestuosa que estoy a punto de llegar a mi punto más álgido. Necesitada de algo más grueso y profundo que sus dedos, arqueo la espalda y me clavo todo cuanto puedo en ellos, sorprendiendo al hombre que tengo delante. Este muerde mi labio inferior con fuerza y me tienta, con sus gloriosos movimientos de dedos, a gritar. Pero me doy cuenta de donde estoy y ahogo mi placentero jadeo en lo más profundo de mi garganta.

—Vamos, grita. Quiero que grites por mí —reclama en mis labios.

Lo pienso, sintiendo una necesidad incontrolable de decirle que sí a todo. Y eso hago, asiento despacio y suelto un leve jadeo que llevaba tiempo conteniendo. Él se tensa durante unos segundos y me mira confundido, pero hago caso omiso a su expresión y lo agarro de la nuca para atrapar sus labios.

Me dejo llevar, consumida por el deseo que siento desde que lo he visto por primera vez. Muevo mis caderas para que sepa cuanto deseo y disfruto lo que me está haciendo y por supuesto suelto un gritito en su oído, para tentarlo. Mi arranque desvela la pronta llegada del orgasmo a mí y saca los dedos de mi interior con suavidad cuando se

da cuenta.

Quiero quejarme, pero escucho a unas mujeres fuera hablar sobre sus vuelos y la hora que es. Entonces me percato de que yo estoy esperando la salida mi vuelo.

—Mierda. —maldigo mientras me suelto de su agarre y me quedo de pie frente a él.

—¿Qué pasa?

Alzo la vista de mi ropa, ahora arreglada, hasta sus turbios ojos. No sin antes detenerme en su abultada entrepierna y sentir un peligroso cosquilleo en mi vientre. Su cuerpo vuelve a chocar con el mio, pegándome aún más a la puerta, y se agacha un poco para tocar mis mulos. Subiendo poco a poco mi falda, al igual que mi temperatura.

Sin querer detener lo que hemos empezado, miro alternativamente desde su cuerpo hasta lo que hay detrás. Lo hago varias veces, pensando en el tiempo que tengo para acabar y volver con Jessica.

—Solo tengo quince minutos, siéntate ahí y terminemos. —ordeno, señalando a sus espaldas.

Se gira sobre sus talones, mira unos segundos hacia donde le digo y vuelve a mirarme con los labios apretados y las cejas arrugadas. Por su cara, apuesto, segura de que gano, a que ninguna mujer le ha pedido algo así nunca.

—No pienso hacer eso.

Bueno, quizá yo tampoco lo hubiera hecho si me lo hubieran pedido. Por eso no se lo pido más. Aliso mi falda de nuevo, no puedo perder el tiempo. Aunque tengo que reconocer que me fastidia tener que irme así.

—Está bien, entonces me marcho.

Estoy a punto de abrir la puerta, cuando él me agarra del brazo. Sonrío satisfecha antes de encararlo y volver a tornarme seria.

—¿Qué más da si me siento o te sostengo como antes? Si tienes quince minutos iré más rápido.

Acaricia mi mejilla con la misma mano que me ha hecho maravillas, después mis labios y por último la retira y se mete los dedos en la boca.

—Sabes muy bien, honey.

Mi respiración se acelera y me quedo paralizada, como si me hubiera hechizado. En toda su altura, se agacha un poco y mete de nuevo sus dedos húmedos en mi interior. Mis paredes se contraen en cuanto lo vuelvo a sentir y, como le encanta eso, gruñe y se muerde el labio. Creo que es lo más lujurioso y hermoso que he visto en mi vida.

Caliente, se pega a mí, dejando su brazo entre nosotros y haciendo presión en mi interior, para decirme mil obscenidades que consiguen que pierda la razón. Agarro su chaleco negro con fuerza para sostenerme mientras siento como su mano libre masajea mis pechos.

Vuelvo a estar a punto de llegar a la cima, pero entonces caigo en la cuenta de que ha vuelto a seducirme.

—No, no, no. —repito separándolo de mí. Me mira como si no creyese lo que acabo de hacer—. O te sientas ahí, o me largo y nos quedaremos con un calentón que ni con agua fría vamos a bajar.

Incrédulo por mi sinceridad, mira de soslayo el retrete y después a mí. Espero unos segundos, jugueteando con mi labio inferior, hasta que no puedo aguantar más y me acerco a él para desabrocharle los pantalones y bajárselos. Su cara es de sorpresa absoluta y me tengo que aguantar una risita al verlo semidesnudo ante mí, con su erección apuntándome y sus ojos abiertos como platos.

Puedo apostar, sin perder otra vez, a que ninguna otra mujer ha mandado así sobre él nunca.

Como si hubiera perdido una lucha, se desplaza de espaldas al retrete y se deja caer despacio. A su vez, bajo las cremalleras de mis botas y me deshago de mis medias con sus ojos clavados en mis movimientos. Con la sensualidad que sé que poseo, muevo las caderas sutilmente mientras subo mi falda, sintiéndome poderosa cuando él recorre mi cuerpo expectante. Mis rodillas chocan con las suyas, levanta una mano hasta mi monte de Venus y con la otra se masajea su erección.

Es una autentica y loca tentación.

Sin perder tiempo, empiezo a sentarme sobre él a la vez que abre un envoltorio plateado y cubre su miembro. Me echo a un lado el tanga, él coge su erección con una mano mientras que con la otra me agarra por la cadera, me empuja levemente hacia abajo y dejo que todo fluya. Siento un revuelo en el estómago cuando estoy completamente pegada a él.

—Joder.

Su voz ronca y cargada de placer se ancla en mí, haciéndome sentir cosas que no debería sentir con un desconocido. ¿Me estaré volviendo loca?

Cuando demanda mis movimientos, lo hago gustosa y segura de lo que sé hacer. Volviéndolo loco con cada balanceo de caderas. Mientras él gruñe, suelta palabras obscenas entre dientes y se muerde el labio, yo me deleito con cada uno de sus gestos varoniles.

Disfruto durante unos segundos del placer tan inmenso que siento con solo tenerlo dentro y después empiezo a subir y bajar despacio. Me agarro a sus hombros con fuerza porque me siento gelatina al ver su cara de goce y confusión, algo que yo también siento. Los movimientos lentos duran unos segundos, quizá un minuto, porque él se encarga de que así sea.

Sus fuertes y grandes manos se apoderan de mis caderas para moverme a su antojo y tengo que reconocer que no me molesta, todo

lo contrario, me lleva al séptimo cielo. Me mueve y encaja con tanta maestría y cuidado que no creo que pueda aguantar mucho más.

Me obligo a concentrarme en mi propio placer, no conozco de nada a este hombre y mi prioridad ahora mismo tengo que ser yo, pero me es totalmente imposible. Estoy tan nublada con lo que me transmite y me hace sentir, que solo quiero que esté a gusto y sienta placer.

Mis pensamientos se ven interrumpidos cuando me pellizca la piel del costado y en su cara veo que quiere saber en qué pienso. Sin hablar, me acerco a su boca despacio, tentándolo, retándolo, y luego lo beso. Saboreo sus labios, dejo que devore mis gemidos y disfruto del mejor sexo que he tenido nunca.

—Eres una tentación. No puedo dejar de besarte. —expresa sobre mis labios.

Abro la boca para decir algo, pero entonces veo que frunce el ceño cuando me muevo sobre él y me confunde. Me hace pensar que se ha arrepentido de lo que ha dicho, y siento que se tensa. Sus dedos se clavan en mis caderas con más fuerza que antes y estoy a punto de quejarme, pero vuelve a la normalidad y se centra en su placer.

A partir de este embarazoso momento, tengo la sensación de que todo ocurre muy rápido. Nos besamos, tentamos y disfrutamos el uno del otro, hasta que un espasmo en mi interior me avisa de que voy a llegar al clímax. Él lo ha notado también, y sonríe de medio lado.

La seguridad que desprende se me contagia y para culminar este increíble momento, me muevo con sensualidad y control consiguiendo que el hombre que tengo delante se muerda el labio, respire con fuerza por la nariz y cierre los ojos dejándose llevar. Solo entonces, me permito terminar y sentir el orgasmo más abrasador e intenso que he sentido nunca.

Una vez mi respiración está relajada, no espero a que la suya también lo esté y me levanto para limpiarme con papel higiénico y colocarme bien la ropa. Mientras tanto, él sigue sentado sobre el retrete, con la respiración un poco agitada y sus ojos lobunos clavados en mí. Está tan confundido e ensimismado, que puedo apostar por tercera vez, y ganando de nuevo, a que nunca ha sentido algo como lo que ha experimentado conmigo.

Puedo parecer creída, pero no me arrepiento por ello. Toda mujer sabe cuándo y porqué ha dejado sin palabras a un hombre.

Me meto detrás de la oreja un mechón de pelo que se me ha escapado del moño cuando él se levanta, sube su ropa y se acerca a mi mientras abotona su pantalón.

—Ha sido...

—¿Impresionante? —No lo dejo continuar y tengo que decir que me encanta su cara cuando lo hago.

—Sí, impresionante. —repite mirándome y con la ceja levantada,

estirando así la cicatriz de su ojo— ¿Cómo te llamas?

Vale, llegó el momento de desaparecer. Aunque estoy de acuerdo con él y también dispuesta a repetir, no va a pasar. No voy a decirle mi nombre, ¿Es que ha perdido la cabeza? ¡No lo conozco de nada! Dando un paso atrás, alzo la cabeza para mirarlo.

—A mí también me ha gustado, pero no voy a decirte mi nombre ni quiero saber el tuyo —Más confusión en su mirada y más atracción en mi cuerpo hacia él. ¿Qué me pasa? Parpadeo varias veces, antes de centrarme en la conversación—. Solo puedo decirte, que has sido un increíble amante estos quince minutos, campeón.

Lo que hace a continuación me deja sin palabras. Me acelera el corazón. Y no puedo creer que semejante remolino se apodere de mi estómago con unos pocos gestos. Con una sensualidad que ya había notado que tenía cuando lo he visto por primera vez, se pasa las manos por su oscuro y ondulado cabello, se moja los labios con su imperiosa lengua y suelta una risa que me encoge los músculos.

—De acuerdo. Entonces, solo puedo decirte que el placer ha sido mio, honey.

Tras mirarlo unos segundos como despedida, abro la puerta del aseo y salgo en busca de mi amiga. Estoy segura de que me va a matar por dejarla sola tanto tiempo.

—¿Dónde has estado? —pregunta en tono molesto. Luego mira hacia abajo y levanta una ceja— ¿Y tus medias?

Mierda, he estado tan centrada en volver con Jess que no he sentido el frio en mis piernas hasta que lo ha mencionado.

Aun teniendo una prueba que puede delatarme si ella piensa demasiado, barajo la posibilidad de si contárselo o no. Por un lado, me siento totalmente bien después de lo que ha ocurrido, pero que pueda juzgarme me asusta un poco. La miro unos segundos, me está observando inquieta esperando una respuesta, y decido ser sincera con ella. Es mi amiga desde siempre y nunca nos hemos ocultado nada.

Tuerzo los labios como siempre hago antes de confesar algo y reprimo una sonrisa cuando Jess los mira sabiendo a que se debe.

—Follando en el baño. —confieso en voz baja.

Dejo de morderme el labio por dentro porque soy capaz de arrancarme la carne en cualquier momento. Jessica abre la boca exageradamente y se acerca a mi chocando nuestros hombros, acercando su cara a la mía.

—¿En serio? No me creo que Marco se haya presentado aquí y tu hayas caído en sus juegos. Te creía más fuerte, Ava.

Frunzo el ceño, molesta porque piense que podría tener algo con Marco después de lo que le conté en el taxi. Pero entonces soy consciente de que es normal que piense en Marco, ella no sabe nada sobre el hombre misterioso.

Bueno, no queda tan mal. Hombre misterioso. Lo repito en mi cabeza varias veces, recreando su imagen en mi mente, sin acodarme donde estoy y que tengo a mi amiga delante esperando una respuesta.

La miro y sonrío, ya quisiera Marco darme un orgasmo como el que acabo de tener.

—Ha sido con un hombre que he conocido en la tienda, me ha tirado unos cafés encima, he ido a los cuartos de baños a limpiarme y él me ha seguido. Dios mío Jess, está buenísimo. Ojalá lo hubieras visto, te encantaría.

Jessica me mira mientras suelto las palabras como si acabara de estudiarlas y entonces cuando termino ella reacciona. Abre la boca con sorpresa y suelta una carcajada. De inmediato se torna seria.

—Tendría que haber ido yo a por esos cafés.

Entre risas, le sigo contando lo ocurrido con pelos y señales, le describo con total lujo de detalles al hombre de hace unos momentos. Sumidas en nuestra conversación, cada una cogemos nuestro equipaje y empezamos a caminar hasta quedar una detrás de la otra como todas las personas que hay en la fila que se ha formado. Mientras camino detrás de Jess, me encuentro con el hombre de los cuartos de baño recibiendo un beso en los labios de una rubia espectacular.

Me quedo tan sorprendida que no puedo apartar los ojos de la escenita y acabo chocado bruscamente con Jessica, que al parecer se ha detenido. Es tal el golpe, que mis maletas se caen haciendo un ruido sordo qué, a pesar de estar en un aeropuerto muy concurrido, todo el mundo a mi alrededor centra su atención en mí.

Y cuando digo todo el mundo, también me refiero al hombre buenorro.

· Capítulo 18 ·

Zeus

Estoy en una larga fila de personas esperando mi turno, junto a Cristal e Ivonne, pensando en lo que acaba de ocurrir. No puedo dejar de recrear una y otra vez como esa descarada se ha montado sobre mí y me ha follado. Lo ha hecho como una auténtica maestra, sabía dónde y cómo tocarme, sus suspiros y jadeos eran como música para mis oídos. No puedo dejar de verla, se me repite el momento una y otra vez.

Estoy pensando en la mujer y cuando siento unos labios sobre mi boca, a pesar de que veo a Cristal, inmediatamente pienso en ella. Cierro los ojos para intentar volver a sentir lo que he sentido en el baño, volver a sentir la suavidad de sus besos. Pero un ruido nos hace separarnos, yo vuelvo a la realidad y entonces la veo. Se le han caído las maletas y la están mirando, me gustaría ir allí y ayudarla, pero sé que no debo. Así que me conformo con mirarla y prendarme de ella el tiempo que sigamos coincidiendo en el aeropuerto.

· Capítulo 19 ·

Ava

En cuanto los dos ojos oscuros se posan sobre los míos, me giro bruscamente para que no vea la sorpresa en mi rostro. Estoy muy nerviosa, tanto que no puedo dejar de retorcer mis dedos, pero tengo que controlarme. Ni siquiera debe importarme que el hombre con el que acabo de tener sexo hace tan solo cinco minutos esté comiéndose la boca con un pibonazo de melena rubia.

Mientras mi mente se encarga de volverme loca con preguntas y mil dudas, Jessica me da la espalda totalmente concentrada en la mujer que está recogiendo los billetes a los pasajeros. En alguna ocasión, se vuelve para regalarme una sonrisa tensa y se concentra de nuevo en el frente.

Sé que está intranquila, mucho de hecho.

—Jess, no estés nerviosa. Estamos juntas.

Intento tranquilizarla con un apretoncito en el hombro, pero ella solo asiente sin mirarme. Como la conozco muy bien, sé que necesita espacio y que no la agobie más de lo que ya está, por eso me coloco mis auriculares y dejo que Maroon 5 se abra paso por mis oídos con una de sus increíbles canciones. Adoro este grupo, además me vuelvo loca escuchando la melodiosa voz de Adam Levine, me transporta a otra galaxia. Canturreando para mis adentros el estribillo de una de sus canciones, *Memories*, una de mis favoritas, tengo la sensación de ser observada. Me esfuerzo en obviar la sensación, a pesar de que siento el calor en mi nuca y la incomodidad propia de cuando alguien clava sus ojos en ti, pero la curiosidad mató al gato.

Y para qué engañarte, soy muy felina.

Con disimulo, me giro mientras observo a las personas ir de un sitio a otro intentando dar con el foco de mi incomodidad, sigo girándome hasta que visualizo la tienda donde entré antes y hasta ahora no encuentro a nadie sospechoso. Quizá sean cosas mías. Termino de girarme del todo, hasta que ahora le doy la espalda a Jessica y miro hacia el final de la cola de personas, encontrándome así con una mirada peligrosa que me observa a unos cinco metros de distancia.

Un escalofrío me recorre el cuerpo al ver que se trata del hombre de antes y de que tiene los ojos fijos en mí, sin prestarle la mínima atención a la rubia que le habla a su lado. Me coge tan de sorpresa lo que descubro que me vuelvo casi de un salto, consiguiendo chocar con Jess.

—Mierda Jessica, ¿Qué haces tan cerca?—exclamo mientras me sobo la frente.

—Tiaaa, menudo trancazo me has dado —gruñe tocando su frente también— ¿Qué buscabas? —No me deja responder, algo ha hecho clic en su cabeza y abre los ojos desmesuradamente— ¿A quién buscas lagarta?

Quiero soltar una carcajada, pero la contengo.

—A nadie, ¿A quién voy a buscar aquí?

Dejo de mirarla y me vuelvo a colocar el auricular que me he quitado al golpearnos, si sigue haciéndome preguntas tendré que decirle lo que he descubierto y si de algo es carente mi mejor amiga es de disimulo. Probablemente se enteraría de lo que hablamos medio aeropuerto.

Aunque ignoro su mirada, centrándome en que no llevo medias y el causante de ello está detrás de mí, ella no se da por vencida y me quita el dispositivo de la oreja. Alzo una ceja y tuerzo los labios.

—A mí no me engañas. Dime donde está el tiarrón del cuarto de baño, quiero ver como es.

Pongo los ojos en blanco, consciente de que he perdido una batalla, y me acerco más a ella para que nadie más nos escuche.

—Está detrás de nosotras. Nos separa unas diez personas. —Jessica mira por encima de mi hombro—. Tiene una cicatriz en un ojo, va de negro y...

—Madre del amor hermoso...—susurra, embobada— Ese hombre está para mojar pan y debe pensar que tú también, porque no veas el repaso que te está dando el muy descarado.

Mi corazón se acelera inexplicablemente.

—¿Todavía me está mirando?

—Ya lo creo que sí, y ni siquiera le importa que yo lo esté mirando a él. Estoy segura de que, si esa rubia no estuviera pegada a su brazo como una chupona, se acercaría.

Mi amiga me da un leve codazo en un brazo y me guiña el ojo.

—Ese se ha quedado con ganas de más.

Por primera vez noto como mis mejillas arden. Pero, ¿Qué me pasa? Lo que me hace sentir el hombre misterioso me confunde, nunca me ha pasado nada igual ni siquiera con Marco. Necesito tener la mente clara y despejada, y no dejar que nada, mucho menos un hombre, me nuble el juicio.

—Deja que la rubia lo manosee. Yo no tengo nada que ver con ese hombre, ha sido un sexo exquisito, pero que no se repetirá.

Dicho eso, me coloco mis auriculares para dejarle claro a mi amiga que la conversación ha finalizado. No sé porque, pero un sentimiento de decepción se instala en mí, me hubiera encantado haber conocido a ese hombre en otras circunstancias y haber podido verlo más, disfrutar

de momentos tan fogosos como el que hemos vivido hace un momento, pero tengo que ser consciente de la realidad y dejar de fantasear.

Puedo sentir los nervios que emanan del fino cuerpo de mi amiga, le tiembla las manos cuando entrega los billetes y, más tarde, se tropieza al subir al avión. En el último escalón se vuelve hacia mí y hace un pucherito con los labios.

—Estoy muy nerviosa.

La miro parpadeando y me giro lo suficiente para mirar de reojo a toda la gente que está detrás nuestra para entrar. Me vuelvo y le coloco las manos en los hombros, acercándome a su rostro para que nadie más nos escuche.

—Tranquilízate, sigue mi respiración. —Expiro e inspiro para que me imite y sonrío cuando la veo más tranquila—. Ahora, vamos a subir, a sentarnos, cerraremos los ojos y cuando los abramos estaremos en Nueva York.

—Perdona, algunos tenemos prisa.

En cuanto escucho una voz detrás de mí, me giro de forma brusca y fulmino al hombre en chándal que tengo ahora de frente.

—¿No ves que está nerviosa? No llevas esperando ni dos minutos, pero ¿Qué te pasa? ¿No tienes empatía?

Conforme rujo eso, mi vista se clava varias personas más atrás donde el hombre misterioso (Sí, lo tengo claro, así lo llamaré) está mirándome con una media sonrisa. Ignorando el revuelo que siento en mi estómago, fulmino de nuevo al individuo que se ha quejado y me vuelvo hacia mi amiga.

—¿Y si nos quedamos aquí? Me estoy arrepintiendo un poco de todo esto.

Ahora a quién le entra el pánico es a mí. No quiero quedarme aquí, ya me he hecho a la idea de mudarme y, sinceramente, tengo mucha ilusión. Jessica mira detrás de mí y en su cara veo que se está agobiando, además que la azafata salga a decirnos que estamos interrumpiendo y que el imbécil de antes vuelva a quejarse no ayuda. Me vuelvo colérica y estoy a punto de tirarme sobre el hombre, cuando otra persona me agarra del codo y me mueve para ponerme frente suya.

—No merece la pena.

Esa voz. La piel se me eriza y subo lentamente mis ojos por el imponente cuerpo que se ha puesto delante de mí. Ahogo un jadeo cuando lo miro a los ojos.

—¿Qué haces?—pregunto casi a la defensiva por lo que me hace sentir.

Él me mira con detenimiento e intensidad, hasta que mueve sus ojos hasta Jessica.

—Soy médico, y he venido a ayudar a tu amiga —este dato me sorprende, no sé por qué, pero lo hace —. Más bien cirujano, pero estoy capacitado para cualquier emergencia.

Después de esa breve explicación, frunce un poco el ceño como si estuviera raramente afectado por haberme dicho esa información. Sin mediar palabras, me echa a un lado con suavidad, dejando que todos pasen y se centra en mi amiga.

—Hola, no tengas miedo, soy médico. Quiero ayudarte, así que voy a darte una serie de pautas para que las sigas y podrás subir al avión en menos de tres minutos.

Lo miro ensimismada, su voz es tan varonil y segura, que deseo estar en el lugar de mi amiga. El hombre, agarra las manos de Jess y empieza a masajearla, dándole las pautas de respiración adecuada y hablándole con tranquilidad y amabilidad.

Como él ha dicho, no tarda más de tres minutos en acabar y Jessica se encuentra mucho mejor. Sin tiempo que perder, me acerco a ella y la abrazo un poco.

—¿Estás mejor?

Jessica me mira y sonríe.

—Sí, este hombre parece ser un portento en todo, chica.

¿¡Qué acaba de decir!?

Aunque lo ha intentado decir en voz baja, no puedo ignorar la carcajada ronca que me eriza la piel. Me giro rápidamente, y el hombre del aeropuerto torna su rostro serio en cuanto me ve la cara, y me muero de la vergüenza.

No puede estar pasando esto. Con los ojos como platos y sin respiración, cojo a Jessica de la muñeca y la arrastro hasta nuestros asientos. Importándome más bien poco no haberle agradecido al tipo su gesto al ayudar a Jessica. La cual no tarda ni dos minutos en alzar la mano como una loca y saludar con una gran sonrisa al mismo hombre que la ha ayudado y que va acompañado por la imponente rubia.

Me quedo petrificada cuando se sienta no muy lejos de nosotras y clava su oscura mirada en mí. Aunque se torna serio, una seriedad que me causa más calor que inquietud, en su mirada puedo ver una chispa de diversión. Podría llevarme horas mirándolo y no me cansaría.

¿Qué me pasa? Indignada por las chorradas que pasan por mi cabeza, pongo los ojos en blanco y me vuelvo hacia Jessica.

—¿Estás majara? ¿Qué se supone que haces? —Ella sigue sonriendo, mirando detrás de mí y le paso una mano por la cara— Deja de comportarte como una niña, tienes casi treinta años ya.

Ahora me mira a mí. Sonrío por haberla picado, odia que insinúe que envejece. Claro está que no lo pienso, si lo hiciera querría decir que yo también lo hago ya que tenemos la misma edad. Pero me gusta

hacérselo pensar. Mi amiga une sus cejas y se lleva una mano al pecho.

—Qué ataque más malvado. Solo tengo veintiocho años, ni arrugas tengo. Soy una cría todavía.

Entre risas, Jessica se estira la piel para alisarla y yo le señalo puntos de su cara para seguir enfadándola. Seguimos con nuestras tonterías, hasta que empezamos a despegar y Jessica se pone blanca. Solo se tranquiliza cuando nos estabilizamos. Un poco más tranquila, coge uno de mis libros de sopa de letras, lo que me sorprende, pues es la primera vez que la veo con uno en las manos, y empieza a buscar palabras.

Mientras ella se entretiene, yo apoyo la cabeza en el asiento, intentando poner en orden mi mente. Está hecha un caos. Por una parte, Marco no me deja. No entiende que hemos roto y me está acribillando a llamadas y mensajes.

Por otra parte, está el tema de mi nueva vida, el traslado a otro país, la separación con mi familia. Y, por otro lado, el encontronazo con el hombre en el aeropuerto, es la primera vez que me dejo llevar así con alguien desconocido, jamás me hubiera planteado crear semejante escenita calenturienta con un tipo al que nunca he visto antes.

Cierro los ojos con fuerza, intentando disminuir la presión de mi cabeza, pero entonces me siento observada. Así, de buenas a primeras, mi perfil izquierdo me quema, siento unos ojos sobre mí y me inquieto. ¿Será él de nuevo? Intento ignorar mi extraña sensación, quizá sean imaginaciones mías, pero la cotilla que vive en mí me hace buscar de donde proviene esa sensación y me lo encuentro mirándome.

Me excito. No sé por qué, pero que me esté mirando tan fijamente y que su mirada parezca expresar deseo me hace palpitar. Me muerdo el labio inconscientemente, es un reflejo que tengo cuando algo me incomoda o inquieta. Y desde luego incómoda con sus ojos sobre mí no estoy.

Él levanta una ceja cuando ve mi movimiento, sus ojos ahora están sobre mis labios y quiero que me bese, entonces sonríe un poco y apoya la cabeza sobre el sillón. Un gesto que me parece muuy tentador, no sé por qué. Un par de segundos más e intenta girar la cabeza de nuevo hacia mí, pero la rubia lo interrumpe y ya él no vuelve a mirarme.

Excitada, acalorada, pero también algo decepcionada porque ya no me esté mirando, me vuelvo en mi asiento. Me apoyo en mi hombro derecho y doy la espalda al hombre que, por cierto, viene acompañado de dos mujeres.

—Desafortunado. —Canturrea Jessica al encontrar la primera

palabra desde que cogió el libro.

Con un gesto, le pido que coloque el libro entre las dos y, juntas, buscamos algunas palabras. Son tantas las páginas que hacemos, que al final, hasta yo que adoro estos pasatiempos, acabo aborreciéndolo.

—Estoy muy aburrida.

Me quejo como una niña pequeña, pero en mi defensa diré que soy demasiado nerviosa para estar sentada tantísimas horas.

—Y que lo digas. Voy a pedir algo de comer. ¡Me muero de hambre!

Con un gesto, discreto, mi amiga llama a la simpática azafata y le pide comida como si estuviera en el mismísimo McDonald's. En cuanto la azafata vuelve a aparecer con la bandeja, me quiero morir de la vergüenza. Miro a mi alrededor, comprobando que no nos esté mirando demasiada gente y justo lo está haciendo la única persona que consigue ponerme nerviosa.

—Joder. —Me levanto y miro a mi amiga—. Voy al baño.

Necesito refrescarme la cara. La tengo ardiendo. Cuando llego a la puerta del aseo, abro y me meto en lo que parece un ataúd. Es tan pequeño, que me agobia ligeramente. Cierro con llave, me lavo la cara y la seco con un poco de papel. Después me miro al espejo, apoyando mis manos en el lavabo y susurro sintiéndome como un flan:

—¿Qué coño te pasa?

Cierro los ojos un instante antes de volverme a la puerta y abrirla. Salgo tan rápido que me choco con algo extremadamente duro.

—Hola.

Conforme escucho esa voz, el corazón me aletea. Debo tener una cara de boba, que será para enmarcarla. No puedo responder, solo pasear mis ojos por su increíble cuerpo. Su altura, porte y anchura me quitan el hipo. Me detengo en su cuello, ancho y masculino, amplio para ser besado. Cuando llego a su cara, su sonrisa es terroríficamente sensual, sus labios semicurvados, sus ojos, su cicatriz, su barba de algunos días...Ay, Dios mío. ¿Este hombre tiene algo que no quite el sentido?

Como me percato de que espera alguna palabra de mi parte, como siempre, digo lo primero que se me ocurre. Haciendo referencia al lugar donde nos encontramos.

—No quiero creer que la tercera vez que nos encontremos sea en otro cuarto de baño.

Conforme digo eso y él suelta una carcajada, me quiero esconder. Ni siquiera sé por qué pienso que volveremos a vernos. Aunque desee que así sea, sé que no es posible. A saber, dónde acaban él y la rubia. Estamos en silencio el suficiente tiempo para que a mí me parezcan horas, al parecer ninguno sabe que decir.

Quién lo diría, a la primera de cambio mantenemos sexo y ahora no

sabemos de qué hablar. Pero entonces, él se rasca la barbilla mirándome de arriba abajo, algo que me acalora en décimas de segundos, sonríe como si alguien imaginario le hubiera contado un chiste malo y da un paso hacia mí. Un paso tentador. Lo tengo a escasos milímetros, sus labios casi rozan los míos, su aliento choca deliciosamente contra mi boca y no puedo evitar soltar un leve jadeo.

Parece gustarle, lo veo en sus ojos, también escucho un leve ruido en su garganta. ¿Es normal que eso casi me provoque un orgasmo? Se acerca un poco más, está a punto de ocurrir, pero entonces...

—Amor. ¿Por qué tardas tanto? —pregunta la rubia con voz melosa.

El hombre se separa de mí rápidamente en cuanto la escucha y deja de mirarme para mirarla a ella. Que no tarda ni dos segundos en tirársele al cuello y comerle la boca. ¡Santo Dios! ¿Dónde ha dejado esta mujer los modales?

Incómoda y algo molesta, los miro hasta que ella decide dejar de hacer de chupona y ambos me miran. Creo que él se da cuenta de mi incomodidad, incluso me arriesgaría a decir que también lo está. Pero eso parece desaparecer, porque, después de una sonrisa de superioridad, deja de mirarme otra vez, le acaricia la mejilla y le dice en inglés: Cariño, esta mujer estaba atascada en el baño y la he ayudado a abrir la puerta. Parece un poco patosa.

Para mi suerte, o no, lo entiendo a la perfección. ¡Será cabronazo! ¿Atascada en el...? De repente necesito darle un guantazo en toda la cara. Al ver que mi gesto cambia, resultado de haber entendido lo que ha dicho, une sus cejas en una expresión casi incrédula.

Avergonzada, miro por última vez a la pareja y, tras asentir en una despedida, añado:

—Tengo que irme.

Sin mirarlos, pero sabiendo que él me mira, me largo a mi asiento. Me tiembla hasta el pelo.

—Tiaaa, que mala cara. Parece que has visto un fantasma.

Resoplo de frustración, colocándome de lado como antes.

—Si hubiera visto uno, no me habría sorprendido tanto como lo que he presenciado. —Jessica me mira sin entender y yo prosigo—. El tío que te ha salvado la vida tiene novia. Y realmente no sé por qué me sorprendo. Me he topado con él al salir del aseo y ha estado a punto de besarme segundos antes de que apareciera su novia. Después se ha atrevido a decirle en su idioma, creyendo que no le entendería, que me ha ayudado a salir porque estaba atascada.

Jessica tarda dos segundos en soltar una carcajada. A mi desde luego no me hace ni pizca de gracia el asunto. Tuerzo el gesto, molesta, para que sepa que tiene que callarse. Ella lo hace y se acerca un poco a mí.

—Es obvio que ese hombre tiene novia. Solo tienes que verlo. Si un tío así, guapo y buenorro, no tiene novia es una raya en el agua. Aunque tengo que reconocer, que por muy bueno que esté, a mí me viene con esa cara de estar oliendo mierda y no le doy ni la hora.

Cierro los ojos, conteniéndome por no soltar una risotada y echar a perder la tensión que quiero que tenga el momento. Como me ría, ya no paramos. Realmente me ha molestado, me he sentido humillada. He sido muy tonta al haber hecho tal cosa con ese desconocido. Necesito borrarlo de mi memoria ¡ya!

Sin embargo, continuo:

—No lo parecía cuando estábamos en el aeropuerto.

Jessica le da un mordisco a una pieza de fruta y me ofrece, pero sinceramente se me ha cerrado hasta el estómago. Niego con la cabeza para rechazar la comida. Ella sube los hombros con indiferencia y se la zampa.

—Estará pasando por un mal momento y te ha cogido a ti. Eres un daño colateral.

Mierda, no lo había pensado así. Y eso me jode más. No quiero ser el daño colateral de nadie.

—Está mal, muy mal. No debería engañar a su pareja, la pobre seguro que no cabe ni por la puerta por los cuernos. Es muy simple, deja a tu pareja y después me echas semejante polvazo como el de antes.

Mi amiga vuelve a reír.

—Que lagarta eres.

«Si supieras lo que esconde bajo la ropa...me entenderías». Por supuesto, no lo digo en voz alta. Jessica suspira y la miro con las cejas levantadas.

—Lo que daría yo porque un hombre alto, fuerte y con el culito prieto me cogiera, me metiera en el baño y me hiciera suya.

No puedo contener una carcajada. Río con tantas ganas, que me cambio de posición y me pongo de frente. La risa se me corta cuando, de reojo, veo que el hombre de antes me observa. De un rápido movimiento le vuelvo a dar la espalda. ¡Qué nerviosita me pone! ¡Podría darme hasta un telele!

Continuamos cotilleando y riendo, hasta que se nos acaba los temas de conversación. Jugamos a algunos juegos de adivinanzas, pero acabamos aburridas de ellos. Fantaseamos con la nueva vida que nos espera, imaginamos, recordamos e incluso lloramos un poco en silencio. ¡Qué sensibleras somos!

Una hora después, no quepo en el sillón. Necesito salir. Como solo puedo salir si me tiro por la puerta, decido cerrar los ojos, no sin antes obligar a Jess que también lo haga, y consigo echar una cabezadita. Me conformo con veinte minutitos, el cuerpo me lo pide. Necesito

relajar mis músculos, el cúmulo de cosas me está pasando factura. Y por ello, dejo de pensar y poco a poco me quedo dormida.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, los veinte minutos me sientan de maravilla. Joder, tanto que hasta el brazo se me ha quedado dormido. Satisfecha por la siesta exprés, miro la hora y no me creo lo que veo. He dormido horas, ¡horas! Tantas que estamos a punto de aterrizar.

En seguida, veo que Jessica también duerme y me escandalizo en cuanto pienso en ella durmiendo. Imploro que no haya roncado, de verdad que ronca altísimo.

—Jessica. Jess. —La zarandeo suavemente, pero nada.

No quiero asustarla, pero cuando esta mujer duerme no hay quien la despierte. Por eso uso el último recurso que me queda, teniendo en cuenta que quedan menos de cinco minutos para aterrizar.

—¡Dios santo! —Comienzo sin elevar excesivamente la voz, no quiero montar un numerito—. Nos estrellamos.

Mi amiga abre los ojos tan rápido que temo que le haya dolido.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía!—dice exaltada.

No puedo contener ni un segundo más las ganas de reír. Está despeinada, con un lateral de la cara colorada y hasta tiene un poco de saliva en la barbilla. ¡Me meo de la risa!

—Cálmate. No nos estrellamos, es solo que no te despertabas.

Ella maldice varias veces y, colocándose bien el pelo, susurra:

—No voy a llegar viva a Nueva York y va a ser por tu culpa.

Río por lo bajo.

—¡Ya estamos en Nueva York!

—¿Qué?

Vuelvo a sonreír, pero la sonrisa se borra de mi rostro en cuanto me llevo una mano al cuello y lo noto vacío. Como una loca busco en el asiento, el suelo, el cuarto de baño y no la encuentro. Me entra el pánico. Vaya numerito monto en un momento, me mira todo el mundo, y cuando digo todo el mundo ¡Él está incluido!

—Jess, dime que la gargantilla está en mi cuello. Que no la siento porque tengo la mano dormida.

Mi amiga arruga su cara y me creo morir.

—Cariño, que no te cunda el pánico. No está ahí, pero quizá esté caída en algún sitio.

No, no, no. No puede estar pasando. Colapsada, siento mis ojos arder. No está en ningún sitio, la he buscado como la que busca un tesoro y no la he visto. Con el corazón dolido, en cuanto puedo, salgo del avión seguida por mi amiga, chocándome con varias personas.

Fuera, el viento me da en la cara y seca las lágrimas en mis mejillas. Continúo caminando entre la gente, hasta que alguien me agarra del codo. Cuando me giro, me encuentro con el tipo de antes.

¡Otra vez! Tira de mí un poco para acercarme hasta él, a este le importa una mierda su novia.

Lo miro confusa e incómoda porque me esté viendo llorar e intento zafarme, molesta por sentir una extraña tranquilidad ante su contacto. Pero él, con su gesto serio, no me suelta. A lo lejos, Jessica, nos mira sin entender nada, pero se mantiene al margen. Asustada por poder meterme en un lío, busco a la rubia, pero no la encuentro. Con el terreno escaneado, vuelvo mis ojos grises a los suyos.

—¿Qué te sucede, honey?

¡Ay, lo que me entra por el cuerpo cuando lo escucho! Pero no puedo dejar que me nuble el juicio un pretencioso como este. Así que, para que le quede claro que de mí no se ríe ni el más pintado, digo en un perfecto inglés:

—Vete a la mierda.

Me suelto de mala gana, dejo que me mire entre sorprendido y confundido, y me voy con mi amiga. Tengo ganas de llegar a mi nuevo hogar.

· Capítulo 20 ·

Zeus

Soy imbécil.

Casi vuelvo a besarla, a sentirla. No me imaginaba que me entendería, si llego a saberlo no la llamo patosa. Cuando Cristal me ha besado, sabía que lo hacía para marcar terreno y que, si no le hubiera dicho nada, la habría atacado con algún comentario hiriente.

Vuelvo a mi asiento y tardo tan solo unos escasos segundos en volver a mirarla, su risa me llama como una sirena a un marinero, incluso se me contagia, pero me mantengo serio. No quiero que Cristal me pregunte.

Antes de que el vuelo termine, la observo varias veces y en una de ellas descubro que debe estar dormida porque hasta hace unos minutos estaba hablando con su amiga. Cuando llega el momento de bajar, la veo alterada, llevarse una mano al cuello y mover las manos en el aire. Por los empujes e insistencias de Cristal, me veo obligado a salir y dejar a la chica dentro.

Me siento mal, pero al menos me recordará a ella.

Fuera, que hace un frío de cojones, lo que me hace pensar en que no lleva medias, me demoro hasta el coche. Dejo que Cristal e Ivonne me adelante para ver si tengo suerte de verla por última vez, y así es. La veo agobiada y la agarro del brazo, haciéndola girar y quedar frente a mí. Algo se encoge en mi interior al verle sus ojos grises, rojos por el llanto. Le pregunto qué le pasa y entonces se mueve entre mi agarre, entorna los ojos y suelta en mi idioma:

—Vete a la mierda.

Se suelta de mala gana y camina aireada hasta su amiga, la observo embobado. Es una descarada de cuidado y me encanta no intimidarla. Con las manos en los bolsillos de mi abrigo, sonrío como un adolescente mientras sigo observándola hasta que le pierdo la pista y, solo entonces, me encamino donde me esperan a mí.

· Capítulo 21 ·

Ava

El viaje desde el aeropuerto hasta el apartamento dura exactamente dos horas. ¡Sí, dos! Nos hemos tenido que comer una caravana de coches que no se la deseo ni a mi peor enemigo, además de las palabrotas de la conductora a todo el que intentaba colarse. El trayecto se me ha hecho insufriblemente largo, y para colmo, no he dejado de pensar ni un segundo en la gargantilla. Me siento fatal por haberla perdido.

Cuando la taxista nos ha explicado que quedaba muy poco para llegar al edificio, Jessica y yo nos hemos animado mucho y hemos olvidado el mal rato que hemos pasado en el vehículo. Ni te imaginas la cara que se nos ha puesto en cuanto hemos entrado en la zona y hemos visualizado los edificios altos, la gente, el tráfico, los colores...Todo un sueño.

Ni que decir tiene que no he tardado mucho en encontrar buenos planos para hacer fotos.

Pero lo que sí que nadie puede imaginarse, es la cara que se nos ha quedado cuando la conductora ha detenido el vehículo frente a un callejón de mala muerte y nos ha indicado que habíamos llegado. Desde ya digo, que si no llego a estar sentada me hubiera caído de espaldas. He deseado con todas mis fuerzas que fuera una confusión, que de todos los lugares maravillosos en los que tener un apartamento en Time Square no sea este el del nuestro. Pero, para desagrado de nosotras, sí lo es.

Sin decir una palabra, le pago a la mujer que nos observa girada en su sillón, me bajo a la misma vez que Jessica y abro el maletero para bajar el equipaje. Dejamos las maletas en la acera, cerramos el maletero y, escuchando un leve derrape, el taxi desaparece en el tráfico dejándonos a nuestra suerte en semejante lugar.

Con detenimiento, observo el callejón y cuanto más lo hago peor me siento. Es horrible, el suelo está sucio, hay varios contenedores llenos de basura, la fachada del edificio está en pésimas condiciones y, para colmo, la puerta de entrada está en la zona que menos luz tiene. Esto más que una aventura, parece un chiste.

Me agobio, me agobio demasiado. Por un momento pienso que hemos cometido un error, que no deberíamos haber dejado nuestro hogar nunca y, sobre todo, no tendría que haber traído conmigo a Jess. Quién, seguramente, esté acordándose de mis antepasados una y

otra vez. La conozco y sé que ella no es muy flexible a la hora de hacer cambios en su vida y odia la suciedad. Por suerte estoy yo, que siempre intento mantenerme tranquila y buscar el lado bueno de las cosas.

Como, por ejemplo; que sea un callejón de película de terror, no quiere decir que el apartamento sea igual. Decidida a terminar el día de buen humor, cojo mis maletas y miro a mi amiga con una sonrisa.

—Venga, vamos a ver nuestro piso. Seguro que es precioso.

Camino hasta la puerta de entrada, sin esperarla, cuando la escucho quejarse:

—Si es que se le puede llamar así. Viendo donde está ubicado, me imagino un piso hecho un asco y con un colchón en medio de la sala.

Pongo los ojos en blanco y sigo mi camino, no quiero que me contagie su negatividad. Con la mano que me queda libre de maletas abro la puerta, la cual chirría de manera insoportable, doy un paso adelante y al fondo del pequeño y oscuro vestíbulo hay una recepción vacía. Camino sin mirar a mi amiga, prefiero no ver su gesto de *te lo dije*, y llego hasta un ascensor y unas escaleras.

—Oh, que moderno, pero si tiene ascensor y todo. —Me mata la ironía de Jessica.

Sigo ignorándola, pulso el botón y espero a que el ascensor se abra. Y cuando lo hace sus puertas también chirrían, me da más miedo subir aquí que al avión del que acabo de bajarme. Suspirando, entro en él y detrás de mí Jessica. En silencio, subimos hasta la segunda planta y se me cae el alma a los pies cuando las puertas se abren dejando a la vista un corto y estrecho pasillo que da paso a un rellano con dos puertas.

No dejo que me afecte, al menos no demasiado. Cojo mis cosas y voy hacia la puerta número dos. Jessica se detiene a mi lado, saco las llaves de mi bolso y, antes de abrir, miro a mi amiga. Ambas asentimos lentamente y suspiramos. Meto la llave en la cerradura, la giro y a la mierda la positividad.

—Ay mi madre —suspira Jessica casi hiperventilando— ¿Dónde nos ha mandado tu tía? Esto es...es horrible. Vamos a tener que volvernos a España y yo voy a tener que volver a aguantar un porrón de horas con la posibilidad de que estrellemos.

No sé qué decir, lo poco que se ve desde la puerta me deja en shock. Solo puedo mirar a mi amiga y escucharla, pero entonces deja de hablar, coge su maleta y entra. Cuando creo que todo el drama se ha acabado, la escucho gritar:

—Pero, ¿¡Qué mierda es esta!?

Sin pensarlo entro en el apartamento y ahogo un grito. No me creo lo que estoy viendo, está todo hecho un asco y para nada es un lugar habitable. Frustrada, grito hasta que me desahogo un poco bajo la

atónita mirada de Jess. Ver todo en tan malas condiciones me enfurece, tendría que haber pensado mejor las cosas. Miro a mi alrededor, a pesar de que no hay apenas luz, pero no puedo moverme ni para encenderla. Diviso algunos muebles, espacio suficiente y dos ventanas, a las que me acerco para subir las persianas y que entre luz. Hace más de cuarenta años que el piso está abandonado y no hay luz eléctrica.

Como aquí son más de las doce de la mañana, hay bastante luz solar y eso deja ver que el espacio parece más sucio, pero también más grande. Y para qué engañarnos, es perfecto para las dos. Me giro sobre mis talones para mirar bien toda la estancia, es un espacio abierto, con una puerta al fondo del salón que descubro que es un aseo compuesto por baño, lavabo y bañera. La cocina está al lado de la puerta de entrada y tiene una pequeña barra perfecta para desayunar justo frente a la encimera.

Como ya he dicho es todo un espacio abierto y no hay una sola pared a excepción de la que dirige a las habitaciones. Abro la puerta de madera y contemplo el estrecho pasillo compuesto por varias puertas. Conforme voy entrando, abro una por una, descubriendo un cuarto de baño muy amplio a la derecha, una habitación a la izquierda y otra al fondo del pasillo.

Cuando abro bien la puerta, sonrío al imaginar lo bonita que tuvo que ser esta habitación y no puedo evitar preguntarme si fue la de mi tía. Hay una cama de matrimonio apoyada en la pared central, una cómoda vieja de madera a la derecha de la puerta, un ropero antiguo a la izquierda y una gran ventana en el lateral derecho de la habitación. En mi mente la decoro de tonos violetas y de color blanco, y no puedo reprimir una sonrisa.

—Ya has elegido habitación, ¿Verdad? —dice Jess aburrida mientras me estruja contra el marco de la puerta.

—Sí, quiero pensar que esta fue alguna vez la de mis tíos.

Mi amiga me da un beso en la mejilla y sonrío por sentirla más tranquila. Se marcha al salón, yo me quedo un rato más y después me reúno con ella.

—¿Qué haces?

Está sentada sobre una maleta con el teléfono en las manos. Me acerco hasta ella, me siento en otra y miro la pantalla.

—Oh, que buena idea —Veo que busca una empresa de limpieza y cojo mi móvil—. Buscaré alguna tienda de muebles por aquí cerca.

Buscamos durante media hora hasta que encontramos lo que buscábamos. Hago un par de llamadas y me aseguran que un equipo de limpieza estará en el apartamento en menos de veinte minutos, por lo que mi amiga y yo cogemos nuestras maletas para ir en busca de la tienda de muebles. Ni loca dejo todas mis pertenencias aquí, lo que

nos faltaba es que nos roben.

Con todo listo para salir, abro la puerta y una mujer nos intercepta. Es baja, regordita, lleva gafas de culo de botella y su pelo gris recogido en un moño. Nos escanea a ambas, lentamente, se acerca un poco para mirarnos mejor y luego suelta una risotada.

—¡Bendito sea el señor! Al fin estáis aquí. Que bonitas sois.

La mujer, muy simpática, nos coge los mofletes a ambas y nos lo pellizca mientras enseña su dentadura blanca. Nos acaricia los brazos y después cruza los suyos.

—Que alegría más grande tener gente joven en mi edificio. No sabes las ganas que tenía de conoceros.

Miro a la mujer atónita, en parte porque es la dueña del edificio y también porque me parece una persona muy simpática y enérgica. Por fin nos pasa algo bueno. Voy a decirle mi nombre, cuando me coge las manos y me mira con ternura.

—Siento mucho lo que le ha ocurrido a tu tía. La quiero tanto. Os querré a vosotras igual o más, mis niñas.

Miro a mi amiga, que ríe encantada y yo lo hago también. Al fin algo le gusta. Voy a intentar de nuevo decirle a la señora mi nombre, pero me vuelve a interrumpir:

—¡Ay, ay, ay! Como tengo la cabeza. Mi nombre es Margarita. Pero llamadme Marga, parece más juvenil.

Marga ríe a mandíbula suelta y nos contagia la buena vibra a nosotras, que nos acercamos para abrazarla y presentarnos de una vez por toda. Nos propone tomar algo y así ponernos al día, pero le explicamos que tenemos que ir a comprar algunas cosas y quedamos en hacerlo otro día. Nos cuenta por encima que vive sola porque no tiene hijos, aunque si un sobrino muy allegado, que tiene una familia muy amplia, es dueña del edificio desde hace cincuenta años, tiene sus pisos disponibles para alquilar o comprar y se reitera de que está muy contenta por nuestra llegada.

Entre risas, conseguimos salir del apartamento y llevar a Marga hasta su piso. Una vez hecho, volvemos al ascensor y bajamos para salir a la calle. El viento suave me da en la cara mientras camino hasta la salida del callejón, donde me sorprendo enormemente de las vistas que antes no había percibido.

Fuera del callejón es todo completamente diferente, parece incluso imposible. Es como oscuridad y luz. El callejón es siniestro y las vistas que tengo delante son innovadoras, llamativas, luminosas, preciosas. La emoción recorre mi cuerpo y siento un cosquilleo en el estómago.

—¡Qué ilusión! —exclamo nerviosa y encantada.

—Siiii, no me lo puedo creer tía. Estamos aquí. Lo hemos hecho. Oh, joder, estamos locas.

Mi amiga y yo nos abrazamos ilusionadas y emocionadas. La

estrecho mucho contra mí, estoy muy contenta de que ella me esté acompañando en este viaje. Cuando nos soltamos y volvemos a mirar al frente, un aire helado choca con nosotras.

—¡Dios! Pero que frío.

Doy saltitos en mi sitio maldiciendo por no llevar medias e inmediatamente recuerdo lo que ha pasado en el aeropuerto. Queriendo evitar sentir lo que mi cuerpo comienza a provocarme con el caluroso recuerdo, me centro en lo que más debería importarme en este instante: conseguir otra ropa si no quiero helarme. Jessica se abraza así misma intentando no tiritar.

—Necesitamos comprar ropa, la que he traído no me sirve. —Le comento a Jessica señalando una tienda que diviso a lo lejos.

Como unos cohetes, nos dirigimos allí. Nos paramos en la puerta antes de entrar y sonrío. La pared exterior es rosa chicón y la puerta de color blanco, por el cristal observo lo perfectamente ordenada que está. Escucho una campanita y de seguida veo a mi amiga a través del cristal. Esa alocada ha entrado sin esperarme.

Suelto un gruñido antes de entrar también en la tienda. Casi me descongelo al sentir la calefacción. El olor a perfume caro se cuela por mis fosas nasales maravillándome aún más cuando miro a mi alrededor. Hasta los empleados son dignos de admiración. Sus uniformes, peinados, maquillajes, semblantes, elegancia. Todo parece perfecto.

—Buenas tardes, señorita. ¿Necesitan ayuda?

Miro a mi izquierda, cosa que también hace mi amiga, para mirar al dependiente que está a nuestro lado. No es muy alto para mi gusto, pero sus ojos verdes y su piel lisa me llaman mucho la atención. Tiene el pelo rubio, rizado y engominado. Muy guapo. Veo a mi amiga reír como una tonta y le doy un codazo en las costillas que la devuelven a la tierra.

—No, gracias. Si necesitamos algo te lo haremos saber. —Explico por las dos y él me sonríe amablemente.

—Por supuesto, no lo dude señorita. Mi nombre es Carl.

Asiento, sonrío y Carl se da la vuelta para atender a otra persona. La tienda no es muy grande, pero tiene tanta ropa, accesorios y cosas colgando de todos los huecos posibles que no sabes dónde ir. Mientras Jessica bichea en todos los rincones, yo busco desde mi sitio. Inspecciono las perchas y estanterías hasta que una llama mi atención.

Sin mirar nada más, cojo unos pantalones pitillos de color negro y un jersey de cuello alto de color gris con margaritas bordadas. En el probador me quito mi ropa y me pongo la nueva, mi cuerpo se estremece al sentir la ropa en mis piernas desnudas. Por suerte mis botas altas de tacón quedan genial con el conjunto, así que salgo satisfecha del probador.

Busco a Carl, a quien le explico que mi amiga y yo nos llevaremos la ropa puesta porque la nuestra no es adecuada. No me pone ningún problema, al parecer se suele hacer mucho. Mientras Jessica se prueba ropa sin descanso, Carl me hace compañía el tiempo que nadie lo requiere. Cuanto más hablo con él más me agrada, es muy gracioso y me hace reír mucho. Lo que me hace recordar a Lucas, que también es muy gracioso, y al que estoy deseando llamar para contarle cómo es esto. Tampoco me olvido de mi Huguito.

Un rato después, noto como Carl empieza a tirarme la caña y, aunque no es mi tipo, me siento alagada. El tipo sabe regalarle los oídos a una mujer. Me pasa su número y quedamos en tomar café algún día, justo cuando mi amiga sale del probador. Nos dirigimos al mostrador para pagar nuestra ropa, a la que le hemos añadido un par de guantes de lana y unas bufandas. Satisfechas con nuestras adquisiciones, vamos a salir cuando Carl nos detiene.

—Ava, ten.

Lo miro unos segundos mientras tiene su brazo alargado ofreciéndome una cajita de terciopelo. Voy a negarme, pero él parece notarlo y me la pone en las manos, me da un apretoncito en ellas y sonríe.

—Cuando los he visto, he pensado que le van a tu color de ojos. —Me guiña un ojo y se marcha para atender a una clienta.

En la puerta, miro la cajita de color azul, no puedo evitar sonreír. Que detallista. La abro con cuidado, bajo la atenta mirada de mi mejor amiga y me enamoro de lo que contiene. Son un par de guantes de lana por la parte de la palma de la mano y cuero por arriba, de color gris y con unos rayos bordados.

Colocándome mis nuevos guantes, los acaricio emocionada por el gesto que ha tenido conmigo un desconocido. Siento ganas de verlo otra vez. Carl ha resultado muy simpático y, además, también es mono. Guardo la cajita en mi bolso, saco mi teléfono móvil y busco en el mapa la ubicación de la tienda de muebles.

Con tranquilidad, paseamos por la avenida hasta que llegamos a una calle donde vemos una enorme tienda con un también enorme cartel blanco y letras en color marrón claro. El diseño de las letras es haciendo una imitación a maderas.

Con la cabeza inclinada, leo el nombre de la tienda y sonrío. “Entre Madera” se llama. Sin tiempo que perder, pues quiero tener el piso listo cuanto antes, entro en el local y me maravillo. Es imposible no hacerlo, aquí es todo grande y llamativo. Cargadas con nuestras maletas, Jessica y yo empezamos a mirar todos los muebles que están a la vista. Hay infinidades de estilos, hay tantos que me es imposible decidirme.

Estamos tan ilusionadas, que ninguna de las dos nos percatamos de

que pasamos casi tres horas en la tienda y que son las cuatro de la tarde, caminando de una calle a otra en busca de los muebles perfectos. Por suerte, nos explican que pueden llevarnos los muebles en el momento en que los paguemos a la dirección que le pidamos e incluso, como es temprano, podrían empezar con el montaje una vez hayan llegado a nuestra casa.

Me dispongo a pagar, cuando Jess se ofrece a pagar la mitad, pero no dejo que lo haga. Discutimos como dos niñas pequeñas, hasta que la hago entrar en razón y, con la cara de incredulidad de la dependienta y algunos clientes, paso la tarjeta por el dispositivo y realizo el pago.

Diez minutos después, salimos del comercio y entramos en otro, donde compramos mil accesorios para decorar el apartamento. Al final, tengo que acceder a que mi amiga pague esa compra.

Cuando observo con detenimiento todas las bolsas que tenemos que llevar, me giro hacia la dependienta y le pido que nos lo lleven a casa. La joven, con una sonrisa, me informa que como muy tarde en media hora estaría en la dirección que le proporciono.

Qué maravilla comprar y que te lo lleven todo hasta la puerta de tu casa.

Con una sonrisa en los labios, mi amiga y yo salimos de la tienda y nos mezclamos con la gente. Son todos tan diferentes que me abrumo. Vemos gente muy colorida o vestida de negro, muy pintada, con el pelo de mil colores o incluso rapado, pelos punkis, ropa rota, bolsos caros, tacones caros, maletines, trajes de chaqueta...Es todo muy impresionante.

Me recreo en las vistas que tengo en el camino a casa. Los edificios me encantan, los coches que veo también, hasta las flores que decoran las calles me parecen impresionantes. Lo que me lleva a obligarme a tranquilizarme, estoy demasiado emocionada.

Antes de llegar al edificio, me llegan mensajes de todos mis familiares respondiendo a los míos. Los leo por encima, pero los dejo para más tarde. Así los llamo a todos y les cuento como ha sido nuestra llegada.

Abro la puerta, Jess y yo subimos al ascensor. Cuando entramos en el apartamento y el olor a limpio, acompañado de la ausencia de suciedad, nos invade me entran ganas de llorar de la emoción.

Está completamente vacío, han tirado los muebles rotos, dejando los más viejos a elección mía lo que hacer con ellos, y parece otro lugar totalmente distinto. Respiro hondo, satisfecha con el resultado. Saco de nuevo mi teléfono del bolso y realizo el segundo pago a la empresa de limpieza. Cuando he requerido sus servicios me han pedido una señal y la posibilidad de no pagar la otra parte si quedaba insatisfecha con el resultado.

—Ha quedado perfecto. Es una pena que se vaya a ensuciar cuando los de la empresa de muebles lleguen.

Ups, no había pensado en eso.

Miro a mi amiga, con la intención de decir cualquier cosa a su comentario, pero el timbre me lo impide.

—Aquí están. —dice emocionada dando un saltito y volviéndose para abrir.

Cuando la puerta se abre lo suficiente, cinco hombres, entre ellos uno de más o menos mi edad, que llama mi atención en décimas de segundos, se colocan en el centro del salón abierto. Uno de ellos, alto y canoso, se presenta por los demás, como el encargado, y nos explica su forma de trabajar y como lo harán todo de tal manera y organización para tardar el menos tiempo posible y que todo quede en unas condiciones inmejorables.

Mientras él habla yo asiento mirando de reojo al trabajador pelirrojo. Cruzamos miradas y aparto la mía cuando sus labios sellados se curvan en una bonita sonrisa.

Tengo las hormonas descontroladas.

Me vuelvo a centrar en la conversación y, una vez todo aclarado, los hombres de uniforme bajan de nuevo y comienzan a subir herramientas y muebles. Mientras ellos trabajan, Jessica y yo decidimos hacerle una visita a Marga, queremos darles espacio a los trabajadores y no entorpecerlos.

La anciana, en cuanto nos ve, nos planta dos besos en las mejillas y nos deja pasar a su casa. Es muy acogedora, la decoración es antigua pero muy bonita. Nos sentamos en una mesita que tiene ubicada debajo de una grande ventana y nos ofrece dulces caseros y un poco de café. Charlamos con ella tendidamente, y debo reconocer que es una mujer encantadora a la que todo el mundo querrá muchísimo. Me apena que esté sola en casa, necesita compañía y yo estoy dispuesta a dársela encantada.

En una de las ocasiones que Marga se levanta, curioseo algunas fotos que tiene sobre una mesa auxiliar. En ellas hay niños pequeños sonriendo, en otra; dos jóvenes dándole un beso en cada mejilla a Marga mientras ella sonríe, en otra, bastante antigua; Marga es una adolescente y otra chica embarazada, mayor que ella varios años, le pasa un brazo por los hombros sonriente.

Me detengo en la morena que me resulta ligeramente familiar, tiene algo en los ojos que llama mi atención, y su sonrisa, juraría haber visto una parecía en algún sitio. Estoy tan centrada en la fotografía qué, cuando Marga pone una mano en mi hombro me asusto.

—Esa era una muy buena amiga mía. Ojalá la hubieras conocido, pero por desgracia falleció.

Oír eso me apena. Empatizo mucho con las personas y sentir la

pena en la voz de Marga me encoge el corazón. Me giro hacia ella, le cojo las manos y se las aprieto con cariño.

—Al menos he tenido la suerte de conocerte a ti.

Marga me coge la barbilla y me la acaricia. Con una sonrisa en los labios volvemos a sentamos en la mesa y tomamos la merienda que ella nos ha preparado. En seguida, nos a adentrarnos en una profunda conversación en la que nos reímos muchos. Marga me cuenta algunas cosas de cuando mi tía era joven y también me habla de mi tío.

Casi una hora después, Jessica y yo decidimos despedirnos de nuestra vecina y volver al apartamento. Hemos decidido salir a cenar y queremos hacerlo temprano para poder pasear antes. Cuando abro la puerta del apartamento, abro los ojos como platos. Todo está por medio, hay herramientas en cualquier esquina, los hombres van de un lado a otro cargados con maderas, han colocado el sofá a un lado y lo han cubierto con un plástico. Mis ojos recorren la estancia hasta que, sin ser consciente, se detienen sobre el pelirrojo.

Lo observo con detenimiento. Tiene las manos anchas, el pelo corto, lo suficiente para poder peinarlo un poco, su piel es blanca y hace un contraste muy bonito con su color de pelo. Lo miro, lo miro y lo repaso, es digno de hacerlo, y entonces se gira y me mira. Me deleito con su color de ojos verdes como dos piedras preciosas y también en sus pecas ligeramente señaladas sobre su nariz y parte de las mejillas.

De repente, mi corazón bombea con fuerza y rapidez. Incluso podría decir que es casi tan guapo como el hombre misterioso, aunque no tienen nada que ver el uno con el otro. Mientras este parece un angelito caído del cielo, el otro parece un tentador, atrayente y sexy demonio. El trabajador vuelve a sonreírme. Lo sigo con la mirada hasta que desaparece por el pasillo. Parpadeo, consciente de mi atrevimiento y me giro hacia Jess.

—Voy a darme una ducha. Quédate aquí por si ellos necesitan algo.

Mi amiga se dirige a una de las maletas y la coloca en el centro del salón, sin importarle si estorba o no. Cruza las piernas y se echa su corta melena hacia atrás.

—Por supuesto, ¿Dónde voy a ir?

Asiento y subo los hombros. Lleva razón.

—También es verdad.

Me dirijo a mi habitación con una de mis maletas para abrirla allí y sacar algo de ropa para salir, pero el encargado del equipo me detiene en el pasillo.

—Perdona, este cuarto de baño está terminado. En seis horas podrán usar la nueva ducha.

Miro al hombre canoso que tengo delante antes de hablar. Es alto y serio, demasiado para mi gusto, pero también parece profesional y educado y eso para mí es algo importante en una persona.

—Guau, eso son muchas horas. Pero si usted, que es el profesional, lo dice no lo usaremos hasta entonces. Si no les importa, dejen el otro cuarto de baño para lo último.

Dicho eso, entro en la habitación, que por suerte está vacía, y abro mi maleta. Saco un pantalón ajustado de color negro, un jersey de cuello alto del mismo color y, de otra maleta, unas botas de mediacaña y tacón de color morado. De mi neceser blanco con lunares, cojo mi ropa interior y luego una pequeña bolsita con algo de maquillaje. Con todo en mis manos, salgo de la que será mi habitación y cruzo el salón, donde también cruzo una mirada con el empleado que ahora está montando la mesa de comedor.

Una vez en el baño, dejo mi ropa sobre el lavabo y abro el agua caliente. Me recojo el pelo en un moño flojo, para que no se me quede la señal en el pelo, y me desvisto. Hasta que no entro en la ducha y el agua calentita cae sobre mi cuerpo no soy consciente de la falta que me hacía una ducha caliente.

Mientras me enjabono, pienso en todas las personas que he dejado en Madrid y en cuanto los voy a echar de menos. Aunque hable con ellos diariamente, acabaré necesitando su cercanía. A veces pienso que querer a las personas es demasiado doloroso y que mantener las distancias sería lo mejor, para no sufrir cuando no estén. Pero, si no tenemos nunca una relación lo suficientemente estrecha con alguien como para que nos duela su ausencia, por muy mínima que sea, ¿qué nos queda?

Por mucho dolor que me haya causado Marco, sin ni siquiera darme cuenta yo e incluso él, no me arrepiento de haberlo querido. No me arrepiento de cada muestra de afecto que le he regalado porque han sido sinceras, con el corazón. Ni siquiera odio del todo a mi madre biológica, porque gracias a su ausencia soy la persona fuerte que todos conocen. He aprendido a crecer sin ella, sin su calor, apoyo, consejos y ayuda.

Siempre he pensado que el amor está sobrevalorado, y ese pensamiento me lo causó el abandono de mi madre. He crecido escuchando eso de, “Como una madre quiere a un hijo, no lo hace nadie” y entonces yo pensaba: ¿Y por qué la mía no me quiere a mí? ¿No merezco su amor? Pero entonces no lo entendía, ahora sí. Ahora que tengo a Sonia desde que soy una niña, sé que mi madre si me ama, lo único que me faltaba era saber a quién debía atribuirle el papel de madre.

Saboreo mis lágrimas y gruño de frustración, odio que el tema del abandono de Ana me afecte. Quiero pensar que lo he superado, que no la necesito, pero siendo sincera creo que eso nunca se curará. La duda y el ¿por qué?, Siempre estarán clavados en lo más profundo de mi corazón.

Pero tengo que seguir, la vida sigue, el tiempo pasa y no espera a nadie.

Cierro los ojos unos segundos antes de quitarme el jabón del cuerpo y salir de la ducha para secarme. Me pongo la ropa interior, después el pantalón, el jersey, los calcetines por encima de los pantalones y me coloco las botas. Acto seguido, me suelto el pelo y me lo recojo en una cola de caballo bien alta. Me cambio mis pendientes por unas perlitas que quedan geniales con los tres piercings que tengo en la oreja derecha.

Ojalá los hubieras visto cuando me los hice hace diez años en el internado, me colgué un clip en uno de ellos. Unos años después, en la oreja izquierda, desde donde tengo el pendiente hasta la mitad del cartílago, me tatué la palabra tormenta en inglés. No me juzgues, eran otras épocas. Todos en el internado me llamaban tormenta por el color gris de mis ojos, los cuales se oscurecen cuando mi estado de ánimo cambia, y bueno...Simplemente me lo tatué.

Antes de echarme rímel, miro mi cuello donde falta la gargantilla de mi tía. Me regaño mentalmente y empiezo a pintar mis pestañas, siempre lo hago antes de dibujar una fina línea en mis parpados. Una manía que tengo. Después uso algo de pintalabios de un color natural del que me enamoré hace tiempo y casi siempre uso, me miro en el espejo y recojo mis cosas para llevarlas a la habitación.

Cuando salgo del cuarto de baño y me dispongo a cruzar el salón, todos me miran. Un poco nerviosa por tanta atención, sigo mi camino implorando no torcerme el tobillo delante de todo el mundo. Cuando creo que voy a dejar de ser el centro de atención, mi mejor amiga grita:

—¡Menudo pibonazo! —Se levanta de la maleta y viene hasta mí —Estás muy guapa. Hacía mucho que no te veía tan arreglada.

Aunque mis mejillas arden por sus gritos, sonrío al escuchar sus halagos. Es la mejor.

—Gracias. También hace mucho que no salimos.

—Tu amiga tiene razón. Estás guapísima.

Me giro despacio hasta el lugar del que proviene la voz masculina que se ha colado en nuestra conversación, y me sorprendo al descubrir que es el empleado pelirrojo. Madre mía, me arden las mejillas. Desde cerca es mucho más guapo. Intento hablar, pero decido no hacerlo porque podría tartamudear como el mismísimo cerdito de los Loony Tunes. Mi única reacción en una sonrisa de labios cerrados.

—Mi nombre es Jayden.

Vamos Ava, ni que fuera el primer hombre al que ves. No puedo olvidar que me tiré a un desconocido hace unas horas, no tengo que ponerme nerviosa con este. Pero no puedo evitarlo. Aunque no es tan guapo como el morenazo del aeropuerto, tiene algo que te atrapa y

cautiva.

—Yo soy Ava.

Él asiente sonriente, escaneándome con detenimiento. Percibo que va a decir algo, pero Jess lo interrumpe con uno de sus gritos.

—¡Avuchi!, crisis existencial.

Miro hacia el pasillo, como si pudiera verla a través de las paredes, y luego vuelvo mi vista hacia Jayden. Me está observando con un gesto divertido en la cara y voy a excusarme, pero entonces otro grito de Jess nos interrumpe.

—¡Solucionada!

Jayden suelta una risa que me encanta y lo acompaño. Durante un rato conversamos y enseguida el chico me cae genial. Descubro que es mayor que yo, es el hijo del dueño de la empresa y que el encargado serio es su tío. El cual nos interrumpe, llamando mi atención.

—Disculpa Ava, la habitación del fondo está terminada.

—Oh, genial. Iré a verla ahora misma. Muchas gracias.

El tío de Jayden se marcha y nosotros nos miramos unos segundos, hasta que él dice algo que me pilla por sorpresa.

—Si quieres te acompaño a tu habitación. La cama te encantará.

Me quedo sin habla.

—Quiero decir...Si quieres te la enseño. —Se rasca la nuca, algo incómodo por cómo están sonando sus palabras —Mejor, voy a ver si necesitan mi ayuda. Encantado de conocerte Ava.

Sin más se gira y se marcha a la habitación que será de Jessica. Me hubiera gustado decirle algo, como «Hasta la próxima» o «Probemos la cama nueva».

Pero, ¿En qué estoy pensando?

Confusa por mis propios pensamientos, me dirijo a mi habitación en busca de Jess. En el camino me suena el teléfono y veo que es un mensaje de Marco reprochándome que me haya marchado definitivamente. Lo ignoro, no pienso dedicarle ni un minuto más de mi tiempo mientras siga siendo tan imbécil.

—Ya estoy lista.

Levanto la vista hacia mi amiga y sonrío. Está preciosa.

—Estás guapísima. Este jersey azul te queda genial con tus ojos.

Con una sonrisa, nos despedimos de los trabajadores y les ofrecemos que pidan algo de comer si lo necesitan y lo dejen a mi nombre. Antes de salir del apartamento, mi mirada y la de Jayden se cruzan y siento un cosquilleo que me hace volver a sonreír.

Ya en la calle, Jessica y yo admiramos las vistas que tenemos delante y digo emocionada:

—Comienza nuestra nueva vida.

· Capítulo 22 ·

Zeus

—He reservado en el Glamour una mesa para esta noche.

Vuelvo los ojos, son las seis de la tarde y prácticamente nos iremos en unas horas. Le mando un mensaje a Peter, informándole que me pasaré por su pub por la noche y que nos tomaremos unas copas. Como era de esperar me contesta que tiene ganas de fiesta, pero ¿Cuándo no?

Casi a las ocho, después de que Cristal se haya llevado dos horas en el baño, cojo mi ropa y me meto en la ducha.

El agua caliente cae por mi espalda, relajando mis músculos tensos por el vuelo y el estrés que Cristal me genera. Por suerte no vuelvo a trabajar hasta el lunes, así que me sentará bien unos días más de vacaciones. Me enjabono el pelo, me masajeo el cuero cabelludo y vuelvo a meterme bajo el agua. Para cuando quiero darme cuenta, estoy pensando en ella y preguntándome que estará haciendo.

Sonrío al imaginarla entrando desnuda a mi ducha, si eso ocurriera la besaría hasta quedarme sin aire, la acariciaría y la haría mía. Una y otra vez. Al sentir un cosquilleo miro hacia abajo y me sorprendo, con Cristal necesito mucho más. Aprovecho la situación y el tiempo que llevo sin sexo y llevo mi mano hasta mi miembro, imaginando que es esa descarada quien lo hace.

Dejo que sus manos y boca me envuelvan, me hagan suyo. Lo hace con cuidado, suavidad y sensualidad, tanta que no tardo nada en dejarme ir. He intentado aguantar, dejar que la imaginación y el placer durasen más de apenas unos minutos, pero la excitación que solo su recuerdo me provoca y el tiempo que llevo sin experimentar tal sensación, me han superado.

Esa mujer me ha dejado totalmente descolocado.

· Capítulo 23 ·

Ava

Nos pasamos varias horas visitando locales y haciendo fotos con los teléfonos para luego enviárselas a nuestros familiares. Nos hemos sentado en una cafetería para tomar unas cervecitas, que nada que ver con las que he probado, y hemos aprovechado el descanso para hablar con los nuestros. Acabamos de llegar y ya los echo de menos. Primero llamamos a nuestros correspondientes padres y les contamos que tal nos está yendo, pero no alargamos mucho la llamada por la diferencia horaria. Aun así, quedamos en llamarnos al día siguiente.

Después hemos realizado una llamada grupal con Hugo y Lucas. Mis chicos están muy contentos por nosotras, nos animan a conocer sitios nuevos y a disfrutar de nuestra nueva experiencia. Quiero muchísimo a los chicos y sé que me va a ser difícil no tenerlos conmigo. Hugo es un gran apoyo, ha estado en las buenas y las malas, ha sido mi hombro en el que llorar y el que me ha sacado una sonrisa en los peores momentos. Es, junto a Jess, y ahora Lucas, como un hermano.

Aunque a Lucas lo conozca desde hace mucho menos, he congeniado muy bien con él, a pesar de que tenemos un carácter similar. También se lleva muy bien con Jessica y Hugo, y con este último comparte su afición por el deporte. Lucas es tan transparente y sincero, que no me cabe duda de que es y será un buen amigo.

Cuando llega el momento de finalizar la llamada y despedirnos, no puedo contener las lágrimas. Me apena decirles adiós y saber que no los volveré a ver en persona hasta que algunos de nosotros podamos coger un vuelo. Un rato después de la despedida, Jess se levanta para pagar y me anima a divertirnos. Es nuestra primera noche en esta increíble ciudad y tenemos que aprovecharla.

Ya pasada las ocho, en cuanto mi amiga divisa un restaurante mexicano, solo tiene que mirarme para saber lo que quiere. No me apetece mucho volver a cenar lo mismo que hace solo unas horas, pero accedo porque echo de menos a Hugo. A él sí que le encantaría volver a cenar esta comida.

Cuando entramos en el establecimiento, tengo que cerrar la boca para que no me entren las moscas. El restaurante es un paraíso mexicano, nada que ver con el que tiene montado Pepito al final de la calle donde vivía en Madrid. Los colores llamativos y los dibujos en las paredes y manteles son los predominantes. Hay fotografías antiguas

por todas partes, sillas de colores, mesas de colores, manteles, cubiertos, platos...En cualquier lugar al que mires te transporta. Incluso dos chicas que hay detrás de la barra tienen la cara maquillada y están vestidas de catrina. ¡Una pasada!

Aun sorprendida por todo lo que veo y descubro, sigo a un hombre que nos guía hasta una mesa para dos. Está pegada a la pared y desde ella puedo ver de frente la barra y la cocina. A la derecha, hay un grupo de mariachis cantándole a una familia, en concreto a uno de los dos niños que está con ellos, cumpleaños feliz y le llevan una tarta con bengalas. Estoy alucinando.

—¿Qué desean tomar?—Nos pregunta un camarero que no he visto acercarse.

Nos pedimos unos refrescos y el camarero nos entrega dos menús. Ya puedes imaginarte como son. Lo leo entero, centrándome en los postres, me encantan, y antes de pedir la cena ya sé cuál pediré. Tras varias ojeadas, me decanto por unas quesadillas con verduras y un taco Al Pastor. No quiero llenarme mucho, porque siempre que como demasiado y luego bebo alcohol me sienta mal. Jessica decide lo suyo y también pedimos unos nachos con salsas para compartir.

Ni que decir tiene que cuando nos sirven la cena nos quedamos anonadadas. La presencia, el olor y el color no tiene nada que ver a la que estamos acostumbradas. Ansiosas y curiosas, cogemos un poco de cada plato para probarlos y se me hace la boca agua. El sabor es exquisito y se me queda en las papilas gustativas de una manera maravillosa.

—Este burrito está buenísimo, si Hugo los probase no volvería a comer los de Pepito.

Sonrío al escuchar a Jessica y al imaginar la cara de Hugo al probar nuestra cena. Estoy convencida de que le encantaría.

—Esta quesadilla también lo está. Aunque sabes que soy más de pasta.

Y es verdad. La comida mexicana la probé por Hugo, me gustó, pero prefiero un buen plato de macarrones, con carne picadita y algo de choricito. ¡Para qué mentiros! Aunque ahora que lo pienso, me gusta tanto comer que me conformo hasta con un pimiento frito.

Casi una hora después de disfrutar de una maravillosa cena llena de color y sabor, acompañado de dos postres de dulce de leche para chuparse los dedos, decidimos pedir la cuenta y volver a salir a la calle. Tenemos que exprimir al máximo el tiempo minivacaciones que nos queda.

—Avuchi, no me digas que ese edificio no es una pasada.

Miro hacia donde me dice Jess mientras me agita el cuerpo al agarrar mi brazo y zarandearlo. Que brutita es. Tengo que elevar mucho los ojos para conseguir divisar un poco el final del edificio. Es

completamente negro, más aún en la noche, está repleto de ventanas que tienen, cada una, una bombilla de color que las ilumina. Una ventana tiene luz rosa, otra verde, otra azul... Como no me he cogido la cámara de fotos intento capturar una buena fotografía con el móvil. Un edificio así de imperioso y llamativo no se ve todos los días.

—Esta irá a mi página de Facebook. —digo orgullosa.

—Seguro que todo el mundo querrá que lo fotografíes. En cuanto vean algunos de tus trabajos caerán a tus pies.

Le doy una mirada cómplice y seguimos nuestro paseo. Jessica siempre me está animando y eso me ayuda mucho a no decaer cuando las cosas se ponen duras.

—Te digo una cosa. —Jess se detiene entre la gente y me agarra los brazos, como si fuera a decirme algo muy importante, lo que me empieza a inquietar—. Tenemos que visitar el toro ese que hay en Wall Street. He leído que si lo tocas antes de iniciar un negocio te da suerte.

Con una sonrisa y sin dejar que le responda, vuelve a agarrarme de la mano y tira de mí para continuar. Segundos después estoy riendo con ella. Como era de esperar, aunque pensaba que la vería algunos días más tardes, acabamos frente al edificio donde está la gigante bola tan famosa de Time Square. Me muero por ver como baja en año nuevo. Siempre que lo he visto en las noticias me quedo con ganas de estar presente y bueno, espero poder presenciarlo este año.

Sobre las doce, llegamos a una zona atestada de locales, tiendas exóticas y mucha gente de un lado a otro con varias copas de más. Me detengo delante de una tienda de ropa de cowboy para mujeres, bastante sensual y atrevida, que llama mucho mi atención. La lencería oscura de encaje que muestran los maniquíes combinada con las botas de cowboy de piel que llevan puestas, me parece una de las cosas más raras, pero a la vez más sexis, que he visto en mucho tiempo.

—Tía —Escucho que dice Jess y la miro con tranquilidad. Está mirando hacia un pub que hay algunos metros adelante—. Entremos ahí y tomémonos algo.

La fachada del local es de color madera, tiene llamas pintadas hasta la mitad y un gigante cartel de Neón donde se lee *Pure Fire*. Lo cual me deja claro el diseño del local por fuera.

—Puro fuego el que vamos a echar nosotras.

Ni a reírme me da tiempo porque la loca de mi amiga ya ha tirado de mí y me ha arrastrado hasta la entrada. Allí están dos hombres grandes y altos con cara de no tener ganas de vivir. Van vestidos de negro, tienen un dispositivo en el cinturón y un cable hasta la oreja.

—Vuestro carné. —Exige el de la derecha.

Ambos nos miran de arriba abajo, estudiándonos y calibrando si podemos pasar o no. Está claro que lo típico de la documentación es

puro teatro, desde que nos han visto han sabido si entraríamos o no.

—Aquí tenéis.

Jessica les entrega el suyo y yo saco el mío de mi cartera. Se lo entrego al de la izquierda y espero a que lean todos nuestros datos. Acto seguido nos lo devuelven y el de la izquierda hace una sonrisa muy forzada.

—Pasen. —Se echa a un lado y nos abre la puerta.

Ambas se lo agradecemos y bajamos unas pequeñas escaleras de madera que nos dirige hasta una, también, pequeña entradita donde hay un guarda ropa.

—Podéis dejar aquí vuestros abrigos y os daré un número que tendréis que entregar cuando recojáis vuestras pertenencias.

La chica que nos habla es una preciosidad. Tiene los ojos tan claros que parecen transparentes, la melena rubia como el sol y una piel tan blanca como la leche. Le entrego mi abrigo y mi bolso después de que lo haga Jessica, pero las dos nos guardamos los móviles en el pantalón. Por lo que pueda pasar.

Ahora lo hago en el bolsillo de delante, pero recuerdo cuando era una adolescente y las chicas nos lo guardábamos en el sujetador, concretamente en la parte del escote. ¡Qué tiempos!

Al entrar, la música que me ha llegado a los oídos no me ha gustado. Si no me equivoco es música House. Con la cara ya arrugada sigo a mi amiga hasta una puerta de cristal que se abre bajo un sensor cuando nos acercamos. Cuando lo hace la música sale y retumba a mi alrededor.

—No soy muy fanática de esta música, Jess.

Intento acercarme para repetírselo, pero por como mi amiga se mueve y sonríe no creo que le importe en absoluto si me gusta o no la música. Llegamos hasta la barra con bastante dificultad, ya que el local está abarrotado de gente. Sobre todo, en el centro donde dan saltos y bailan como locos.

Por suerte, no tardo en fijarme en un cartel que hay plastificado y pegado sobre la madera, seguramente cara por el tacto, que indica que es la semana House. Un alivio para mí.

Me fijo en todos los detalles del local, y me quedo fascinada al descubrir que tanto el techo como el suelo son espejos y en los del suelo aparecen cada pocos minutos llamas avivadas. Las paredes están forradas en duelas de madera y de tonos muy claros, que tienen grabados a fuego el nombre del local.

Al fondo, hay un escenario donde está la mesa de el Dj y un par de altavoces enormes. Justo encima hay un balcón interior desde el que se puede ver algunas mesas, dirijo mis ojos por toda la barandilla, de madera también, hasta que los detengo sobre una escalera por la que se debe subir para ir a esa zona. La cual descubro que es la zona VIP

del local por la cuerda roja que hay echada al final de la escalera. Bueno por eso y por el gorilazo de brazos cruzados que está observando todo lo que ocurre abajo.

También veo que en la parte izquierda hay una ancha cortina de la que entra y sale la gente y me entra una repentina curiosidad por saber qué es. Pero tendré que esperar a descubrirlo porque Jess acapara toda mi atención colocando su cara delante de la mía.

—¿Qué quieres beber?

No me lo pienso.

—¿Tequila?

Jessica sonríe, levanta los brazos y da un saltito para darse la vuelta. ¡Que empiece la fiesta!

Animada y con ganas de pasarlo muuuy bien, me acerco junto a ella a la barra en forma de U que está repleta de gente atendiendo a todo el mundo. Es normal, el local está a rebosar. Es una auténtica locura. Al principio, como tenemos la euforia de vida nueva, local nuevo, ambiente nuevo y todo ese tema que pasa cuando cambias totalmente tu vida, no nos importa que pasen tres leches de nosotras. Pero claro, tenemos nuestro límite y sé que la cosa se va a desmadrar cuando a mi amiga se le empieza a hinchar la vena del cuello. No sé cómo cabe tanta mala leche en un cuerpo tan menudo.

Siempre he oído eso de «salvado por la campana», pero nunca lo había vivido en primera persona hasta que Jessica ha apoyado medio cuerpo en la barra, ha agarrado a un camarero de la camisa para tirar de él y cantarle las cuarentas y una voz ronca se ha abierto paso entre las dos. Disipando a la bestia de mi amiga y claro, salvando al chico.

—¿Qué desean estas preciosidades? —pregunta quien sea el tipo elegante, alto, fuerte y guapo que tenemos delante.

Le doy un repaso, pues se lo merece. Por cómo va vestido tiene toda la pinta de ser alguien importante en el local o rico. O ambas cosas. Pantalón chino, camisa negra, chalequillo de hilo sin mangas, el pelo negro engominado y un reloj tan grande que si lo llevara yo el hombro ya se me habría dislocado.

Nos ha hecho una pregunta, pero sus ojos azules solo se centran en Jessica y bueno...ya sabes que significa. Pongo los ojos en blanco cuando me percato de la cara de coqueteo que tiene Jessica. No puedo quejarme, yo ya he tenido mi momentazo al que he decidido titular “Momentazo Aeropuerto”. Y ahora que lo pienso, la verdad es que me gusta más el hombre del aeropuerto que este, por muy bueno que esté.

Como ninguna dice nada, el hombre se acerca un poco más a nosotras y dice por encima de la música:

—Disculpad la mala atención de esta noche, estamos desbordados. No os preocupéis que yo mismo os atiendo y hablaré con mis empleados —Ya decía yo que tenía pinta de mandar—. Ahora os

traigo las bebidas que estabais pidiendo, invita la casa.

Cuando le indicamos lo que queremos y se da la vuelta para entrar en la barra, Jess se gira hacia mí y pega su frente a la mía.

—¡Está buenísimo! —grita por lo bajo.

Sí, lo está.

—Sí, es guapo. —Le contesto, volviendo a pensar en el tipo del aeropuerto.

—¿Guapo? Ese hombre está de toma pan y moja.

Simplemente me río y lo hago con complicidad, mi amiga es muy enamoradiza. Dejándola en el cuento de hadas que seguro se está inventando con el dueño del local, me pongo a mirar a mi alrededor. La gente no se cansa, saltan y bailan sin parar, bebiendo y charlando entre ellos. Sigo girándome para contemplarlo todo, intentando obviar la música que suena y, dejándome llevar, consiguiendo que mi cuerpo se suelte y empiece a moverse al ritmo de la música. Solo soy capaz de bailar este ritmo con soltura cuando he bebido un poco de más. O bastante.

Mis caderas se mueven con ganas de unirse a la gran fiesta que hay montada, pero se congelan cuando sigo girando hasta quedar frente a la entrada del local. De repente la música desaparece, siento que solo estamos la persona que está entrando, pero que aún no me ha visto, y yo. Y espero que no me vea en toda la noche.

Descompuesta, me vuelvo en busca de mi amiga, la cual no deja de mirar al hombre que nos ha atendido hace unos minutos. Está embobada, apoyada en la barra y meneando el culo a ritmo de la música. Le toco el hombro, intentando llamar su atención, pero nada. Está en una nube. Insisto y recibo un movimiento de manos para que la deje tranquila.

Maldigo y vuelvo a mirar hacia la puerta, pero ya no está. Me muevo disimuladamente y lo encuentro en la barra con la rubia y dos parejas más. No he sido consciente de las ganas que tenía de volver a verlo, aunque pensaba que sería imposible, hasta que lo he tenido a escasos metros y por alguna razón se me ha desbocado el corazón.

Estoy mal de la cabeza, lo sé. Aunque si hubieras tenido un encuentro con él como lo he tenido yo, posiblemente querrías volver a verle.

Muerta de la vergüenza, sin saber por qué, y nerviosa como en mi vida, me giro para contárselo a Jess, pero entonces me doy de bruces con el hombre de antes.

—Aquí tenéis. Espero que la disfrutéis —Nos entrega las copas y, aunque intenta hablar para las dos, solo mira a Jessica—. Mi nombre es Peter. —dice con voz sensual y guiñándole un ojo.

Los miro atónita, vaya manera de ligar y pasar olímpicamente de mí. Carraspeo, aunque seguramente no me han escuchado.

—Gracias Peter.

Jessica sigue sonriendo como una pánfila y le doy con mis caderas en las suyas. Haciéndola volver a la tierra.

—Yo soy Jessica, pero puedes llamarme Jess. Y también cuando quieras.

Le doy un trago bien largo a la copa. Peter se acerca seguro a ella y le susurra algo en el oído que la hace sonreír. ¡Por favor!

—Qué tonto eres Peter.

Mi amiga suelta una risa floja y yo levanto el labio superior. Peter, que se ha percatado, vuelve su postura a una más seria e intercala su mirada en ambas.

—¿De dónde sois chicas?

—Somos de Madrid. —contesta Jess.

Peter se acaricia el labio inferior con el pulgar y nos mira curioso.

—¿Viaje de amigas? Me encantan ese tipo de viajes.

Alzo las cejas. Directo al grano. Por un momento vuelvo a buscar con la mirada a la persona que he visto antes y lo encuentro bebiendo de un vaso ancho un líquido color ámbar. Puedo ver sus labios atrapar el vidrio de una manera exquisita. Y su garganta moverse al tragar me parece una delicia. Por desgracia, la rubia rompe toda la magia y mis deliciosas vistas cuando se acerca a besarlo. Aunque cuando realmente se rompe la magia y el estómago se me encoge es cuando posa su mirada sobre mí unos instantes y luego la eleva unos centímetros.

Me giro bruscamente, avergonzada porque me haya pillado mirándolo. ¿Cuál era la probabilidad de que me encontrara a ese desconocido en un local en un país diferente? Una entre un millón. Bendita mi suerte. Con el corazón a mil me percato de que Peter está mirando detrás mía y tengo un mal presentimiento. Quiero volver a girarme para comprobar si está mirando a quien yo creo, pero entonces escucho la voz de mi amiga.

—Ahora que lo pienso, no te ha dicho su nombre. Que maleducada —Sé que lo dice por mí y si antes se me ha pasado por completo decirlo, ahora, no quiero —. Ella se llama...

No dejo que termine y la arrastro hasta el centro de la pista. Importándome un bledo lo que pueda pensar Peter y todo el que esté en el local. No pienso permitir que le diga mi nombre, no después de que el tal Peter haya estado mirando a ese desconocido durante tantos segundos. Algo que me ha hecho pensar que deben conocerse, lo que, si Peter supiera mi nombre, podría decírselo al desconocido del aeropuerto. Y no pienso permitirlo.

—¿Qué te pasa? —Mi amiga gruñe y yo me siento mal por haberle cortado el royo.

—Está aquí —No me entiende, lo veo en su cara arrugada y me acerco un poco más a ella. Por nuestra posición, yo estoy de espaldas

a él y Jess lo tiene justo enfrente así que me muevo un poco para mirarlo de reojo —. El del aeropuerto. Está aquí.

A Jessica le cambia la cara. Se le abren los ojos y la boca se le curva en una sonrisa malévola mientras busca por el local. De repente la veo subir la mano y saludar con efusividad.

No puede ser verdad.

Le cojo la mano y la obligo a dejar de moverla. ¿Es que tiene el cerebro frito? Miro unos segundos hacia atrás y me creo morir cuando veo a Peter saludarnos y junto a él está el moreno del aeropuerto. Está impresionante. Me vuelvo a girar y entonces Jess se acerca a mi cara.

—No quieras desaparecer. Ese hombre te ha encontrado y no te quita el ojo.

Curiosa y a la vez algo excitada por lo que ha ocurrido entre ese hombre y yo hace unas horas, me vuelvo y me encuentro con sus ojos. Recorro con los míos su cara perfectamente cincelada, afeitada y seria. Deseo volver a besar sus labios, son tan suaves y a la vez fieros. Bajo la mirada a su cuerpo, deteniéndome en su ancho cuello y sus musculados brazos, recordar cómo me ha tocado con sus varoniles manos me hace apretar las piernas.

Aunque quiera, no puedo dejar de mirarlo, de admirarlo.

La seguridad y sensualidad que desprende me atrapa, me hace sentir cautiva de un poderoso hechizo. Sin poder remediarlo, bajo la vista a su entrepierna y siento un hambre voraz.

Con cuidado, subo de nuevo mis ojos, recorriendo su cuerpo, oculto en un conjunto de pantalón claro y jersey azul, el cual deseo tocar y disfrutar como ya he hecho. Aunque ahora más detenidamente. Por último, me detengo en sus labios, los cuales están estirados en una fina línea. La seriedad que desprenden me atrae como un imán. Entonces, se curvan haciendo que lo mire a los ojos y me dé cuenta de que me ha vuelto a pillar.

Parpadeo, definitivamente me he vuelto loca de remate.

Para intentar tranquilizar mis nervios me llevo la mano al cuello, he cogido la costumbre de tocar la gargantilla para relajarme. Cuando no la siento me cabreo y me siento una tonta por babear con ese tipo. El cuál es el único culpable de que haya perdido mi regalo. Si no hubiera sucumbido a sus elegantes y atrayentes encantos, nada hubiera pasado. Dejando a mi amiga con la palabra en la boca, me encamino furiosa hacia los cuartos de baño, los cuales descubro detrás de la cortina roja que antes había llamado mi atención. Por cierto, la tela es de terciopelo.

Una vez en los baños de mujeres, me miro al espejo aguantando las ganas de llorar que tengo por la rabia que estoy conteniendo. Al ver entrar a un par de chicas me meto en uno de los cubículos y cierro con llave. Necesito estar sola unos segundos, pero no es buena idea. El

recuerdo de la gargantilla me martillea el subconsciente y el recuerdo de mi tía me parte el alma. Varias lágrimas mojan mis mejillas y terminan en mis labios, mezclándose en mi boca.

Estoy tan sumida en mis penas que tardo en darme cuenta del silencio que se ha creado fuera. Ya no escucho a las mujeres reír y hablar, lo que me extraña tanto que decido levantarme para ver que ha ocurrido. Con la suerte que tengo han evacuado el local y me han dejado aquí. Enfadada conmigo misma, abro de malos modos y salgo, encontrándome con la última persona que deseo ver.

O al menos intento convencerme de ello.

—Honey, ¿Estás bien? —El muy condenado, con su poderoso andar, se acerca a mí y me coge la cara. ¿Cómo puede ser tan guapo?

Su pelo, sus ojos, su tacto, su... ¡Argg! ¡Basta, Ava!

Aparto la cara con fuerza y sus manos caen como peso muerto. Lo fulmino con la mirada, ¿Quién se cree para tocarme sin mi permiso? Me acerco al lavabo y me miro en el espejo, tengo los ojos rojos por el llanto. Voy a darme con un poco de agua cuando lo veo posicionarse detrás de mí. Su imagen es lo más hermoso y oscuro que he visto jamás, me transmite mil cosas diferentes y me revoluciona en décimas de segundos. Sus anchos hombros sobresalen de los míos, su cabeza por encima de la mía y sus manos sobre mis brazos.

Sus ojos se mueven sobre mi cuerpo, deteniéndose descaradamente en mis pechos, después en mis labios y de seguida en mis ojos. Los míos están puestos en los suyos, exactamente en su cicatriz. No puedo moverme, estoy paralizada ante su presencia y cercanía, aunque para lo único que quiero moverme es para besarlo. Pero esas ganas desaparecen cuando sus ojos se posan en mi cuello desnudo y recuerdo lo que me falta.

—Te falta algo. —dice entonces, helándome el cuerpo. Parece que me lee la mente.

—¿Cómo dices?

Me quito de su lado, molesta por lo que estoy pensando. Aunque más bien lo estoy corroborando, pues ya pensaba que él tiene mi gargantilla. Parece no darse cuenta de mi mal estar, ya que se acerca de nuevo a mí. Su rostro es serio, pero en sus ojos veo el mismo deseo que en el aeropuerto. El mismo deseo que debe ver él en los míos. Voy a responder, pero se adelanta hablando en un perfecto español.

—Vamos honey, sé que me entiendes a la perfección.

Su sonrisa irónica y su acento de guiri me derriten. Es imposible estar enfadada con alguien que te está seduciendo con solo respirar. ¿Te ha pasado alguna vez? Es una tortura, créeme. Estoy entre darle una bofetada de las mías o comérmelo a besos. Ya ves, un auténtico castigo.

—Deja de llamarme así y devuélveme mi gargantilla.

Mmm, su rostro se arruga ligeramente y me aclara mis pensamientos.

—No tengo tu gargantilla —Levanta una mano, señalando mi cuello, y se sienta en el borde del lavabo. Su altura se lo permite —. Pero seguramente no sea para tanto. Acepta una cita conmigo y te regalaré otro más caro.

¿La bofetada de antes? Esa que tenía ganas de darle, pues se la planto con todas mis fuerzas en su bonito y fuerte rostro. Será gilipollas el muy pretencioso. ¿Qué se ha creído el ricachón?

—Escúchame bien pedazo de imbécil —Lo amenazo en español, pues la rabia y cabreo que tengo en todo lo alto no me permite expresarme del todo en otro idioma. Me mira atónito, aunque me parece también ver algo de diversión en su rostro —. Podrás traer a todas de calle con tu chulería, pero para chula ya estoy yo. Así que, o me devuelves mi gargantilla en unos días, ya encontrarás mi dirección fácilmente como todos los ricos lo hacéis cuando queréis algo, para enviármelo, o te denuncio por acoso y robo.

Mi respiración me agita el pecho brutalmente, el corazón me palpita a mil por horas y todo incrementa cuando va a hablar y a tocarme. No puedo ni quiero dejar que lo haga, cuando me toca siento algo muy extraño, algo que no debería sentir con un simple desconocido.

Cuando me toca, siento paz.

Me doy media vuelta y salgo del baño, dejándolo solo y seguramente confuso y furioso, yo lo estaría al recibir semejante hostión, pero no me importa. Entre la gente, busco a Jess que, casualmente, está con Peter. Cuando los alcanzo, este me mira extrañado y, tras fruncir el ceño, empieza a caminar en la misma dirección de la que yo he venido. Cuando me giro un poco, lo veo hablar con el imbécil pretencioso del aeropuerto.

Al percatarme como ambos hombres se fijan en mí agarro a Jessica para arrastrarla a la calle.

—¿Qué ocurre?

No la miro, no la escucho, solo la llevo con rapidez hasta nuestro apartamento. Allí me derrumbo, le cuento lo que ha pasado y me dejo abrazar y consolar por ella. Sin dejar de pensar en el maldito culpable de que esté así.

· Capítulo 24 ·

Zeus

No puedo creerme que la haya vuelto a ver. Pensaba que eso sería imposible, creía que jamás volvería a encontrármela. En cuanto mis ojos se han posado sobre ella he tenido la necesidad de acercarme y besarla o simplemente hablar con ella, por eso, cuando la he visto dirigirse a los baños, la he seguido. Quería tenerla cerca, volver a tocarla, pero en vez de eso la he vuelto a ver llorando.

Me he colocado detrás de ella mientras se miraba al espejo y como nos he visto me ha confundido. Ella estaba delante de mí, más baja que yo, tan pequeña...He deseado decirle que no llorase, que me contara que le ocurría. Y cuando creía que iba a hacerlo, he dicho un comentario que, sin pensar en lo arrogante e idiota que podría sonar, le ha hecho daño y me ha soltado un bofetón. La verdad, me lo merezco.

Aun así, la sigo. Tengo la intención de hablar con ella y disculparme, pero veo que se detiene junto a Peter, que está hablando con la amiga de ella. Él, que me conoce muy bien, la ha mirado y después a mí, viene caminando en mi dirección sin dirigirse a ellas. La mujer con la que deseo hablar gira la cabeza durante unos segundos para mirarme y después, junto a su amiga, sale del local.

¡Mierda!

—¿Qué has hecho? —Miro a Peter, que se ha acercado a mi cara.

—Nada. He tenido un encontronazo con ella en el baño, pero ya estaba llorando cuando la he visto. Mujeres.

Voy a empezar a andar, para que no vuelva a preguntarme nada, pero entonces me coge del brazo y me empuja hacia atrás. Lo miro molesto, no quiero un puto numerito. Me suelto de un movimiento y me cruzo de brazos entre la gente que baila. No puedo evitar mirar hacia la puerta varias veces.

—Oh, joder. ¿De qué la conoces? —dice entonces, llamando mi atención —La buscas a pesar de saber que se ha ido, ¿de qué la conoces?

Confundido por estar actuando de esta manera, muevo los hombros, incómodo, y lo reto con la mirada al acordarme de algo.

—¿Y tú? ¿Qué hacías con ellas?

—Ligar. —Se encoje de hombros quitándole importancia.

Estiro el cuello un poco al escucharlo y, al ver mi cara, suelta una carcajada, me da una palmada en el hombro y, tras ponerme una

mano en la nunca, me acerca a él.

—Cabrón, cuéntame de qué la conoces. Yo ligaba con su amiga. Esa mujercita ha llamado mi atención en unos segundos.

Ahora el que ríe soy yo. Cuantas veces habré escuchado a mi amigo hablar de esa manera. Caminando hacia la barra, le cuento lo que ha ocurrido en el aeropuerto y este se queda atónito, pero siendo conocedor de cómo y porqué están las cosas así entre Cristal y yo no me dice nada.

Bebiéndonos unas copas, le termino de contar todo y entonces comprende por qué ha salido así del baño, le explico que quiero volver a verla y como respuesta Peter me cuenta algo que llama mi atención más de lo debido.

· Capítulo 25 ·

Ava

Me he llevado toda la maldita noche soñando con ese hombre que sin conocerlo ya me está volviendo loca. Me he despertado dos veces empapada en sudor, con el corazón acelerado y la respiración descontrolada. He intentado quedarme dormida cuando me desperté y vi que eran las ocho de la mañana, pero no he podido, cada vez que cierro los ojos los suyos aparecen, oscuros y penetrantes.

Resignada, me levanto de la cama, me meto el pantalón del pijama por dentro de los calcetines de borreguito que llevo, me coloco mi bata calentita de color verde y me dirijo a la cocina. En el pasillo miro de paso la puerta de Jess, me la imagino espatarrada en la cama y con la baba caída, si Peter la viera así se partiría el culo de la risa.

En la cocina, meto una cápsula en la cafetera y coloco debajo una taza de porcelana, le doy al botón y dejo que se prepare un café con leche. Mientras tanto, me acerco a la ventana y subo la persiana un poco, me apoyo en ella y admiro las pocas vistas que se aprecian al estar metidas en este callejón. Puedo ver algunos edificios altos que sobresalen por encima del muro, algunas personas que pasan por delante y algún que otro taxi que se detiene en la entrada para recoger a alguien que pasa por la acera.

Cierro los ojos al sentir el calorcito de algunos rayos de sol que se cuelan entre lo alto de los edificios y las nubes que cubren el cielo y llegan, en poquísima cantidad, hacia mi ventana.

Pienso en mi familia, deben estar ocupados o trabajando ya que allí son las dos del mediodía. Tendré que esperar varias horas más para llamarlos, así los cogeré fuera del trabajo. Me cierro aún más la bata cuando el sol desaparece al moverse las nubes y en el mismo momento en que la cafetera pita, avisando de que ha finalizado. Seguramente sea la segunda vez que suena, no tarda demasiado en hacer el café.

Cojo la taza y, en vez de sentarme en la barra para tomármelo, me vuelvo a apoyar en la ventana. Podría sentarme en el brazo del sofá que tengo justo a mi izquierda, pero prefiero estar de pie, acabo de levantarme. He estado solo unos segundos en la cocina y el cielo se ha nublado por completo, augurando lluvia. A pesar de eso, disfruto, bebiendo mi café observando como el cielo se sigue tornando gris y termina de esconder lo poco que quedaba de sol.

Aun no soy consciente de estar aquí, mi vida ha cambiado tanto en un mes. Estoy triste porque echo de menos a mi tía, tengo a mi familia

y algunos amigos lejos y para colmo pierdo un regalo preciado de mi difunta tía, pero también estoy contenta, feliz y entusiasmada por estar aquí. Tengo el presentimiento, esta vez bueno, de que mi vida va a cambiar más de lo que ya lo ha hecho y todo nos va a ir bien a Jess y a mí en esta ciudad.

Rio al pensar en algo que sé que a Jess le gustará.

Como todavía es temprano y a Jessica le queda al menos una hora más para levantarse, dejo la taza en el fregadero, entro en mi habitación, me coloco ropa de deporte, me hago una cola alta y, tras ponerme los auriculares, salgo del piso con intención de hacer ejercicio. Aunque voy a correr y sudaré, me he puesto ropa abrigada porque hace un frío que pela.

Al salir del ascensor y llegar al vestíbulo, me doy un susto de muerte cuando encuentro una joven con mechas en el mostrador de la recepción.

—¡Joder! Casi se me sale el corazón por la boca.

Me coloco una mano en el pecho, mirando a la mujer, algunos años menor que yo, que está observándome con detenimiento. Ella debe ser Madison, al menos ese nombre es el que estaba escrito en el soporte metálico que había sobre la recepción el día que Jess y yo llegamos.

—¿Quién eres tú? —pregunta alzando una ceja, la derecha exactamente.

Me quedo mirando su expresión, ¿No es la izquierda la que se suele subir? ¿O solo yo lo hago? En fin, voy a dejar a un lado mis pensamientos raros y me voy a presentar como una persona educada y civiliza...

—Te he hecho una pregunta —insiste mascando un chicle como si fuese una vaca.

Ea, ya se ha cargado mi educación. Coloco una mano en mi cadera y la echo a un lado, haciendo que mi cola se vaya hacia la espalda.

—Mira mona, no me has dado tiempo ni a responderte. Pero te digo una cosita, sabrías quien soy si hubieras estado en tu puesto el día que llegué.

Con las mismas y muy digna, sin reparar que quizá ese día hubiera estado indispuesta, salgo del edificio y del callejón. Uf, que airecito congelado hace. Estiro un poco y empiezo a trotar mientras escucho música. No miro a mi alrededor, quiero hacer algo de ejercicio y si levanto la vista me desconcentraré y, además, como tengo pensado hacer planes con Jessica, lo dejo para más tarde cuando salgamos.

Al adentrarme en una zona que no tengo ni idea de cuál es, entro en un parque donde hay un carril por el que puedo correr. A medida que lo hago, me percato de la inmensidad del parque y la cantidad de olmos y arces que hay. Cierro los ojos y disfruto tanto del frío como del olor a naturaleza que se cuela por mis fosas nasales. Qué

maravilla. Irremediablemente pienso en Marco, estoy segura de que le habría gustado salir a correr por esta zona, incluso a mí me hubiera gustado que lo hubiéramos hecho juntos. Aunque no como pareja.

Sobre las nueve llego al edificio con el cuerpo molido y palpitante por la falta de costumbre, pero con más energía que nunca. Le echo una miradita a Madison, que cuando me ve entrar hace una pompa con el chicle y la estalla sin dejar de mirarme y, como no quiero ser tan maleducada, la saludo con un leve movimiento de cabeza. Si lo ve bien, si no es su problema, pero yo he saludado. Entro en el ascensor, segundos después salgo y entro en mi apartamento.

—Buenos días —Jess bosteza más que habla, me mira con un ojo todavía guiñado y se acerca a la máquina del café —. ¿Vienes de correr? Estás como una cabra amiga, hace un frío de muerte.

—Correr me ha dado energía Jess. Además, me he despertado temprano y no he podido volver a dormir, así que he decidido hacer ejercicio.

Me siento en uno de los taburetes y apoyo los brazos en la barra mientras Jess se prepara un chocolate Milka. Lleva un pijama de color gris con estampado de nubecita, una sudadera de bata y los pelos enmarañados. Suelto una carcajada cuando la veo rascarse una nalga de manera brusca haciendo que el pantalón de su pijama baile con el movimiento.

—¿De qué te ríes? —Con la taza en las manos, sopla por encima de ella y se moja los labios.

—De tus pintas. —Sonrío y me levanto del taburete —. Voy a darme una ducha que nos vamos a la calle.

Jessica abre los ojos como platos y deja la taza sobre la encimera. Se agarra la sudadera, coge dos extremos, se los junta como si se estuviera cerrando una bata y se acerca mucho a mí haciendo un gesto con la cara muy gracioso y como de persona mayor que está a punto de cotillear.

—¿Dónde vamos lagartona? —Mueve las cejas de arriba abajo y hace morritos.

—Quiero ver el puente de Brooklyn.

—Pensé que tú te habías mudado solo para trabajar.

—Es uno de los motivos, pero he pensado que no será el único —Al percatarme de que va a volver a hablar me levanto del taburete y empiezo a caminar hacia mi habitación —. Me voy a dar una ducha. ¡Desayuna de una vez!

Tras coger la ropa interior, un vestido de lana, que llega hasta la mitad de los muslos y que se ajusta un poco a mi cuerpo, de cuello alto, unas medias de color negro y unas botas de tacón del casi mismo tono marrón que el vestido, me meto en el cuarto de baño. Enciendo la calefacción después de dejar la ropa sobre el lavabo, me deshago de

la ropa de deporte y me suelto el pelo para lavármelo.

En ropa interior, abro el agua caliente de la ducha y, para hacer tiempo hasta que empiece a crearse el vapor, me miro en el espejo. Busco algún grano indeseado y por suerte no encuentro ninguno, inspecciono si necesito depilarme las cejas o el bigote y me alegro al no encontrar ni un pelo de más.

Cuando mi imagen empieza a volverse borrosa con el empañe del cristal comienzo a quitarme la ropa interior y veo de reojo el tatuaje que me hice hace años entre los pechos. Sonrío sin poder evitarlo, aunque a algunas personas le parezca malsonante o feo, a mí me encanta.

Abro la mampara de la ducha, la cierro y dejo que el agua caliente caiga sobre mi cuerpo. Me masajeo el cuero cabelludo, me entretengo en hacerlo y me relajo hasta cerrar los ojos durante un rato. Al abrirlos, me doy la vuelta para coger el champú y me percato de todos los botones que tiene la nueva ducha que nos han instalado. Los toqueteo, creyendo que entiendo, pero solo consigo encender varios chorros que me golpean el cuerpo.

Intento apagarlos, detener toda el agua que está saliendo, hasta que uno da en mi muslo derecho y otro en un pecho. Me quedo fría cuando la imagen del hombre del aeropuerto aparece en mi mente. Lo imagino acariciando mi cuerpo, mis labios, mis piernas, pechos, nalgas...Un escalofrío recorre mi cuerpo de arriba abajo y, después de mucho tiempo, aunque estuviera saliendo con Marco, deseo a un hombre con todas las fuerzas que se puede desear.

De repente necesito que la puerta del baño se abra, aparezca un hombre alto, moreno, de ojos penetrantes, y una cicatriz en el ojo izquierdo. Necesito que se desvista, entre conmigo en la ducha y me haga suya hasta que nuestros cuerpos no puedan más.

Recuerdo lo que hicimos en el aeropuerto y noto como mis pezones se ponen duros, y también como todo mi cuerpo empieza a temblar. Recordando cada parte que tocó de mi cuerpo aquella mañana, siento frío en ellas por la ausencia de sus caricias. Cierro los ojos y veo los suyos. Me estudian, me recorren con lascivia y deseo, exactamente los mismos sentimientos que mi cuerpo emanan.

De un momento a otro, él se acerca a mí, sube sus manos, con lentitud, desde mis tobillos hasta mis rodillas, luego por mis muslos, se detiene en mi monte de Venus y creo que va a besarlo, pero entonces sigue su camino a la vez que empieza a levantarse despacio, sin dejar de mirarme.

Sus pupilas están cada vez más dilatadas, desvelando la pasión y desenfreno que vamos a experimentar en cuanto esté en pie. El estómago se me encoje con fuerza cuando sus dedos índices presionan mis pezones, cuando los pellizca y estira y cuando se los lleva a la

boca. Estoy tan excitada que mi cuerpo casi se desploma hacia atrás, por lo que tengo que apoyarme en la pared de la ducha.

Los dientes de él se clavan en mis senos, en mis pezones, en mis clavículas y por último en mi labio inferior. Estoy muerta del deseo, mi vagina palpita y se contrae con fuerza, necesitada, al igual que yo, de tenerlo dentro. Mierda, creo que jamás he estado tan mojada.

Me percato de que tengo los ojos cerrados cuando los abro, ni si quiera soy capaz de manejar mi cuerpo en estos momentos. Es una auténtica locura. Veo cómo su mandíbula se tensa cada vez que mira alguna parte de mi cuerpo, pero la que se tensa soy yo cuando, en un movimiento rápido, su mano viaja hasta mi parte más íntima y la masajea. Abre mis labios con maestrías, toca mi clítoris como un profesional e introduce sus dedos como si hubiera nacido para tocarme.

Aunque no me hace suya como deseo, me toca y lo disfruto como jamás lo he hecho. Ahogo varios gritos de placer al reparar que Jessica está deambulando por la casa, pero eso no me impide disfrutar lo que está pasando. Con fuerza y dureza sus dedos entran y salen de mí, golpeándome el clítoris con cada movimiento.

Estoy a punto de llegar al clímax, lo siento en todo mi cuerpo y al parecer él también porque detiene sus movimientos, sale de mí y chupa sus dedos. Por un momento me siento celosa de ellos y furiosa por que se haya detenido, pero entonces sonríe sutil y sensualmente, estirando así su cicatriz y consiguiendo que me moje aún más. Aunque eso no es todo, se acerca a mí, me besa cada pezón y, tras mirarme como un león hambriento mira a su presa, empieza a bajar y posa su boca sobre mi intimidad.

¡Ahhh! Quiero gritar, lo necesito.

Su lengua hace estragos en mí, me envía miles de corrientes eléctricas por todo el cuerpo y activa cada una de mis terminaciones nerviosas. No quiero que se separe de mi cuerpo ni para tomar aire, por lo que le agarro el pelo y lo pego a mí, avivando así su fuego y deseo por mí. Me abro cada vez más para que pueda comerme entera, sin dejar por detrás ni un pedazo de mi sensible y caliente zona, y entonces lo siento.

Siento un calor subir desde mis pies hasta la cabeza, retumbar en mi clítoris y acelerar mi corazón. El orgasmo arrasa con mi cuerpo y mi mente, me zarandea con brusquedad y me vacía por completo. Él me saborea, me aprieta las piernas para demostrarme cuanto le gusta y, cuando cree que he quedado satisfecha, desaparece.

Desaparece por completo, dejándome sola en la ducha, con la mano entre mis piernas, el corazón a mil por horas y la mente nublada.

¿Pero qué coño? ¿Acabo de tocarme pensando en ese hombre?

Aturdida y sin poder dejar de pensar en él y nuestro fantasioso

encuentro imaginario, termino de ducharme. Al acabar, me seco el cuerpo y me visto, me seco con el secador el pelo y me recojo media melena en una cola, hace viento y no quiero que se me enrede. Echo la ropa sucia al cesto, cojo el maquillaje, me aplico un poco de rímel, dibujo una fina línea negra sobre mis párpados y después de ponerme dos argollitas pequeñas, salgo.

En el salón, veo que la puerta del baño está cerrada e intuyo que Jessica se ha metido cuando ha escuchado que he terminado. Para hacer tiempo, busco la dirección del puente, veo algunas imágenes y me acuerdo de mi cámara de fotos. Entro en mi habitación, donde cojo el estuche de flores donde la guardo, también un abrigo largo de cuero negro y mi bolso.

De nuevo en el salón, escucho sonar mi teléfono y una sonrisa se forma en mis labios al pensar en mi familia, pero todo se desvanece cuando el nombre de Marco aparece en la pantalla. Barajo si cogerlo o no, por una parte, no quiero escucharlo, siempre que discutíamos me camelaba hasta que conseguía tenerme en sus manos y, aunque sé que ya no puede conseguirlo porque estoy decidida, no me apetece escuchar cómo se arrastra.

—Dime.

Lo sé, soy tonta del culo.

—Cariño, anhelaba escuchar tu voz.

—Marco no soy tu cariño, deja el cuento para otra que no te conozca.

Pongo los ojos en blancos, no debería haber cogido la llamada.

—Me encanta cuanto te pones terca. Estas tan guapa.

Empezamos.

—Mira Marco, me coges saliendo de casa y no puedo hablar contigo ahora mismo. A sí que tengo que col...

—¿Salir? ¿A dónde vas? ¿Con quién? ¿No irás sola verdad? Bueno espero que tampoco vayas con nadie más que no sea Jessica. Como me entere que has conocido a alguien, me planto allí en el primer vuelo.

La sangre me hierve al escucharlo. Ojalá estuviera a mi lado para darle un buen puñetazo en los dientes. ¿Cómo puede si quiera pensar que puede mandar sobre mí? Apretando los dientes y abriendo los orificios de mi nariz, preparo mi garganta.

—Escúchame, ni se te ocurra volver a hablarme así ni a preguntarme nada a cerca de mi vida. Te he cogido la llamada por cortesía, pero me estoy dando cuenta de que ya ni eso mereces. Y como te atrevas a presentarte aquí para buscarme, no vas a tener ciudad suficiente para correr de mí. Pedazo de idiota.

Con la respiración acelerada por la furia, cuelgo la llamada. El muy gilipollas me ha quitado las ganas hasta de salir. ¿Pero que cojones digo? Es que ahora mismo lo buscaba y le arañaba la cara.

—¿Qué han sido esos gritos? —Miro a Jessica con fuego en los ojos, cabreada y molesta — Relaja los humos. ¿Era Marco?

Asiento, como hable soy capaz de pagarla con ella. Jessica, que me conoce, va a su habitación, coge su abrigo y su bolso y vuelve. Apaga las luces, yo cojo mis cosas, me coloco el abrigo, los guantes que me regaló Carl y me cuelgo el bolso en el hombro. En silencio, pues necesito mi tiempo, vamos al ascensor, nos subimos y nos bajamos en el vestíbulo.

Madison, que está haciendo pompas con un chicle, nos mira, mueve la cabeza en un saludo y le da a un botón que abre la puerta. La miro, la analizo y, al ver que se queda blanca cuando ve mi cara, empiezo a tranquilizarme. No quiero cabrearme con todo el mundo. Antes de salir, la saludo igual que ella ha hecho minutos antes a nosotras y salgo.

Ahora que empiezo a dejar el enfado a un lado, reparo en los movimientos nerviosos de mi amiga y sus gestos en la cara. Está inquieta y no sé por qué. Me mira de reojo mientras vamos por el callejón, de hecho, lo hace varias veces. Acelero un poco los pasos para estar a su altura y preguntarle qué le pasa, pero entonces, una vez hemos llegado a la entra del callejón, veo un todoterreno negro estacionado. No me resulta del todo entraño hasta que Jessica empieza a estrujarse los dedos y la puerta del conductor se abre.

Ay, mi madre.

No puede ser verdad, pienso mientras nos vamos acercando y el rostro de Peter es cada vez más claro y real. Los dedos de los pies se me encogen. Por un momento deseo que la puerta de atrás se abra y aparezca el hombre del aeropuerto y por otro lado me aterra que eso ocurra. Lo único que sé que quiero a ciencia cierta es salir corriendo.

—Estáis preciosas.

Peter se acerca a nosotras y nos planta un beso en cada mejilla, no me extraño al ver que se recrea en sus demostraciones hacia Jessica. La cara de mi amiga es un poema, aunque la de Peter no se queda atrás. La mira embobado y con una sonrisa floja en los labios. Nos hemos quedados sin hablar ni hacer nada, en silencio, delante del coche y me siento incómoda al sentir que estorbo.

¿Debería fingir que estoy mala para que se queden a solas? Vuelvo a mirarlos y lo tengo decidido.

—Oye —Ambos me miran, rompiendo el hilo mágico que unía sus miradas— ¿Por qué no vais sin mí?

Jessica se acerca a mí y me coge del brazo para acercarme a ella.

—¿Qué dices? ¿Estás loca? —exclama en español.

Muestro una sonrisa nerviosa a Peter que nos mira sin entendernos, lo que llama mi atención. ¿No sabe hablar nuestro idioma? Jugando con eso a nuestro favor, hablo alto y claro.

—No, no estoy loca. Os gustáis, disfruta de esta salida con él, ya iremos nosotras otro día. —Viendo que no está conforme con lo que digo, le acaricio la mejilla—. Hazme caso, quizá acabes teniendo un sexo casi tan bueno como el que tuve yo en el aeropuerto.

Jessica sonríe como una gatita. Esa es mi chica.

—Bueno, siendo sincera —Le da un repaso a Peter y luego vuelve a mirarme— . Un buen meneíto tiene.

Ambas soltamos una carcajada que hace que Peter nos mire y sonríe. Con dos pasos está cerca nuestras y susurra:

—Está muy feo eso de hablar en vuestro idioma delante de alguien que no lo entiende.

Jessica y yo nos miramos cómplices y mi amiga, poniéndole una mano en el hombro le guiña un ojo.

—Vamos churri, ya te contaré que hemos hablados. Ahora vámonos a ver esta ciudad.

Cuando Jess empieza a caminar, Peter no se mueve, me mira y luego me señala.

—¿Churri? —Me mira sorprendido y entonces algo se le cruza por la mente y se le cambia el gesto —¿Tú no venías también? —Nos mira a Jessica y a mí, esperando una respuesta.

—Bueno...Eh...yo es que, tengo otros planes.

Me balanceo sobre el tacón de mis botas, inquieta por haber dejado tirado a Peter. No quiero que piense que soy una maleducada, pero sé que está deseando conocer más a mi amiga. Solo hay que ver como la mira.

—Pero, mujer, ven con nosotros. Lo pasaremos bien y os enseñaré varios lugares.

—No, de verdad Peter. En otra ocasión.

Estoy a punto de volverme para caminar hacia la zona de las tiendas, con suerte encontraré a Carl en su puesto, al fin y al cabo, es la única persona que conozco aquí a parte de Jess, Peter, Jayden y, bueno, el insufrible e insoportable hombre del aeropuerto, cuando Peter me coge por el codo.

—Vamos, no te vayas.

Frunzo el ceño ante su insistencia, que no me está gustando ni un pelo. Jessica también nos observa con la cara arrugada, Peter se está comportando de una manera muy extraña. Aunque no debería sorprenderme, no lo conocemos de nada. Quizá es un secuestrador o alguien de la mafia. Con el corazón acelerado, me suelto de un movimiento rápido, ¿Qué se cree? Cuando me ha soltado, doy un paso hacia atrás separándome de él lo suficiente para poder salir corriendo en cualquier momento dado. Como Jessica se acerca y se coloca a mi lado, el gesto de Peter cambia radicalmente, tornándose en uno pálido.

—Lo siento, no penséis mal de mí. No quiero haceros nada.

Lo miro como se puede mirar a un posible secuestrador y, con el bolso en la mano, preparado para defenderme, echo la cadera a un lado.

—¿Y por qué coño insistes tanto? ¿No he dicho ya que no quiero ir?

Peter resopla, visiblemente angustiado por lo que está sucediendo. Está dispuesto a dar un paso hacia nosotras y yo lo estoy para defendernos como nos vuelva a tocar. Estoy acalorada y enfureciéndome, pero no puedo pasar desapercibido el gesto en sus ojos. Nos pide disculpas y parece sincero. De verdad que lo parece, pero ¿Entonces por qué actúa tan raro?

Lo estoy observando, analizando su expresión, cuando una puerta trasera del vehículo se abre y aparece él. En toda su altura, tapado hasta el cuello por la puerta del coche, con unas gafas de sol que le quedan de muerte y el pelo salvajemente peinado. Aunque sus ojos están tapados por el cristal oscuro de sus gafas, sé que me está mirando igual que yo a él. Nos observamos sin disimulo alguno hasta que su mirada me abrasa y decido apartar la mía. Estoy mirando mis zapatos cuando escucho su voz gruesa:

—¿Qué pasa?

—Nada, Solo que la única que puede venir con nosotros es Jessica.

Levanto la mirada como si pudiera escuchar que me llama en silencio, que reclama mi atención. Nuestros ojos vuelven a conectar y él vuelve a hablar.

—¿Y, eso a que se debe?

Mierda, no sé qué decir. De repente quiero ir con ellos, pero no admitirlo. Estoy a punto de decir algo, pero él me interrumpe.

—Vaya, entonces tendrás que perderte la visita al Empire State.

Arg, qué rabia. No quiero perdérmela. Deseosa de disfrutar esa visita y de volver a verlo, aunque también aterrada por eso último, cojo mi teléfono móvil y tecleo. Ni muerta pienso decir que quiero ir justo después de que él haya aparecido. No quiero que se piense que su aparición ha cambiado mi parecer, aunque así sea. Suficiente con que solo lo sepa yo. Tras teclea y sonreír con coquetería, guardo el teléfono y los observo a los tres. Mayormente a él, que me observa serio e impasible.

—Está bien, iré con vosotros. He podido cancelar mis planes.

Digna y con la cabeza hacia arriba, paso por delante de Jess que me mira con mofa, conocedora de que no tenía ningún otro plan, y me acerco al vehículo. Me detengo delante de este y suspiro con una sonrisa. De repente, demasiado contenta.

—¿Dónde me siento?

—¿Sobre mí? —pregunta él cerca de mí y en español. Supongo que para que su amigo no nos entienda

¿Cuándo se ha colocado detrás? Me giro para mirarlo y siento mi cara arder.

—¿Q-qué? —balbuceo sin apenas conocerme.

¿Desde cuándo me quedo sin palabras ante un hombre?

—He dicho que por aquí. —Se lame el labio inferior en un movimiento rápido y sensual, que me deja hipnotizada.

Esta vez habla más alto, claro y en su idioma, para que Peter lo entienda. Está de pie, delante de la puerta y con el brazo extendido hacia el interior del coche. Observo de reojo como Peter se monta en el sillón del piloto y Jessica a su lado. Mierda, mierda y mierda. No me muevo, no puedo.

—Vamos, montémonos juntos.

Ahogo un grito, o un jadeo, todavía no sé qué ha sido exactamente, al oírlo. Por su sonrisa de medio lado y como sus ojos me miran cuando se ha subido las gafas, sé lo que quiere, lo que desea. Y para ser sinceros de una vez por todas, yo también lo deseo.

Con el corazón a mil, por sus palabras y cercanía, paso entre él y la puerta del vehículo, sintiendo un leve roce entre su pecho y mi hombro izquierdo, y me subo al coche. Me muevo hasta quedar sentada detrás de Peter y, de reojo, veo como él se sienta detrás de Jess. Peter arranca y comienza a conducir, por lo que me voy a abrocharme el cinturón, pero el hombre que está a mi lado me detiene cogiéndome por la mano y el muslo derecho, haciendo que me deslice hasta el asiento del medio.

Pendiente de que Jessica siga hablando y Peter no mire por el espejo retrovisor, coge el cinturón, me lo abrocha, ajustándolo con las manos en la parte de mi pecho, y me mira al finalizar.

—Pasémoslo bien, honey.

Su aliento choca con mi mejilla, está cerca, muy cerca, y mi cuerpo palpita de deseo por él. Parpadeo, aprieto mis piernas y trago saliva. Toda la cordura que creía tener se va al garete cuando lo veo observar mis piernas y sonreír hambriento.

Ay, mi madre, lo que me entra por el cuerpo.

· Capítulo 26 ·

Zeus

Vamos en el coche y en silencio. La tengo a mi lado, he tenido que tirar de ella para que así sea, pero su cuerpo está rozando parte del mío y su aroma se cuela por mis fosas nasales, alterando mi sistema nervioso. Ni siquiera me reconozco.

Ambos miramos al frente, escuchando cómo Jessica y Peter hablan y hablan sin descanso. Necesito comunicarme con ella, pero algo me dice que no tengo que forzarla, solo crear confianza entre nosotros. Estoy deseoso de llegar a nuestro destino y que nos quedemos a solas, aunque solo sea para intercambiar unas cuantas palabras.

· Capítulo 27 ·

Ava

No sé por qué hemos ido en coche si hemos tardado poco más de diez minutos en llegar. Peter ha aparcado demasiado fácilmente, más de lo que yo me imaginaba que sería hacerlo en una zona que tiene tantísimos habitantes y turistas, pero no me quejo. En el corto trayecto no hemos hablado ninguno de los cuatro, al menos no entre nosotros, ya que Jess y Peter no han parado de contarse cosas, por lo que me alegro mucho. Con suerte, Jess, quedará con él algún día y podrá quitarse de la cabeza su mala experiencia con Francisco.

—¿Me dirás tu nombre hoy?

Miro a mi izquierda para contemplar al hombre que tengo al lado. Por casualidades de la vida, o más bien por él, hemos acabado detrás de Peter y Jess. Su paso es tranquilo, seguro y firme, y desde luego visible para todos. Desde que hemos bajado del coche la gente no ha dejado de mirarnos e incluso algunas personas de cuchichear. Si pensaba que en mi barrio había cotilleo, me he quedado corta.

Aunque no quita demasiado la vista del frente, me mira de vez en cuando y me pone nerviosa. No quiero decirle mi nombre, no quiero que crea que podría haber algo más entre nosotros, aunque me muera de ganas, y mucho menos quiero tener problemas con otra mujer por meterme en una relación ajena. Por lo cual, me atuso el bolso en el hombro, echo hacia atrás un mechón rebelde movido por el viento y, sin mirarlo, ataco:

—¿Me devolverás mi gargantilla?

Una carcajada. Dios, acabo de enamorarme de un sonido. Giro la cabeza rápidamente para poder observar su boca y garganta moviéndose por la risa. Creo que mi sesión de visitas a monumentos y cosas maravillosas acaba de empezar y terminar. Ahora el que gira la cabeza unos segundos es él, que se ha levantado las gafas para que vea como me mira, para que sepa cómo sus ojos reaccionan al tenerme en su campo de visión.

Aun con una sonrisa en los labios, se muerde el inferior antes de volver a colocarse las gafas y mirar de nuevo al frente.

—Quizá.

De un movimiento, me coloco delante de él, que se detiene de golpe. Estamos en medio de una calle, en una ciudad que siempre he querido conocer y con miles de personas caminando a nuestro alrededor. Algunas incluso tienen que esquivarnos para no chocar con

nosotros.

Pasados unos segundos, se quita las gafas, esta vez del todo, y se las guarda en el bolsillo del abrigo que lleva puesto. Hasta entonces no había reparado en la ropa que lleva, y tengo que decir que el jersey blanco, los chinos negros y el abrigo le quedan de infarto. Pero bueno, no puedo desconcentrarme ahora que le quiero poner los puntos sobre las ies.

—Lo sabía —digo en voz alta mientras le martilleo el pecho, duro y apetecible, con mi dedo índice—. Bueno, al principio pensaba que debía haberla perdido en el aeropuerto, pero entonces la otra noche cuando dijiste que me faltaba algo... ¿Por qué no me la devuelves? ¿Qué quieres? ¿Dinero? —Algo cruza mi mente cuando él sube las cejas y me horrorizo— Oh, Dios mío. ¿Quieres que me acueste contigo a cambio de que me la devuelvas?

La respiración se me acelera solo de imaginármelo.

—Ahora que lo dices no sería mala idea. Estaría dispuesto a eso —¿Qué? Abro los ojos asombrada por su descaro. Él se acerca un poco más—. No te escandalices, no sería nuestra primera vez —Vuelve a acercarse, se agacha un poco y sus ojos quedan a la altura de los míos —. Pero no, honey. Me conformo con una cita.

—Estás loco —exclamo indignada. Al percatarme de mi subida de tono en la voz, lo siguiente lo digo casi en un susurro—. Tienes mujer.

—Para nada. Cristal es...es difícil, no mi mujer.

Su aliento choca directamente con mis labios, que se abren ligeramente para recibirlo. Tengo tantas ganas de que me bese que me avergüenzo, ¿Cómo puedo desear tanto a un hombre habiendo roto con Marco hace tan solo unos días? Mi mente va a estallar de tanto pensar y dudar. Tenerle tan cerca, su perfume, sus labios moviéndose lentamente hacia mí...

Perdona ¿¡Qué!?

Ay, virgencita. Que me va a besar. El corazón me bombea a toda máquina, la respiración se me descontrola y todo el cuerpo se me vuelve flan. ¿Qué hago? ¿Le hago una cobra o dejo que me bese?, ¿Qué hagoooo? Estoy a puntito de sufrir un telele, y de los buenos. Mis ojos se mueven rápido por su rostro, que cada vez está más cerca. Esto no está bien, no debe pasar.

—No...

—Shhh. Me muero por volver a saborearte.

Se me corta la respiración. Literal que no respiro. Temo ponerme morada o algo. Entonces lo siento, sus labios sobre los míos, su mano en mi nuca, su cuerpo chocar con el mío y mi cuerpo experimentar una sensación que pensaba no existía.

Mierda, de aquí no salgo.

Cierro los ojos para sentir mejor el beso, el cuerpo me chisporrotea

por todas partes, me tiembla más bien. Joder, hasta el corazón lo hace. Sus labios se mueven con tranquilidad en los míos, su lengua juguetea con la mía como si la conociera de toda la vida y sus manos... Una hace presión bajo mi pelo suelto y la otra me agarra con fuerza la cadera, clavándose en ella los dedos.

Gruñe, lo hace suave y sobre mi boca. El beso dura unos segundos más, hasta que un choque en mi espalda nos hace separarnos. Nos miramos a los ojos, sin importarnos lo más mínimo si la otra persona se ha detenido a disculparse o no. Sus ojos viajan por mi rostro, aunque se detienen en mis labios y entonces veo su deseo. Por una parte, me siento mal por lo que ha ocurrido ya que tiene pareja, pero por otra estoy alucinando. Con este hombre estoy experimentando sensaciones que hacía mucho tiempo no sentía y consigue sacar mi lado más salvaje. Es ese mismo lado el que me empuja hacia él y besarlo.

Lo hago con descaro, pasión y furor. Agarro los pliegues de su abrigo y me agarro con fuerza para no caerme, pegando mi cuerpo al suyo para averiguar cuanto me desea. Y, lo hace, y mucho. Una de sus manos recorre mi espalda hacia abajo y coge mi nalga con fuerza. Urgencia es lo que siento en estos instantes, es como una necesidad que no se sacia.

Poco a poco, me voy separando de él hasta quedar a unos milímetros de su rostro. Tiene los labios rosados, seguramente igual que yo, y las pupilas muy dilatadas. Sonrío como una cría cuando me da un último pico en los labios antes de erguirse un poco y mirarme desde arriba.

—Esto no puede volver a pasar. —afirmo, nada convencida.

Él mueve la cabeza de arriba abajo uniendo sus cejas, poco convincente.

—Estoy de acuerdo. —Vuelve a besarme y me hace cosquillas en las costillas.

—Lo digo en serio.

—Yo también. —Otro beso y otro, y otro.

Acalorada y como en una nube, consigo separarme un poco.

—Oye...

—Zeus.

Lo miro, sin entender.—¿Qué?

—Mi nombre es Zeus.

Vaya, así tenía que llamarse. Desde luego le va de perlas con su personalidad. Trago saliva, me he acostumbrado tanto a llamarlo hombre del aeropuerto que saber su nombre me ha dejado algo confusa. ¿Tengo que decirle el mío?

—No me digas tu nombre si no quieres, ya tendrás tiempo de hacerlo. —Señala detrás de mí con la mano y veo a Peter y Jess a lo

lejos caminar hacia nosotros—. Parece que esos dos se gustan.

Apoya la frente en mi sien, aprovechando que me he girado levemente para mirar hacia donde dice. Me muerdo la lengua para no soltarle algo demasiado cursi como: «¿Solo ellos? Míranos». Y vuelvo mi cara hacia la suya, sintiendo mi estómago encogerse al ver como su sonrisa le mueve la cicatriz. Tengo que aclararle, antes de que lleguen nuestros amigos, que no puede volver a ocurrir nada entre nosotros. Él tiene novia y yo, bueno yo lo dejaré en el olvido.

Si no me acuerdo de alguien con quien he salido seis años, puedo no pensar en Zeus.

—Mira Zeus...

Su expresión cambia rápidamente al escucharme, parece sorprendido y, ¿confuso?

—Repítelo.

—¿Qué? ¿El qué?

—Mi nombre. —gruñe sobre mi boca. La respiración, que se me empezaba a apaciguar, vuelve a agitárseme —. Vamos, honey.

Muero por complacerlo. Me muerdo el labio, consiguiendo así que él lo mire y suelte aire por la nariz.

—Zeus.

Sus labios chocan con los míos en un beso pasional, pero rápido. Me los succiona y mordisquea antes de separarse de mí y pasarme la lengua por ellos. Segundos después me suelta y Jessica se acerca a nosotros, sin dejarnos disfrutar de nuestro último beso. Porque es el último, lo tengo claro.

—Chicos, ¿Os habéis quedado pegados?

Abro los ojos y Zeus hace un movimiento con la cabeza a modo pregunta. Ambos nos hemos quedado sin palabras.

—Mira Peter, al parecer estos dos están atornillados al suelo.

Suspiro, aliviada por entender las palabras de mi amiga y noto el rostro de Zeus relajarse.

—Sí, al suelo. —Peter mira a Zeus que ahora niega con la cabeza, como intentando hacer callar a su amigo.

¿Se lo ha contado? Ah, no. Por ahí sí que no paso. Lo que me faltaba también era ser la mujercita que se tira el machito del grupo. Que mala leche me entra de repente. Retirando la mirada del buenorro y arrogante que tengo delante, me dirijo a los demás.

—Bah, solo me he topado con un idiota. —Peter mira a su amigo y noto algo de diversión en sus ojos—. Vayamos a tomar un café para hacer tiempo hasta que podamos empezar con las visitas.

Adelanto a los tres y me separo unos metros de ellos a pesar de que no tengo ni idea de hacia dónde me dirijo. Caminamos durante quince minutos, en los que vemos algunas tiendas, bares, edificios. ¡Jess y yo nos hacemos una foto con un carrito ambulante de comida rápida!

Consiguiendo así que los chicos nos miren como si tuviéramos monos en la cara, pero es que para nosotras todo lo que estamos viendo y conociendo es una experiencia única.

Seguimos paseando y visitando lugares increíbles hasta que decidimos descansar en la terracita de una cafetería muy cuqui. Tiene una zona con mesas y estanterías, donde hay gente tomando café y leyendo un libro o trabajando en sus ordenadores. Peter nos pide a Jessica y a mí unos chocolates calientes con nubecitas que están de muerte. Ellos toman un café solo y no comen nada, mientras que nosotras nos zampamos dos buenos trozos de tarta.

—No queda mucho para que podamos ir a nuestra visita. —Zeus mira la hora en su reloj y se pone de pie—. Iré dentro en lo que acabáis.

—Me gustaría invitaros, ya que nos vais a soportar todo el día cuando seguramente tengáis otra cosa mejor que hacer.

Voy a levantarme cuando la voz de Peter me interrumpe.

—Tonterías, aguantaros será todo un placer. Créeme.

—Gracias, pero me sentiré mejor si lo hago.

—Ava tiene razón, dejad que paguemos.

Conforme escucho mi nombre salir de entre los labios de Jessica miro a Zeus, si no quería decirle mi nombre mi amiga ya lo ha hecho. Me observa desde su altura con las cejas levantadas y una sonrisa divertida en los labios. Pongo los ojos en blanco y resoplo al escucharlo reír.

—Pero...—Peter mira a su amigo con los ojos abiertos— ¿Zeus O'Donnell riendo? Si no lo veo, no lo creo. El famoso Zeus, riendo.

—¿Famoso? —pregunto extrañada y entendiendo porque la gente nos mira, bueno más bien lo miran a él. Pero ¿por qué es famoso?

—¿No sabéis quién es?

Peter se deja caer en el respaldo de su silla y Jess y yo negamos con la cabeza a la misma vez que Zeus me contempla.

—Aquí, ante vosotras, tenéis al joven...

—Ya basta Peter.

Zeus entra en la cafetería y en un impulso lo sigo. Quiero pagar yo. Eso y saber porque es famoso, aunque intuyo que no tardaré mucho en enterarme.

—Oye, he dicho que pagaría yo.

Me acerco a la barra donde está apoyado y con la cartera en la mano, saco la mía inmediatamente y de ella mi tarjeta. Cuando me propongo algo lo consigo, cueste lo que cueste. Como la barra está vacía, pues los camareros están en las mesas atendiendo, me siento en el taburete y apoyo la cabeza en mi mano. Aprovecho que Zeus está mirando al frente para observarlo detalladamente, aunque no sé si ha sido buena idea porque todo lo que le veo me gusta. Su pelo es tan

negro como la noche, le brilla y lo tiene perfectamente despeinado en sus ondulaciones. Tiene la cara y mandíbula cinceladas, como si fuese perfecto. Digo fuese, porque estoy segura de que no lo es, nadie lo somos. Miro su cuello, ancho y liso, que se mueve en la zona de la garganta de una manera arrebatadora.

—¿Te gusta lo que miras?

Ups, me ha pillado.

—¿De qué hablas? —finjo que no lo miraba.

Zeus se gira en el taburete, quedando frente a mí con nuestras rodillas rozándose. Él las mira unos segundos, yo no porque estoy atrapada en la oscuridad de sus iris.

—No sé por qué niegas lo evidente, honey.

Observo sus manos moverse hacia mis rodillas, haciendo que mis piernas tiemblen ante su contacto. —¿De qué evidencia hablas?

Traza círculos con el dedo índice sobre uno de mis muslos, acercándose sigilosamente hacia mi cara. Puedo sentir su respiración sobre mis labios. No, otra vez no. En un momento de lucidez, me echo hacia atrás rechazando lo que más deseo en este instante.

—No puede volver a ocurrir. No quiero romper una relación. Por favor, Zeus, deja de intentarlo.

—No puedo no hacerlo si mi nombre suena tan jodidamente bien en tus labios. Necesito besarlos.

Abro los ojos al sentir mi respiración cortarse, este hombre provoca cosas en mí que me aterran. Seguimos cerca, muy cerca, tanto que me siento tentada constantemente de darle lo que desea. De besarlo hasta quedarme sin aire, pero sé que lo mejor es no hacerlo. Aunque me muera de ganas.

—Pues no volveré a decir tu nombre si con eso no me besas.

—Qué tontería Ava.

Oh, mierda. Creo que ahora entiendo cómo se siente. Jamás me había gustado tanto escuchar mi nombre. Barajo la opción de tirarme sobre él o no, entonces se me ocurre una idea. Muy estúpida, pero es que las veces que he coincidido con él no razono. Lo sé, es una auténtica locura porque es un desconocido, pero no sé qué me pasa.

—Un último beso. —susurro, acercándome a él. No quiero que nadie nos escuche.

Me mira, me mira y me sigue mirando, moviendo sus ojos por todo mi cuerpo y rostro, como si estuviera reteniendo algún momento bonito. Como si quisiera recordar cada parte de mí.

Desliza sus manos por el lateral de mis piernas, sin importarle donde estamos y quien pueda vernos, llega a mis caderas y las aprieta con cuidado, acercándome a él para besarme. Una de sus manos sube hasta mi mejilla, sujetándola con delicadeza mientras sus labios se mueven sobre los míos.

Siento un cosquilleo que viaja por todo mi cuerpo, interior y exterior, haciendo estragos por donde pasa. Muevo mi boca al ritmo de la suya, mi lengua se enreda con la de él y me muero del deseo al sentir su calidez. Estoy disfrutando el beso más de lo que debería, más de lo que debería estar permitido sabiendo que es un hombre prometido, cuando escucho un ruido tras la barra que me despierta de este bonito sueño y me hace volver a la realidad.

Una que no me gusta tanto, pues tengo que separarme de él. Con cuidado, lo hago, consiguiendo así que su mano caiga despacio sobre mi muslo y sus ojos penetren en los míos. Veo su pecho agitado, aunque el mío debe estar igual porque siento mi respiración descontrolada.

—Intentaré aguantarme las ganas de besarte cada vez que te vea. Desde que te conocí no he dejado de pensar en ti.

«Ni yo en ti». Pienso, cerrando los ojos y pellizcándome el puente de la nariz, no debería haber llevado a cabo esta estúpida idea. Pero a lo hecho, pecho. Como siempre decía mi tía.

—Pues tendrás que hacerlo Zeus. Somos adultos y sabemos lo que está bien y lo que no, y desde luego esto —Nos señalo con el dedo, nerviosa por lo que estoy diciendo—, no lo está.

Aparta sus manos de mí, creando un frío en la zona en la que estaban puestas, se pone derecho en su asiento y apoya un codo en la barra.

—No volverá a ocurrir. No insistiré para besarte, ni tocarte. Quizá incluso no volvamos a vernos, estoy muy ocupado en el trabajo.

—Quizá eso sea lo mejor. —Miento, convencida de que desearía volver a verlo en cuanto este día termine y me deje en casa. Pero volviendo a ser consciente, sé que debo actuar con responsabilidad—. Está claro que hay química entre nosotros, pero no puede ser. Así que, con tu permiso, voy a pagar y nos iremos a la visita que tienes programada y después cada uno por su lado.

—No hace falta. —apostilla mientras se levanta del taburete.

¿Cómo qué no? No pienso quedarme sin ver el Empire State. Me levanto y lo cojo de la mano. Ante el contacto, se gira hacia mí y me mira unos segundos de reojo.

—Está todo pagado, el local es mío.

Después de eso se suelta y sale a la calle. Me quedo de pie, mirando su figura en la lejanía a través del cristal de uno de los ventanales de la cafetería y noto una sensación de nostalgia que no me gusta nada. No quiero sentir nada por este hombre, acabo de romper con mi novio y no quiero estar pensando en otro. Además, no suelo encariñarme con demasiadas personas y así evito que me abandonen. No se va alguien que nunca ha estado.

Decidida a llevar a cabo tener distancia con él, aun sabiendo que

volveré a verlo pues Peter me ha caído muy bien y he descubierto que son muy buenos amigos, empiezo a caminar hacia la salida. Enfrentándome a su presencia.

—Vámonos. —Casi ordeno cogiendo mi bolso y encabezando de nuevo al grupo.

A pesar de lo que ha ocurrido, en todo el camino hasta el edificio que vamos a visitar, Zeus está pendiente de mí, intenta entablar conversación conmigo y me cuenta curiosidades de todo lo que veo y me gusta. Cuando llegamos a la entrada del Empire State, se coloca a mi lado y no me deja sola ni un segundo. Me explica que el edificio es una de las Siete Maravillas del Mundo Moderno, que fue designado monumento Histórico Nacional en el año 1986 y el edificio más alto del mundo durante cuarenta años, además de que su antena mide más de cuatrocientos metros.

Cuando llegamos a la zona de ascensores, a la que nos han dejado pasar sin problema cuando Zeus y Peter han saludado a dos hombretones musculados, los cuales señalan una zona donde nos espera un hombre vestido con traje. Este saluda con la mano a los chicos y empieza a andar. Conforme va caminando nos explica curiosidades del edificio, de cada planta que visitamos y, ya en el ascensor, nos pregunta a que planta queremos ir.

—¿Tienes vértigo? —Me pregunta Zeus acercándose a mi oído.

Está apoyado en la pared, con los brazos cruzados sobre sus pechos y el rostro serio, mirándome. No se ha movido, solo se ha agachado para hablarme.

—No, al menos que yo sepa.

Asiente con la cabeza y percibo como su rostro se relaja mientras se incorpora. No entiendo por qué quiere saber si temo a las alturas.

—A la ochenta y seis.

El hombre trajeado, llamado Paul, asiente y pulsa el botón con ese número. Ahora entiendo su pregunta y tengo que decir que no estoy muy segura de mi respuesta. La planta más alta que he subido ha sido un sexto. Con calores en todo el cuerpo, agarro la manga del abrigo de Zeus cuando el ascensor empieza a subir. Él arruga el ceño y empieza a separarse de la pared para acercarse a mí.

—¿Estás bien, honey?

Asiento varias veces, muy nerviosa, y Jess, que nos ha visto y escuchado, se acerca un poco.

—Lo más alto que hemos subido ha sido al sexto de Hugo y ahora al avión para venir aquí.

Maldita, ¿Por qué me conoce tan bien? Zeus asiente y me mira. Me acaricia la espalda y me pasa un brazo por los hombros, arrimándome a él. No me aparto a pesar de que Peter y Jessica nos miran, es un alivio para mí que ninguno de los dos diga nada.

—¿Quién es Hugo?

Alzo la cabeza lo justo para mirarlo y entonces él mueve sus ojos hacia mí, observándome con el ceño ligeramente fruncido.

—Un amigo. —No voy a darle explicaciones sobre mi vida privada.

—¿Yo también soy un amigo?

Asiento.

—Y, ¿Ese tal Hugo es igual de amigo que yo?

¿A qué vienen estas preguntas? Me remuevo incómoda por su intromisión, estábamos muy bien hasta que ha abierto la boca. Zeus refuerza su agarre y me ahueca mejor bajo su brazo.

—Está bien, lo siento. No es de mi incumbencia. —El calor de su aliento choca en mi oreja cuando habla. Tengo que aguantar la respiración para no suspirar de placer —. Pero no te retires, los amigos también se abrazan.

Me da un leve beso en la oreja que me deja muda hasta que llegamos a nuestro destino. Después de que todos salgan del ascensor lo hacemos nosotros, ya separados, pero cerca el uno del otro. Paul sigue hablando del edificio, su creador, el turismo que genera e infinidades de curiosidades e información que escucho con atención. Siempre me ha fascinado la historia y sobre todo de esta ciudad.

Me quedo perpleja ante las vistas tan impresionantes que tengo delante de mí. Hay ventanas por toda la pared y las vistas de Manhattan son una auténtica pasada. Me acerco a la ventana como si fuese una cría que tiene delante la piruleta de caramelo más grande del mundo, ni siquiera reparo a la altura que estamos. Siento una mano sobre mi cadera y dirijo mi vista hasta ella, después hacia arriba y me encuentro con Zeus mirando al frente.

No sé cuál de las vistas me enamora más.

—Es hermoso —Lo digo en un susurro, pero parece que alguien me ha escuchado.

—Hay vistas mucho más espectaculares.

Una sonrisa se dibuja en su rostro, atrevida y sensual, que me advierte de que puede estar refiriéndose a mí. Me contagia y sonrío como una tonta por estar aquí, junto a Jess y Peter. Junto a él.

Algo que empiezo a pensar que voy a desear más de lo debido, más de lo que podemos permitirnos y algo que nos hará quemarnos con fuego. Un fuego ardiente y chispeante, igual de ardiente y chispeante que nuestros cuerpos cuando están uno cerca del otro.

· Capítulo 28 ·

Zeus

No le he mentido cuando le he dicho que hay vistas mejores.

Tenerla delante me tienta a echar a todos fuera de la planta y hacerla mía contra el ventanal y con las vistas de Manhattan en nuestras narices. Besarla, tocarla, hacerla gemir es cuanto quiero en este preciso momento, pero me ha dejado muy claro que se ha acabado todo tipo de acercamiento entre nosotros, solo el que cabe entre amigos.

Por lo que no pienso ir tras ella, nunca lo he hecho con ninguna mujer y ella no será la primera.

· Capítulo 29 ·

Ava

Han pasado varios días desde que fuimos a visitar el Empire State y desde que hablé y vi por última vez a Zeus. La verdad es que estos días he estado ocupada buscando trabajo, editando mis páginas webs y buscando nuevos clientes por la ciudad. El lunes todo era un caos, Jess se lamentaba por no tener qué hacer y yo he estado frustrada hasta hoy que se han puesto en contacto conmigo dos familias.

—¡Jess! He conseguido dos reportajes, ¡Voy a hacer dos reportajes! —Doy saltos de alegría desde la mesa del comedor a la cocina donde ella se encuentra— Una de las familias quiere el reportaje para su hijo de un año y la otra uno en familia. ¿No es genial?

Jessica sonríe con un vaso de Coca-Cola en la mano, apoyada con la barriga en la encimera de la barra. Estoy súper feliz por los dos trabajos que tengo que hacer, pero también triste porque ella no tiene nada aún. Sé que su sueño siempre ha sido tener un restaurante, pero tiene experiencia en tiendas de moda.

Ding, ding, ding. Se me encendió la bombilla.

Cierro el portátil, le regalo una sonrisa a mi amiga y, tras recibir una cara por parte de ella como si fuese un bicho raro, me voy a mi habitación. Llamo a una persona, le cuento lo que pasa y quedo con él en una hora. Contenta, me doy una ducha, me coloco unos vaqueros, un jersey, mis botas planas, y, por último, me echo mi colonia preferida. En el salón, Jessica está en el sofá, arrollada en mantas y viendo una película. ¡Y solo son las tres de la tarde!

—Voy a salir.

Me mira sorprendida, sin moverse y con el mando en la mano.

—¿Sin mí? —Abre la boca en forma de O y sonríe— ¿Con Zeus?

Escuchar ese nombre me provoca escalofríos, me gustaría volver a verlo. Me ha demostrado ser legal, me dijo que no insistiría y así ha sido. Igualito que Marco, que me tiene el teléfono lleno de mensajes y llamadas. Suspirando, cojo mis guantes de lana, bufanda, abrigo y bolso y la miro mientras abro la puerta.

—Sin ti y sin Zeus. Espero traerte buenas noticias cuando regrese.

Sin esperar a que me diga nada, cierro la puerta y entro en el ascensor. Son las tres, tengo una hora para hablar con Carl sobre el trabajo de Jessica e irme a Central Park, donde he quedado con las dos familias. Mientras salgo del edificio, no sin antes saludar a Maddie, y camino por la calle que ya me conozco, busco en el mapa la

cafetería a la que quiero ir y le mando la ubicación a Carl.

Con el teléfono en la mano, disfruto de lo que veo con mi caminata. Me detengo en algunos escaparates de tiendas que aún no había visto, también veo un grupo de jóvenes bailando hip hop en la calle. Grabo un trocito y se lo mando a mis seres queridos, con los que hablo diariamente o cada vez que estamos libre. De vez en cuando se levanta un poco de aire y me revuelve el pelo, agobiándome a más no poder, y por eso me lo recojo en un moño bajo.

Tras diez minutos de paseo, llego hasta la cafetería. La pared de fuera es de color blanca, tiene dos grandes ventanales a cada lado de la puerta y cuatro mesas y sillas de hierro en la puerta, dos delante de cada ventanal.

Acercándome a Carl, miro a mi alrededor para ver si veo lo que llevo días queriendo ver, pero no tengo suerte. Una vez al lado del hombre que me espera, este me da un leve abrazo y me regala una sonrisa amigable.

—¿Qué tal estás? ¿Te abrigan los guantes?

Me miro las manos y sonrío, me encantan y la verdad es que son muy calentitos. Voy a contestar cuando me doy cuenta de que tiene intención de sentarse en una mesa fuera y lo detengo, prefiriendo estar dentro por si aparece él.

—Sentémonos dentro mejor, aquí hace frío —Lo agarro del brazo y casi lo arrastro al interior—. Y si, abrigan mucho. Siempre los uso, me encantan.

—Me alegra oír eso. —Carl sonríe y se sienta en la mesa donde lo he guiado.

Cuando una camarera, más seca que un bocadillo de escombros, nos entrega la carta de mala gana, ambos nos disponemos a leerla. Conforme lo hago, no entiendo ni papa, no sé qué son la mayoría de las bebidas y acabo pidiéndome un cafelito básico. Carl pide un té de frutos rojos, me invita a probarlo, pero yo no soy de té, me parecen muy sosos.

—Bueno, ¿Qué tenías que decirme?

—Quería pedirte trabajo para mi amiga —Carl asiente y le da un sorbo a su té —. Ha tenido su propia tienda de ropa en Madrid, durante cinco años. Tiene experiencia de sobra, saber estar y es muy simpática. Sé que le irá de perlas a la tienda en la que trabajas, que sinceramente creo que le falta algo de vidilla por parte de los trabajadores. No sé cómo nadie se ha dado cuenta.

Le doy un sorbo a mi café, que me vine de fábula con el frío que tengo, y escucho a Carl reír por lo que he dicho.

—¿Qué? ¿A caso no piensas igual? Hace falta más vida en ese lugar, los trabajadores están empanados.

Otra carcajada. —¿Empanados? ¿Cómo las de atún?

Ahora la que ríe soy yo. Me meo de la risa. La cara de Carl es de tal confusión que lo único que me provoca es más risa. No me preocupo ni en que otros nos escuchen. Me limpio una lágrima que se empezaba a escapar y me apoyo en la mesa.

—Cuando digo empanados, me refiero a que está como adormilados, que le falta vida.

—Qué cosa más rara. Pero discúlpame, no sabía que mis empleados eran unos empanados.

Anda mi madre. ¿Pero aquí todo el mundo es emprendedor? La miro sorprendida, ahora me encaja porqué me regaló los guantes sin que nadie dijera nada. Reparo en lo que ha dicho y me muero de vergüenza por haber hablado más de la cuenta.

—Carl, yo...Lo siento, a veces hablo demasiado.

Pone una mano sobre la mía y le da un apretón. Miro el gesto desconcertada, pues, a pesar de ser un rubio muy guapo, no siento nada. Creo que acabo de encontrar un nuevo amigo.

—Dile a tu amiga, que se pase el lunes para hacerle una entrevista. A ver si así les da vidilla a los empanados de mis trabajadores.

Entre risas, nos tomamos nuestras bebidas y charlamos sobre mi traslado. Le cuento sobre mi trabajo, le hablo sobre mi familia, amigos y mi vida en Madrid. Conozco algunas curiosidades sobre él, como que es dueño de su tienda desde que tiene veinte años, es decir desde hace diez años ya, que es el único hijo de cinco hermanos que no ha estudiado para ser abogado o profesor (como se acostumbra en su familia) y que no tiene pareja desde hace más de tres años.

Disfruto del rato con Carl, de conocerlo y, por supuesto, de haber conseguido una entrevista para Jessica. Al mirar la hora en mi teléfono, me doy cuenta de que solo tengo veinte minutos para llegar a Central Park y no tengo ni idea de cuánto hay desde donde estoy hasta allí. Acelerada, llamo a la camarera, que nos cobra, me levanto y junto a Carl salgo tan disparada de la bonita cafetería que no me doy cuenta de las personas que tengo delante hasta que me choco con ellas.

—¡Ten cuidado, idiota!

Alzo la vista, enfadada, y me topo con las últimas personas que deseo encontrarme. Aunque cuando he llegado he deseado ver a una de ellas. Zeus y la rubia están delante de mí y, hasta hace unos segundos, cogidos de la mano. Algo en mi interior se ha alegrado de haber sido expectante de como Zeus ha soltado la mano de ella al verme, aunque verlos juntos ha disipado esa alegría, pero nada puede apaciguar lo que me entra por el cuerpo cuando he escuchado a la pija de turno.

Con toda mi rabia, me coloco una mano en la cadera, echo mi cuerpo levemente hacia la izquierda y la miro con desagrado de arriba

abajo, obviando el levantamiento de cejas de él. La que le voy a liar.

—Mira, como te llames, la próxima vez que me vuelvas a insultar sin haberte faltado yo antes el respeto del tirón de pelos que te doy te quedas sin extensiones.

Zeus me mira sorprendido, Carl disimula una risa y la rubia se queda blanca como el papel. Vamos, ¡A mí! Ni que fuese por ahí chocándome con la gente a propósito.

—Mira pobretucha, como vuelvas...

—¡Cristal!

La voz alzada del hombre que me hace vibrar solo con una mirada cierra de canto la boca de Cristal, que lo mira molesta. Se me corta la respiración cuando aprieta la mandíbula y la manda a la barra, donde al parecer los espera un grupito de hombre con maletines. Cuando la rubia se marcha, moviendo las caderas exageradamente, Zeus se vuelve hacia nosotros y centra su mirada en Carl. Su rostro está serio, impasible, su boca en una fina línea que deseo besar para que se relaje, está tan recto que parece más alto de lo que ya es.

Lleva un chaleco de cuello de color gris, unos pantalones negros y un abrigo largo, de un tono más gris que su chaleco. Desde luego está de infarto, tanto que estoy embobada y me da igual que él esté más concentrado en Carl que en mí.

Oh, Carl, lo había olvidado.

Me giro hacia el para decirle que debo irme, pero Zeus nos interrumpe.

—Amigo, ¿Podrías dejarnos un momento a solas?

Eso ha sonado más a un «Eh, aquí mando yo. Así que lárgate», que algo amistoso. Miro a mi nuevo amigo, esperando que le diga cualquier cosa que defienda su orgullo, pero en cambio se vuelve hacia mí, se despide con un beso en las mejillas y se marcha. Lo veo irse, dejándome sola con esta especie de reencarnación del mismísimo dios del que lleva el nombre. En cuanto clava los ojos en mí, me pongo de los nervios. Siento ese calor que siempre emana de mi interior cuando lo tengo cerca, llevo tantos días disfrutando con él en mi imaginación que me avergüenzo al tenerlo delante.

Por no hablar de su mujer, que está a escasos metros de nosotros y se preguntará porque estamos de pie, mirándonos y sin decir nada en el centro de su cafetería. Impaciente por saber qué pensará Cristal miro de reojo y, por suerte, está concentrada en ser el centro de atención del grupo de hombres que hay a su alrededor.

—Vamos fuera —Zeus no deja que me niegue o que acepte, simplemente me lleva hasta la calle con un leve empuje en la espalda. Apartados de las miradas del interior, se acerca más a mí —. Disculpa a...

—¿Tu mujer? No te preocupes, he topado con lagartonas peores.

Pone una mano en mi hombro y me da un leve apretón que me hace mirarlo, temerosa de que sienta la aceleración en mi pulso.

—No es mi mujer —Discrepo en eso, pero mejor me callo—, y si me preocupo y me avergüenzo de lo que te ha dicho. Llevo días sin saber nada de ti y ahora que nos encontramos Cristal te trata así.

—Mira Zeus, yo...

En cuanto digo su nombre todo pasa muy rápido, él mira al interior comprobando algo y luego pega sus labios a los míos durante una milésima de segundo, pero suficiente para hacer estragos en mí. Cuando vuelve a su postura seria y recta de antes yo casi no puedo respirar. ¿Es que este hombre está loco?

—Me dijiste que te mantendrías alejado. —Lo acuso alterada, pero no por estar enfadada precisamente.

—Y tú dijiste que no volverías a decir mi nombre para que esto no ocurriera. —Se cruza de brazos y sonríe satisfecho, como si hubiera ganado algo, pero él no sabe de qué tinta estoy hecha.

—¿A eso quieres jugar?

—Contigo quiero jugar, si me dejas, a muchas cosas honey.

Con el pulso a mil, me acerco a él, tanto que mi cuerpo se pega al suyo, veo el desconcierto en sus ojos y también el deseo, acaricio su pecho hacia arriba y, cuando dejo mis manos en su cuello, él suspira creyendo que voy a besarlo, pero lo dejo con las ganas volviéndome a separar.

—No volveré a decir tu nombre hasta que se nos olvide lo que ha ocurrido entre nosotros.

Parece molesto, me gusta. Se torna serio unos segundos, pero la diversión vuelve a su rostro cuando algo cruza sus pensamientos. Se mueve hacia mí, lo suficiente para dejarnos a escasos centímetros y susurra delante de mi boca, sin dejar de mirarla:

—Entonces será muy difícil comunicarnos en la cita que tendremos el sábado.

—No lo será tanto.

¿Espera qué? Para cuando me doy cuenta de sus palabras, él ya está riendo y dándome un repaso que me provoca temblores. Se muerde el labio inferior y está esperando una respuesta, lo veo en su cara. No dejo de lado que tiene mi gargantilla así que jugaré con eso a mí favor, me coloco erguida demostrando firmeza y entereza.

—Está bien, tendremos una cita —Baja los brazos lentamente, no se esperaba tal respuesta —. Durará el tiempo suficiente para que me devuelvas mi gargantilla.

La sonrisa que estaba en sus labios desaparece enseguida, veo como sus hombros se tensan y mira al suelo. Sabe que lo sé. Me quedo de pie ante él, no me muevo, no hablo, solo espero a que me diga algo, pero entonces nos interrumpen. Y no de la típica forma de interrumpir

una conversación, si no con un beso en la boca de él.

Pongo los ojos en blanco al presenciar la escenita, la tal Cristal parece una chupona. Cuando el beso termina, dejándome un tanto incómoda, la pareja me mira. La rubia con ojos de triunfadora y él de una manera que no puedo describir. Parpadeo, confusa por lo que siento en estos instantes.

—Tengo que irme. —Cristal me mira desde los pies hasta la cabeza, escaneándome e intentando buscar cualquier defecto en mí. Mientras tanto, Zeus me mira a los ojos, intenso y cálido.

Sin decir ni una palabra más y con la respiración agitada por los celos que he empezado a sentir por un hombre comprometido, salgo disparada en dirección contraria a la que ellos miran. No deseo que observen como huyo. Porque es lo que estoy haciendo, necesito huir de ese lugar y dejar de ver como ella le toca, le besa...No quiero...no puedo.

Para distraerme, miro el mapa y, desde donde estoy, hay exactamente trece minutos hasta Central Park, puedo coger un transporte público, pero entonces no sería expectante de todo lo que tiene que ofrecer esta increíble ciudad. Bueno, eso y porque tengo tiempo. Miro a mi alrededor durante todo el camino, observo cada rincón, cada movimiento que se produce en estas calles y me quedo cada vez más maravillada. Aun no puedo creerme que esté aquí.

Eufórica y algo perdida, llego hasta lo que es la entrada del inmenso parque. Paso por la gigantesca cancela de hierro negro e inmediatamente estoy en una especie de selva con bancos de hierro, personas haciendo ejercicio o paseando a sus mascotas, y un puesto de perritos calientes. Sonrío, embobada por lo que veo, impresionada por cada detalle de este precioso lugar.

En cuanto llego, llamo por teléfono a la familia con la que me he citado y les explico mi situación, enseguida ellos me mandan un mensaje con su ubicación actual para así encontrarles fácilmente.

Siguiendo el mapa, camino y camino hasta que llego a una zona de césped que está perfectamente cortado y ocupado por personas leyendo, comiendo, charlando o besándose. Increíble. Saco mi cámara de su funda y hago una foto de la imagen que tengo delante, me es inevitable.

A lo lejos, veo que alguien alza la mano en mi dirección, pero aun así miro a mi alrededor por si es a alguien y no a mí. La pareja, con un niño en brazos, se acerca a mí con una sonrisa en los labios.

—Tú debes ser Ava, la fotógrafa.

Asiento y ellos se presentan como Kate y Fernando. El niño, llamado Sean, que lleva Kate en brazos es precioso. Tiene el pelo ondulado, oscuro y un tono de piel oliva. Se parece mucho a su padre. Tras las presentaciones, pasamos al procedimiento de fotografía y

empiezo a explicarles como lo haremos.

Como es el primer trabajo que realizo aquí y no tenía como desplazarme no me he traído alguno de mis accesorios para el reportaje, por lo que decido improvisar.

Para la primera imagen, le pido a una pareja que me deje su mantel de estampados de florecitas para sentar al niño. Para la cuarta, decido coger algunas flores y, con el niño boca arriba, se la coloco alrededor.

El proceso va perfecto, los padres me ayudan y Sean coopera estupendamente. Seguimos haciendo fotos, en las que también posan los padres creando una estampa familiar preciosa, descansamos para tomarnos un refresco y una hora después estoy haciendo la última foto. Aprovecho unos olmos enormes que hay en la zona izquierda para realizarla, coloco a Kate y Fernando uno frente al otro, el padre coge a su hijo y cuando cuento tres lo alza en los aires hacia su madre que lo coge enseguida y sin problemas.

Creo que es mi foto preferida. Kate y Fernando sonríen mirándose y Sean está feliz de estar en los aires, con sus bracitos en alto y en dirección a su madre. Feliz porque ellos estén felices, me despido de ellos y llamo a la segunda familia.

La mujer, que se llama Amber, queda conmigo en recogerme en la zona donde estoy para llevarme a otra donde quiere realizar el reportaje. Mientras la espero decido fotografiar el paisaje que tengo delante para poder subirlas a mis redes sociales.

—¿Ava?

Me giro hacia la voz que me llama y sonrío al ver a las personitas que voy a fotografiar. La niña, que enseguida se presenta como Samantha y que tiene diez años, es un encanto y monísima; tiene el pelo liso, una piel muy blanquita y unos ojos verdes increíbles. El pequeño, que me cuenta, muy enérgicamente, que se llama Seth, tiene cinco años y adora a su tío. Rio al ver la energía del pequeñajo. La última en presentarse formalmente es Amber, la madre de los niños, tiene el pelo ondulado, oscuro y los ojos de un tono verde más oscuro que el de sus hijos, pero a pesar de la semejanza del tono de sus iris no se me parecen en nada.

—Mamá, ¿Has traído mis zapatos rojos? No voy a hacerme las fotos con los patines. —Samantha se echa el pelo hacia atrás y tengo que aguantar la risa al apreciar lo presumida que debe ser.

—Sí, Sam. Los tengo en la mochila.

Sonrío a Amber, que pone los ojos en blanco cuando su hija empieza a patinar delante de nosotras. Seth corre detrás de los pájaros que ve posados en cualquier sitio, ya ha estado a punto de caerse varias veces. Amber me explica que iremos a su zona preferida en todo el parque. Caminamos casi diez minutos hasta que ella se detiene.

—Ya hemos llegado. Mira, ¿No te parece increíble?

Miro a mi alrededor y asiento, estamos en un camino con vallas de hierros que llega hasta un puente de piedra, con césped y árboles preciosos a nuestro alrededor. Amber llama a su hija para que se coloque los zapatos y así poder empezar con el trabajo. Ella decide no aparecer en ninguna imagen, pues quiere un álbum solo de los niños, pero la convenzo de que realicemos otro más adelante en el que aparezcan los tres. Son una familia preciosa.

En alguna que otra ocasión quiero preguntar por el padre, pero me lo pienso mejor y decido no cotillear en las vidas de los demás. Quizá esté trabajando. Tras observarlos a los tres un poco más, saco la cámara y comenzamos.

Los coloco a cada uno en un extremo del carril, apoyados en las barandas con las manos y mirándose a los ojos. Me alejo un poco y capturo una foto muy hermosa con el puente al final. Hago otra en la que se sientan en medio del camino, para lo que tengo que pedir a algunas personas que no crucen hasta que haga la foto.

La sesión continua durante una hora y media ya que los niños parecen ser muy revoltosos y llevarse como el perro y el gato.

Cuando damos por finalizada la sesión, Amber insiste en invitarme a tomar algo y termino aceptando. El día ha sido duro. Con la puesta del sol de fondo, caminamos hasta una cafetería decorada con enredaderas en las paredes y macetas colgando del techo.

—¿Sabes? Me has caído genial Ava. Puedes llamarme Sam o Samy. —Miro a Samantha un segundo, sorprendida por su seguridad y templanza y entonces ella deja de lado su batido y me mira a los ojos. Su intensidad me recuerda a Zeus. —Solo quien yo quiero me llama así.

—Siéntete afortunada.

Sonrío al ver como Samy entorna los ojos mientras muerde una galleta y mira a su madre. Esta niña debe ser muy lista. Por otro lado, Seth no se ha levantado de mi regazo desde que hemos llegado, no hace falta que me aclare que soy de su agrado. Un rato después, tras conocer un poco más a esta preciosa familia, decidimos irnos a casa. Me despido de los tres con un abrazo y empiezo mi camino.

El cielo está casi negro y en las calles, a pesar de que sigue habiendo tránsito, se nota como todos se van a sus hogares. Disfruto del paseo hasta casa, sintiendo el aire frío, demasiado, en la cara. En la puerta del edificio, con el pomo en la mano para abrir escucho que mi teléfono suena avisando de un mensaje. No me sorprendo del hecho de que Zeus tenga mi número, tiene mil formas de conseguirlo.

No hemos podido terminar la conversación. Estoy de acuerdo, durará el tiempo que tu desees. El sábado, a las siete, paso a recogerte.

Sonrío como una boba, aunque sé que esto no está bien. Lo hago hasta que llego a casa, mientras hablo con Jess, le cuento lo que he hablado con Carl y como me ha ido el trabajo. Incluso antes de quedarme dormida, vuelvo a leer el mensaje y sonrío de nuevo.

Estoy perdida.

· Capítulo 30 ·

Zeus

No he podido quitármela de la cabeza en todos estos días que no he sabido nada de ella y ahora la tengo delante, aceptando una cita conmigo. No sé lo que estoy haciendo, no sé porque le insisto a una mujer que me ha dejado claro que no quiere que pase nada entre nosotros y tampoco sé porque me vuelve loco.

Cada vez que pienso en ella me reprendo repitiéndome una y otra vez que es una desconocida, que la conozco de hace apenas dos semanas y que la única que debería importarme es mi prometida. Pero de nada vale todo lo que me diga, Ava vuelve a mis pensamientos cada minuto del día.

Reconozco que verla con ese tipo, no me ha hecho ni un poco de gracia. No he dejado de preguntarme, desde que se ha marchado cuando Cristal nos ha interrumpido, a donde iría y si ese tal Carl es más que un amigo.

Tengo que dejar de pensar en esas cosas, ella es una mujer libre, hermosa, que puede estar con quien desee y cuando desee. Yo no soy nadie en su vida, de echo creo que nunca lo seré. Si no quiero perder el hospital de mi familia tengo que llevar a cabo este compromiso con Cristal.

Entro en la cafetería donde me esperan para hablar de trabajo. He decidido expandir este negocio y quiero abrir otra “Le Coeur Du Café” en Brooklyn. Paso la tarde hablando de negocios, de cuál sería la mejor forma de expandirnos y otras cosas referentes a mi proyecto.

Cuando Cristal y yo llegamos a casa, ella empieza a besarme, a tocarme y seducirme como siempre hace, pero que solo conseguía llamar mi atención en el pasado. Aunque no consigo sentir nada, dejo que lo haga, no sé porque, solo permito que empiece a quitarme la ropa con tranquilidad, dejo que me bese cada parte que se le antoja. En una ocasión, llevada por el deseo, va a tocarme la cicatriz del ojo, pero le agarro la muñeca con brusquedad.

—Si quieres seguir con esto, no toques lo que no debes.

Cristal asiente, desnudándose frente a mí. Deja sus pechos descubiertos y se quita el tanga que lleva puesto. La imagen de Ava en el cuarto de baño del aeropuerto aparece ante mí, nublándome totalmente el juicio. Me acerco hambriento a Cristal, la toco, acaricio sus pezones duros y bajo mi mano a sus pliegues.

—Cierra los ojos. —Mi voz suena agria, pero Cristal obedece.

Cuando sus parpados se cierran lo hacen los míos, dejando que Ava aparezca de nuevo ante mí. Desnuda y preparada solo para mí. Beso cada parte de su cuerpo, cada rincón, bajo levemente por su piel hasta dejar mi boca sobre sus labios húmedos. No me preocupo en reprimir un gruñido cuando ella se mueve. Mi lengua juega en su apertura, mojándose con cada gota de su interior. Me agarra del pelo con fuerza y empiezo a subir con besos hasta sus pechos.

Con urgencia, necesitado de entrar en ella, la cojo en volandas y la dejo caer en el sofá con cuidado. Me coloco encima, le abro las piernas y comienzo a hundirme, la embisto con fuerza deseoso de que grite mi nombre como tanto me gusta. Le agarro las caderas con una mano para apretarme más, la empujo, lo hago con ganas de su cuerpo, de su voz. La misma que aún no he escuchado, no grita, no jadea ¿Por qué? ¿No le gusta lo que le hago?

—Grita.

Sigo embistiendo y ella no deja escapar ni un leve suspiro. Frustrado, empujo con más fuerza y, con los ojos cerrados, me acerco a su boca.

—Grita, te he pedido que lo hagas. Sabes que me encanta que lo hagas.

Su cuerpo se tensa bajo mí, siento rigidez en su interior. Eso me extraña, cuando hemos estado juntos siento todo lo contrario. No me detengo, empiezo a acariciarla para que se relaje y lo hace. Sus piernas se abren más y sonrío. Estoy a punto de llegar, tenerla tan receptiva me pone demasiado, mucho diría yo. Sigo mi cometido, me muevo dentro y fuera de ella y, cuando siento que voy a llegar a lo más alto le susurro:

—Ava, esto solo lo provocas tú, honey.

Aprieto los puños y me libero.

Unos segundos después, abro los ojos y mi fantasía se esfuma. No es Ava quien está debajo de mi cuerpo, si no Cristal. Abro los ojos, sorprendido por lo que acaba de ocurrir, me salgo de ella rápidamente y me miro desnudo. Maldigo una y otra vez por no haber usado protección. Me he dejado llevar y la he cagado. Aunque ella tome la píldora, no quiero sentirla de esa forma tan íntima. No después de lo que pasó.

· Capítulo 31 ·

Ava

Mañana tengo la estúpida cita con Zeus y, aunque pienso irme en cuanto consiga mi gargantilla, estoy que araño paredes. No dejo de darle vueltas a qué ropa ponerme, como peinarme e incluso que perfume usar. Tengo que dejar esto a un lado si no quiero problemas.

Miro el reloj de mesa que tenemos al lado del televisor y me doy cuenta de que llego tarde. He quedado con Amber y sus hijos para dar un paseo por Central Park, los niños correrán a gusto y nosotras podremos hablar de cosas de chicas. Me gustaría que Jessica nos acompañase, pero esta mañana fue a la tienda y una hora después me mandó un mensaje diciéndome que había quedado con Peter. Tengo el presentimiento de que esos dos acaban juntos.

Tras apagar el televisor, voy a mi habitación y cojo ropa de deporte, me apetece estar cómoda, me recojo el pelo en una cola alta, me coloco mis guantes, un abrigo y, por último, cojo un paraguas. El cielo está nublado, no sé si lloverá, pero como aun no tengo coche aquí y no se me da muy bien eso de parar taxis a la primera mejor me llevo uno. Más vale prevenir que curar, eso he escuchado siempre.

En el vestíbulo, saludo a Madison, parece que poco a poco vamos tolerándonos. Abre la puerta del edificio y salgo del callejón, hay gente por todos lados, vestida y peinada de todos los estilos habidos y por haber. Con el mapa en mi teléfono sigo el camino que me indica, no despego la vista de la pantalla por miedo a perderme y al final acabo chocándome con alguien.

—Discúlpeme. —Me acerco hacia la mujer que coge su bolso para ayudarla, pero se levanta antes de que me dé tiempo.

—No te preocupes, no miraba por donde iba.

Durante una milésima de segundo veo algo familiar en ella, no sé si es algún rasgo o algo en su figura. Parpadeo cuando sus ojos coinciden con los míos y un escalofrío me atiza el cuerpo entero. Que sensación más extraña. Lógicamente no puede ser, a mi tía no le dio lugar a tener descendencia aquí. Ignoro todo tipo de pensamientos raros y, cuando voy a volver a pedir disculpas, la mujer se marcha sin decir nada más. Me encojo de hombros y sigo mi camino.

No tardo mucho en llegar a mi destino y a lo lejos diviso a los niños. En cuanto ellos me ven patinan hacia mí y me abrazan. Me encantan los críos y, la verdad, es que Samy y Seth son unos encantos. Les beso la coronilla a los dos e, intentando entender todo lo que me

dicen, nos acercamos a su madre.

—Por Dios, me tienen loca. No han dejado de preguntar por ti desde que les dije que vendríamos juntos.

—Es que me caes súper bien Ava. Creo que vamos a ser muy buenas amigas.

Me agacho y me pongo a la altura de Samy, que me sorprende de nuevo con su desparpajo.

—Me siento muy afortunada, no todos los días se tiene a una princesa como amiga.

La carcajada coqueta que suelta la niña y el abrazo que me regala, me deja claro que me la he terminado de ganar. Cuando la suelto, sale disparada hacia el interior del parque y Amber, Seth y yo vamos tras ella. El niño agarra con fuerza mi mano y de vez en cuando se tambalea con sus patines, el pobre no tiene tanta soltura como su hermana mayor. Lo agarro de las dos manos y me pongo frente a él, guiándolo durante un trecho del camino y soltándolo de vez en cuando.

—Veo que se te dan muy bien los niños, Seth no suele dejar que nadie lo enseñe nada. Según él sabe hacerlo todo solito.

—Vaya, hoy soy una mujer con suerte.

Vamos de camino a la zona de césped cuando mi teléfono suena, lo busco en mi bolso y al cogerlo veo que es Carl.

—Dime, ¿Ocurre algo?

Me preocupa que le haya pasado algo a Jess, o a algún cliente. Conociendo a mi amiga a saber.

—Nada, no te preocupes Ava. Te llamaba para hablar sobre tu trabajo, Jessica me ha enseñado algunas fotos que has hecho y me han fascinado.

—Muchas gracias, Carl. —Sonrío y me siento en el césped junto a Amber.

—¿Qué te parece si el sábado después de comer vamos al estudio de un amigo y le haces fotos a unas modelos? Vamos a sacar nueva colección de ropa en la tienda y nos hace falta un profesional.

—¿Lo dices en serio? —Me levanto de un salto y me vuelvo a sentar, emocionada.

—Por supuesto, quien mejor que una persona de confianza.

—Madre mía Carl, esto es genial. Claro que sí, dime hora y lugar.

Estoy eufórica, siento la adrenalina del momento recorrer mis venas. ¡Voy a hacer fotos a modelos!

—Tranquila, yo mismo iré a recogerte. Pasaré a por ti a las seis.

—Genial, no te defraudaré.

—No podrías.

Cuando la llamada finaliza me quedo mirando el teléfono un rato hasta que Amber me da algo envuelto en un papelito plateado.

—¿Quién te ha llamado? Si no es mucho preguntar. Parecías muy feliz.

—Y lo estoy. Ha sido un amigo que quiere que haga un reportaje el sábado por...

Mierda, Zeus venía a recogerme a las siete. Tengo que llamarlo y cancelar nuestra cita, no sé cuánto tiempo me llevará la sesión y ni loca pienso alterarla por nadie. Mucho menos por un hombre al que no conozco y que está saliendo con alguien.

—¿Ava?

—Perdona, acabo de acordarme de una cosa. ¿Qué es?

Levanto lo que parece un dulcecito y ella abre el suyo, sacando una bola de chocolate. Abro el mío y le doy un mordisco, la vainilla se apodera de mis papilas gustativas y también un toque a canela.

—Están de muerte. ¿Los has hecho tú?

—Sí, en mis ratos libres me dedico a la repostería. Aunque mi sueño siempre fue la fotografía, daría lo que fuese por poder dedicarme a eso.

La miro sorprendida y encantada de conocer a alguien a quien le guste la fotografía como a mí. Aunque mis amigos hablen conmigo de ello, no comparten la pasión como yo y conocer a alguien que sí me alegra mucho.

—¿Por qué no estudiaste para serlo?

—Llegó Samantha, mi relación con su padre me tenía absorta, a pesar de que él, mi padre y mi hermano me animaban yo no quería alejarme de mi marido y mi hija. Me conformé con alguna que otra sesión que me salía y cuando llego Seth, dejé de tener tiempo.

—Y ahora, ¿Qué te retiene? ¿Por qué no haces algún curso? Yo estaré encantada de enseñarte todo lo que sé.

—Hasta ahora no conocía a nadie que pudiera ayudarme, no al menos con la confianza que tú me trasmites. Si me hubiera apuntado a clases, tendría que dejar a los niños con mi padre o mi hermano y ya tienen suficiente con sus problemas.

—¿Y el padre de tus hijos? —Aunque mira al frente, la cara de Amber se arruga. Otra vez me he ido de la lengua— Lo siento, a veces soy muy cotilla.

Sonrío nerviosa por haber metido la pata. Me espero cualquier contestación, pero ella simplemente se termina su bola de chocolate y sigue mirando al frente, observa a sus hijos embelesada, pero con el rostro triste.

—Murió, lo único que me queda de él son mis hijos.

Uf, que pena. Espero nunca experimentar algo así tan joven, perder a la persona que amas debe ser muy duro. Esa persona se convierte en tu confidente, compañera de vida, en la persona que está en los peores momentos de tu vida, la que conoce todos tus secretos y lo más oscuro

de ti y, aun así, sigue eligiéndote. Debe ser muy doloroso.

Me acerco un poco a ella y le paso un brazo por los hombros.

—Lo siento, debiste sufrir mucho. Y los niños sin su padre...Sé lo que pueden sentir.

—¿Alguno de tus padres murieron cuando eras pequeña?

La miro unos segundos antes de responder, doliéndome en el alma la verdad.

—No. Mi madre no murió, ella nos abandonó.

Amber se separa de mí y me mira con la boca entreabierta, parece que va a decir algo, pero no lo hace. Yo se lo agradezco, no me apetece que nadie se compadezca de mí. Le doy una sonrisa fugaz y luego miro a Samy y su hermano, parecen tan felices que estoy convencida que la amabilidad de su madre eclipsa la mayor parte de los momentos en los que añoran a su padre.

El resto de la tarde la pasamos visitando algunas zonas que le gusta a Amber, me lleva a una cafetería súper cuqui donde encuentro mis nuevas galletas preferidas; masa de chocolate y relleno de avellana. Están de muerte.

En nuestro rato de merienda, me entero de que Amber no ha vuelto a tener pareja desde que su marido, Luke, murió. La entiendo, pero también me asombro. Hace casi cinco años que falleció y estoy convencidísima de que tiene pretendientes al montón. Es una mujer preciosa, divertida, amable y luchadora, es el partido perfecto.

Tengo que llevarla de fiesta con nosotros algún día y ayudarla a que dé el paso de rehacer su vida, se lo merece.

Llegada las siete y media de la tarde, recibo un mensaje de Jess informándome de que cenará con Peter y que no la espere despierta. Emoticono guiño, emoticono berenjena. Es lo que no hay. Solo estamos un ratito más por el parque, porque Samy empieza a quejarse de cansancio y Seth se ha caído y se ha hecho daño en la rodilla.

—Voy a hacerte un truco para que no te duela, ¿Vale?

Seth asiente mientras sus mejillas siguen mojándose por las lágrimas. Se las seco con los pulgares y le sonrío. Hago que se siente en un banco, levanto su rodilla y le doy un besito con cuidado para que no le duela.

—Sana, sanita, culito de rana, si no sana hoy, sanará mañana. —Seth me mira extrañado, le doy otro besito y le suelto la pierna con cuidado— ¿A que ya no te duele?

Seth sonríe y niega con la cabeza. Mira a su madre, a su hermana y luego a mí, como si hubiera conocido un mundo nuevo y después me abraza.

—Eres la mejor —Da pequeños saltitos con los patines aun puestos —. Mami, mami. Ya no duele.

Me pongo de pie, lo observo dirigirse hacia la puerta del parque

junto a su hermana y siento unos brazos.

—Gracias por esta tarde Ava. Me ha encantado conocerte, quiero que sepas que aquí tienes a una amiga. Espero que nos volvamos a ver.

Le devuelvo el abrazo, le aseguro que la volveré a llamar y cada una coge su camino cuando salimos del inmenso parque. Me recreo en la vuelta, mirando, observando, anotando en mi mente todo lo que veo. En el camino, como no he llamado ni a mis padres ni a mis amigos y en Madrid ya es tarde, les envío un mensaje a cada uno. Informándoles de cómo nos vas, preguntándoles a ellos como han pasado el día y quedando en hacerles una videollamada al día siguiente.

Ya en mi apartamento, dejo las cosas en un armario en la entrada, justo a la izquierda de la puerta de entrada, que descubrimos poco después de llegar. Estoy tan acostumbrada a llegar y tener a Jess en casa que estoy totalmente del revés con este silencio.

Voy a mi habitación, cojo mi pijama, la ropa interior y me meto en el baño del salón. Me apetece llenar la bañera hasta arriba. Me llevo el teléfono por si Jess necesitara algo.

Mientras la bañera se llena, el calefactor calienta el pequeño baño y la voz de Adele se apodera de la estancia, me desnudo. Escucho la letra de amor de la canción que suena y envidio a todos los que sienten algo con ellas. A mí no me apena, tampoco me alegra, simplemente me gusta la voz de la cantante y creo que es una increíble canción, pero no me siento identificada con ningún tipo de música romántica.

Hablando de romance, Marco hace una semana que no se pone en contacto conmigo, ¿Habrá encontrado novia y se habrá olvidado de mí? Río como una bruja, esperanzada de que así sea.

Casi me deshago cuando el agua caliente se mezcla con el frío que siento en todo el cuerpo. Estoy congelada. Me hundo hasta el cuello, apoyo la cabeza en el borde y cierro los ojos. Intento relajarme, dejar a un lado mis problemas, los de mi familia e incluso los de mis amigos. Es lo que tengo, cuando quiero a alguien, sus problemas son los míos. Algo que siempre me pasa factura.

Voy a meter la cabeza debajo del agua, cuando escucho el teléfono. Me seco la mano con la toalla que tengo a mi lado y lo cojo de una repisa que Jayden nos colocó junto a la bañera.

Oh, Jayden. Otro hombre guapísimo e interesante que he conocido a mi llegada. Es la única persona con la que no he quedado a tomar un café, quizá lo llame un día.

Al desbloquear la pantalla, veo que es un mensaje de un número desconocido y mi corazón se desboca al leerlo.

Mi amigo me ha reemplazado por la tuya. ¿Qué se traen esos dos?

Me muerdo el labio, tentada a invitarlo a un baño. Pero ¿Qué me pasa? Contrólate Ava. Respiro, tranquila, controlando mis hormonas, y vuelvo a sonreír sin poder evitarlo.

¿No estás acostumbrado a ser rechazado?

Escribiendo....escribiendo…pausa…escribiendo. Bloqueo el móvil, lo desbloqueo, lo suelto y vuelvo a cogerlo cuando suena de nuevo.

No. Siempre tengo a alguien que me entretenga.

Ay, mi madre. ¿Ha sido una indirecta, muy directa? ¿O son mis ganas? Ay, que me da algo. Ojalá pudiera meterme la mano en el pecho y golpear a mi corazón por volverse loco cuando de este hombre se trata.

Leo el mensaje varias veces y decido responder. A la mierda los prejuicios de esperar un rato para hacerlo y que el hombre no piense que lo estaba esperando. ¡Es que lo estaba haciendo! Todo el tiempo lo hago. Incluso espero a que entre aquí y se meta en el agua conmigo.

¿Y tu mujer? ¿También te ha reemplazado?

Zas, tengo que dejarle claro que está prometido.

No, ella está aquí. Sentada a mi lado en el sofá, pero no es la mujer que deseo tener conmigo. No es la que deseo besar, tocar y acariciar. Esa está empeñada en rechazarme y volverme loco.

Casi se me cae hasta el teléfono al agua. No me puedo creer que esté diciéndome algo así, ¿Es que ha perdió la cabeza de verdad? Estoy segura de que es por mí, no creo que el muy idiota me diga algo así de otra mujer. Vamos, espero que no haya otra mujer porque si es así hay que empezar a compadecerse de la pobre Cristal. Arg, joder, tengo ganas de jugar con él. De no pensar en las consecuencias por una vez y pasarlo bien.

A lo mejor él y Cristal mantienen una relación abierta o están por conveniencia, quizá es verdad lo que él siempre dice. Por un mensajito sugerente no va a pasar nada, ¿o sí? Bueno, voy a mandárselo y entonces sí que me haré la interesante y no le responderé hasta que pase un largo rato.

Es una pena que no siempre consigas lo que deseas. No puedo seguir

hablando contigo, estaba dándome un baño caliente y ahora voy a salir de la bañera para vestirme. Espero que esa mujer de la que hablas te deje hacerle todo lo que deseas algún día, hasta entonces, suerte.

Sonrío por lo bajo, ansiosa por saber qué me responderá, aunque no vuelvo a mirar el teléfono. Me seco, me visto y me meto en la cocina para prepararme algo de cena.

No pasan ni cinco minutos desde que envié el mensaje cuando mi teléfono vuelve a sonar, pero esta vez es una llamada entrante. Me quedo petrificada al ver que es su número, el cual no he guardado, no me esperaba esto. Quizá algún mensaje, incluso esperaba que me dejara en leído, pero no llamarme. No pienso responder.

Tic, tic, tic. Un mensaje. Lo abro rápidamente y parpadeo, atónita.

Cógeme el teléfono.

Otra llamada entrante y no respondo. Desde luego está majareta. Un minuto después otro mensaje.

Ava, cógeme el teléfono.

Me lo estoy imaginando con el semblante serio, los hombros rígidos y su tentadora boca en una línea fina. No puedo evitar sonreír mirando el teléfono. Pongo los ojos en blanco y cojo la llamada antes de que finalice. No digo nada, si no espero a que él hable primero. Se ríe, se ríe y yo me derrito.

—Eres muy juguetona y cabezota.

No hablo, no puedo. Escuchar su voz me ha enmudecido. Intento controlar mi respiración cerrando los ojos. Entonces él vuelve a reír por lo bajo.

—Parece que ahora no sabes que decir. ¿Quieres jugar, pequeña? Yo estoy encantado de hacerlo. De hecho, tu mensaje me incita a hacerlo —Tengo la respiración tan agitada que estoy segura de que él sabe lo nerviosa que estoy. Lo escucho aspirar con fuerza y cierro los ojos—. Imaginarte en el agua, sola, me hace querer ir allí.

—Yo...

¿Qué me pasa? ¡Espabila, Ava!

—Mmm, tu voz. Estoy deseando verte mañana, no puedo esperar.

Su frase me hace volver a la realidad, y esa realidad es que mañana no podremos vernos. Agarro bien el teléfono, pues ha estado a punto de caerse varias veces por el sudor de las manos. Frunzo el ceño y parpadeo, consciente de que sus palabras me han nublado el juicio.

—Mañana no podrá ser. Los siento.

—¿Qué? ¿Y eso a que se debe?

Puedo escuchar que arrastra algo con ruedas y luego algo de piel, lo que me hace pensar en una silla de escritorio. Eso me alivia, al menos no me ha llamado delante de Cristal.

—Te he hecho una pregunta.

Su tono autoritario me molesta y con él se ha acabado el momentito íntimo que estábamos compartiendo.

—No te incumbe, simplemente no puedo. Acepta otro rechazo Zeus.

Cuelgo, dejándolo con la palabra en la boca. Dejándolo rabioso por que una mujer le dice no, aunque sea por trabajo. Pongo el teléfono en silencio por si decide volver a llamarme, no quiero caer en la tentación, y me siento en el sofá para cenar ensalada de pasta. Un poco caliente, la pasta claro, pero comible.

A las doce ya estoy cansada de no ver nada en el televisor y de esperar a Jessica, aunque me haya pedido que no lo haga. Le mando un mensaje para que me diga que está bien y me responde con un emoticono de mirada pillina. Suficiente para mí.

Antes de apagar la luz de la mesita de noche, leo los mensajes que Zeus me ha enviado después de colgarle.

22:00: Dios, me vuelves loco.

22:10: Ya buscaremos la manera de llevar a cabo nuestra cita.

22:30: Bien, veo que te haces la dura.

22:50: Ahora que lo pienso, ¿Has dicho mi nombre? Me ha parecido escucharlo, ya sabes lo que pasaba si lo hacías.

00:10: No acepto tu silencio, ni tu rechazo. Voy a conquistarte y no me detendré hasta conseguirlo.

Mierda, me ha pillado en su chat. Qué vergüenza. Me salgo rápidamente y tiro el teléfono a los pies de la cama, pero es demasiado tarde. Ha llegado otro mensaje.

¿Releyendo? Estaba convencido de que te gustaba nuestro juego, aunque lo niegues.

Claro que me gusta, deseo poder verle en el momento que a ambos se nos apetezca. Lo sé, sé que es una auténtica locura decir y sentir todo esto con un hombre al que he visto pocas veces, pero también es una auténtica locura no poder decirlo o sentirlo. ¿Por qué le ponemos un tiempo determinado a las cosas? Por qué le imponemos al amor o al deseo una cronología. Enamorémonos a primera vista, deseemos a

la persona que va en el mismo autobús que nosotros, hablémosle primero a la persona que nos gusta, disfrutemos del amor y la pasión cuando nos llega el momento.

Así que, voy a disfrutar de este momento. Ya mañana tendré tiempo de martirizarme con que es un hombre prometido.

Hasta mañana, Z. Descansa.

Treinta segundos después...

Ahora que me has respondido, lo haré. Dulces sueños, honey.

· Capítulo 32 ·

Zeus

Nunca pensé que la cabezonería de una mujer me gustaría tanto. Con su rebeldía me ha obligado a meterme en el despacho y llamarla, y aun así se ha atrevido a no contestarme. Es una descarada, cuanto más la conozco más lo corroboro.

Me meto en la cama después de leer su mensaje que me ha arrancado una carcajada, ¿Z? Esta mujer se ha propuesto volverme loco. Cuando he escuchado su rechazo, me ha jorobado bastante, nunca me dicen no y ella se ha atrevido a hacerlo.

Dejo el teléfono en la mesita de noche después de enviarle otro mensaje, todavía estoy cardíaco por imaginarla en la bañera, desnuda y mojada. Cuanto he deseado poder estar allí con ella en ese mismo instante, pero algo me dice que no va a ponérmelo fácil. Tendré que ir poco a poco y conseguir que se crea lo que le digo respecto a Cristal, nunca he sido tan sincero como cuando le he insistido en que entre nosotros no hay nada.

Todo a su tiempo, por ahora me conformaré con verla mañana, aunque sean unos minutos. Porque si algo haré, será verla. Cueste lo que cueste.

· Capítulo 33 ·

Ava

Me bajo del coche en el que hemos venido Carl, Jessica y yo hasta el estudio en el que haré la sesión. Ya desde fuera me deja impresionada, es un local enorme en medio de un polígono, rodeado de mil almacenes como ese. La pared exterior es de color fucsia y celeste, tiene una enorme puerta de garaje de color negra y en ella, con letras en blanco, al igual que en la parte de arriba de la pared, escrito el nombre. “Fashion in New York”.

—Guau, que pasada.

Sonrío por la emoción de Jess, que no deja de hacer fotos y mirar alucinada a su alrededor. Hay varios almacenes como este, llamativos, lujosos y pomposos. Incluso hay uno que tiene toda la pared exterior decorada con matrículas antiguas.

Carl se acerca a mí y coloca una mano en la parte baja de mi espalda, invitándome a pasar al interior del almacén. Miro a todos sitios, es enorme y perfecto para lo que vamos a hacer. Aquí hay todo lo que un profesional necesita, focos, zona de maquillaje, peluquería, vestuario, alfombras, decorados, zona con comida, bebidas, espejos. Sigo a Carl hasta llegar a un grupo de personas que charlan entre ellas.

—Chicos, esta es Ava.

Tres hombres y dos mujeres, a cuál más emperifollados, se giran de golpe para verme. Todos se acercan a mí y me estrechan la mano. Se presentan uno a uno y me explican a qué se dedican y porqué trabajan con Carl. Me parecen todos muy simpáticos y profesionales.

—Chica, te enseñaré la zona de vestuario.

Sigo a Maya, una mujer de unos cuarenta años, de piel morena, pelo oscuro y unos ojos color miel que quitan el hipo. Lleva un vestido ajustadísimo que realza sus notorios pechos y bonitas curvas. El pelo, que parece peinado en una peluquería con ondas, le llega hasta mitad de espalda y he podido observar cuando le da la luz que tiene mechas de color cobre.

Al fondo del almacén, hay una zona con estanterías, percheros portátiles y maletines a rebosar de ropa, zapatos y joyas. Maya me enseña todo lo que suelen utilizar para las sesiones de modelaje, los estilos de ropa con los que suelen trabajar y su forma de organizarlo todo. No nos entretenemos mucho, ya que todos quieren enseñarme un poco de cada zona del almacén al que se dedican y solo tenemos

diez minutos para hacerlo.

Dejando a Maya trabajando, vuelvo con el grupo y en el camino se acerca a mí una chica algo más joven que yo. Es bajita, tiene la piel casi del mismo tono que yo, el pelo rojo pasión, un piercing en el puente de la nariz y los labios del mismo tono de su pelo y sus tacones. Si el pelo llama la atención, su minifalda dorada y su top de encaje parten la pana. La chica se presenta como Reyna, ojo, se escribe con y. Parece que esta gente no pasa frío.

—Legó mi turno tía. Para mí es lo mejor de este proceso, el peinado es algo muy importante y significativo en el mensaje, ¿No crees?

—Estoy totalmente de acuerdo.

La zona de R, como me ha dicho que le gusta que le llamen, está a la izquierda del vestuario, a unos cinco metros o así. Hay dos escritorios de hierro y mármol, sillas de cuero que parecen muy cómoda y espejos, tanto de pie como de manos. Varios maletines con accesorios para la peluquería, tijeras, secador, plancha, pinzas, gomillas, acondicionadores...Una locura, no sé cómo cabe todo. R me muestra su funcionamiento de trabajo, qué hace primero y cuál es su toque estrella final...Algo que le he prometido no desvelar.

—Deja que venga conmigo pequeña Reyna.

Detrás de nosotras está Lucer, un hombre delgado, alto, repeinado y muy bien vestido. Lo sigo hasta otros cinco metros de distancia de Maya, esta vez a la derecha de ella. Lucer trabaja el decorado y escena. Me enseña al menos diez tipos de decorados, playa, montaña, nieve, campo, césped...Una maravilla.

Me ha explicado un poco como suele colocar los focos para poder conseguir un parecido a la luz solar o un atardecer. Tienen tarimas para poner más altura a los modelos, sofás de piel y cuero, sillas, accesorios de época y de otras galaxias. ¿No es una auténtica pasada?

Al cabo de cinco minutos viene a buscarme Emmanuel, quien da los últimos retoques a cada trabajo realizado, un hombre algunos años mayor que todos, con canas, muy bien vestido y al parecer con un exquisito sentido del humor. Sus gafas de pasta en color rojo le dan un aspecto maduro y profesional, si no fuese porque desde que he llegado no ha dejado de bromear podría haber pensado que es el serio del grupo.

—Espero que te haya gustado esta zona, bonita. No suele ser la que más llama la atención, pero creo que es porque nadie le da el suficiente valor a este trabajo. No es solo poner una tela con hojas de otoño, es sentirlo al hacerlo. Crear el ambiente, ¿Entiendes?

Me acerco a él, como para cuchichear, y miro a mi alrededor antes de hablar:

—Si te soy sincera, me has ganado con el humificador de aroma que utilizas para cada decorado.

Lucer y Emmanuel sueltan una carcajada y yo sonrío modestamente, observando a Carl charlar con Jess. De repente, me falta algo, alguien más bien. Alguien que se merece estar aquí, que sé que le encantaría vivir tal experiencia. Me disculpo con Lucer y, antes de que Roger venga hacia mí, me acerco a Carl y mi amiga.

—Ava, ¿Qué te está pareciendo?

—Fascinante, has hecho realidad uno de mis sueños. —Carl sonríe abiertamente. Me retuerzo los dedos, no quiero abusar de su hospitalidad y confianza—. Por cierto, quería pedirte un favor.

Carl guarda su teléfono y centra todos sus sentidos en mí. Se acerca un poco más y pone una mano en mi hombro, apretándolo afectuosamente.

—Lo que desees.

Sus palabras suenan demasiado complacientes y su acercamiento no me pasa desapercibido. Aun así, hago caso omiso, me cae demasiado bien para que se cree mal rollito entre nosotros por rechazarlo.

—¿Te importa si invito a otra amiga?

—Por supuesto que no. Invítala y que llegue antes de que comencemos, si no se perderá lo más emocionante.

Me guiña un ojo, se pasa la mano por su rubio e impoluto pelo y se marcha donde Maya. Lo observo caminar, es relajado y seguro, además de atento y divertido. No sé porque no siento nada cuando está cerca. Jessica se acerca a mí y me mira con el ceño fruncido y los ojos achinados.

—¿Tienes más amigas?

Suelto una risotada que llama la atención de los demás y le doy un apretón a su mejilla derecha.

—Pero ninguna como tú.

Pone morritos, alza las cejas y mueve la cabeza. Luego se ríe y se va a por unos donuts. Cojo mi teléfono y le mando un mensaje a Amber explicándole donde estoy, para qué y la ubicación del almacén. Ella no tarda en responder y me alegro con su respuesta. Tras eso, me dirijo a lo que parece un taller de costura.

—Pasa a mi escondrijo secreto —Roger señala con los brazos abiertos la zona y yo me inclino a modo saludo antiguo—. Milady.

Ambos sonreímos y doy un paso alto como si estuviera subiendo un escalón o algo por el estilo. Miro los pocos metros que este usa para su trabajo pero que tiene repleto de cosas. Telas, vestidos, trajes, camisas, gorros, guantes, pañuelos...Todo tan colorido y bonito que me podría llevar todo el día acariciando la calidad de sus prendas. Me siento en un taburete y cuando lo hago el sillón se hunde como un muelle.

Roger deja en sus piernas lo que estaba cosiendo, deja caer en su pecho las gafas que lleva y empieza a explicarme cómo se adentró en el mundo de la moda.

Unos minutos después, escuchamos un bullicio entrar en el almacén y cuando miro hacia atrás me encuentro con un grupo de personas con maletas, bolsas y abrigos muy pomposos. Sonrío encantada cuando los escucho alabar el almacén y su decoración.

Me levanto para a cercarme a ellos al tiempo que Carl me llama con un gesto de manos y Amber entra por las puertas.

—¡Ava! —Se acerca a mí con los brazos abiertos, para abrazarme, y el bolso colgándole de la parte del codo— No sabes la ilusión que me ha hecho que me invitaras. Esto es un sueño.

Nos soltamos de nuestro abrazo y le presento a todo el mundo, Jessica y ella hacen migas en cuanto esta última ve el precioso bolso de Gucci que Amber lleva del brazo. Jessica le habla de su trabajo, de su procedencia, de su pasión por la cocina e infinidades de cosas que nos hacen el tiempo ameno a todos lo que la escuchamos.

Sobre las siete está todo preparado, Carl me ha presentado a los ocho modelos con los que trabajaremos y el procedimiento que llevaremos. Carl quiere hacer ya las fotos para su colección de primavera que se compone de flores, colores vivos, mangas cortas y medias mangas, vestidos, pantalones holgados y que sé yo cuantos estilos más me muestra.

Con el rebullicio de fondo, saco todo lo necesario que he traído para trabajar y me acerco hasta el equipo. Les explico mi forma de trabajar, ellos a mí la suya y, una vez todo acordado y en orden, podemos empezar.

Ayudada por Emmanuel coloco a los modelos en la posición perfecta para empezar a fotografiar algo fuerte y romántico. Cada veinte minutos, cambiamos los modelos y sus prendas hasta que llega la hora de parar a descansar.

—Tu profesionalidad y educación hacia nosotros es magnífica, pocas veces se encuentra a un fotógrafo que entienda con paciencia que somos personas.

Observo a Cindy, una chica de unos treinta y cinco años, metro ochenta y un pelazo negro que le llega hasta el final de la espalda. Tiene un tipazo que quita el sentido y una simpatía que te invita a charlar con ella sin descanso. Le regalo una sonrisa sincera y le doy un sorbo a mi copita de vino.

—Muchas gracias, Cindy. Siempre intento entregarme al máximo en cada sesión que hago y la verdad, admiro muchísimo vuestro trabajo. Acatáis las normas y elecciones de nosotros sin rechistar y os entregáis a ello para que salga todo perfecto, lo mínimo que nosotros os debemos es respeto y empatía.

Cindy bebe de su botellita de agua, después de morder un trozo de zanahoria y mira detrás de mí. Me giro y veo que mira a Carl, al

volverme sus ojos conectan con los míos.

—Es una buena persona, le dedica mucho cariño a su trabajo. Sus diseños son increíbles, nosotros siempre lo animamos a que se presente a la semana de la moda de Nueva York, pero hija, no hay quien lo convenza.

Observo a Carl mientras habla con sus compañeros. Solo hay que hablar con él un par de veces para ver lo buena persona que es, es dedicado en todos los sentidos y en su trabajo más. Por su esmero y constancia en las pocas horas que llevamos aquí me ha quedado claro su amor por su trabajo.

—Tía —Miro a mi amiga, que se está zampando un sándwich vegetal —. Esto es alucinante, tienes que traerme siempre que vengas a alguna cosa de estas. Bueno, a Amber también. Es otra chiflada como tú de la fotografía.

Amber sonríe tímidamente y Carl se acerca a nosotras al oír a Jessica.

—¿Eres fotógrafa?

Amber mira al hombre rubio que tiene delante, al igual que este a ella, y tras agarrar el asa de su bolso suelta el aire que estaba conteniendo.

—No, pero me encanta.

—Conozco a gente, que tiene amigos, que puede impartirte cursos y prepararte para dedicarte a ello. ¿Quieres que busque información y quedamos para contarte como iría el tema?

Amber no sabe que decir, incluso me parece que hiperventila. Yo estoy sorprendida por la facilidad de Carl para ligar, por como la mira está claro que no solo quiere su teléfono para hablar de trabajo. Con sutileza, este se aparta junto a Amber y continúan hablando, mientras los demás nos volvemos a nuestros puestos.

La tarde pasa volando, congenio de una forma increíble con todos y me encanta ver a mis amigas relacionarse con los demás. La sesión de fotos va viento en popa, todo está saliendo como esperábamos y no hemos tenido un solo problema en el proceso. Ni siquiera la temperatura helada ha sido un obstáculo ya que nos han puesto calefacción para que todos, especialmente los modelos, no pasemos frío.

Cuando el reloj marca las nueve de la noche pasada, damos por finalizado el trabajo. De camino a la mesita que me han preparado para poner todas mis cosas de trabajo, puedo escuchar a algunos de mis compañeros.

—Ha sido increíble.

—Sí, así da gusto trabajar.

—Tenían que llamar a esa mujer más veces, ha hecho un trabajo alucinante.

—Y el humificador de aroma que nos han puesto ha sido una pasada.

Sonrío mientras guardo la preciada cámara de fotos que mi tía me regaló hace unos años. Recordarla, me hace llevarme la mano al cuello y maldigo al seguir sintiéndolo desnudo. Maldito Zeus. Aprieto lo labios al pensar en ese demonio arrogante y atractivo cuando escucho detrás de mí:

—¡Zeus!

Ay, mi madre. Bueno habrá miles de Zeus por todas partes, ¿Qué probabilidades hay de que sea el mismo que ocupa mi mente todo el tiempo? Intento seguir con mis cosas, diciéndome a mí misma una y otra vez que no puede ser él. Me muerdo el labio, nerviosita perdida solo de imaginar que sí sea. Ya hasta puedo sentir el sudor en mi nuca.

—Ava.

Suspiro, aliviada, al escuchar a Carl. Levanto la cabeza y este está junto a Roger que observa mi cuello. Los miro extrañada, me observa demasiado.

—¿Qué os pasa?

Carl abre la boca y la cierra, Roger pasea sus ojos por mi cuerpo.

—¿Nunca te has interesado por el modelaje?

Parpadeo, sorprendida. Nunca lo había pensado, siempre he sido más de estar escondida detrás de la cámara capturando los momentos y las posturas. Nunca, nadie, me ha capturado a mí.

—No. ¿Por?

Roger mueve las manos en el aire y niega con la cabeza. Carl lo sigue con una sonrisa en los labios cuando se marcha a su taller. Después me mira a mí y pone un brazo sobre mis hombros.

—Le ha gustado tu cuerpo, tu cara, tu personalidad y saber estar.

Estoy a punto de sonreír cuando, al sentir que alguien me toca el codo derecho me giro. No sé por qué, pero en cuanto la cara de Zeus entra en mi campo de visión el brazo de Carl me quema, me incomoda. Y no solo porque mi hombre misterioso parece fulminarlo con la mirada.

—Este es mi hermano, del que tanto te he hablado.

Mis ojos conectan inmediatamente con los de él, exactamente con la misma intensidad que sentí que conectamos en la tiendecilla del aeropuerto. Ahogo un suspiro cuando sus ojos recorren mi cuerpo sin importarle lo más mínimo donde y con quién está. Sonrío y asiento, no soy capaz de hacer nada más.

—Em, Zeus, ella es Ava. La amiga de la que te he hablado. Y este es Carl, el dueño de la tienda donde trabaja Jessica y para la que Ava está haciendo la sesión.

Zeus asiente y me muevo incómoda, haciendo que el brazo de Carl caiga detrás de mí. Pongo la espalda derecha y sin saber de nuevo que

decir, vuelvo a sonreír como una estúpida y me voy a la zona de las bebidas. Me noto la garganta seca.

Lleno un vaso con agua con sabor a limón. Nunca la había probado y debo admitir que está buena. Intento tranquilizar mi corazón, se empeña en martirizarme con su rápido aleteo cuando él está cerca.

—Tendrías que haberme dicho por qué no podíamos llevar a cabo nuestra cita.

Boom, mi corazón explota. Cierro los ojos y cojo aire para luego soltarlo antes de girarme y tenerle de frente. Tiene las manos detrás de su espalda, está muy cerca de mí, tentándome a besarle, a querer volver a cometer una locura. ¿Pero cómo cometerla sabiendo que está cogido? Y ¿Cómo no cometerla si lo deseo a cada segundo? Su aroma, su mirada, hasta sus hombros consiguen dejarme sin aire.

Está esperando una respuesta, lo sé por cómo me mira, pero no puedo hablar, no viendo como Jessica me observa desde la zona de peluquería, como Carl nos mira desde su posición y por supuesto como su hermana nos escruta, seguramente percatándose de algo.

Por mi falta de palabras, miro hacia mi derecha y diviso una puerta de emergencias. Miro a Zeus, miro la puerta, lo agarro de una mano y lo guio hasta allí. Me da igual quien esté mirando, qué puedan decir, solo puedo pensar en una cosa. Cierro la puerta detrás de mí, con la mirada de Zeus sobre mis movimientos, me apoyo en la puerta y suelto el aire que estaba conteniendo sin ser consciente.

Cierro los ojos al sentir su mano en mi mejilla.

—Honey.

Suelto un leve jadeo cuando su nariz roza la mía. No lo aguanto más, su frente pegada a la mía, sus manos en mi cuello y cara...

—Bésame. —susurro en un poder de parecer serena.

Los ojos de Zeus se topan con los míos unos segundos antes de que sus labios rocen los míos.

—No sabes cuánto he deseado oírte decir eso.

Nuestras sonrisas y mi jadeo se mezclan en un cálido y deseado beso. Su lengua baila con la mía en una sintonía que no sabía que dos desconocidos podían tener. Su mano aprieta mi nalga y su cuerpo cae sobre el mío, presionándome contra la puerta. Suspiramos, gruñe, nos mordemos, tocamos y tentamos hasta que nos quedamos sin aliento. Con la respiración agitada nos observamos en silencio, sin separarnos ni un milímetro. Vuelve a acercar su boca a la mía, pero esta vez para hablar.

—Creí que tu no...

—Lo sé, pero creo que es inevitable.

Me acaricia la mejilla, mirándome a los ojos y me da un leve y corto beso.

—Me gustaría que tuviéramos esa cita.

Trago saliva, hipnotizada por él. Por cada milímetro de él. Y asiento, no puedo negarme, esto es mucho más fuerte que mi razón. Asiento y accedo a verle, y esta vez no lo hago por volver a tener mi joya perdida.

Tras recomponernos, salimos de nuevo al almacén donde Carl, Jessica y Amber hablan con nosotros, pero ninguno comenta nada respecto a lo que ha podido suceder tras la puerta. Media hora después, todos nos despedimos y en la calle, tras intercambiar una significativa mirada con Zeus, cada uno monta en un coche diferente.

Estoy sola en casa, Jessica ha quedado con Peter y dormirá con él. Tengo la mejor amiga del mundo. Doy vueltas por el salón, a la espera de que aparezca, aterrada por si no lo hace y, entonces, el timbre suena. Miro la puerta, como si tras ella estuviera lo más anhelado de mi existencia o mi peor pesadilla. Aunque no sé muy bien cuál de las dos es lo que me espera, no me importa y abro.

Ninguno dice nada. Nos miramos unos segundos hasta que él entra y, aunque he intentado aguantar mis impulsos, agarro su camisa y lo atraigo hacia mí. Nos besamos con pasión. Entre besos nos desplazamos hacia el sofá, donde Zeus, con mimos, y roces suaves, me desviste y me hace el amor.

Juro que jamás había disfrutado y amado tanto un momento tan íntimo como en este instante.

· Capítulo 34 ·
Marzo

Ava

Han pasado dos semanas desde la noche en la que Zeus y yo estuvimos en mi casa. Desde entonces, Marco me ha llamado mil veces, he hablado con mis padres y amigos casi todos los días, Jessica y yo hemos almorzado alguna que otra vez con Marga, el trabajo nos va de fábula y respecto a Zeus, bueno, ahora mismo está sentado a mi lado viendo una película.

No me juzgues, aunque no me ha contado con detalles qué ocurrió entre él y Cristal para que su amor haya desaparecido, sí me ha contado que ella le fue infiel y por eso están así. También me dice una y otra vez qué, en cuanto pueda, romperá toda conexión con ella.

Al principio me sonaba a cuento, pero cuanto más tiempo paso con él más le creo. Zeus es cariñoso, romántico, ¡No te imaginas cuanto!, y algo testarudo y mandón.

—La trama no está en mí, mira la película.

Sonrío como una auténtica pánfila, si él supiera que toda la jodida trama está en él. Me abro hueco bajo su brazo y apoyo la cabeza en su pecho para seguir con la película. Estamos viendo El Diario de Noah, al parecer a mi chico le encanta el romance.

Abro los ojos sorprendida, ¿En serio que he pensado eso?

—¿Qué ocurre, honey?

No lo miro, niego con la cabeza —Nada, ¿por qué?

—Has temblado.

¿Lo he hecho? Estoy a punto de responderle cualquier cosa, cuando mi teléfono suena. La pantalla ilumina la oscuridad del salón y con ello deja al descubierto el nombre de Marco. Maldigo de inmediato y más cuando Zeus, con delicadeza, me aparta de su pecho y se marcha por el pasillo.

—¿Qué es lo que quieres Marco?

—A ti, joder. ¿Cuándo piensas darte cuenta?

Me joroba muchísimo que ahora insista tanto y cuando lo necesitaba desapareció. Suelto aire por la nariz y rujo al pensar en Lucas:

—Te vas a buscar un lío. Como no me dejes en paz, pienso denunciarte. No puedes llamarme y mandarme mensajes a todas horas. ¡Es acoso!

—Tu tampoco puedes abandonarme y comportarte como lo que has odiado siempre. ¡Tu madre! ¿No has pensado en que te estas

pareciendo a ella?

Aguanto las ganas de llorar, los ojos se me llenan de lágrimas, pero no consiento que se escape ninguna. No por Marco. Me duele, me duele horrores que me diga algo así, jamás he querido abandonar a nadie, solo he decidido vivir mi vida y cumplir mis sueños, ¿Tan malo es?

—Marco, te estás pasando. —Aprieto los dientes, rabiosa.

—¿Por qué? Solo te digo lo que pienso. Me has abandonado, igual que tu madre os abandonó a...

No puedo seguir escuchándolo, tiro el teléfono al sofá y, con las lágrimas rodando por mis mejillas, me voy a mi habitación, encontrándome con Zeus que estaba poyado en la pared. Viene detrás, siguiendo mis pasos. Doy vueltas en mi habitación bajo su atenta mirada. No habla, ni se mueve, solo me observa.

Algo más tranquila, pero sin cesar mi llanto, me siento en la cama y esta se hunde a mi lado. Zeus me rodea con sus brazos y me abraza, me apoya en él, me acaricia el pelo y me besa la coronilla. A pesar de sus mimos, noto su cuerpo tenso, probablemente haya oído mi conversación con Marco.

Nunca hemos hablado de mi relación con él, ni de mi familia ni mi historia. Nunca le he hablado de mí, más de lo que pueda conocer en esta ciudad. Él tampoco me ha preguntado jamás, pero algo me dice que eso va a cambiar. Con delicadeza y en silencio, me mueve entre sus brazos y me hace mirarlo. Tiene el rostro serio, está enfadado, puedo verlo en la oscuridad de su iris y la tensión de su cicatriz.

—¿Qué ha pasado?

—Nada. No te preocupes.

Levanta una ceja y se echa hacia atrás para poder verme mejor.

—¿Qué no me preocupe? Estás llorando, claro que me preocupo. —Sigo callada, sus palabras solo aumentan mi llanto. Me besa en los labios y me abraza de nuevo—. No sé cómo explicarlo, ni como ha pasado, pero no quiero ni puedo verte sufrir.

Lo miro divertida, aun no me ha devuelto mi gargantilla. Me la enseñó la noche que estuvimos en mi casa, pero se la volvió a llevar para añadirle unas piedras. Insistió tanto, que accedí.

—Sé lo que piensas, no es difícil conocerte. En unos días estará terminada y volverá a estar en tu cuello —Sonrío, segura de que así será—. Quiero cuidarte, protegerte. Si algo va mal habla conmigo.

—Es Marco, mi ex —Zeus asiente lentamente, como si tuviera que procesar esa breve información. Vuelvo a apoyar mi cabeza en su pecho—. Antes de mudarme aquí rompimos, aunque ya hacía tiempo que entre nosotros no había nada. Ahora no deja de llamarme, me manda mensajes constantemente, pidiéndome que volvamos, que vuelva a España.

Zeus se mueve en su sitio y me aprieta un poco más a él. Aspiro con fuerza, convenciéndome para ser fuerte para contarle qué ocurre. No me muevo, sigo apoyada en él, escuchando los latidos de su corazón.

Las lágrimas ruedan por mis mejillas y su dedo pulgar las limpia. Odio llorar en público, odio que sientan pena por mí. Soy una mujer fuerte, trabajadora y luchadora que no necesita la lástima de nadie.

Zeus me da un suave beso en los labios y une su frente con la mía. Cierro los ojos, tranquila por estar con él.

Ni siquiera sé cómo hemos llegado aquí, pasamos mucho tiempo juntos, nos demostramos nuestro cariño, aunque ninguno haya confesado sus sentimientos. Hemos pasado de estar encontrándonos y yo ignorándolo a vernos todos los días y a yo no querer estar sin él.

— Como vuelva a enterarme que te vuelve a llamar tendré que intercambiar algunas palabras con él y dejarle claro que eres mi chica.

Sonrío más relajada al escuchar cómo se dirige a mí. Siempre me llama su chica, nena o honey, la que más me gusta es la última, y yo me siento especial, me siento única en su vida. Aunque no lo soy, realmente soy la otra. ¿Quiero ser siempre la otra? Un mal sentimiento recorre mi cuerpo, como si nunca me hubiera hecho esa pregunta una y otra vez.

¿Acabo de tener eso que llaman “un golpe de realidad”?

Inconscientemente, me levanto de la cama y lo observo desde mi sitio. Lleva unos vaqueros y una camiseta de mangas cortas negra, le queda de infarto, vaya brazos tiene, parece relajado, a gusto. Todo lo contrario a cómo, de repente, me siento yo. Al ver que no hablo, solo lo observo como si fuese un ente maligno o algo por el estilo, sus cejas se unen y empieza a levantarse lentamente.

—¿Qué te ocurre? —Intenta sonreír, pero su sonrisa se esfuma.

Parpadeo, confundida, ¿Qué me pasa? No quiero estropear este bonito momento o decir algo que lo haga desaparecer de mi vida, pero sé que debo hablar con él. Aun así, fabrico una sonrisa, me acerco y me pongo de puntillas para besarlo.

—Nada, volvamos a ver la peli.

Me mira extrañado, pero asiente y volvemos al salón. Nos pasamos casi toda la tarde en el sofá, viendo películas y comiendo palomitas. En algún que otro momento, de los besos hemos pasado a las caricias y sus manos han tocado todo mi cuerpo, pero no me siento del todo tranquila, mi conciencia no lo está. Estoy como bloqueada, cada vez que le miro la imagen de Cristal viene a mi mente. Cierro los ojos, frustrada por lo que empiezo a sentir.

Para que no me haga preguntas, al ver que son las ocho, me levanto para ir a la cocina. Poco a poco empiezo a acostumbrarme al horario de aquí.

Saco del frigorífico algo de verduras para la cena y siento sus

manos rodear mi cintura. El remolino de sensaciones que se crea en mi estómago me hace temblar. Sin poder evitarlo, me vuelvo entre sus brazos y lo miro a los ojos. Le acaricio las mejillas con mis manos, él cierra los ojos con mi contacto y suelta un leve suspiro. Acaricio su cuello, vuelvo a subir a su rostro y, como si fuera un imán, mis manos van a su cicatriz. Abre los ojos y su gesto parece endurecerse, me suelta y, tras lamerse los labios, un gesto que ahora no me gusta tanto, coge las verduras y un cuchillo.

—Ya preparo yo la cena.

Aunque sonríe, sé que no es una sonrisa sincera. Tengo mucho que decirle, merezco un poco más. Yo me he abierto y no sé nada sobre él. ¿Qué sé realmente sobre Zeus?

Como no me apetece discutir, asiento, a pesar de que me da la espalda, y me dirijo al sofá.

Cojo mi teléfono y al desbloquearlo veo que tengo una llamada en grupo de Hugo y Lucas. Sonrío encantada y la devuelvo, en España son la una de la madrugada, lo que me extraña que me hayan llamado, pero aun así aprovecho la ocasión. Las caras de mis amigos no tardan en aparecer en la pantalla de mi teléfono móvil.

—Bombón, estás preciosa. —Sonrío al escuchar a Hugo, siempre tan adulador. Lucas también sonríe y se apresura a saludar:

—Mi chica preferida, ¿Cómo estás?

Miro de reojo hacia la cocina y reprimo una sonrisa cuando descubro a Zeus mirando hacia mí. Tiene el cuchillo en una mano y un pimiento en la otra, que mono.

Vuelvo a centrarme en mi llamada y no le aclaro que son unos amigos, que piense lo que quiera. A ver si eso le hace abrir los ojos y pensar en que, igual que hoy está aquí, conmigo, mañana quizá no.

—Os echo de menos. Todos los días, estoy deseando poder veros. Por lo demás, estupendamente. El trabajo aquí es genial, la gente también, y de los restaurantes mexicanos, ni os cuento.

—Estoy seguro de que el día que vaya a veros, lo primero que haré será comer en un restaurante de esos. Allí tienen que ser la bomba.

Hugo se deja caer en el cabezal de su sofá y Lucas apoya el teléfono en la encimera del baño mientras se cepilla los dientes.

—¿A qué se debe esta llamada tan tarde? ¿Ha pasado algo?

Los dos niegan con la cabeza y Hugo habla por los dos:

—Ya que nuestra chica no nos llama, tendremos que hacerlo nosotros. Eres una mujer ocupada desde que te mudaste. Hablamos mucho más con Jess.

Pongo los ojos en blanco, llevan razón y me siento fatal.

—Lo siento chicos de verdad, he tenido mil cosas en la cabeza. —Suspiro pesadamente al pensar en algo—. Bueno, tengo mil cosas en la cabeza.

Mientras Hugo me cuenta cómo le va en el trabajo y como está su madre, Lucas se mueve por su piso y, ya en su habitación, se mete en la cama. Su bonita cara casi cubre todo el recuadro de la llamada.

—No te preocupes bonita, sabemos que estás ocupada. —Hugo asiente y yo sonrío. Lucas se pasa una mano por el pelo y sonríe—. Pero cuando estemos allí en junio, tendrás que centrar todas tus atenciones en nosotros.

Abro los ojos y me incorporo casi de un salto. ¿He oído bien? La euforia recorre mi cuerpo de pies a cabeza.

—¿Queeeeé?—chillo emocionada y doy saltitos cuando me levanto.

—Lo que has oído bombón. Aunque este idiota tendría que haber cerrado el pico algún tiempo más.

Suelto una carcajada al escuchar como empiezan a discutir, al fin noticias que me alegran la vida. Voy a ver a mis amigos, oh, Dios mio. Que feliz estoy.

—Eso es genial estoy deseando veros. Quiero achucharos.

—Yo estoy deseando que lo hagas.

Rio abiertamente con Lucas, siempre estamos haciéndonos ese tipo de bromas. Pero entre nosotros nunca ha habido, ni habrá nada. Somos muy buenos amigos y la conexión que sentimos ambos fue de amistad. Estoy a punto de seguirle el juego cuando suena el timbre. Miro hacia la puerta y voy a ir hacia ella cuando Zeus, alto y claro, dice:

—Ya abro yo, honey.

Miro la pantalla lentamente y me encuentro con Lucas, que antes estaba tumbado, sentado en la cama y a Hugo con los ojos como platos. Maldición. Ellos no saben nada de Zeus, son muy protectores y no creo que estuvieran muy de acuerdo con lo que estoy haciendo. Muchas veces, ni yo misma lo estoy.

—¿Acabo de escuchar a un tío? —Lucas levanta las cejas y yo resoplo.

—¿Has conocido a alguien? ¿Cómo es?

Los dos empiezan a hacerme preguntas, Zeus me observa sin abrir la puerta, por lo que el timbre vuelve a sonar y, agobiada por ser el centro de atención, lo estropeo todo:

—No, no he conocido a nadie. No estoy con nadie, es un amigo de Jess.

Zeus asiente apretando los labios, Lucas suelta aire y Hugo sonríe satisfecho por lo que ha escuchado. Con el teléfono en la mano, observo a Jessica y Peter entrar en el salón, a Zeus volver a la cocina en silencio y a los chicos riendo por algo que han dicho. Cierro los ojos, maldiciendo por dentro.

—Chicos, vamos a cenar. Hablamos en otro momento. Os quiero.

No les permito responder, Jessica se acerca a mí y lo último que

quiero es que le sonsaquen a ella alguna información. Le sonrío y devuelvo el abrazo cuando se pega a mí.

—¿Cenita romántica?

Miro por encima de su hombro, Zeus y Peter charlan en la cocina. Este primero tiene el rostro serio, tenso, lo que me dice que está enfadado. Lo observo un poco más hasta que me mira y aparta la mirada tensando la mandíbula. La he cagado.

—No estoy muy segura de si sigue siéndolo.

Jessica mira al mismo punto que yo, y con la cara seria al percibir que algo ocurre, me acaricia el cabello.

—¿Quieres que nos quedemos a cenar? No quiero que estés incómoda Avuchi.

Asiento, no me apetece nada tener que estar a solas con Zeus después de lo que he dicho. Mañana por la mañana hablaré con él mientras desayunamos juntos, tenemos que dejar claras algunas cosas.

—Peter, amorcito.

—Dime, cariño.

—Cenaremos con ellos, ¿Te parece bien?

Peter se acerca a ella y le da un intenso beso que me hace sonreír por la felicidad de mi amiga.

—Si estás tú, siempre me parece bien.

Vuelvo lo ojos en blanco ante sus muestras de afecto, son muy intensos. Desde el minuto uno, conectaron, y hasta que no han conseguido conocerse un poco más, a pesar de que el trabajo los mantiene muy ocupados, no han desistido. Zeus los observa de una forma extraña y luego me observa a mí unos segundos. Es poco tiempo, pero tan atrayente que me hace ahogar un gemido. Luego aparta sus ojos de mí y sigue con la cena.

Quiero acercarme a él, reír y bromear como solemos hacer, pero no quiero que el tema salga a relucir. Aunque tampoco puedo obviarlo siempre, precisamente hoy duerme conmigo. Me levanto del sofá, Peter, Jessica y yo, nos hemos sentado y abierto una botella de vino. Voy a la cocina con una copa para Zeus e intentar apaciguar su mal estar.

—Toma, es para ti.

La mira, la coge, le da un trago y la deja en la encimera. Asiente y sin mirarme, musita:

—Gracias.

Resoplo. Estoy acostumbrada a discutir, porque con Marco lo hacía mucho, pero no con Zeus. En estos días no lo hemos hecho ni una sola vez. Siempre que hemos discrepado de la opinión del otro él ha sabido apaciguar mi carácter y conseguir que todo se calme. No me ha llevado mucho tiempo descubrir que Zeus saca lo mejor de mí y consigue lo que muy pocas personas, que entre en razón.

Antes de volver al sofá, lo miro unos segundos a la espera de que se gire y me bese, olvidando la idiotez que he dicho antes, pero no lo hace. Me ignora, por lo que vuelvo con mis amigos. Cojo mi copa de vino y me la zampo de un solo trago, la vuelvo a llenar y les recrimino con la mirada a Jess y Peter que me estén juzgando en silencio.

Aunque he sido yo quien ha metido la pata, pues Zeus se ha esforzado estas dos semanas en que estemos bien y yo he soltado como si nada que no es nadie, me duele su indiferencia. Al fin y al cabo, yo acepto que tiene novia, a la que va a dejar, pero que aún sigue ahí, y no lo ignoro.

Intento concentrarme en la conversación que la pareja acaramelada que tengo delante está teniendo. Escucho algo de trabajo, fiestas y dormir en casa, por eso último vuelvo los ojos. No me apetece escuchar los gritos incesantes de mi amiga ante la increíble experiencia de su nuevo novio mientras yo estoy enfadada. Pero bueno, ella también vive aquí y tiene derecho a traer a quien quiera.

—¿Tienes mucho trabajo esta semana?

Miro a Peter, que me observa esperando una respuesta con su copa en la mano. Ahora que lo pienso, sí que tengo tres sesiones. Una pareja, que se casa en un mes quiere que le haga el álbum de boda; una pareja de ancianos celebra su cincuenta aniversario de casados y sus hijos me han pedido asistir a la celebración y hacer fotos; y el último es para fotografiar a una niña pequeña.

—Sí, tengo uno el martes, otro el viernes y el sábado otro.

—Eso es genial, he visto tus trabajos en tu web y, preciosa, tienes talento.

Sonrío ante el cumplido y el abrazo de lado que me da Peter. Zeus lo interrumpe colocando de manera brusca los platos sobre la mesa, por lo que todos lo miramos sin esperar tal reacción. Observo a los chicos por cortesía, con intención de disculparme, y cuando miro a Peter intuyo que algo pasa.

Noto tensión entre ambos, sus miradas parecen retarse, pero se acaba la batalla cuando Jess empieza a comer.

—Esto está muy bueno Zeus. Tienes una mano increíble.

Este aparta la mirada de su amigo y le sonríe a la mía. Coge su copa y se sienta a mi lado, por la tensión en sus músculos creo que hubiera preferido cenar en el cuarto de baño antes que a mi lado. Suelto un suspiro y como de mi plato. La cena está riquísima, pero no pienso alabarlo, si no me quiere hablar yo a él tampoco.

El resto de la noche, no hasta muy tarde, ya que todos tenemos cosas que hacer a la mañana siguiente, la pasamos charlando y riendo. En alguna que otra ocasión, Zeus se ha relajado y olvidado por un momento de lo ocurrido anteriormente y me ha puesto un brazo por los hombros acurrucándome a él. No he querido estropear el momento

apartándolo, pero no pienso dejar que piense que puede ignorarme y prestarme atención cuando se le antoje. Por eso, cuando los chicos deciden marcharse, termino de recoger la mesa, cojo mi teléfono y me meto en el baño sin hablarle.

Mientras me lavo los dientes escucho que trastea en la habitación, sigo mi cometido, me coloco mi pijama y salgo del cuarto de baño. Las luces del salón están apagadas, por lo cual ya está acostado. Entro en el dormitorio y me quedo sin habla.

Está en mi cama, algo que siempre me parece muy tentador, tapado hasta la cintura, con una camiseta gris de mangas cortas que se ajusta a su torso de una forma gloriosa, sentado y apoyado en el cabezal de hierro de la cama mirando su teléfono. Levanta la mirada en cuanto entro en la habitación, no se la aguanto demasiado, no porque como lo haga caeré en sus redes. Esas que tanto estoy empezando a adorar.

Sus ojos recorren mi cuerpo, me queman y me aceleran el pulso, aun así, me esfuerzo por seguir mi objetivo: caminar despacio hasta la cama, como si me estuviera metiendo en la mismísima boca del lobo y acostarme.

Se gira un poco hasta llegar con su mano a mi mejilla, toda su palma la cubre dejando la punta de sus dedos por detrás de mi oreja. Sus ojos se mueven rápido por mi rostro, no sé si quiere que diga algo o simplemente quiere encontrar sus propias palabras. Espero que sea lo último, porque yo ante su presencia nunca sé que decir.

—Honey, odio estar enfadado contigo. He sentido que me faltaba algo.

Suelto el aire que estaba conteniendo, yo he sentido lo mismo. Más cuando me ha ignorado.

—Me han dolido tus palabras, pero no tendría que haberme comportado como un crío. Puedo entender que no quieras ver esto que nos está pasando como algo real y sincero, ya que yo estoy como estoy con ella, pero necesito que creas en mí.

Asiento por falta de palabras y lo beso. Lo necesito, necesito su contacto, su calor y que sepa que estamos bien. Que lo único que quiero es que estemos bien.

· Capítulo 35 ·

Zeus

Tener a Ava entre mis brazos es una de las pocas cosas que deseo durante todo el día. A cualquier hora.

He pasado una cena de mierda por estar enfadado con ella, pero joder, realmente sus palabras me han dolido. Que les diga a dos tipos que no está con nadie me ha jorobado lo suficiente para ignorarla la mayor parte del tiempo. Aunque deseara tocarla con cada célula de mi cuerpo. Por eso, tenerla en la cama tan apaciguada y tranquila, me deja sin respiración.

Sus labios, cálido y suaves como la mejor lana del mundo, presionan los míos con una avidez que solo hace encenderme más y más. La necesito, la necesito constantemente, tanto que me asusta. Presiono mi mano en su mejilla y mis dedos en su cuello, subiendo el tono de nuestros besos. Le acaricio la espalda con ternura, subo mi mano por su fino costado, deslizándola hasta su pecho. Sonrío sin poder evitarlo al escuchar un gemido salir de sus labios.

Presiono su pezón por encima de la tela de su pijama, sin dejar de besarla en un solo momento. Cuando no puedo más, la agarro de la cintura y la coloco a horcajas sobre mí. Ambos suspiramos al sentirnos. Presiono su tentadora y exquisita zona contra mi dura erección y deslizo mis manos por debajo de su camiseta, llevándola conmigo hasta conseguir quitársela.

La observo desnuda de cintura para arriba, sentada sobre mí y con total confianza en ella misma. Algo que la hace doblemente adictiva. Paso mis manos con delicadeza por todo su tronco, masajeo sus preciosos y juguetones pechos sin dejar de mirar sus ojos grises. Aunque lo he leído siempre que la tengo desnuda, su tatuaje y pensar en cuántos hombres lo habrán leído cada vez me martiriza más.

Aquella vez en el aeropuerto no lo aprecié bien con su sujetador, pero cuando volví a tenerla sin ropa me quedé sin aliento al leer entre sus pechos «Disfrútalos» en letras pequeñas y finas. Hay que estar muy, demasiado, cerca para leerlo. Cuando estas retirado aprecias un tatuaje y letras, pero para leerlo con claridad hay que acercarse, tanto como lo estoy yo ahora.

Mi cabeza empieza a imaginarla con otros hombres. ¿Cuántos lo habrán hecho? ¿Cuántos habrá tenido en su cama? ¿Cuántos la habrán acariciado? Por más que me esfuerzo en no comerme la cabeza, pues nunca lo he hecho por nadie, me es imposible. La quiero solo para mí,

no quiero verla con ningún otro hombre.

—Zeus —Joder, que bien suena en sus labios. La miro unos segundos, mientras ella se acaricia para mí y acerca sus pechos a mi cara —. No pienses tanto, disfrútalos. Deseo que disfrutemos.

No vuelvo a pensar en otra cosa que no sea ella. Hago sus deseos realidad, bueno y los míos. Me siento del todo y nos tumbo en la cama, me dejo caer sobre ella quedando con nuestras cabezas a los pies del colchón. Le beso los labios, la barbilla, el cuello y lamo su tatuaje. Lo lamo y sigo un recorrido hacia la derecha para morder un pezón, arrancarle un gemido que tanto adoro y luego hacia la izquierda haciendo lo mismo con el otro.

Mi boca baja por todo su cuerpo hasta llegar a la cintura de su pantalón, el cual bajo con los dientes y mis manos. La desnudo por completo para mí y, sin mediar palabra, ni pensarlo, la devoro. Muevo mis labios y lengua por toda su humedad, entro en ella una y otra vez bañando mi lengua con su sabor. Le agarro las piernas, aunque no demasiado fuerte para que las pueda apretar a los laterales de mi cabeza, me encanta saber cuánto le gusta lo que le hago.

Grita, grita y grita. Una y otra vez, desbocándome el corazón. Me encanta su voz cortada, mi nombre en sus gemidos, su sudor provocado por mí. Siento que está a punto, la siento en su momento más álgido y continuo mis movimientos, que cada vez los voy intensificando. Estoy tan duro que me duele, quiero estar dentro de ella.

Mi lengua sube y baja, entra y sale. Mis dientes muerden y mis labios besan, una y otra vez hasta que lo siento. Hasta que su calidez me envuelve y mis papilas gustativas reaccionan al presenciar tal manjar. Nuestro nuevo sabor favorito.

No me limpio la boca cuando me separo de su interior y trepo por su puerto hasta llegar a la suya. La beso, lo hago con urgencia, fuerza y hambre, mucha hambre. Quiero que sepa como sabe, que pruebe su sabor de mi boca y ella lo hace encantada. Volviéndome loco.

Con la respiración entrecortada y las mejillas rojas, se incorpora un poco y me ayuda a quitarme toda la ropa. Me acaricia el tronco, los hombros y la espalda, dejándome pequeñas descargas por allá por donde pasan sus finos dedos.

Quiere moverse y ponerse encima de mí. A mí me encanta que lo haga, es la única mujer que lo hace, me hace la boca agua cuando se desliza por mi erección y se hunde hasta tener sus muslos pegados a mi cuerpo. Anhelo a cada instante sus salvajes y certeros movimientos que me aceleran la respiración y el pulso, pero ahora deseo tenerla debajo. Que se entregue por completo, que confíe en mí tanto que me deje complacerla.

Vuelvo a posicionarme encima, el roce de nuestras pieles hace

estragos en mí. La punta de mi miembro choca contra su hinchado clítoris y ella ahoga un grito.

—Eres preciosa.

Abre le boca para decir algo, pero no la dejo. Capturo sus labios, la beso durante demasiado tiempo y solo hago endurecerme por segundos. Con la mano que me queda libre, pues la otra la tengo en sus hermosos pechos, cojo toda mi largura y la apoyo sobre sus labios húmedos, no me preocupo en usar preservativo ya que usa medios conceptivos y, sinceramente, deseo tanto su contacto que no quiero que un plástico nos separe. Con ella solo lo usé en el aeropuerto, la segunda vez, y todas, necesito sentirla al completo.

Jugueteo un poco con mi punta, hasta que ella gruñe y me reclama como tanto me gusta. Y, como deseo cumplir todas sus peticiones, abro sus piernas con mis rodillas y, de un solo empuje, la penetro. Echo la cabeza hacia atrás, se siente tan bien.

—¡Oh, Dios mio!

Apoyo el antebrazo en la cama, pegando mi pecho al suyo y entrando aún más en ella. Muerdo sus labios, los chupo y beso con tantas ganas de que sepa cuanto me gusta, que me detengo por miedo a hacerle daño. Me acerco a su oreja, se la lamo y susurro:

—Dios, no nena. Soy yo, Zeus. Siempre seré yo.

Ella asiente y vuelvo a besarla. Empujo con fuerza y a la vez cuidado de no dañarla, de que solo disfrutemos. Estoy tan prendado de la imagen que me da, desnuda, azorada y mojada que no me preocupo en cambiar de posición. Estoy disfrutando tanto de sus vistas que no hago que cambiemos, en lo único que pienso es en ella.

—Zeus, voy a… —La beso y me separo un poco —Voy a volver a...

—Sí, mi amor. Hazlo, hazlo para mí, honey. —Mi voz suena grave y cortada por mis movimientos y excitación.

Ava me mira directamente a los ojos al escuchar mis palabras, hasta yo me he sorprendido al decirlas. Jamás he demostrado tal muestra de afecto desde que Cristal me fue infiel. Ava ha sido la primera después de muchos años, ha sido la primera en muchas cosas.

Arrollado por todas las emociones y sentimientos que consigue sacar y provocar en mí, doy un último empellón, dejándome ir por ella y para ella a su misma vez. El orgasmo recorre toda mi columna, me hormiguean las piernas y se me tensan los hombros cuando llego a la cima y siento como Ava se contrae bajo mí.

Exhaustos, con la respiración acelerada y, al menos yo, el corazón a mil por horas, nos mantenemos en la misma posición durante unos segundos para que nuestra respiración vuelva a la normalidad. Ava me acaricia la espalda y los brazos mientras intenta controlar su respiración. Yo no soy capaz de nada, solo de admirarla con detenimiento, absorbiendo hasta su más insignificante gesto.

Entonces me doy cuenta y, en silencio, mirándola y apreciando su belleza, le doy la razón a mi padre sobre lo que me dijo aquella noche en la fiesta.

· Capítulo 36 ·

Ava

Me revuelvo entre las mantas y alargo un brazo en su busca, pero al sentir su parte vacía y fría abro los ojos y me siento en la cama. Me tapo hasta el cuello, el frío se instala en mi cuerpo desnudo. Miro a mi alrededor, las persianas siguen bajadas y el pasillo está oscuro. Un poco extrañada por el silencio, cuando debería escucharse algo al estar Zeus en la cocina, me levanto y me coloco mi bata, aun sin vestirme, dispuesta a ver qué ocurre.

En el pasillo escucho los ronquidos que mi amiga asegura que no son de ella, pero yo sé que sí y no puedo evitar sonreír. Pobre Peter. En el salón me encuentro con todo recogido, las persianas bajadas y ya sé que ha ocurrido. Lo mismo de siempre, ¿Por qué pensaba que esta noche sería diferente?

Desilusionada, vuelvo a mi habitación y en mi teléfono veo llamadas perdidas de Marco y un mensaje de Zeus repitiéndome cuanto siente tener que marcharse y dejarme sola. Suspiro, abatida por permitir que esto ocurra.

Son las nueve y como hoy no tengo ningún trabajo pendiente decido ir a correr, necesito despejar la mente. Cuanto más tiempo paso aquí, observando cada rincón vacío porque él se ha ido, me cabreo. No me cabreo con él, si no conmigo ya que soy la única culpable de permitir que esto vaya a más.

Tras ponerme ropa de deporte, me coloco mis auriculares. Como mi humor es de perros no me preocupo en buscar una canción determinada, le doy a aleatorio a la lista que tengo guardada y la música suena. En la puerta del edificio, saludo a Maddie, que también lleva unos auriculares y solo mueve su cabeza en un saludo.

En la calle y con la música de fondo, sonrío al notar el cambio de temperatura. Ya no hace el mismo frío que cuando llegué y, aunque solo haga un poco menos, eso me anima más a hacer ejercicio. Todavía no me conozco mucho la zona, aunque a veces pienso en si será posible, ya que es enorme. Troto hacia la izquierda de la salida del callejón con la música de fondo, al principio no le pongo atención, pero algo en la letra me hace escucharla. Miro en el teléfono que canción es, porque no recuerdo haberla oído antes y leo que se llama *Tú Me Has Cambiado* de Bombay.

Sacudo la cabeza al igual que la letra parece sacudirme a mí e inmediatamente la cambio. ¿Qué pasa? Pongo Maroon 5 con la

intención de escuchar a mi grupo favorito, entonces escucho la voz de Adam cantando *Maps* y me horrorizo. Siguiente canción. *This Love*, más horror. Pero ¿qué está pasando?

Agarro con más fuerza mi teléfono, acelerando la carrera, y cambio de grupo rápidamente, espantada. Pongo Morat, pero antes de dar al play me doy cuenta de los nombres de sus canciones. Me detengo de golpe, mirando la pantalla de mi teléfono, sin dar crédito. ¿De verdad que todas las canciones que suelo escuchar son de amor? Aunque lo que realmente me preocupa es otra cosa, ¿Por qué ahora empiezo a darme cuenta y no antes?

Me quito los auriculares, si no lo hago me da algo. Empiezo a boquear como un pez, me falta el aire, pero no me detengo. Corro por la zona que conozco, intentando despejar mi mente, intentando dejar a un lado lo que parece que empiezo a asumir. Pero no puede ser, ¿Cómo puede ser? Es muy poco tiempo, ¿No? La gente a mi alrededor me mira y no es para menos, ya no hago footing, si no corro y corro. Corro para no pensar, para huir.

Me detengo cuando ya me falta el aire, flexiono las rodillas y respiro pesadamente. Estoy así unos segundos, con las manos apoyadas en mis rodillas, sin importarme las personas que pasan a mi lado. Poco a poco me levanto y miro a mi alrededor, estoy en una zona que me suena. Busco algo que me resulte familiar, lo busco y lo busco hasta que, volviendo la cabeza a mi izquierda, la tienda de muebles donde compramos el primer día que llegamos está delante de mí.

La observo desde fuera, el letrero, las luces, la decoración exterior y el entrar y salir de ella de la gente. Retuerzo mis dedos al sentir un hormigueo. ¿Es una señal? Como si mi cuerpo tuviese vida propia, entro en el local. Doy vueltas por sus calles, fingiendo que busco algo cuando, sin saber por qué, lo que realmente busco es a alguien. Y no tardo en verle.

No lleva el mono de trabajo que llevaba cuando estuvo en mi casa, ahora va en vaqueros, un polo de mangas corta de color azul marino y zapatos oscuros. Su pelo, que es corto, aunque un poco más largo por arriba, está al natural. No parece engominado, ni que se haya arreglado durante horas. Aunque algo me dice que este chico se levanta sin necesidad de arreglarse.

Lo observo hablar con algunos trabajadores desde la sección de lámparas. Que, por cierto, la que tengo justo delante es preciosa, quizá me la compre para mi dormitorio. Mueve las manos al expresarse, lo que me hace gracia y me recuerda a mi madre. Ella parece matar moscas con las manos cada vez que habla.

Sonríe y que sonrisa más bonita. Sus hombros están relajados y sus movimientos son tranquilos y confiables. De repente tengo mucha

curiosidad por este hombre. Aunque para qué mentirnos, ya la sentí en cuanto lo vi la primera vez.

Estoy admirando cada detalle suyo cuando se gira hacia atrás y sus ojos conectan con los míos. ¡Mierda! Me pongo nerviosa porque me ha pillado, no quiero que piense que espío a la gente.

Me mira unos segundos hasta que me regala una sonrisa y vuelve a girarse para decir algo. Siento alivio al pensar que no va a acercarse, pero estaba equivocada. Se despide con unos golpecitos en el hombro de uno de los hombres con los que habla y, con las manos en los bolsillos, camina hacia mí.

¡Ay, mi madre! Que me da un telele.

Me giro tan brusca que hago que las lámparas se tambaleen, amenazando con caerse. Qué vergüenza más grande. Las sujeto como puedo sin mirar a mi alrededor, no quiero averiguar si estoy siendo el centro de atención, que seguramente sí. Cuando consigo que se estabilicen, me doy la vuelta y camino para no encontrármelo, pero es tarde.

—Ava. Qué alegría verte de nuevo.

Cierro los ojos con fuerza al escucharlo, aprieto las manos un poco y suelto aire. Me doy la vuelta lentamente, fabricando una sonrisa y lo veo coger en el aire una lámpara que iba a caerse. La coloca en su sitio y me mira. No decimos nada y bueno...que incomodidad. Tengo que reaccionar, ¡Ya!

—Jayden, no te había visto.

Sonrío y me quiero morir cuando él suelta una carcajada muy natural. No se lo ha creído. Bueno al menos lo he intentado, pero igualmente no voy a reconocer que lo observaba. ¡Por Dios! Eso sería lo último que haría. Cuando deja de reírse, sonríe y se acerca a mí. Mucho, su perfume me cautiva, aunque su voz ronca en mi oído creo que es lo que me hace mirarlo alterada a los ojos.

—Yo a ti tampoco. —Su gesto divertido me hace reír. Estoy a punto de sincerarme cuando él vuelve a hablar—. Aunque, para que mentir porque no me gusta hacerlo. Te he visto en cuanto has entrado, solo que no quería acercarme tan pronto, iba a fingir un encuentro.

Ambos reímos, seguimos cerca. Demasiado diría yo, ni siquiera sé cómo hemos llegado a estarlo tanto. Ni tampoco sé porque ahora me mira los labios, solo que su forma de hacerlo me gusta. Mientras me observa la boca yo miro sus bonitos ojos verdes.

El sonido de mi teléfono nos hace separarnos y ambos parpadeamos. El rostro de Jayden muestra incertidumbre, extrañeza, y seguramente el mío también. ¿Qué acaba de pasar? Disculpándome cojo mi teléfono y veo que es Zeus. Quiere que nos veamos esta tarde, al parecer termina su turno sobre las seis. Lo pienso, quiero verle, quiero estar con él, pero ¿es lo mejor? Es evidente que mis

sentimientos hacia él cada vez son más fuertes y no sé si podré soportar mucho tiempo más que cada noche se vaya porque su sitio está en otro lugar, en otra casa y quizá con otra persona.

Aunque deseo verle con todas mis fuerzas, no respondo al mensaje. Quizá más tarde lo haga, necesito aclarar mis ideas. Guardo de nuevo el teléfono en mi bolsillo y miro a Jayden, que me está analizando con la mirada. Por un momento parece que se va a crear otro silencio incómodo, pero él lo evita.

—¿Buscabas algo en especial? —Juguetea con los flecos de una de las lámparas sin mirarme.

«Sí, a ti. Pero no me preguntes porqué». Niego con la cabeza, confundida, y me acerco a él. Toco la lámpara que me ha gustado antes y la cojo, haciendo que él se gire y me mire.

—Me ha gustado esta lámpara. Me la llevaré para mi dormitorio.

Jayden vuelve a reír y me la quita de las manos con delicadeza. Nuestros dedos se rozan y mi estómago se encoge. Se recrea sobre mis manos y arrastra las suyas por ellas con tranquilidad hasta acabar con la lámpara en su posesión. La coloca sobre la repisa y coge dos cajas del fondo.

—Ven, te las regalaré.

Empieza a caminar, yo aún estoy en el mismo sitio viendo cómo se mueve elegante y a la vez relajado. Solo cuando gira a la derecha y ya no le veo soy consciente de sus palabras. Voy en su encuentro, giro en la misma dirección y, cuando sale de una de las calles me choco con él. Tengo que alzar la cabeza para mirarle a la cara, le llego por el pecho. Voy a disculparme, pero entonces suelta un suspiro y, dejándome confundida, sigue su camino. Sigo tras él y consigo cogerle del brazo.

—Oye, no hace falta. —Me falta el aire y se nota en mi voz. Menos mal que el motivo no se puede percibir, pero desde ya te digo que no es por andar.

Jayden mira mi mano en su brazo descubierto y la retiro como si su piel ardiese. Tal vez sea yo quien lo hace. Niega con la cabeza y después sonríe.

—Quiero hacerlo.

Intento coger las cajas, pero es más fuerte que yo.

—No insistas, voy a hacerlo.

—Pero, no quiero que me las pagues.

Me mira un instante y luego se dirige a la puerta ignorándome por completo. Cuando está muy cerca de la salida, miro a mi alrededor espantada por lo que parece que va a hacer. Corro hacia él, que se gira en ese instante, para evitarlo.

—Vaya, nunca creí que una mujer corriendo hacia mí fuese tan placentero. —dice cuando estoy a su altura.

No presto atención a sus palabras, si lo hago me acaloraré. Me acerco para cuchichearle y que nadie nos escuche.

—¿Estás loco? ¿Piensas robarlas? No quiero que las pagues, pero tampoco que las robes.

Con una sonrisa tan sincera que me cala, me da las cajas.

—No necesito pagarlas ni robarlas. Es la empresa familiar, aunque no creo que falte mucho para que pase a ser mía.

Oh, guau. Dejo de mirarlo como si tuviera monos en la cara, probablemente se esté riendo de mi asombro en silencio. Quiero hablar sobre el tema, pero no quiero entrometerme. Quizá en otra ocasión lo hablemos.

—Muchas gracias, Jayden.

—Espero que cuando estés en tu habitación te acuerdes de mí.

Muevo la cabeza hacia arriba bruscamente para mirarlo y él se apresura a aclararse.

—Al ver las lámparas. Claro.

Hay una pizca de diversión en su voz, lo que me hace sonreír complaciente. Jayden es simpático y divertido, y estoy segura de que una gran persona.

—Bueno, estoy segura de que lo haré. —¿Por qué no jugar un poquito? Estoy soltera. Me acerco a él y le doy un beso en la mejilla para despedirme—. Espero que volvamos a vernos.

Salgo de la tienda dejándolo allí y sin ninguna intención de volverme a mirarlo. De camino a casa recibo otro mensaje. Saco el teléfono para leerlo, pensando en que puede ser Zeus, pero me sorprendo al ver un número que no conozco. Me detengo al leerlo y sonrío encantada cuando lo hago.

Tu beso me ha dejado tan maravillado como sin palabras. Por eso ahora me veo escribiéndote esto. ¿Quieres que tomemos algo este fin de semana?

Voy a responderle, cuando me llega otro de Zeus. Lo que siento cuando veo su nombre no se puede comparar a lo que siento con nadie más. Solo imaginar su voz o cercanía me acelera el corazón. Me altera la respiración, mi cuerpo tiembla y se descontrola, volviéndome completamente adicta a él. Aun así, sé que no está bien. Lo nuestro no puede ser, no al menos si Cristal sigue en su vida. No quiero que se marche cada noche, que me deje por irse a otro hogar. Yo quiero ser su hogar.

Releo el mensaje mientras me dirijo a casa y decido responderle. Tenemos que hablar.

Claro, esta tarde nos vemos y cenamos juntos.

No pasa ni dos segundos cuando vuelve a responder.

¿La cena puedes ser tú?

Ay, que calor me entra de repente. Quiero decirle una y mil veces sí. Pero debo detener esto cuanto antes. Sé que no somos nada, que no puedo darle a elegir, y por eso no voy a hacerlo, solo voy a detener este juego en el que nos sumimos aquel día en el aeropuerto. Me gusta, me gusta muchísimo, tanto que me da miedo, pero no quiero ser la otra. No quiero ser el juego que le de diversión, no quiero que me busque solo para sexo. Necesito más, mucho más, y precisamente por eso esto tiene que acabar.

Acabo de romper una relación de seis años con Marco y, con solo una mirada, Zeus ha conseguido cautivarme desde el primer momento. He sentido una conexión tan fuerte con él que no se si sería capaz de no volver a verle, pero debo hacerlo.

—Hola.

La voz de Maddie me sorprende, pocas veces la escucho. No tiene los cascos puestos, está escribiendo en unos folios y tiene un libro muy gordo sobre el mostrador. Contenta por este adelanto, me acerco a ella con una sonrisa y observo lo que escribe.

—¿Estás estudiando?

Ella asiente sin dejar de escribir. —Me encantan las flores, estoy estudiando diseño floral. Siempre he querido tener una floristería o hacer encargos florales para fiestas.

Me sorprendo, la verdad no es para menos. Madison viste de negro la mayor parte del tiempo, tiene piercings en la nariz, ceja y labio, el pelo con mechas y los parpados tan negros que parecen dos pozos sin fondos. Para nada me la imagino tras un mostrador de una colorida y alegre tienda de flores. Pero me alegro por ella, es muy joven, muy lista y espabilada. Estoy segura de que será una gran florista.

Me sigo acercando a ella hasta dejar las dos cajas sobre el mostrador y, con una sonrisa, le tiendo una de ellas.

—Toma, te regalo una. Aquí apenas hay luz y vas a dejar la vista en ese libro.

Ella me mira atónita, como si fuese la primera vez que le regalan algo. Sus ojos van de la caja a mí con nerviosismo, me hace reír. No es la típica chica que parece ponerse nerviosa.

—Gra-gracias Ava. —Vaya, se acuerda de mi nombre. Sonrío complacida—. La usaré encantada.

—No lo dudo, y confío en ti. Aprobarás, seguro.

Ella asiente seria y vuelve a enfocarse en el libro. La miro unos segundos más hasta que me dirijo al ascensor. Subiendo, pienso en Zeus. Tengo ganas de verle y contarle lo que está haciendo Maddie,

saber cómo le ha ido el día y cenar mientras vemos una película. Pero no puedo dejar de pensar en lo mismo de siempre: está con otra mujer.

Suspiro, frustrada. No quiero, no creo que pueda dejar de verlo, aunque sé que es lo que debo hacer. Para que todo sea más llevadero, me enfocaré en que solo nos conocemos desde hace dos semanas, es absurdo que pueda sentir algo más que simple encaprichamiento por él. Agarro con fuerza la caja que tengo en las manos, convenciéndome a mí misma sobre lo que tengo que hacer en unas horas.

Cuando entro en mi apartamento Jessica está sola en el sofá, con una taza en las manos y el pijama. Dejo la caja en la encimera y voy hacia ella.

—Buenos días, me muero por un café —Le quito la taza y me la llevo a los labios—. Mmmm, que bien sienta.

—Tiaaa, es mi desayuno.

—Ahora es mío.

Con la cara arrugada, se levanta del sofá y va a por otro. No tarda mucho en gritar desde la cocina:

—¡Qué tranquila me quedo cuando te largas a correr! ¡o a correrte!

—¡Jessica! —Le reprendo intentando no ahogarme con el café.

Ella suelta una risotada que acaba contagiándome, pero desaparece en décimas de segundos cuando el tema de Zeus vuelve a mi cabeza. Jess se sienta a mi lado y me mira achinando los ojos.

—Suelta prenda, hermana.

—¿Qué? —pregunto haciéndome la distraída.

—Ava, te conozco. Basta con que respires de una manera diferente a como sueles hacerlo y me doy cuenta de que algo ocurre. ¿Es por Zeus?

La miro unos segundos, es mi mejor amiga, pero no sé si debo contarle algo más de lo que sabe. Sin embargo, como ella ha dicho, me conoce muy bien, y cuando cree que me ocurre algo no se detiene hasta que lo averigua. Suspirando y sintiendo pena al asumir que todo va en serio, dejo la taza sobre la mesa.

Le cuento a Jessica lo que me ronda por la cabeza y lo que me he propuesto hacer. Ella me apoya en todo, incluso en que disfrutase con Zeus, pero también reconoce que no estamos actuando bien al no pensar en Cristal.

Todo lo que necesito escuchar, me lo dice. Sus palabras me tranquilizan y me hacen pensar las cosas fríamente. Me hace recapacitar y, aunque me duela, tomar una decisión.

A las seis y media, el timbre de mi piso suena. Me da la sensación de que retumba en todo el apartamento y mi corazón. Tiemblo y no sé si lo hago por mis ganas de verle o por lo que está a punto de ocurrir.

Llevo sola casi dos horas porque Jessica se fue a trabajar y no he dejado de darle vueltas al asunto ni una sola vez.

He leído una y otra vez sus mensajes y los he comparado con los de Jayden, incluso me he preguntado cómo hubiera sido todo si hubiese conocido a Jayden y no a él. En si fuese mejor conocer a... El timbre vuelve a sonar, sacándome de mis atormentados pensamientos y no puedo hacer otra cosa que abrir.

Apretando mis manos en dos puños camino hacia la puerta y la abro. Entonces todo en mí se relaja de inmediato, me siento como en una nube y sonrío. ¡Dios! Lo hago como una auténtica pánfila, pero ¿Cómo no hacerlo? Es tan alto, guapo y seguro, que pierdo la razón.

—Hola, honey.

Con una sonrisa de medio lado, me planta un besazo de película en los labios y me desinflo. ¿Cómo voy a decirle que no podemos volver a vernos? No al menos con estos fines. Cuando me suelta, deslizo mis manos por sus brazos, disfrutando de esta última vez, hasta separarme de él. Sin decirle nada aun, lo invito a pasar y no me pasa desapercibida su mirada. Deja sus cosas sobre uno de los taburetes y vuelve a mí, cogiéndome por la cintura y sentándome en la barra de la cocina.

—Me moría de ganas de verte. —Su aliento choca en mi cuello, poniéndome todo el vello de punta.

Comienza a besarme la zona más sensible de mis clavículas y, por inercia, me echo un poco más hacia atrás para dejarle vía libre en mi cuello. Zeus desliza sus manos por mis costados, subiendo ligeramente la camiseta morada de mangas largas que me he puesto. Se deja caer un poco sobre mí y me apoyo con los codos sobre la superficie. Baja su cabeza hasta mi estómago, que se contrae bruscamente al sentir sus labios sobre mi piel. Cierro los ojos y dejo caer la cabeza hacia atrás, notando como su cálida lengua sube por mi tronco, junto a la prenda, y me lame la carne de mis pechos que sobresalen del sujetador.

Jadeo. Tengo calor. Le necesito.

Mis piernas se abren solas, invitando a que se pegue más. Y lo hace, mmm, sí que lo hace. Su erección es inminente, ardiente y juguetona. ¡Me muero por tenerla dentro! Sus dedos se clavan en mis costados cuando empieza a rozarse en mi zona sensible. Una de sus manos llega a mi nuca y, con delicadeza, me hace mirarlo. Sus iris se han achicado para darle espacio a sus pupilas, que han convertido sus ojos en dos agujeros negros. Me muero del deseo al verle tan excitado.

Me acerca la cara a la suya y me besa con ardor, pero diferente. Esta vez es más delicada, ahora que lo pienso, sus caricias también. Se está recreando más de la cuanta, me observa con más detenimiento y me muerde con más pasión. ¿Qué le ocurre? ¿acaso él también...? No, no puede ser, nunca ha mostrado ningún sentimiento fuera de lo

normal hacia mí.

—Eres preciosa. —Interrumpe mis pensamientos, aunque no me mira al hacerlo. Está besando mi piel, pero entonces, alza un poco la cara y sus ojos están sobre los míos, se ve tan bien desde aquí arriba. Con su dedo pulgar me acaricia el labio inferior hasta conseguir meterlo en mi boca. —. Quiero que seas mía. —No digo nada, aunque me excito al escucharle. Él mueve su dedo en mi boca y frunce el ceño, ¿Confundido?—. Dilo Ava, ¿eres mía?

De repente, no sé qué decir. ¿A qué viene esa pregunta? Nunca me la había hecho. ¿Qué debo decir? No quiero responderle, estoy demasiado caliente para ponernos a hablar. Pero parece que es muy importante para él que responda y por eso me pellizca uno de mis pezones cuando lo saca del sujetador.

—Yo sé que soy tuyo —Me besa—. No quiero ser de nadie más. —Muerde mis labios—. No sé por qué, pero en mi mente solo estás tú. —Jadeamos y nos rozamos, provocándonos—. Soy tuyo, nena. Tuyo...

Seguimos besándonos, disfrutándonos, acariciándonos, pero mi conciencia no me deja tranquila. Me dice una y otra vez que lo que él dice no es cierto. No es mío y no está dispuesto a serlo. Si de verdad no sintiera nada por Cristal, ya la hubiese dejado. Ahora quiere ser mío, quiere que sea suya, pero cuando llegue la madrugada desaparecerá y me dejará sola y desnuda en mi cama, con el recuerdo de lo que ha ocurrido entre nosotros, dolida y despechada por no ser yo quien disfrute de las mañanas con él.

Empiezo a agobiarme, ¿He venido hasta Nueva York para ser la amante de un cirujano? ¿Quiero salir en el encabezado de una revista famosa como la amante caza fortunas roba hombres? El corazón me bombea, siento como su boca se mueve por todo mi cuerpo, sus manos me toman, me mueven, me hacen vibrar. Mi subconsciente me dice que esto no está bien, mi corazón que disfrute, mi mente que termine esta estupidez y mi corazón insiste. No puedo respirar, me ahogo con este caos de sentimientos.

—Honey, ¿Estás bien? —Escucho su voz, pero lejana. Creo que estoy teniendo un ataque de ansiedad o que se yo. Zeus se incorpora y me mira asustado, me abraza, de buenas a primeras me abraza, y el miedo desaparece.

No quiero enamorarme, no debo. Si lo hago ¿Cómo soportaré que él también me abandone? No, definitivamente, no.

Volviendo en mí, coloco mis manos en su pecho y lo retiro un poco. Se da cuenta de que algo no va bien, lo conozco, lo veo en sus ojos. Con el corazón en un puño y el estómago encogido, dolida y con ganas de llorar, susurro sin poder mirarlo:

—Esto no puede seguir así. Yo....yo no…no puedo. Tenemos que dejar de vernos.

· Capítulo 37 ·

Zeus

Una sensación muy extraña se apodera de mi pecho al escuchar sus palabras. ¿Dejar de vernos? ¿Cómo vamos a hacer tal cosa? No, no puedo hacer eso. La observo sin moverme, sigue sentada sobre la encimera solo que ahora algo más recompuesta. Su respiración sigue agitada, pero ya no sabría decir si es por la excitación o por lo que acaba de decir.

Tras varios segundos de confusión y de silencio por parte de los dos, me acerco de nuevo a ella. No tengo que abrirle las piernas para ahuecarme entre ellas, simplemente su cuerpo se moldea jodidamente bien al mío. Cojo su fina y delicada cara entre mis manos y tengo la intención de besarla, pero entonces ella niega y se retira de mí.

Siento mi corazón acelerarse al mismo tiempo que mi respiración. No puede estar pasando esto, no puede estar hablando en serio. Insisto en besarla, en sentirla porque, aunque acabo de tocarla, parece que hace una eternidad que lo hice. Quiero besarla, que me bese, sentir el anhelo en sus caricias, pero sigue negándose. Se mueve entre mis manos y consigue que caigan.

—¿Es que no te das cuenta? —pregunta al borde del llanto.

No sé qué quiere decir. Doy un paso atrás, confundido. Ella se inclina hacia adelante, apoyando sus manos en el borde de la encimera y me mira dolida y enfadada. Espera a que diga algo, tengo que reaccionar y calmarla.

—Yo... ¿Qué ha pasado, honey? —Acercándome de nuevo, pongo mis manos sobre sus muslos y ella retira la mirada, volviéndome la cara para ocultar sus lágrimas. Joder, no quiero verla así. No quiero volver a forzarla, ni siquiera sé que cojones me ha pasado antes cuando lo he hecho, jamás le haría daño, y por eso hablo sin hacer que me mire— Parecía que estábamos bien, ¿Qué ha ocurrido?

No sé ni para qué le pregunto, es evidente lo que está ocurriendo. Cuando quise volver a verla, supe que estaba metiéndome en un buen lío, uno que tiene nombre y unos ojos grises preciosos.

He intentado por todos los medios evitar esta situación, la he calmado asegurándole que dejaré a Cristal y no le he mentido cuando se lo he dicho, quiero dejarla. Desde el primer momento en que Ava se cruzó en mi camino quise hacerlo, pero está Max que no deja de joderme la vida.

Ava se mueve y me aparta de ella para bajarse de la barra, la miro

sin tocarla y siento miedo. Sí, miedo, joder. Un miedo que me paraliza, ¿Dónde va? La sigo por el pasillo hasta llegar a su habitación y entonces, furiosa, señala la cama y empieza a gritar:

—¡Vamos a follar Zeus! —En estos momentos no pienso en nada más que besarla, soy gilipollas. Ella está llorando y gritando y yo solo pienso en eso, hasta que vuelve a gritar— ¿No es a lo que has venido?

Sus palabras me cogen por sorpresa, ¿Cómo ha dicho? Da vueltas por la habitación, levanta las manos y grita mil y un improperio. Todo se está descontrolando, se me está yendo de las manos y no sé cómo detenerlo.

—¡Tenía que haber sido más lista! Dios, no tendría que haber accedido a esto. ¡Nunca he querido ser la otra! ¿Entiendes? He sido una ilusa todo este tiempo creyendo que iba a dejar de serlo, pero has vuelto a irte para estar con ella.

Suelto aire por la nariz, descontrolado por lo que insinúa. Jamás he pensado que es la otra, no la considero mi amante ni mucho menos. Solo está ella, ¿Por qué no es capaz de verlo? Me acerco a ella con el corazón a mil y, agarrándola de los brazos, la hago detenerse y mirarme.

—¿De qué coño hablas? —Ava aprieta los labios y entorna los ojos. Mira mi cicatriz y me siento ligeramente incómodo, desnudo, y la suelto antes de que me pregunte algo sobre ella.

Niega con la cabeza una y otra vez, se retuerce los dedos de las manos, se muerde el labio inferior y habla entre dientes. Me siento un puto cobarde, no tengo el valor suficiente de acercarme, besarla y decirle lo que siento.

—¿Sabes? —Suelta una risa irónica y la miro a la espera de qué tiene que decir— Esto nunca tendría que haber ocurrido.

—Pero ¿qué dices? Claro que sí, honey. —Me acerco para hacer que me mire. No puedo soportar esto que estoy sintiendo—. Cristal no es nadie para mí, créeme, pero no puedo dejarla.

—¿Qué no puedes dejarla? ¿Acaso estás amenazado si la dejas o qué? —exclama alzando las manos.

Resoplo y entonces su cara cambia radicalmente. Ya no parece frustrada ni enfadada, si no sorprendida y confusa. No sé qué gesto o movimiento he hecho, pero ella ha sabido al momento que algo no va bien. Frunce el ceño y sus labios se abren un poco.

—¿Qué ocurre Zeus?

—Nada. —digo fríamente con la intención de hacerla callar. Pero ella no es así y eso me hace tener que contener una sonrisa.

—¿Cómo que nada? —Intenta imitar mi voz y se cruza de brazos frente a mí— Cuéntamelo, puedo ayudarte. Seguro que hay una solución.

No la hay. Bueno sí, la única solución es casarme con Cristal y

quedarme el hospital. Ese es el único final. Niego con la cabeza cuando empieza a acercarse a mí, pero soy incapaz de alejarme de ella. Necesito tanto su calor.

Sus manos acarician mis brazos y la piel me vibra. Empiezo a respirar pesadamente cuando su boca roza mi pecho, aun con la ropa puesta siento perfectamente sus carnosos y delicados labios. Cierro los ojos, conteniendo las ganas que tengo de besarla.

—Zeus. —Los abro de golpe al escucharla y lo hago. Sé que quiere, siempre que dice mi nombre quiere.

Siento su cuerpo relajarse, la agarro de la nuca y la acerco más a mí. Mi lengua entra en su boca como si fuese suya, quizá lo sea, reta a la suya y la acaricia. Nuestros labios se unen y abrazan en un mismo ritmo, mientras nosotros nos movemos por la habitación hasta quedar pegados a la cómoda.

Acaricio sus brazos, cuello y cara sin apartar mi boca de la suya. Pego mi pelvis a ella, me muevo y la embisto, deseoso de que sienta cuanto la deseo. Ava jadea y yo pierdo el control. Paso mi brazo por debajo de su culo y la alzo hasta sentarla encima del mueble.

—Te deseo. —Pego mi frente a la suya y nuestras respiraciones se mezclan. Espero a que ella diga algo, pero no lo hace así que vuelvo a besarla y mirarla después—. A cada momento, deseo estar contigo.

No habla, pero asiente y me acaricia los hombros. No hace falta más, sé que ella siente lo mismo. Le quito la camiseta y queda con un sujetador lencero con rosas blancas bordadas que me deja la boca seca. Su pecho sube y baja con celeridad y dejo mis manos sobre su vientre para apaciguarla. Sonrío al causar el efecto contrario, sofocándola y tiñendo sus mejillas de rojo.

Mis manos viajan a sus muslos, cubiertos por un pantalón de pijama con arcoíris, los abro y su imagen me cala. Sentada frente a mí, en sujetador, con las manos apoyadas en el mueble y los brazos flexionados, sus piernas abiertas y sus mejillas rojas. ¡Joder! Es pura tentación.

¿Cómo es capaz de pensar que puedo estar sin ella?

Atraído como un imán, me acerco a ella mientras desabrocho mi pantalón vaquero. Ambos deseamos lo que está a punto de ocurrir, lo necesitamos, nuestros cuerpos nos delatan. Me quita la camiseta y pasa sus manos por todo mi tronco a la vez que desabrocho su sujetador y sus erectos y preciosos pechos quedan descubiertos para mí.

Sin necesidad de pensarlo, me meto uno en la boca. Lo muerdo, paso la punta de mi lengua por su rugosa piel y juego con él hasta que mi chica suelta un jadeo.

¿Mi chica? ¿Qué pasa? No, no puede ser Zeus...Dijimos que esto no ocurriría.

Como me detengo por el impacto de mis propios pensamientos, ella tira de mi pelo hacia arriba y me hace mirarla. Ninguno decimos nada, ambos somos unos cobardes al no ser sinceros con el otro. Suelta mi pelo y me acaricia el rostro, pasando la yema de su dedo índice por mi cicatriz. Aprieto la mandíbula al sentir el frío inquietante sobre esa zona. Aparto la cara sin poder evitarlo, no quiero que sepa qué ocurrió.

—¿Por qué no me lo cuentas? —No la miro, no puedo. Agacho la cabeza y miro el suelo. Ella hace fuerzas para volver a levantarme la cabeza, pero no lo permito y entonces grita antes de bajarse del mueble— Eres un imbécil.

Está arrinconada entre mis brazos y la cómoda. Nuestras miradas se retan, luchan para ver cuál es el contrincante más fuerte y, como me enseñó mi padre, gano la batalla. Aunque me cuesta horrores no mirar su cuerpo semidesnudo o besar sus labios, no retiro mi mirada hasta intimidarla.

Tras bufar, escapa por debajo de mi brazo y se pone su camiseta. Aun apoyado en la cómoda con los brazos extendidos, veo como recoge su ropa, se viste y me tira la mía a la cara. ¿Cuándo cojones hemos llegado a esto? Si hace unos segundos estábamos comiéndonos a besos.

Quiero enfadarme, pero no puedo. No si se trata de ella y más sabiendo que está en todo su derecho. Ni siquiera sé cómo ha aguantado tanto tiempo en esta mierda. Resoplando, me coloco la camiseta y salgo al salón, donde la encuentro con la puerta abierta. Me acojono, el estómago se me contrae y el corazón vuelve a palpitar como loco.

Camino acelerado hacia ella y, apartando su mano del borde de la puerta, cierro de un golpe, asustado porque sus palabras fuesen en serio. Ava me mira con la boca apretada y en sus ojos veo ira, algo que nunca había percibido en ella.

—Quiero que te vayas.

No puede ser. Niego con la cabeza, ni loco la dejo.

—No.

—¿No? —pregunta alzando la voz.

No le respondo y ella da un paso hacia mí.

—Si quieres quedarte, deja a Cristal. No soy tu juguete.

—¡Mierda! ¿Qué dices? ¿Cuándo te he hecho sentir así?

Otro paso más. Amenazante y atrevida, descarada. Me vuelve loco.

—Cuando me follas y te largas con tu mujer.

—No es mi mujer, maldita sea.

Aprieto la mandíbula, no sé cómo explicárselo.

—Ah, ¿no? ¿y por qué te vas con ella cuando terminas conmigo? ¿Por qué tenemos citas donde nunca hay nadie? ¿por qué solo vienes

de noche? —Voy a hablar, pero ella levanta un dedo y me señala— Ni se te ocurra decir que por el trabajo. Ya sabes a qué me refiero. —Esta mujer me conoce demasiado— ¿Qué te ha pasado en la cara? ¿por qué nunca me hablas de tu pasado? Y ¿de tu familia?

Preguntas, preguntas y más preguntas. Me canso de ellas, ¿Por qué cojones no disfruta de nuestro tiempo juntos y ya está? No quiero contarle nada sobre la cicatriz, no quiero que piense algo de mí que no es. No puedo hablar de mi madre, aunque han pasado muchos años, aun no puedo. Y sobre mi padre y mi hermana, ¿para qué necesita saber de ellos? Solo debo importarle yo.

Intento ordenar mis pensamientos, buscar qué decirle para que se quede tranquila y olvide que quiere que me vaya. Pero no me atrevo, no soy capaz de soltar una puta palabra. Me da tanto miedo decepcionarla, que solo consigo eso mismo. Al ver que no digo nada, aprieta las manos en un puño y, de muy mala leche, vuelve a abrir la puerta. La miro atónito mientras la escucho:

—No tenemos nada más que hablar. —Como no me muevo, señala con la mano hacia el pasillo del edificio, insistiendo para que salga.

Me sudan las manos y la nuca, mi cuerpo parece descomponerse. Como salga por esa puerta, no volveré a verla. No al menos de la misma manera en que lo hacíamos hasta hace unas horas, no podré volver a tocarla y tendré que volver a como era mi vida antes de ella. Frunzo el ceño al sentir un hormigueo en mi nariz y mi corazón volver a bombear con fuerza. ¡No hay manera de que se controle!

Ava camina hacia mí con la cara arrugada y tira de mi camiseta, arrastrándome, a pesar de que hago fuerzas, hasta la dichosa puerta.

—Es lo mejor Z, es lo mejor.

Maldigo para mis adentros. ¿Cómo lo mejor va a ser estar sin ella? No puede estar diciéndolo en serio. Casi fuera de su piso, me vuelvo hacia ella y le cojo las manos. Sin miedo de suplicarle que no siga con esto. ¡Me arrodillaré si es necesario!

Agarro sus manos y tiro de ellas para que se pegue a mí. Su cara llega a mi pecho y tiene que alzar la cabeza para poder mirarme, al igual que yo bajarla para hacerlo. Estamos así un rato, aunque no suficiente para mí, en medio de la salida de su casa, en la cuerda floja. En silencio, pegados y mirándonos a los ojos, me doy cuenta.

Casi me tambaleo al hacerlo, ¿Cómo he tenido que verlo tan tarde? Quiero decirle lo que acabo de descubrir, sonrío incluso cuando voy a decir la primera palabra, pero entonces ella vuelve a retirarse.

—No insistas. Da igual lo que sienta por ti, porque ¡Joder! No sé si te has dado cuenta, pero para mí no es solo sexo —Quiero gritarle que para mí tampoco, pero no salen las palabras, nunca me había pasado nada igual. Mi silencio la agobia y entonces vuelvo a ver sus ojos llenarse de lágrimas—. Quizá en otro momento sea posible, pero

ahora no.

Doy un paso adelante y ella uno hacia atrás. Intento asumirlo, aceptarlo y asiento. La...la...ni en mi mente soy capaz de reconocerlo y no sé por qué.

Estoy perdiéndola, estoy saliendo de su casa y dejándola sola y no soy capaz de articular palabras. Para cuando quiero darme cuenta, la entrada a su piso nos separa. Ella dentro y yo fuera. Tan alejada de mí, tan preciosa con su pelo suelto, pero tan triste...

Alargo el brazo con la mano abierta hacia ella, esperanzado de que la coja y tire de mí, pero no ocurre. Una lágrima cae por su mejilla al mismo tiempo que empieza a cerrar la puerta y susurra:

—Hasta pronto, Zeus.

El ruido de la puerta cerrarse y sus palabras resuenan como el sonido más chirriante jamás escuchado. Aunque la puerta no va a abrirse, aguardo, pero cuando pasa demasiado tiempo me voy. No espero al ascensor, necesito salir de este edificio.

Bajo las escaleras, agobiado y dolido por lo que acaba de ocurrir. Mi chófer aparece poco después de que lo llame, subo al coche y, aunque me saluda, yo no le dirijo la palabra. No estoy de humor.

Diez minutos después, estoy subiendo hasta la undécima planta del edificio donde vivo. Las puertas del ascensor se abren y aparece mi apartamento. No quiero estar aquí, quiero estar allí con ella. Pero ya es demasiado tarde, me he dado cuenta muy tarde.

Cristal está en la cocina mientras Ivonne, la chica a la que ahora utiliza como esclava prácticamente, le prepara algo de cenar. Cristal me mira y sonríe fríamente, se retira su pelo rubio del hombro y camina hacia mí contoneando sus caderas de un lado a otro. La miro de arriba abajo, buscando algo que se asemeje a Ava, un mísero destello de ella en esta mujer, pero no hay nada. No hay nadie como ella.

—Zeus, amor, Ivonne nos está preparando la...

Ni siquiera mi nombre suena bien en sus labios. Me cabreo, demasiado, y por eso decido dejarla sola en el salón.

—No voy a cenar, hazlo tu sola. Hoy no tengo un buen día.

Me doy la vuelta y entro en mi habitación hecho una furia. Cojo ropa para darme un baño, necesito tranquilizarme. En el cuarto de baño, mientras la bañera se llena, me miro al espejo con la camiseta quitada. Recorro mi cuerpo con los ojos, intentando sentir de nuevo sus manos sobre mí, pero es imposible. Cierro los ojos y aprieto mi agarre al borde del lavabo. Con mil emociones nuevas descontrolando mi cuerpo, termino de desnudarme y me meto en el agua. Apoyo la cabeza en el borde de la bañera para que el agua me llegue hasta la barbilla y cierro los ojos para pensar en Ava.

En sus manos, su sonrisa, sus ojos, su pelo, su cuerpo, su voz.

Suspiro aturdido, jamás me había sucedido nada igual. Pero no queda de otra, tengo que olvidarme de ella, le he suplicado y aun así cree que esto es lo mejor, así que no volveré a interferir en su vida si así lo desea. Me paso las manos por la cara y el pelo, pensando en una sola cosa:

¿Voy a ser capaz de estar sin ella?

· Capítulo 38 ·
Abril

Ava

—Ava, no seas cría. En algún momento tendrás que volver a verle.

Vuelvo los ojos al escuchar lo mismo desde hace seis días. No quiero encontrarme con él y mucho menos verlos a los dos juntos. Hace seis días que no nos vemos ni hablamos y, sincerándome, me está costando muchísimo aguantar mis ganas de escribirle y decirle que estoy arrepentida. Sé que no debo hacerlo, de hecho, no pienso hacerlo, tomé una decisión y debo llevarla a cabo. Aunque me duela, es lo correcto.

Los dos primeros días, Zeus me mandaba mensajes y me envió dos ramos de orquídeas con una tarjetita donde me decía que le diera otra oportunidad. Quería responderle que no hacía falta, que podía volver cuando quisiera, pues yo no estoy enfada con él, si no conmigo misma. Pero segura de que así lo haría, decidí tirar los ramos a la basura, solo el olor me dolía.

Me encuentro tirada en el sofá, reflexionando sobre lo difícil que se nos ponen las cosas en el transcurso de nuestras vidas, de cuantas decisiones dolorosas debemos tomar y de lo duro que es crecer y madurar. Ahora me río de mi yo de siete años que quería ser adulta.

Mientras se maquilla en el cuarto de baño del salón, Jessica sigue echándome la bulla por no querer ir con ellos al pub de Peter.

—Han pasado seis días, ¡Seis malditos días! Y no te levantas del sofá ni sales de casa. ¡Es un hombre, hay miles en el mundo! Como por ejemplo ese bomboncito de la tienda de muebles... ¿Cómo se llamaba? ¿Jacob? —Hace una pausa, en la que yo pienso en Jayden, el pobre no ha dejado de escribirme esta semana y yo lo he ignorado, y vuelve a gritar— ¡Jayden! Como olvidarlo si su nombre aparece en tu pantalla del móvil cada día.

La ironía de Jessica me hace sonreír, ni enfadada da miedo. Se pone tan graciosa con esa voz chillona que le sale. Resoplo, sé que tiene razón. No sé por qué estoy así, debería estar contenta. Estoy en una ciudad nueva, tengo trabajo, mi ex por fin se ha olvidado de mí —Por sus redes sociales Jessica y yo hemos descubierto que está saliendo con una de sus compañeras de trabajo. No te puedes imaginar lo contentos que se pusieron Hugo y Lucas cuando se enteraron—, e incluso un chico guapísimo y simpático se preocupa por mí, pero...no es él.

—Ava, por favor. Ven con nosotros, te vendrá bien beber y...

El timbre le cierra el pico. Para mi suerte, porque no creo que pudiera seguir aguantando sus regañinas. Enrollada en una manta porque, a pesar de que estemos en abril y las temperaturas empiezan a subir, aunque lentamente, este apartamento es muy frío. Tenemos calefacción que calienta todas las habitaciones, pero, oye, como una mesa con sus enaguas y la estufita no hay nada. A lo mejor, para distraerme, me paso por la tienda de muebles y compro una.

Cuando abro la puerta, Peter, voluminoso, alto, arreglado, peinado y perfumado, aparece ante mí. Sonrío inmediatamente, nos caemos muy bien y tenemos confianza. Aunque como para no, si duerme aquí casi todas las noches y escucho sus gritos y los azotes que le da a Jess cuando el cerrojo de la habitación se cierra.

Entrando en mi apartamento, me da un apretoncito en el hombro y se coloca en el centro del salón. Se mete las manos en el bolsillo y, sin saber por qué, se crea un silencio muy incómodo. Lo miro de reojo cuando paso por su lado para volver al sofá, está balanceándose con el talón y la puntera de sus pies mirando el suelo. Como no sé qué decirle, no digo nada.

Siento el sofá hundirse por el cabezal, donde tengo la cabeza apoyada, y unas manos en mis hombros, masajeándome. Me pongo en alerta y me tenso, pensando que pueda ser él. Me giro lentamente y me encuentro con los ojos azules de Peter.

—¿Estás bien? —Sonríe, continuando su masaje, y asiento. Se acerca a mí y lo miro a los ojos—. Está en el coche, Ava. Tiene la esperanza de que vengas con nosotros.

Mi respiración se acelera al compás de mis pulsaciones y las ganas de llorar que me entran. Está aquí mismo, tan cerca. Parpadeo, conteniendo las lágrimas para que Peter no presencie otra de mis llorinas y niego efusivamente. Trago saliva, arrugo la frente y me doy aire con la mano abriendo los ojos, no puedo seguir llorando. Antes que Peter diga algo más me levanto y, dirigiéndome al pasillo, pero dándome la vuelta en la puerta antes de continuar mi camino, balbuceo con la intención de parecer que sigo entera:

—Otro día, lo prometo. Pasadlo bien.

Casi corro hasta mi habitación, pasando de largo cuando Jessica me pregunta que pasa y cierro la puerta tras de mí. Me quito la manta, saber que está fuera esperando que vaya me acalora e inquieta al mismo tiempo. Como la ventana de mi habitación da al callejón, me asomo para ver si puedo verle desde aquí. Saco la cabeza y agudizo la vista en el momento en que Jessica y Peter, cogidos de la mano, se acercan al coche negro que los espera y la puerta trasera se abre, saliendo por ella el hombre al que deseo.

Cojo aire hasta llenar mis pulmones y lo suelto, lloriqueando como una niña pequeña. Pensando que no va a verme, aprovecho para

deleitarme con sus vistas. Va vestido con un polo blanco de mangas cortas, un pantalón oscuro y unos zapatos negros. Su pelo ondulado, negro como la noche, está hacia atrás, aunque no forzadamente peinado, y sus ojos cubiertos por unas gafas de sol, aunque seguro que su cicatriz es visible.

Estoy pensando en cómo sería ir allí y cogerle de la mano, cuando su cabeza se mueve hacia arriba y en mi dirección. Se me corta la respiración, incluso creo que mi corazón deja de latir por unos segundos cuando Zeus, lentamente, se sube las gafas de sol para que sienta sus ojos en los míos.

Quiero volver dentro, pero me es imposible estoy pegada al suelo. Veo que habla con los chicos y a Peter negar con la cabeza. Después estos entran en el coche y Zeus, antes de hacerlo también, vuelve a mirar hacia mí y, asintiendo lentamente, sube al vehículo.

Suelto el aire contenido al ver como se marchan y me apoyo en la pared de mi habitación, donde dejo caer algunas lágrimas.

* * *

El fin de semana lo pasé trabajando en algunos reportajes de fotos en los que conocí lugares de la ciudad muy bonitos y a los que Amber me ha acompañado para aprender más sobre la fotografía. Ha sido para mí un alivio que su hermano no la trajera a ninguna de nuestras quedadas, no sé si hubiera trabajado con eficiencia después de haberle visto. Jessica parece estar de mejor humor ahora que he empezado a salir, aunque todavía me riñe porque no contesto los mensajes de Jayden.

Y hablando de mensajes, Zeus no me ha enviado ninguno en todos estos días. Quizá empiece a olvidarse de mí, al fin y al cabo, no éramos nada.

Todos los días hablo con mi familia y amigos para saber cómo están y comentar como serán las dos semanas que pasarán aquí Lucas y Hugo. Jessica y yo estamos deseando poder verlos.

Intento mantenerme ocupada y distraída con el trabajo y yendo de compras con Jessica, e incluso he accedido a unirme a alguna que otra cena romántica con ella y Peter. Pero por ahora me mantengo al margen cuando salen todos juntos.

Dos semanas. Ese es el tiempo exacto que hace que no sé nada de él. Y lo poco que sé es porque Peter, aunque no se lo pida, me lo cuenta y, además, hace unos días recibí mi gargantilla, aunque no llevaba nota.

Ya es viernes y estoy agotada, la semana ha sido muy dura. He

tenido que trabajar casi todos los días, por lo que no me quejo ni mucho menos, mi trabajo está siendo reconocido, y para colmo hace unos días discutí con Jess, aunque ya nos hemos reconciliado.

El martes, fue uno de esos días en los que no tenía ganas de seguir escuchando gemir a mi amiga y gritarle a Peter, una y otra vez, lo bueno que es en la cama. A pesar de que me levanté con un humor de perros, decidí ignorar el asunto porque no quería discutir con ellos. Pero el colmo fue cuando, mientras desayunaba, Peter salió como su madre lo trajo al mundo de la habitación de mi amiga.

—¡Peter! —grité tapándome la cara con las manos.

—Mierda, Ava. Lo siento.

«¿Es qué aquí están todos tan bien dotados?» Pensé sin poder evitarlo.

Volvió a toda prisa a la que está siendo su dormitorio, a pesar de tener dinero y poder permitirse estar en un apartamento en mejores condiciones o coger una suite cada noche. Fui tras él y golpeé la puerta hasta que Jess salió en sujetador y pantalón de pijama.

—¿Qué pasa?

—¿Cómo que qué pasa? —Le pregunté atónita y cabreada— ¿Ves normal que Peter vaya desnudo por la casa?

Fui al salón y ella me siguió, relatando por detrás lo amargada que me estaba volviendo. Cansada, me giré y le espeté:

—¿Por qué no te alquilas el apartamento de enfrente? Así podrás tener a tu noviecito desnudo el tiempo que desees. A demás, no quiero seguir escuchando vuestras obscenidades nocturnas.

En cuanto dije eso me arrepentí, no quería echarla de nuestra casa.

—¿Me estás echando? —Me preguntó subiendo las cejas.

Le dije justo lo que quería decirle, pero no lo que ella quería escuchar. Me pellizqué el puente de la nariz, desde que me había levantado había presentido que no iba a ser un buen día. Suspiré, buscando las palabras adecuadas para no empeorar la situación.

—No, por supuesto que no. Es solo que necesitáis intimidad, la cual siendo tres no tenéis, y yo necesito dejar de ver como os besáis a cada instante y escuchar como gritáis cada noche. Además, ¿Por qué tengo que verle desnudo?

—Creía que veníamos juntas y estaríamos juntas.

Solo le importó la parte en la que le dije que se fuera. Su cara empezó a hacer algunos gestos que auguraban un cabreo.

—Y es así, pero esto es lo mejor para todos y en el fondo lo sabes.

—¿Lo mejor para todos? ¿o para ti? Solo follamos Ava, no matamos a nadie. Una amiga no echa a otra de casa por eso, no seas egoísta.

«¡Sí, me matáis a mí de la envidia!» Pensé, frustrada.

—¿Egoísta? —El cabreo se apoderó de mí lo suficiente para soltar por mi boca todo lo que se me ocurría —Egoísta tú, que sabes que lo

estoy pasando mal y vienes a refregarme lo bien que te va con tu noviecito o lo que sea, no sé ni que sois.

—¿No sabes qué somos?

Negué con la cabeza, mordiéndome la lengua para no decir más de lo que poder arrepentirme después.

—¿Sabes? Eres una idiota, inmadura, que está pagando con su amiga lo que le está pasando. Y, te digo una cosa, yo al menos tengo citas y puedo estar en público con él, pero ¿Tú? ¿Qué has tenido tú con Zeus? Ni siquiera te tomaba en serio y estás llorándole, cuando la que debería hacerlo es Cristal ya que te tirabas a su novio.

Me quedé sin palabras, realmente me dolió escuchar eso de ella y por eso mismo empecé a gritar tanto que Peter, ya vestido, salió al salón.

—Quiero que te largues ahora mismo. Cuando vuelva no quiero veros aquí, ¿¡Entendido!?

Empecé a caminar hasta la puerta, ignorando las palabras tranquilizadoras de Peter, aunque no las de Jessica.

—¿Dónde vas? ¿Por qué no vas en su busca? ¡Quizá lo encuentres en casa, con su mujer!

Me giré, a toda leche, encontrándome con el gesto contrariado de Peter que observaba la escena sin saber que decir. Mi intención fue decirle a mi amiga un par de cosas, pero no quería empeorar la situación, no después de haber sido yo quien había provocado la pelea.

Después de ese momento, estuvimos sin hablarnos casi cinco horas, demasiado para las dos. Por la tarde, le regalé un bolso y una tarrina de helado y volvimos a ser las de siempre, solo que ahora cada una en un pisito.

* * *

Sábado, el día que siempre he deseado que llegara y que ahora temo afrontar.

En el mismo instante Jessica y yo dejamos de discutir, ella me contó que el sábado iría a una cena de parejas en la que estarían Zeus y Cristal y me pidió que la acompañase. Pensé: «¿Está loca?», pero después de que Jessica me convenciera para llamar a Jayden y empezar a disfrutar de una vez por todas, accedí a ir con ellos. Aunque le dije a Jessica que solo dijera que iba acompañada, no tenía por qué dar explicaciones.

Y aquí estoy, metiendo un mechón rebelde que se escapa del moño bajo que me ha hecho Jessica y admirando el vestido plateado que he decido ponerme. Es ceñido, con tiras muy finas, un escote en mi pecho, dándole protagonismo a mi gargantilla (ahora decorada con

diminutas piedras negras en la cadena, a gusto de él) y otro en mi espalda. Me encanta el efecto que las lentejuelas da al vestido.

Cuando el telefonillo suena, miro hacia el pasillo y veo a Jessica salir del baño, con un vestido corto y de color fucsia, que le favorece mucho, para abrir. Llevo toda la tarde estudiando su forma de actuar, la noto nerviosa y algo distante conmigo, pero no sé qué puede ser y tampoco quiero crearme historias. Por lo que continúo retocándome el peinado, esperando que también vengan a recogerme, hasta que una voz se cuela por mis oídos y me martillea el pecho.

No puede ser. Abro los ojos ridículamente y me muevo como un pato mareado por mi habitación, como si él fuese a entrar aquí. Estoy tan nerviosa que se me cae el bolso al suelo y, antes de que me dé un infarto, saco la cabeza por la ventana para que me dé el aire.

No puede ser, no puede ser verdad que Jessica me la haya jugado así ¡Me las va a pagar! Respiro, agitada, por los nervios o el deseo que emana mi cuerpo de solo pensar en él, no lo sé, pero mi pecho sube y baja a toda mecha.

Como si pudiera sentir su presencia, sé que está en la habitación, mirándome. Lo que no me ayuda a relajarme, todo lo contrario. Trago saliva, repitiéndome una y otra vez lo absurdo de la situación. La cadena de mi bolso suena al ser recogido del suelo, lo que termina de corroborarme que está aquí.

—Hola, honey.

Esa palabra, esa maldita palabra que causa estragos en mí cada vez que la pronuncia, la que tanto he echado de menos. Tomo aire de nuevo, buscando en mi cuerpo un ápice de serenidad para poder enfrentarlo. Algún día llegaría el momento de hacerlo.

Estoy a punto de volverme cuando su mano toca mi espalda desnuda y doy un salto por la sorpresa, girándome de golpe.

—Lo siento, no tendría que haber hecho eso.

Me quedo embobada, sin poder hablar, mientras él se preocupa en subir sus manos expresando su inocencia. Preocupándose porque me ha tocado, sin ser consciente de cuanto he deseado volver a sentirlo.

—Yo...no…tranquilo.

Quiere acercarse, lo veo en su mirada, en el brillo de sus ojos. La seriedad en su rostro, su mandíbula ligeramente apretada y su mano derecha sujetándose su mano izquierda me hacen ahogar un gemido. Sus ojos, que miraban mi cuerpo, se mueven rápido hacia los míos cuando lo escucha.

Por un momento, llevada por la lujuria, pienso en dejarme llevar y dejar que se acerque, que me toque y bese, pero cuando es eso lo que pretende hacer me asusto. Me asusto porque si dejo que se vuelva a acercar, no creo que pueda volver a dejarlo ir.

Así que, consiguiendo que se detenga, levanto la barbilla y una

ceja, no muy segura de cómo actuar de aquí en adelante y tampoco de lo que digo a continuación, pero solo me importa no balbucear por el intenso momento que acabamos de compartir.

—¿Qué haces aquí?

Mira a su alrededor, lo escanea todo, no sé qué busca, pero estoy segura de que busca algo. Su mirada se centra en la cama y la miro yo también, recordando por un momento nuestros encuentros, hasta que sus ojos se posan en mí. Me pongo tan nerviosa que solo se me ocurre ponerme a la defensiva.

—Te he hecho una pregunta —Arruga ligeramente la frente por unos segundos, antes de ponerse completamente serio— ¿Qué haces aquí? En mi habitación.

Zeus estira el cuello y me fijo en como aprieta la mano que agarra su otra muñeca. Sus hombros se mueven, en busca de firmeza y sus ojos lobunos me atacan raudos.

—Nunca te había molestado que estuviera aquí.

—¿Disculpa?

—Lo que has oído, antes querías tenerme aquí. Ambos queríamos —Su tono empieza a suavizarse y suelta sus manos—. Yo sigo queriendo. Pienso en ti cada día.

Aunque sus palabras me llegan al corazón y tienen una fuerza descomunal para romper las barreras que me he propuesto poner entre ambos, no dejo que me cautive. Niego con la cabeza, una y otra vez.

—Sí, nena. Sabes que es cierto.

Lo miro y veo que da un paso al frente, como soy incapaz de rechazarlo, vuelve a dar otro y se detiene.

—Quiero hablarte de mí, de mi pasado, de mi historia, de todo lo que tu desees que te hable. —Por un momento le creo y él, confiado, da varios pasos hasta mí—. Necesito...Me he dado cuenta tarde.

Cojo aire, imaginando qué pueden significar sus palabras. Ojalá significaran lo que deseo. Coge mis manos, enviándome descargas por todo el cuerpo al sentir su contacto, y las coloca sobre su pecho. Lo miro a los ojos, esos que me cautivaron en aquella tienda y que no me cansaría de mirar jamás. Luego está su cicatriz que, aunque tiene un pasado que él protege, me encanta, me atrae a querer saber más de él, a querer seguir curando sus heridas ya sanadas.

La pasión del momento, el silencio de la habitación, los recuerdos y su sola presencian, me hacen dejar que siga acercándose. Que mi cuerpo esté contra el suyo, quedando entre nosotros nuestras manos entrelazadas. El calor de su aliento choca con mis labios y su media sonrisa, ¡Dios, como adoro su media sonrisa! Me hace sonreír tímidamente también.

Cierro los ojos un poco al empezar a sentir sus labios rozarse levemente por los míos. Me va a besar y no soy capaz de negarlo. Casi

tres largas semanas en las que no hemos hablado ni nos hemos visto, en las que lo he esquivado siempre que he podido con la intención de quitármelo de mi mente y ahora estamos aquí otra vez.

Me asusta lo rápido que mis sentimientos crecen por él.

Sus labios están a punto de presionar los míos, ha colocado una mano en mi nuca y con la yema de los dedos de la otra mano acaricia la parte baja de mi espalda, haciendo que toda mi piel se erice. La poca presión que ejerce sobre mi cuello es suficiente para que nuestros labios vuelvan a encontrarse, y todo mi cuerpo flaquea al sentir su calor.

Estoy como en una nube, sigo sintiendo el mismo deseo y desconcierto que sentí la primera vez que me besó, mi cuerpo se deja llevar como si le conociera desde siempre. Como si estuviera hecho para que solo él lo tocara.

Cuando Zeus decide separarse ya tenemos las respiraciones un poco agitadas y ambos sonreímos al sentirlo. Me acaricia la mejilla con la parte exterior de sus dedos, los lleva hasta mi barbilla y la alza un poco con la intención de volver a besarme. Pero entonces suena el timbre de nuevo y yo vuelvo a la realidad.

—Jayden. —digo sobresaltada al estar en los brazos de Zeus cuando estoy esperando a otro hombre.

—¿Qué? —pregunta entonces incrédulo y soltándome lentamente.

Respiro agitada, tanto por el beso como por los nervios de tener que ir con Jayden a la cena después de lo que acaba de suceder. Escucho las voces de los chicos desde el salón mientras Zeus me observa serio, a la espera de una explicación.

· Capítulo 39 ·

Zeus

¿He escuchado bien?

La miro desconcertado, sintiendo como una fuerte ira empieza a subir por todo mi cuerpo. ¿A caso está conociendo a otro? Me he llevado casi tres putas semanas jodido, de mal humor y pagándola con todos, y ¿ahora ella me viene con esto?

Eso me hace pensar en algo, en que Jessica y Peter me han mentido respecto a que Ava estaba mal, cuando en realidad tenían que haberme avisado de que un tal Jayden la está entreteniendo.

Ava se mueve nerviosa por la habitación, se masajea la frente con los dedos e intenta relajarse con ejercicios de respiración, los cuales está haciendo mal y al final empeorará. No puedo evitarlo y me acerco a ella para cogerle las manos, dejando a un lado mi cabreo.

Pero ¿qué me pasa? ¿Tanto me está afectando su presencia que lo dejo todo por hacerla sentir bien? Si hubiera sido otra persona, le habría dicho cuatro cosas, pero, sin embargo, a ella no puedo.

—Honey, deja de respirar tan rápido.

Me mira a los ojos, deteniéndose de golpe, y aprieto un poco los labios, tengo que dejar de llamarla así. Sus ojos grises viajan por mi rostro, parecen asustados y a la vez ansiosos, algo que llama mi atención.

Nuestro juego no está del todo perdido, pero entiendo que quiera olvidarme, he sido yo el que la ha alejado de mí. Por eso mismo, voy a ir con más calma, voy a conquistarla, no voy a intentar besarla, ni tocarla si ella no me lo pide, iré tranquilo y...

¡Mierda! Acaba de abalanzarse y está besándome.

La tengo pegada a mí, con los ojos cerrados y con sus labios moviéndose de una forma muy sensual y seductora, tanto que pierdo la razón. Pero no me da tiempo a reaccionar, me ha cogido tan de sorpresa que ella ha abierto los ojos y se ha alejado de mí sorprendida al notar que no me movía.

—Yo... yo... Ay, Dios mío, ¿Qué estoy haciendo? —Su voz es apenas un susurro, pero puedo escucharla perfectamente.

Todavía siento el calor de sus labios en los míos y me los acaricio, sintiendo un cosquilleo en la misma zona que tenía pensado calmar al estar cerca de ella. Al verla más nerviosa que antes, doy un paso en su dirección y sonrío con complicidad sujetándole la barbilla para que me mire.

—Escucha, no me malinterpretes al no haber reaccionado.

Frunce el ceño y parpadea.

—No tendría que haber hecho eso, no al menos después de haberte rechazado. Soy una idiota.

¿Qué? ¿A caso se está arrepintiendo de besarme? No, no, no, tengo que dejarle claro que puede repetirlo siempre que le apetezca. Niego con la cabeza suavemente y me aguanto las ganas de devorarla, no quiero confundirla más.

—Eh, no pasa nada. No sabes cuánto he echado de menos tus besos —Le acaricio la mejilla y ella cierra los ojos ante mi tacto—. No más que a ti, a tu sonrisa y descaro, claro. —Sonríe sin abrir los ojos y observo con deleite su preciosa cara, me muero por besarla.

De repente su respiración se agita, lo que me hace poner una mano en su cuello y cara, clavando levemente en su piel las yemas de mis dedos. Ava sigue sin abrir los ojos, lo que me está excitando sin medida alguna, pero entreabre sus tentadores labios para soltar un suspiro. Mis ojos van directos allí y mi boca se seca ligeramente.

Con tranquilidad, recorro su mandíbula con el pulgar hasta llegar a su labio inferior. Lo acaricio y llevo hasta abajo, para soltarlo y tragar saliva cuando este vuelve a su lugar, despacio y provocador. Para controlar mis impulsos más primitivos, pego mi frente a la suya y entonces abre los ojos.

Nos miramos hasta que Ava mueve los suyos hasta mi boca y no puedo aguantarlo más. Tiro de su cara con ansias y choco nuestras bocas. Cierro los ojos ante el placer que me consume. La beso con desespero y anhelo, he deseado este momento a cada segundo. Su boca se mueve a mi ritmo, asegurándome que quiere que continúe, que no debo detenerme.

Acaricio su espalda sin separarme ni un milímetro de sus labios, camino con ella entre mis brazos hasta apoyarla en su cómoda. No me importa si el mueble ha hecho ruido al moverse con el empuje, tampoco el jadeo que Ava no ha podido contener. Quiero que el tipo que la espera fuera sepa que ya tiene a alguien que la haga gemir.

Aunque la tengo delante, todavía estoy sorprendido porque me haya dejado acercarme. Al principio pensé que me mandaría de nuevo a la mierda, que no me dejaría estar en la misma estancia que ella por más de dos segundos y, sin embargo, vuelvo a estar besándola.

Sus manos agarrando mi camisa con fuerza me hace dejar de pensar y la levanto para sentarla sobre el mueble, lo que parece sorprenderle porque sus ojos se abren ante el movimiento. Eso me asusta, no quiero que me aleje de nuevo y por eso no hago nada, solo la miro mientras intenta controlar su respiración.

Estoy entre sus piernas, aunque no de la manera que deseo ahora mismo, y siento como las aprieta alrededor de mi tronco. Miro hacia

abajo, deteniéndome en como la tela de su corto vestido se ha subido al flexionar las piernas, y luego hacia arriba deteniéndome ahora en sus pechos. Mi mandíbula se tensa al ver un poco de su tatuaje y por un segundo deseo que nadie lo vea.

Empiezo a roerme la cabeza con idioteces cuando sus manos se ponen en mi cara. Sonríe y hace el amago de besarme, pero un ruido nos interrumpe. Ambos miramos hacia la puerta y entonces todo se rompe.

Ava coloca las manos en mi pecho y me aleja de ella. Se baja del mueble y se coloca bien el vestido, sin mirarme. Maldigo, molesto por la interrupción. Al verla ir hacia la puerta, quiero cogerla de la mano y suplicarle que se quede, pero sé que no es lo mejor y simplemente me quedo en medio de la habitación, viendo como Jessica entra.

—¿Qué hacéis? —Nos mira con cara de pocos amigos y sé que, aunque quiere hacerse la seria, le divierte vernos juntos. Centra su atención en su amiga y veo que le toca la cara, mirándome por encima de su hombro— Se suponía que solo hablaríais, estáis hechos un desastre.

Me río para mis adentros, aunque me torno serio cuando Ava me mira fugazmente poniendo los ojos en blanco. Mi nuevo gesto favorito. Echo un poco la cabeza hacia atrás, tomando aire para controlarme.

—Jess, me las vas a pagar. —Se gira y bajo la cabeza para mirarla, luego frunce los labios y sentencia, queriéndome cabrear—. Vayámonos a la cena, nuestras parejas nos esperan.

Dicho tal idiotez, pues no pienso dejar que ese tipo se acerque más de lo necesario a ella, sale de la habitación contoneando peligrosamente sus caderas. Me veo en la deliciosa obligación de ir hasta la puerta para observarla caminar. Esta mujer puede conmigo.

Estoy sumido en nuestros encuentros y en pensamientos nada decentes, cuando escucho un carraspeo a mi lado que me vuelve a la realidad.

—De verdad, que eres idiota. ¿A quién se le ocurre tirársele al cuello cuando solo pensabas declararte?

Miro a la fina mujer que tengo delante, y a la que le he cogido mucho cariño en este tiempo, y asiento, pues lleva toda la razón. Pero, confundiéndola, me acerco a ella cuando escucho la puerta del apartamento cerrarse y cuchicheo en su cara:

—Ha sido ella la que me ha besado.

Tras una sonrisa por mi parte y una boca abierta por la suya, la dejo en la habitación y, junto a Peter salgo del apartamento. Segundos después, Jessica sale al pasillo y entra en el ascensor con nosotros, donde no deja de hablar sobre lo que acaba de suceder.

En el coche, donde despotrico porque Ava ha decidido ir con ese tal

Jayden en vez de con nosotros, vamos a por Cristal que nos espera en mi apartamento. Cuando llegamos al edificio en el que vivo ya nos está esperando en la puerta. Por educación, salgo a recibirla y entonces recibo un beso. No la aparto, no quiero hacer ningún gesto feo.

Con algo de dificulta por su vestido, que es de piel y se ajusta sugerentemente a su cuerpo, sube al todoterreno y saluda fríamente a mis amigos. Lo que me molesta bastante, pues antaño no saludaba así a Peter. Mi amigo me mira y, sabiendo lo que quiere decirme, asiento. No quiero que piense que me incomoda.

El camino hasta el restaurante lo paso en silencio, permitiendo, aunque no tolerando, que Cristal me toque más de lo debido. Al llegar, todos bajamos y vamos hacia la enorme puerta del restaurante, donde me quedo petrificado a ver quién es el tal Jayden.

Caminando hacia ellos, miro perplejo al primo de mi mejor amigo, con el que me llevo muy bien y con el que no quiero enfrentarme. Pero me lo pone muy difícil ya que su mano no debería estar en la espalda de ella.

En cuanto nos acercamos unos metros más, Cristal me agarra con fuerza la mano, dejando claro que soy de su propiedad. Ni que fuese uno de sus bolsos caros. Ava mira nuestras manos y aparta la mirada, centrándose en saludar a Peter y Jess.

—Tío, cuanto tiempo sin vernos. —Jayden se acerca a mí y me da unas palmadas en la espalda, a lo que sonrío encantado. Siempre me ha caído muy bien.

La cara de mi chica es un poema al ver lo bien que nos llevamos. «¿Mi chica?» Aprieto los dientes, estoy perdido.

—Ya era hora, aunque no pensé que cuando volviéramos a encontrarnos estarías acompañado.

Los dos miramos a Ava, y el pelirrojo que tengo a mi lado sonríe como un crío sin apartar sus ojos de ella. —A vece la suerte llama a nuestras puertas.

Alzo las cejas levemente, de acuerdo con él. Sin duda alguna, tener a Ava es una suerte. Sonrío sin poder evitarlo al ver como ella lo hace y siento un tirón de mi mano, después de una voz molesta.

—¿Qué hace ella aquí? ¿No te da vergüenza traerme al mismo sitio que ella después de...?

No dejo que continúe, la miro con desprecio y enfadado. Ella no es nadie para decir algo así. Tirando de su mano sin que nadie lo vea, pero para que Cristal sí lo sienta, la llevo hacia los demás. Jayden le da dos besos en las mejillas a mi pareja, la cual se pavonea encantada, sin embargo, no le hace tanta gracia el saludo de Ava.

Respiro tranquilo cuando todos entramos en el restaurante y descubro que Ava queda sentada a mi lado, y que por fin Jayden

aparta las manos de su cuerpo. Antes de la cena nos pedimos unas bebidas y aprovechamos el tiempo para hablar entre todos, sorprendiéndome al enterarme que Jayden pasará a ser el nuevo dueño de la empresa de su familia.

Miro de reojo a Ava, que hace todo lo posible por esquivarme. La gargantilla queda exquisita en su bonito cuello, la plata brilla junto a las piedras negras, dándole un toque fino y elegante.

Cuando el camarero se acerca a nosotros, toma nota de lo que queremos cenar y nos asegura que no tardarán en traernos la comida. En el tiempo que nos sirven la cena, observo lo bien que se llevan Ava y Peter, al principio me tenso inconscientemente, pero me obligo a relajarme. Ha pasado mucho tiempo.

—Ava, que bonito colgante. —Mis ojos se mueven bruscamente hacia Cristal, que mira a Ava con desgana.

—Gracias. Es preciosa. —Sonríe ella acariciando la cadena y mirándome fugazmente. Algo tiembla en mi interior.

Siendo consciente de que puedo llevarme toda la eternidad mirándola sin cansarme, niego levemente y aparto la mirada. Estoy seguro de que Cristal escanea todos mis gestos en estos momentos y no quiero armar un numerito.

La rubia con la que llevo saliendo casi seis años, va a volver a hablar, pero para suerte de todos los camareros nos interrumpen con la cena. Son cinco camareros colocando platos y bebidas, es un movimiento de manos y personas que aprovecho para poder acercarme un poco a ella.

—Te queda preciosa.

Ava mira a los demás, para asegurarse de que nadie nos mira y se toca el cuello. Sus finos dedos acarician su piel y a consecuencia de ello trago saliva. Está a punto de hablar, pero entonces su “acompañante” la interrumpe.

—¿Quieres vino?

Jayden pone la mano en su hombro y lo acaricia un poco, consiguiendo que ella ponga toda su atención en él. Ava asiente y este le vierte el líquido en su copa, invitándola después a probarlo.

—Mmm, está exquisito.

El muy imbécil, entre risas, se acerca a ella y coloca la frente en su sien, dándole después un beso en la mejilla. Llevándome a la cólera, pero ¿De qué van? Molesto, vuelvo la cabeza al frente e intento sumergirme en la conversación que los demás están teniendo, como siga siendo espectador de esos dos me volveré loco.

Mientras escucho a mis amigos, me reprendo en silencio. Soy un hombre adulto, independiente y seguro de mí mismo, ¿A qué vienen estos celos? ¿E ir detrás de una mujer? Apretando mi servilleta, me obligo a despejar la mente si no quiero montar un numerito en el que

saldré perdiendo.

Durante toda la cena, he estado incómodo. Cristal no ha dejado de tocarme y besarme cuando menos me lo esperaba y Jayden no ha dejado de coquetear con Ava. Por fin, unas horas después llega el momento de marcharnos. Queremos ir al *Pure Fire* y tomarnos allí unas copas.

Dirigiéndonos a la puerta, observo que Ava vuelve a entrar. Al ver que nadie la acompaña, decido entrar tras ella. No me preocupa que Cristal pregunte, porque están todos charlando y ella ni siquiera se ha percatado de que falta Ava.

De nuevo en el interior del restaurante, no la encuentro y miro hacia los aseos. No puede haber ido a otro lugar. Asegurándome de que no hay ninguna mujer esperando para entrar, ni ninguna otra dentro de los cuartos de baño, decido entrar. Cierro con llave y ahí está.

Me mira en cuanto escucha que alguien entra, sorprendiéndose. Suelta el pintalabios que llevaba en la mano y me mira a través del espejo. Reprimo una sonrisa al ver como su pecho empieza a subir y bajar algo más acelerado. Despacio, camino hasta posicionarme detrás de ella, aspirando su exquisito perfume. Cierro los ojos unos segundos y expulso el aire por la nariz, estirando un poco el cuello.

Nuestros ojos conectan a través del cristal y se mantienen unos a los otros. Doy un pequeño paso para acercarme más, hasta que nuestras ropas se rozan. Ava juega con sus dedos sobre el mármol del lavabo, está nerviosa y puedo notarlo, aunque no aparta la mirada ni un segundo.

Tenerla tan cerca me hace perder la razón, me hace querer cometer locuras que quizá nunca tengan perdón, pero no puedo seguir conteniendo las ganas de que sea solo mía. No quiero que ningún otro hombre la toque o la haga sonreír, quiero ser yo el único.

Subo mis manos por sus brazos, notando como su piel se eriza. Cuando llego a sus hombros, sigo hasta el cuello, provocando que suspire pesadamente. Que labios. Con sus ojos grises sobre los míos, me mira provocadora, tentadora, y mueve el cuello lentamente hacia un lado, dejándome vía libre para hacer lo que desee.

Con la yema de mis dedos le acaricio la zona, despacio. Y, cuando no aguanto más, acerco mi boca poco a poco, aunque me detengo unos segundos hasta que ella asiente tragando saliva. Con suavidad, le beso el cuello y la clavícula, sintiendo como mi entrepierna cosquillea. Por instinto y necesidad, acerco mi pelvis a su trasero, y ella no se tensa. No se muestra incómoda y eso me anima a seguir.

Ahora mis manos se mueven por su cuerpo, tocando su cintura, sus muslos y brazos. Nuestras respiraciones son un desastre, están

descompasadas, pero nos da igual, nada nos puede detener. Los movimientos nerviosos de Ava entre mi cuerpo y el lavabo no hacen más que encenderme y provocarme. Me apoyo tanto en ella que hago que se incline un poco hacia adelante consiguiendo una postura y vistas de su cuerpo peligrosamente sensuales.

Subo mis manos desde sus nalgas hasta sus hombros, acariciando y activando cada parte de ella y de mí. No puedo estar más duro, me duele incluso y lo único que deseo en estos instantes es hacerla mía. No sabía lo descarada que era hasta qué, aun mirándome por el espejo, se termina de echar sobre el lavado, pegando sus pechos al frío mármol y apoyando sus manos en el cristal.

—Nena...—Susurro, incapaz de decir nada más. Quiero contener mis pensamientos e impulsos, pero me lo pone muy difícil.

Estoy intentando controlar mi respiración, cuando ella se pone recta y coge mis manos para llevarlas a su vientre. La leve presión que ejerce hacia atrás consigue hacer que mi erección palpite. Gruño sin poder evitarlo, sintiendo como mete mi dedo índice en su boca, mojándolo con su cálida saliva. El juicio se me nubla, siempre que estoy con ella me pasa, pero no tiene nada que ver a cuando escucho su voz decir la palabra mágica que me da permiso a lo que más anhelo.

—Zeus.

Su voz es casi un jadeo, pero me la trago igualmente. Giro su cara y la beso desde atrás, volviendo a empujarla para pegarla al lavabo. Los suspiros y gemidos de mi preciosa Ava se pierden en mi boca y los recibo encantado mientras la giro para ponerla frente a mí. Echaba de menos su juguetona lengua. Ansioso, dejo caer a los lados las tiras de su vestido.

Me quedo quieto cuando sus pechos quedan totalmente descubiertos ante mí. Sus pezones ya están duros, lo que me dice que está totalmente preparada para mí. Los abarco con mis manos y los masajeo, volviendo a besarla con furor. Ella se agarra a mi cuerpo haciendo que la siente sobre el lavabo.

—¿Estás segura? —pregunto antes de hacer nada, no quiero que esto nos haga alejarnos de nuevo.

Ava frunce el ceño ligeramente y no responde, lo que me pone en alerta. Quiero seguir tocándola, besándola, pero el miedo a volver a perderla me paraliza. Si estar así nos alejará, prefiero esperar.

Estoy a punto de volver a preguntarle cuando, excitada y jadeante, coge mis manos y las vuelve a poner sobre sus pechos. Me mira a los ojos y, tras ponerlos blanco y calentarme más, balbucea:

—Me hice este tatuaje hace años —Me tenso y ella sonríe fugazmente, luego se inclina y me sorprende besándome antes de volver a hablar—, pero su significado ha cobrado verdadero sentido

cuando tú lo leíste la primera vez. Jamás, he deseado tanto que alguien disfrute de ellos, de mí, conmigo, hasta que te conocí.

Ahora el que jadeo soy yo. Parpadeo sin saber que decir, vuelve a entregarse a mí y vuelvo a quedarme sin palabras. Soy un completo idiota. Mis manos tiemblan hacia ella, hacia su cuello. Le acaricio el bajo de sus mejillas con mis dedos, acercándome lentamente a su boca.

—Honey, yo...Yo quiero que...Nosotros....

—Shhh, tranquilo. Sólo bésame, ya tendremos tiempo de hablar.

Con el corazón a mil por horas y con la mujer que deseo desnuda ante mí, lo hago. La beso con hambre, con una necesidad que me hace temblar, con unos sentimientos que cada vez son más fuertes y me descolocan.

Sus manos van hasta mis pantalones y, con urgencia, los desabrocha. Entre risas, conseguimos deshacernos un poco de la ropa, lo necesario para conectar y darnos placer.

—Estamos locos. —digo antes de morderle el labio y acariciar sus pliegues con mi miembro.

Su jadeo me roba el alma.

—Siempre lo hemos...lo hemos estado. No es nada nuevo.

Despacio, entro en ella. Nos quedamos en silencio, disfrutando de este momento que tan de menos echábamos. Agarro sus caderas y la pego con más fuerza a mí, haciendo que se muerda el labio para no gritar.

—Sabes que odio que no grites, nena.

—Oh, Zeus nos...—La beso, ella sonríe y yo me deshago— Nos van a oír.

—¿Y qué? —Empujo y entro de nuevo en ella.

—Pues que tenemos a dos personas esperándonos fuera, mientras nosotros estamos aquí, así.

Mis penetraciones son cada vez más rápidas, más exigente y siento como empiezo a temblar. Las paredes internas de Ava, cálidas y húmedas, se contraen envolviéndome mientras ella se agarra a mis hombros y apoya su cabeza en mi pecho.

—Ambos sabemos que no pertenecemos a nadie más que a nosotros.

Ella me mira, algo me dice que mis palabras la cogen de sorpresa.

—Ze...—Se lo piensa, no quiere que la interrumpa. Me muerdo el labio, sin dejar de entrar y salir de ella— Tú tienes...¡Oh, joder!

—Así, nena, así. No te contengas.

Echa la cabeza hacia atrás, su cuello estirado, sus pechos bailando a consecuencia de mis embestidas y sus espasmos al llegar al orgasmo, me llevan a mí a uno glorioso. Todo mi cuerpo hormiguea y se contrae. Siento un sudor por toda mi espalda que no se calienta hasta

que me vacío completamente en su interior.

Con calma, Ava se incorpora y dejo caer mi cabeza en su hombro. Estoy jadeante, acalorado y aun excitado. Con ella nunca me sacio. Sus manos acarician mi pelo y una sensación de nostalgia me invade. La miro aterrado, no puedo volver a perderla.

—Yo no tengo a nadie si no estás tú —Me mira y hace un gesto que me dice que está en desacuerdo conmigo. Luego su mano viaja por mi rostro, hasta detenerse en mi cicatriz. Cierro los ojos unos segundos y esta vez no me alejo, dejo que la toque—. Necesito que me creas cuando digo que solo eres tú.

Que no me retire le gusta, es lo que ha deseado siempre y yo no me he dado cuenta hasta ahora. La beso en los labios, aun sin salir de ella.

—Seré sincero en todo. Te contaré todo lo que desees, y haré las cosas diferentes. Romperé con Cristal en cuanto pueda, incluso podemos empezar de cero.

—¿De cero? —pregunta subiendo las tiras de su vestido y sonriendo por como la miro.

—Sí, seremos amigos si quieres. Nos conoceremos poco a poco. Lo que tú quieras, no pondré objeción.

—¿Los amigos follan? —Cuchichea cerca de mi rostro.

—¡Por supuesto que sí! Eso está ahora a la orden del día.

Ambos soltamos unas carcajadas. Me gusta estar así con ella, tranquilo, sincero, relajado. Pero consciente de que hemos tardado más de la cuenta, empiezo a salir de ella con mucho trabajo.

—Está bien —dice entonces, haciendo que me gire de golpe y sonría abiertamente—. Pero, no repetiremos esto hasta que soluciones tus problemas con Cristal.

Abrochándome el pantalón la beso. Doy vueltas con ella entre mis brazos mientras mi corazón bombea acelerado por sus risas.

Estoy convencido, es ella. Siempre será ella.

· Capítulo 40 ·

Ava

Con los nervios a flor de piel por lo que acaba de ocurrir, bajo de los brazos de Zeus cuando escuchamos que tocan a la puerta.

Por primera vez desde que lo conozco me he dejado llevar sin estar pensando en nadie más. Le creo, ha dejado que le toque y no se ha negado. Sus palabras me han sonado más sinceras que nunca. Sus caricias estaban teñidas de un amor que jamás antes había sentido. Quiero creerle, aunque suene a locura.

—Honey, debemos salir.

Asiento sonriente, le doy un beso en los labios y decido salir primero, pero una mujer me hace volver al interior de un empujón.

—¡Oye! —Me quejo molesta.

—¡Oye! —me imita de mala gana. Cierra la puerta de nuevo y nos fulmina con la mirada.

—Cálmate.

La voz de Zeus es tajante, al igual que su semblante.

—¿Qué me calme? —ríe irónicamente— Estáis chalados. No podéis meteros aquí durante quince minutos dejando a vuestras parejas fuera. ¿Se os ha ido la olla o qué?

Zeus me mira extrañado y pregunta descolocado.

—¿Irse la olla?

Voy a reírme, pero la mirada de mi amiga me hace replanteármelo. Está alterada, pero hace esfuerzos por respirar tranquila.

— Fui la primera que te animó a esto, te dije que disfrutaras, pero que no te entrometieras en una relación. Por qué tú no eres así y te ibas a arrepentir.

Antes de que mis pensamientos me martillen, la voz de Zeus se apodera de la estancia y nuestra atención.

—No volverá a ocurrir. Hemos quedado en ser solo amigos.

Jessica abre los ojos como platos y la boca dramáticamente. Soltando un «¿Qué?» en un jadeo y risa, sin creérselo.

—Lo que has oído. Cada uno irá por su lado. Él con Cristal y yo con Jayden.

Jessica ríe, yo sonrío y Zeus maldice en voz baja tensando la mandíbula.

—¿Es necesario que le sigas conociendo? —masculla entre dientes cerca de mi oído.

Camino hacia la puerta y me giro antes de salir.

—Por supuesto. Quiero hacerlo, ¿A caso no estás tú con Cristal?

Lo último que veo antes de salir es a Jessica riéndose prácticamente de Zeus y a este último con las cejas alzadas y una diversión chispeante en sus ojos.

Siempre pensé que el juego comenzó en el aeropuerto, pero ahora sé que acaba de empezar.

Con una sonrisa espléndida en mis labios, me acerco hasta los chicos que nos esperan en la calle. La primera que habla es Cristal, aunque más que hablar escupe veneno.

—Has tardado demasiado. Llevamos aquí esperando un buen rato.

A penas la miro de reojo cuando paso por su lado y me pongo junto a Jayden, quien no tarda en rodearme los hombros con el brazo.

—¿Te ha pasado algo?

Me encuentro con sus ojos verdes sobre mí, moviéndose por todo mi rostro en busca de alguna señal que le diga la verdad. Pero no le hace falta, ya lo hago yo.

—Un contratiempo de última hora.

Él asiente, satisfecho, y no pregunta nada más. Por otro lado, Peter me mira sonriente y negando con la cabeza. Sus ojos se desvían y los sigo, encontrando a Zeus y Jessica saliendo del restaurante. El moreno se acerca a Cristal y me mira por un instante, haciendo que el calor suba a mis mejillas.

—Ya estamos todos, así que vámonos.

Peter va hacia el coche de Zeus, donde todos montan a excepción de mí y Jayden, ya que hemos venido en su coche. Subiéndome al vehículo recibo un mensaje que me hace sonreír.

No sabía que tenía una amiga tan descarada. Espero que eso no me lleve a cometer una locura con ella.

Espero a abrocharme el cinturón y ponernos en marcha hacia el pub para contestarle.

He aprendido del mejor. Deberías enseñarme un par de cosas más.

No me hace falta ver su cara para saber lo tensa que debe tener la mandíbula. Atontada, guardo el móvil en mi bolso, mientras escucho como Jayden tararea una canción. Lo miro y me percato de lo guapo que es. Sonrío sin saber por qué.

Cuando llegamos al pub, nos acercamos a la barra y empezamos a beber. Aunque Cristal tiene mala cara la mayor parte del tiempo, no nos influye y todos conversamos y reímos pasándolo bien.

En más de una ocasión salimos todos a bailar, bueno, excepto Zeus. Él prefiere quedarse en la barra con un vaso en la mano y observarlo

todo. O más bien, observándome. Su mirada en mi cuerpo me hace sentir llamaradas en mis piernas. Mientras bailo, tengo que apretarlas al ver como bebe de su vaso sin apartar los ojos de mis caderas, que se mueven al compás de la música.

Este fin de semana Peter ha elegido un mix de canciones. Lo ha llamado el "Fin de Semana de Música Libre".

Como llevamos nuestras copas en las manos, no paramos mucho en la barra. La mayor parte de la noche Jessica y yo la pasamos bailando, uniéndose a nosotras Peter y Jayden. No he rechazado las manos Jayden cuando han paseado por mi cuerpo mientras bailábamos.

Ni siquiera sé porque he dejado que lo haga, aunque tal vez que Cristal bese a Zeus me ha llevado a hacerlo.

De repente, las luces bajan su intensidad, no viéndose a penas nada en el local. Las caras de los demás son casi imposibles de ver, a no ser que estés muy cerca. El suelo se ilumina tenuemente con la luz de unas llamas que se mueve. El techo, que está cubierto de espejos, también parece incendiarse con el reflejo. Peter ha hecho un increíble trabajo con su bar.

De un momento a otro, los acordes de una canción empiezan a sonar, sonando segundos después la voz de Danny Ocean, un cantante al que he escuchado alguna que otra vez. Con tan solo unos segundos más sé que se trata de su canción llamada *Pronto*. Entendiendo, por primera vez, la letra de la canción, aun sabiendo que no veré por la oscuridad, busco los ojos de Zeus. Miro en su dirección, imaginando que él también mira hacia aquí.

El vello se me eriza con la letra.

Para no estar sin moverme en medio de la pista, me muevo lentamente hasta que siento unas manos en mi cintura. Arden sobre mi ropa. Sé perfectamente de quien son, las reconocería entre un millón. Me muevo con más delicadeza, de un lado a otro, contoneando mis caderas, ahuecándome contra él. Siento su aliento en mi oído cuando suelta un suspiro.

Sus labios besan mi cuello y mandíbula, llevándome al borde del abismo. Nunca hemos podido estar en público así, quizá nunca podamos, así que exprimo al máximo este rato con él. Disfrutando de lo que se siente al tenerle cerca entre tanta gente.

—Eres preciosa. —Su voz, su calidez—. Voy a ir despacio y seremos, pronto. Muy pronto.

Casi al final de la canción, sus manos me giran y me pegan a su pecho. No puedo ver con claridad su cara, pero no me importa, la acaricio, después su cuello, hombros y por último labios. Le beso con ganas, sin importarme toda la gente que hay a nuestro alrededor, pues no pueden vernos. Ni siquiera reparo en que Cristal está aquí, mi mente no me permite hacerlo, solo besarle y aprovechar estos

momentos.

—Tengo que volver a la barra, honey. Intenta no volverme loco antes de que termine la noche.

Suelto una risita y saboreo el último beso que recibo por su parte, antes de que la canción termine y las luces empiecen a subir su intensidad, desapareciendo así las llamas del suelo y el techo.

Cuando dejo de mirar el techo y miro al frente, me encuentro con su mirada. Está sentado en un taburete en la barra, con el vaso de antes en las manos. Pero hay algo diferente en él. Algo que suele hacer más en privado que en público, algo que a mí me enamora cada vez más.

Ahora sonríe.

· Capítulo 41 ·

Zeus

La noche del sábado fue una exquisitez porque disfruté de Ava; de su sonrisa, sus movimientos... Aunque intenté mantenerme al margen me fue imposible no rozar nuestras manos cuando estábamos más cerca de lo debido. Aunque siempre con discreción y, por supuesto, como amigos.

El domingo no la vi, todos tuvimos que trabajar y fue imposible que nos reuniéramos, pero hablé con ella por mensaje. Me contó lo bien que le había ido el reportaje que tenía programado y yo me alegré por ella. Me siento feliz si ella lo es.

—Zeus, —miro hacia atrás, encontrándome a Arizona, mi compañera, que intenta alcanzarme— a la sala de operaciones.

Miro la carpeta que lleva en la mano y me la da sin necesidad de pedírsela. Echo un vistazo a la información del chico y veo que tiene a penas veintitrés años. También leo que ha sufrido un accidente de coche y tengo que operarle la pierna de urgencia porque la tiene destrozada.

De camino al quirófano me encuentro con Cristal, que está al mando de la zona de paritorio. Lo que no sé es que hace en esta planta, así que me acerco a ella.

—Mi amor —Odio que me llame así. Asiento y evito su beso con sutileza para que nadie más lo note. Tras un escaneo a su alrededor ella continúa—. Mi padre quiere reunirse contigo, dice que es importante.

En mi cabeza suenan las sirenas de alerta. Que Máximo me busque nunca trae nada bueno.

—Tengo una operación en unos minutos. Dile a tu padre que espere a que termine y podremos hablar. ¿Dónde está mi padre? ¿No puede hablar con él?

Cristal pone cara de desagrado y se retira el pelo del hombro.

—Ese loco de tu padre estará...

Me acerco a ella bruscamente, pero manteniendo la compostura para no llamar la atención de nadie. No voy a permitir que siga hablando así de mi padre.

—Cuidado con lo que dices Cristal. Que te pertenezca parte de mi hospital, por algo que ocurrió en el pasado con nuestros padres, no te da el derecho a faltarle el respeto al primer y único dueño de este hospital.

—Déjate de cuentos Zeus, en cuanto nos casemos no podrás

apartarme. Esto será mio y de nuestro futuro hijo.

Doy un paso atrás al escucharla. ¿De qué habla? Aprieto los dientes, cabreándome a cada segundo más. Estoy a punto de volver a acercarme, pero otra voz desde atrás me interrumpe.

—Yerno, ven conmigo.

Con la ira emanando desde lo más profundo de mi ser, me giro para encararlo. Su mirada de superioridad y desplante me enerva. Lo estoy evitando constantemente, porque necesito que mi abogado realice un contrato matrimonial en el que aparezca en letra muy, pero muy, pequeña que Cristal accede a casarse conmigo bajo el conocimiento de que su parte del hospital pasa a ser mía. Una vez ella firme, nos casaremos y me divorciaré inmediatamente.

Para evitar un numerito, intento calmarme y, con mi mejor talante, me niego.

—Tengo una operación. Tendrás que esperar.

Sin mirar a nadie empiezo a caminar hacia el quirófano, siguiéndome Arizona a mi lado. Al entrar en la sala, nos ponemos la ropa adecuada para operar; gorro, guantes, bata. En el interior de la sala ya está el equipo preparándolo todo, esperando a empezar.

—Aquí está el paciente.

Miro a la entrada, encontrándome con Trevor, un enfermero, que trae la camilla con el paciente tumbado en ella. Me acerco hasta el chico, que está adormilado por los sedantes que le han puesto para así no tener tanto dolor.

—Buenas tardes. Soy Zeus, el cirujano que va a operarte. —Miro la etiqueta de su mano para saber su nombre y así tranquilizarlo —John, no te preocupes, será rápido y no vas a enterarte de nada.

Entre los enfermeros y yo, pasamos al paciente a la camilla de operaciones y, Susan, otra enfermera, le inyecta la anestesia. Me acerco a la zona que tengo que intervenir y me quedo sin habla al verlo.

¿Cómo cojones no se le ha operado antes?

Tiene la pierna muy mal, algunos huesos se le han salido y ha perdido mucha sangre. Con rapidez y precisión, ordeno a todo el equipo que se pongan en sus puestos, si no lo operamos cuanto antes podría perder la pierna.

Cuatro horas de operación.

Me quito el gorro cuando salgo del quirófano y me lavo las manos después de tirar los guantes. Estoy sudando, ha sido una intervención muy complicada, pero que ha salido de maravilla. John se recuperará con éxito, no tendrá secuelas graves y podrá hacer su vida normal después de su recuperación.

Satisfecho por el trabajo en equipo que hemos realizado, salgo de la

sala de reuniones y voy a los vestuarios. Cojo mis pertenencias y bajo a la cafetería, es mi turno para el almuerzo.

El comedor está lleno, tanto de compañeros como de familiares de los pacientes. Me dirijo a la barra para pedirme un sándwich, me apoyo en la barra y le sonrío a Greta, la anciana que lleva aquí desde que soy un crío.

—No hace falta que me digas que quieres. —Ella me guiña un ojo y empieza a prepararme el almuerzo.

Greta me ha soportado en muchas ocasiones, tanto de niño una vez mi madre murió, de adolescente maleducado y de adulto estirado. Creo que es la única mujer que me soporta con gusto. Bueno, espero que Ava también.

Sonrío al pensar en ella, ¿Qué estará haciendo?

—Mi amorrrr —Cierro los ojos fastidiado al escuchar esa voz tan conocida para mí. Luego unos brazos me rodean la cintura y me giran, encontrándome así con lo que se ha vuelto mi pesadilla—, estoy muy orgullosa de ti. ¿Sabes la fama que podría darte eta operación?

La miro sin entender, es una operación como otra cualquiera. Sí debo reconocer que las operaciones que he estado realizando últimamente me han dado un reconocimiento del que estoy muy orgulloso, debido a que han sido muy complicadas. Mucho más que esta, ni que decir tiene.

Cogiendo lo que Greta me entrega, me siento en el taburete que tengo detrás y le doy un mordisco al pan. Exquisito. Luego alzo la ceja para que Cristal me aclare lo que acaba de decir.

—Arg, a veces eres muy despistado Zeus. El chico al que has operado es John Wilson. —La emoción en sus palabras me sigue cogiendo desprevenido, no entiendo tanta efusividad y ella vuelve los ojos aburrida—. El hijo de Mark Wilson. El dueño de la multinacional Green Energy.

Hostia puta. Casi me ahogo con la comida. Bebo de mi botella de agua y la miro atónito. ¿Cómo no me he percatado antes? Estoy tan contento que me pongo de pie y la abrazo. La aprieto contra mi cuerpo, esto va a ser un gran paso a mi carrera. Cristal me devuelve el abrazo y dejo que me bese en los labios. Por un momento he recordado nuestros viejos tiempos, esos que ya nunca van a volver a ser.

Me separo un poco de ella, algo confuso por mi muestra de afecto.

—Tenemos que celebrarlo. —Nada le gusta más que una celebración a esta mujer—. Reservaré para esta noche, podemos quedar los seis.

Mi cuerpo se tensa, ¿Qué seis?

Mi silencio invita a Cristal a volver a hablar.

—Invitemos también a Jayden y esa chica con la que sale.

—¿Chica con la que sale? —Mi tono de voz es tan obvio que Cristal tensa la mandíbula.

—La amiga de Jessica, el nuevo lío de tu amiguito.

El desdén con el que habla de ellos me molesta. Su hipocresía después de lo que ocurrió más. Pensar que Ava podría ir a la cena me inquieta, no sé si podré seguir viéndola con otro hombre, pero eso no va a impedirme que la invite. Deseo verla.

Dejando la comida sobre la barra, me separo de ella y cojo mi teléfono. —Voy a hablar con tu padre, ya me encargo yo de llamar a Peter.

Salgo de la cafetería y me dirijo hacia la planta seis, donde están nuestros despachos. La ligereza y frescura de la arquitectura del hospital Vitaly es impresionante. Como el ascensor está lleno, subo por las escaleras y de paso aprovecho para hacer ejercicio, es lo más cerca que estoy del mundo fitness. El ejercicio prefiero hacerlo en la cama.

Subo las seis plantas y queda ante mí un amplio pasillo con varias puertas a cada lado. Tornándome serio, recto y seguro, voy hasta la quinta puerta a la derecha, en la que hay una placa en la que se lee Máximo Lewis Stuart. Con mucho pesar, coloco la mano en el pomo y lo giro.

—Yerno, al fin te dignas a aparecer.

—Hijo.

Miro hacia mi padre, que está senado en un sillón de piel al lado del escritorio de Máximo. Suspiro aliviado al saber dónde está, llevo toda la mañana buscándolo.

Mi padre me mira con un gesto que no consigo descifrar, aunque podría decir que está ¿preocupado? Sin entender a qué se debe esta reunión, por llamarlo de algún modo, me siento en el otro sillón al lado de mi padre.

—¿Qué sucede?

Mi padre me coloca una mano en el hombro y cierra los ojos unos segundos, pidiéndome calma. Pero, si ya estoy calmado. Dirijo la mirada hacia el hombre canoso que nos observa, al ver como apoya los codos en la mesa.

—Quería hablar de tu boda.

El mundo se detiene.

—¿Mi boda?

—Y la de mi hija claro.

Este se ha vuelto loco. Me muevo incómodo en el sofá, no quiero sacar a relucir mis demonios para no preocupar a mi padre, pero la mirada de Máximo me lo pide a gritos. Niego con la cabeza, cabreándome.

—Ya te dije en su momento que no estoy de acuerdo con esta boda.

—Entonces no quieres tanto este hospital.

—Por supuesto que sí, a la que no quiero es a tu hija.

—¿A caso has encontrado a alguien mejor que ella? —Ríe con suficiencia, enervándome por segundos.

—Exactamente. —En cuanto las palabras salen de mi boca y las caras de los dos hombres, que están en la misma sala que yo, cambian a una de sorpresa, entiendo que tendría que haber callado.

—Interesante. —Máximo se frota las manos y se deja caer en su asiento—. Pero te vas a casar con mi hija, a esa otra mujer puedes cogerla de amante. No me importa lo que hagas con esa mujer...

—Oh, papaíto. Él ya se encarga de utilizarla como amante.

Me vuelvo con los ojos como platos, ¿Cuándo ha entrado? Y ¿tan evidente es? Esto se está complicando, no quiero que tengan a Ava en su punto de mira. Me pongo de pie, a la defensiva. Viendo como mi padre frunce el ceño.

Cristal camina hacia su padre y, sentándose en el reposabrazos del sillón, me mira con superioridad.

—Puedo hacerme la tonta, pero no lo soy. Sé que es la misma del aeropuerto y la del avión. Conté los minutos que desaparecisteis en el restaurante y vi como os acercabais en el local de Peter creyendo que nadie os veía.

En el fondo siento alivio de que lo sepa. Esto puede hacerme las cosas más fáciles al negarme en seguir con esta gilipollez. No entiendo porque quieren hacerme la puñeta, les he ofrecido dinero por mi parte del hospital y nunca la han querido, ¿Por qué entonces quiere ella casarse conmigo si no es por dinero? Estoy seguro de que la insistencia del padre de Cristal es para que ella se quede embarazada y se divorcie, sabiendo que mi parte se la cedería a un hijo mío.

Aunque lo que no sabe es que jamás tendría un hijo con Cristal.

—Hija, ¿eres conocedora de todo?

—Por supuesto padre, me doy cuenta de todo. También sé que no voy a tener hijos con él, se niega a no usar protección conmigo.

A cada segundo que pasa me quedo más petrificado. No tengo ni puta idea de lo que están hablando, si ya saben todo, ¿Por qué siguen jodiéndome la vida?

—Te devuelvo la cuantía que me ofreciste por tu parte del hospital y, además, intereses si dejas en paz a mi hijo.

Me giro para mirar a mi padre, no puedo creer lo que estoy escuchando, ¿Se ha vuelto loco?

—Ni pensarlo. No pienso permitirlo.

Me niego totalmente, no voy a dejar que mi padre pague algo que es suyo. Lo mínimo que podría hacer Máximo es desaparecer de nuestras vidas por mucho menos dinero. Sin aguantar ni un segundo más con todo esto, aprieto los puños, por no coger del cuello al

miserable que tengo delante, y me voy hasta la puerta. No sin antes rugir al sentir que la ira me consume:

—Cristal, tienes una hora para recoger tus pertenencias de mi casa. Máximo, esta semana recibirás un contrato de mi abogado en el que te ofrezco una suma de dinero lo suficientemente alta para lo que te pertenece de este edificio. Por lo demás, no tengo nada que añadir.

Salgo echando humos del despacho, importándome una mierda los gritos que escucho desde allí. No me detengo en el ascensor, bajo las escaleras para liberar tensiones, estoy demasiado enfadado.

Cuando llego a la recepción del hospital, mi padre me espera tranquilamente apoyado en el recibidor. Camino hacia él intentado apaciguarme, no quiero pagarla con mi padre.

—Al fin te comportas como un hombre con dos cojones. No sabes la alegría que me has dado.

Sonrío abiertamente al escuchar sus palabras, que son un alivio. No quería defraudarlo. Cuando estoy a su altura, me pasa un brazo por los hombros a la vez que salimos del hospital.

—Ahora dime que tendrás los mismos cojones para no dejar escapar a esa mujer que has encontrado.

Fijo la mirada en el suelo al pensar en Ava. Por fin podré estar con ella sin necesidad de dejarla. Podré tocarla y besarla en cualquier momento sin miedo a ningún problema.

—Definitivamente es lo que pienso hacer. Ahora mismo voy a ir a su casa y le explicaré todo.

—Estoy muy feliz por ti, hijo. —Mi padre sonríe y su sonrisa se abre más después de soltarme una colleja—. Que no vuelva a enterarme que engañas a una mujer, ¿Entendido? Así no te he educado y mucho menos lo habría hecho tu madre.

Asiento, seguro de que no lo volveré a hacer, no a ella. Camino hacia mi coche y ambos subimos en él. Media hora después, dejo a mi padre en su apartamento y vuelvo a sumergirme en el tráfico.

Decidido a recuperarla.

· Capítulo 42 ·

Ava

Tras ponerme una camiseta de mangas cortas, salgo de mi apartamento para ir al de mi amiga. Llevo una tarrina de helado de sandía, su preferido, y tengo la intención de pasar mi tarde libre con ella.

La puerta no tarda en abrirse cuando le doy dos toques al timbre, aunque en vez de aparecer mi amiga aparece mi amigo. Como no, en calzoncillos. La primera vez que vi a Peter no imaginé que lo vería tantas veces semidesnudo.

—Preciosa, pasa —Se rasca la nuca y suelta una carcajada al notar que evito mirarlo—. Voy a vestirme.

Mientras espero, pensando en la ausencia de mi amiga, observo el apartamento. No tiene nada que ver con el mío, este tiene el salón en cuanto entras, la cocina a la izquierda y un pasillo que dirige a las habitaciones al fondo del salón.

Me siento en el sofá a esperar a Peter, el cual me parece que tarda demasiado para ponerse cualquier cosa. Lo primero que veo al encender el televisor es la cara de Zeus. Sí, sí, de Zeus. Su imagen va seguida de un pie en mayúsculas y de color rojo, nombrándolo el héroe de John Wilson. Quien al parecer es el hijo del famoso Mark Wilson, dueño de una multinacional asquerosamente rico.

Un sentimiento de orgullo me recorre el cuerpo. Nada desearía más que poder estar con él en este instante para besarlo y abrazarlo. Sé que ama su trabajo y está enormemente implicado en él. Estoy sonriendo a al televisor cuando veo de reojo a Peter.

—Vaya —susurra al ver a su amigo—. Este hombre cada día me sorprende más. Sarah estaría muy orgullosa de él.

Al escuchar ese nombre lo miro. ¿Quién es Sarah? Mi amigo, en vez de responder a mi pregunta imaginaria, va a la cocina. Hace ruido y luego vuelve con dos cervezas en la mano. La miro cuando me la entrega, nunca es demasiado pronto para una cervecita. La abro y le doy un sorbo, rumiando quien será esa mujer.

Peter se carcajea dejándose caer en el sofá.

—Sarah era su madre. Murió cuando él era un niño. No la he conocido ya que conocí a Zeus cuando teníamos apenas unos quince años, pero por como hablan todos de ella estoy seguro de que estaría orgullosísima.

Se me encoge el corazón. Nunca hubiera imaginado que Zeus había

perdido a su madre, aunque tampoco es tan extraño que no lo supiera porque él no me ha hablado de su pasado. Suspiro, sin saber qué decir.

Después de un silencio, no incómodo, pero sí largo, cambiamos de tema. Peter me explica que Jessica ha salido antes a trabajar para cubrirle el turno a una compañera, que ha tenido que marcharse al torcerse un pie con el tacón, y no sabe a qué hora volverá. Me entero de que Peter tiene cuatro hermanos, exactamente dos hermanas y dos hermanos.

En alguna que otra ocasión me dan punzadas muy dolorosas en el estómago, pero lo achaco a la cerveza o algo que haya comido anteriormente. El dolor cesa un poco cuando pasa media hora, pero cuando me dispongo a levantarme para ir al lavabo que quedo sin aire.

Me doblo por la mitad con las manos en la barriga, sintiendo náuseas, calor y un dolor horrible. Peter se levanta inmediatamente al verme, colocándose a mi lado y agachándose para verme la cara.

—Ava, ¿qué ocurre?

Quiero responderle que no lo sé, pero me es imposible. Me duele tanto que solo puedo hacer fuerzas para no vomitar. Con cuidado, me ayuda a tumbarme en el sofá, mientras me mira la cara, asustado. Se pasa las manos por el pelo y la cara, y saca su teléfono para llevárselo a la oreja. Espera unos segundos y maldice en voz alta.

—Ava, cariño. ¿Dónde te duele?

—La barriga Peter. Me duele mucho. —Consigo hablar, pero siento como si me faltase el aire.

¿Qué me pasa?

El dolor es insoportable e inmediatamente sé que algo no va bien. Jamás me ha pasado tal cosa y está claro que no es un dolor por indigestión. Intento sentarme mientras Peter sigue intentando algo con su teléfono, espero que esté llamando a Zeus. No sé por qué, pero necesito que esté conmigo.

—Ava, —Miro al moreno que tengo delante, que está cogiendo las llaves del coche y su cartera—, nos vamos al hospital.

—¿Qué? —pregunto en un susurro.

Odio los hospitales y me aterran los médicos. Tan vestidos de blanco, con sus carpetitas y esas agujas largas que pincha que dan gusto. Niego con la cabeza e intento levantarme, pero Peter me hace sentarme en el sofá de nuevo.

Veo la angustia en sus ojos, está muy preocupado y solo por eso decido obedecer. El pobre lo está pasando mal. No se quita el teléfono de la oreja hasta que lo escucho suspirar y decir:

—Oh, joder. ¿Estás aquí?

Después de eso abre la puerta y me asomo por encima del respaldo del sofá, aguantando las lágrimas que caen por mis mejillas al verle.

Con rapidez, se acerca a mí y coge mi cara entre sus manos, preocupado.

—¿Qué te pasa, mi amor?

Aunque me duele horrores la barriga, no ignoro lo que me ha dicho. Estoy acostumbrada a nena o honey, pero mi amor es nuevo. Es muy íntimo, algo que no se le dice a cualquiera ni a la ligera. Lloro más y su rostro se arruga.

—Ava...

—Ha empezado a dolerle la barriga, ha intentado levantarse, pero no ha podido. Se ha puesto blanca y no podía hablar. He conseguido tumbarla en el sofá.

El rostro de Zeus se endurece con eso último que escucha y el de Peter también cambia a uno más tenso. Sin entender a qué viene esa batalla de miradas, agarro la mano de Zeus, que me mira suavizando el rostro.

—Me duele, mucho Zeus.

Como una costumbre entre nosotros, él me besa suavemente en los labios al escuchar su nombre. Luego se levanta y me ayuda a que yo lo haga también. Aunque está atento a mí, lo noto tenso y no sé por qué.

Al ver que me cuesta horrores caminar, me coge en peso, pasando un brazo bajo mis piernas y otro por mi espalda. Peter va delante de nosotros y llama al ascensor.

—Honey, ¿Dónde te duele exactamente?

Muevo mis manos hacia el lado derecho, en la parte baja de mi barriga, y él maldice.

—¿Cuánto hace que te duele?

—Desde que llegue al apartamento de Jess. Pero no lo he echado a ver y...

— Joder, preciosa, ¿Por qué no me lo has dicho?

Zeus mira a Peter con la mandíbula apretada y siento sus músculos endurecerse.

—Deja que termine de contarme. —sisea entonces.

Puedo ver como su cicatriz se arruga al fruncir la frente. Peter calla y entramos en el ascensor.

—Creía que era un dolor de barriga leve, por que disminuyó, pero ahora... Me duele mucho.

Zeus cierra los ojos un segundo y luego clava sus ojos oscuros en los míos.

—No pasa nada, honey. Por la zona que te duele puedo intuir que es, pero necesito que te mire el especialista.

El especialista, ay, mi madre. En silencio, dejo que ambos hombres me escolten. Al pasar por la recepción, Madi se pone de pie al vernos y se acerca a nosotros.

—Pero ¿Qué te ha pasado?

—Creemos que tiene apendicitis, voy a llevarla al hospital.

Madi mira a Zeus y asiente, después pasa su mano por la mía en una intención de muestra de afecto. La cual agradezco encantada.

—Ay, la pobre. No te preocupes, que no será nada.

Intento sonreírle a Madison, alegre de que se haya preocupado. Al principio no nos aguantábamos, ambas nos mirábamos mal y, sin comerlo ni beberlo, le he cogido hasta cariño. En la calle, el sol nos da en las caras y a la salida del callejón, veo el coche de Zeus.

Más tarde, cuando no sienta que se me revuelven las entrañas, le preguntaré a que había venido.

Zeus le da las llaves del coche a Peter y este, tras pulsar el botón, lo abre. Va a subir a la parte trasera cuando la mano del hombre que me sostiene aprieta su agarre en mi muslo y veo como lucha por serenarse. ¿Qué le pasa?

—Conduce tú, yo iré con ella.

Peter va a hablar, pero su amigo no lo deja. Callado, Zeus me ayuda a entrar en el coche, me abrocha el cinturón y, tras pasar sus nudillos por mi mejilla y besarme despacio en los labios, cierra la puerta.

Veo a Peter mover las manos y a Zeus meter las suyas en los bolsillos de su pantalón. Parecen tensos, Peter arruga la cara y su amigo estira el cuello, está incómodo y cabreándose. No sé qué hablan, pero no lo hacen por mucho más tiempo y ambos suben al coche.

—¿Se te alivia el dolor?

Miro al hombre que tengo a mi lado. Ese que se empeña en ser serio, estricto y gruñón ante los demás, pero que es un amor y romántico en la privacidad. Lo miro complacida, a pesar del dolor que siento, y no solo por lo que me está pasando. Deseo poder besarlo, abrazarlo y tocarlo cuando se me antoje, al igual que lo hace Cristal.

Pensar en ella, en lo que le estamos haciendo me rompe el corazón. Jamás he hecho nada igual ni me he imaginado haciéndolo, ya que no deseo que me ocurra a mí. Pero he intentado con todas mis fuerzas alejarme, olvidarlo, pero me es imposible.

Zeus es parte de mí.

Intentando sonreír, cojo su mano y le beso los nudillos. Escucho como coge aire por la nariz y se me acelera el corazón. Despacio, pasa un brazo por mis hombros y me arrima a él, dejándome caer en su pecho.

Cuando el coche se detiene, me muevo un poco y por la ventana veo que hemos llegado. Me tenso, nerviosita perdida por el lugar en el que nos encontramos. No quiero entrar. Zeus se desabrocha el cinturón, y al notar mi tensión, me mira.

—Honey, no pasa nada. Yo voy a estar contigo en todo momento. No te dejaré sola —Se mantiene un segundo en silencio, mirándome

con intensidad. Y luego sonríe dulcemente—, nunca más.

Que sus palabras puedan tener más significado de lo que parce, me emociona e inquieta a partes iguales. Pero el dolor no me deja pensar en otra cosa que en querer llorar. Aunque me catalogue como mujer fuerte que no llora, debo admitir que cuando estoy pachucha me pongo muy sensible.

Salgo del coche y, pudiendo caminar un poco, voy tras los dos hombres que tanto cariño me demuestran. En cuanto entramos en el hospital, todos saludan a Zeus, pero este, que está serio, pide urgentemente que salga un tal Fidel.

Aunque ya conocía la faceta atento, cariñoso y protector de Zeus, no deja de sorprenderme que esté tan pendiente de mí ante tanta gente. Las cuales son mayormente sus compañeros de trabajo. De un momento a otro, se marcha por un pasillo y vuelve con una camilla. En la que me siento con su ayuda.

Un hombre alto, delgado y de pelo negro, aparece ante nosotros con varios artilugios típicos de médicos y una carpeta. Con la mano, Zeus y él se saludan, y después el médico se acerca a mí.

—Hola, soy Fidel Duarte. El especialista en el aparato digestivo. Por favor, túmbate.

Le hago caso, cagadita de miedo. Zeus no aparta su mano de la mía ni un solo segundo. Ni siquiera mira a su alrededor por si pudiera aparecer Cristal. Y eso me gusta, sí, me gusta y mucho.

Siento como Fidel sube mi camiseta hasta descubrir al compelo mi vientre. Él iba a meterme en una sala, pero Zeus ha exigido que me inspeccione ya. El moreno de rasgos latinos me inspecciona la zona.

No le digo nada a Zeus, que mira impaciente a su compañero, pero me encuentro mal. Me siento arder todo el cuerpo, y estoy cansada. Él me mira, con una sonrisa intentado tranquilizarme, y se agacha para besar mi frente.

—Mierda, Ava. Tienes fiebre —Con un ligero movimiento, aparta a Fidel y me toca la cara—. Llévala a que le hagan una ecografía urgentemente, que tenga fiebre no es buena señal.

Ay, madrecita. Que me muero.

Asustada, agarro la mano de Zeus e, intentando no llorar, imploro — Dame alguna pastilla y cuando cese el dolor nos vamos a casa.

Con la camilla ya pasando por el pasillo, y tres hombres altos y serios a mi lado, entramos en una sala. Allí me hacen pruebas y, ni llegados a los diez minutos, Zeus sale de donde estaba reunido con su compañero. Se coloca delante de mí y me besa los labios.

—No quiero que te asustes, ¿de acuerdo? —Asiento, a pesar de que sí me asusto— Hay que operarte —Mi cara ha debido ponerse pálida, porque se acerca a mí y la coge entre sus manos, susurrándome—. No, no, no. Shhh, nena, no pasa nada. Estaré ahí. No tengas miedo, no

dejaré que te ocurra nada.

Sinceramente, es la primera vez que sus palabras me dan igual. No quiero, no pienso operarme y, llevada por el pánico, intento levantarme. Zeus agarra mi brazo y me mira.

—¿Qué haces?

—No pienso operarme. No lo voy a hacer, me da igual que el cirujano seas tú o el Papa. Además, no puedes operar a alguien cercano.

—Eso mismo estaba a punto de decir yo. Aunque no puede hacerlo, es cirujano ortopédico y no está capacitado —Se vuelve a él cuando termina de explicarme algo que desconocía y luego se centra en él—. Solo podrás mirar Zeus.

Todos miramos hacia la mujer que se acerca y que sonríe a sus compañeros. Llevo el pelo recogido en un moño, una bata y algo de rímel. Al estar a nuestro lado, pone una mano en el hombro de Zeus y niega con la cabeza.

—Sin querer preguntarte algo que no debo, te diré que, viendo como la tratas, es importante. Y…

Las palabras de Arizona me hacen temblar. ¿Importante para él?

—Arizona...

La voz amenazante de Zeus me eriza la piel, pero a ella no parece afectarle en absoluto.

—Zeus, no empieces. Por favor. Sabes que no puedes estar dentro y...

—Escúchame Arizona, no pienso dejar que nadie toque a Ava sin estar yo presente y no se hable más.

La mujer empieza a moverse incómoda, algo me dice que sabe que no podrá hacer mucho más por detenerlo. Zeus, quien la ignora que da gusto, agarra la camilla y empieza a desplazarme hasta el ascensor.

—O'Donnell, ¡No seas cabezota!

Miro hacia arriba, viendo como Zeus tuerce el gesto. Sus manos agarran con fuerza el hierro de la camilla a la vez que se gira un poco hacia su compañera.

—No insistas. No me hagas decir o hacer algo de lo que me arrepienta Arizona. No puedo dejar que le pase nada, ella... —Mira hacia abajo, encontrándose así nuestros ojos. Acaricia mi mejilla y sonríe de medio lado — ¡No discutas más!

Tras un silencio sepulcral, en el que cada uno se toma la situación de una manera diferente, entramos en el ascensor. Siento mi corazón desbocarse por el miedo y necesito a mis padres.

—Tengo que hablar con mis padres. No puedo operarme sin que ellos sepan algo.

Zeus asiente, serio.

—Yo mismo hablaré con ellos cuando todo termine. Les organizaré

un vuelo para que vengan a mi casa a visitarte.

—¿A tu casa? —inquiero, observando cómo se abren las puertas del ascensor.

Zeus asiente sin mirarme y, tras pasar un pasillo y entrar en una sala muy fría, detiene la camilla para mirarme.

—Ya hablaremos de eso más tarde, cielo. —Me besa con mimo y me cuesta horrores separarme de él.

Solo puedo asentir, pues el dolor me cruza el cuerpo entero. Él me mira y se percata, por lo que empieza a dar órdenes para empezar cuanto antes con la intervención.

Todos le obedecen sin rechistar. Yo miro a todos lados y me tapo un poca más con la batita fina que me han hecho ponerme. Vuelvo a colocarme en la camilla y un hombre, poco mayor que yo, me lleva hasta el quirófano y me coloca en el centro de la sala.

—Todo saldrá bien. No hay mejor cirujano que él y estará atento a ti mientras se lleva acabo.

Asiento, confiando en el equipo que me va a tratar.

Segundos después, Zeus aparece vestido para la ocasión. Se acerca a mí, me sonríe dulcemente, besa mis labios ante todos, lo que me sorprende hasta el punto de abrir los ojos como platos, porque ni siquiera sé si puede hacerlo, y conseguir que él torne su rostro serio.

Separándose de mi lado, mira a una mujer morena y alguien dice alto y claro:

—Anna, la anestesia.

Esta asiente, coge mi brazo, pincha en la vía y todo empieza a desvanecerse.

· Capítulo 43 ·

Zeus

Suspiro tremendamente aliviado cuando terminan de coserla.

Al taparle el cuerpo, el mío se viene abajo. Jamás había sentido tanta preocupación por una mujer. Ni siquiera cuando creía que estaba enamorado de Cristal.

Tras mi consentimiento, una enfermera se lleva a Ava a la habitación, donde la esperan Peter y Jess. Antes de subir, debo firmar unos documentos y hablar con sus padres.

No sé por qué, pero eso me pone algo nervioso. Tengo la intención de decirles que vivirá conmigo y, aunque estén a horas de distancia, me tensa su posible rechazo.

Salgo del quirófano, ya aseado y cambiado de ropa, cuando dos personas se encaran conmigo.

—¿Te has vuelto loco? —gruñe el padre de Cristal, alterándome enseguida.

—Pues claro que sí, padre. Desde que esa zorra se metió en sus pantalones en el aeropuerto.

Doy un paso hasta ella, amenazante.

—No vuelvas a hablar así de Ava. No querrás hablar delante de tu padre de quién es qué, ¿Verdad?

Máximo y yo intercambiamos una mirada.

—Hija, ¿De qué habla?

Eso me sorprende, pensaba que se lo había contado a su papaíto.

—De nada, ¿A caso le vas a creer? Solo intenta echarme el muerto a mí.

Tenso la mandíbula. Cristal solo se merece que le cuente a su padre lo que hizo, pero sé que Máximo es un tipo duro y no se portaría bien con ella, por lo que prefiero omitirlo.

—Esto que has hecho y dejar a mi hija, lo vas a lamentar.

Máximo se marcha y Cristal, antes de echar a andar tras él, dice malhumorada:

—Esa chica no te va a aguantar. Ni siquiera yo puedo la mayor parte del tiempo. Tu frialdad y seriedad podrán con ella.

Observo como entra en el ascensor. Por un momento, sus palabras me han jorobado y la sensación que he sentido al pensar en que Ava podría dejarme, me sobrepasa. Parpadeo confuso, ella no me dejaría ¿o sí?

Aun aturullado por mis pensamientos, decido ir a su habitación.

Allí le pediré a Jessica que me dé el número de los padres de Ava para poder hablar con ellos. Pero, cuando entro en la habitación, lo que presencio no me gusta en absoluto, de echo me enfada. Mucho.

Con paso decidido, camino hacia la cama donde ella está aún dormida. Y de un manotazo, aparto la mano de Peter de su cara. El pánico se apodera de mí, sin poder hacer nada.

—¿Qué coño crees que haces? —bramo sin control.

Peter se levanta y me encara, nada contento con mis modales. Respiro agitado, no quiero volver a pelear con él, pero me lo está poniendo muy difícil. Intento modelar mi tono, aunque Ava siga dormida sé que puede despertar en cualquier momento porque antes de traerla la hemos estimulado.

—Peter, no quieras más problemas conmigo. No vuelvas a equivocarte, porque esta vez no tendrás perdón.

Mi amigo aprieta los puños y frunce los labios.

—No te pases, Zeus. No consiento que insinúes nada acerca de nosotros, sabes que estoy con Jessica.

Rio sarcásticamente al oír ese “nosotros” Pero ¿Qué se cree? No puedo contener mis nervios y la impotencia de haberlos encontrado a solas en la habitación. Él acariciándole la cara como solo yo puedo hacer, tan cerca de ella... Cierro mis manos, muriéndome de la rabia.

—¿No tuviste suficiente aquel día? Te partiré la cara si es necesario Peter como...

—¡Zeus! Cierra la boca de una vez. Si no seré yo quien lo haga. Sabes lo que siento por Jessica. Jamás me entrometería entre Ava y tú.

En parte le creo, sé que no lo haría. Pero ya no escucho ni razono y, dando otro paso hacia él, gruño:

—No sé si creerte. Te ha faltado el tiempo para quedarte a solas con ella, por no mencionar que también estabas con ella en el apartamento de tu novia.

Peter calla, sé que lo hace por no discutir, pero yo no deseo otra cosa que eso. Necesito dejarle claro que Ava es mía y nunca pasará nada entre ellos.

—¿Cuánto tardarás en intentarlo? ¿eh, Peter? ¿serás capaz de mantener tus zarpas lejos de mi chica? ¿o volverás a esperar a que tenga un turno largo para ir a mi propia casa y tirártela?

Conforme digo eso, siento el duro puño de mi amigo contra mi mandíbula. Mi labio se raja y siento un hilillo de sangre. Me doy con la lengua, impactado por el golpe.

Enseguida me siento fatal. No sé porque me he comportado así. Peter me juró no volver a hacerlo y decidí perdonarlo, ¿A qué viene hacer todo esto? Y con ella...

—¿Zeus?

Miro al frente, viendo como Ava se frota los ojos. La paz me inunda

y la ira desaparece en cuando escucho que al primero que busca es a mí. Miro a mi amigo, arrepentido por lo que he provocado. Este, me mira descolocado y veo como su cuerpo se relaja. Antes de ir hacia Ava, me acerco a él.

—Colega, he sido un...

—Lo has sido, pero ya hablaremos.

No espera que diga nada más, y sin despedirse de Ava, lo que en el fondo me duele porque sé que se llevan muy bien, sale de la habitación.

Abatido, me acerco hasta la mujer que me vuelve loco desde la primera vez que la vi en las sillas del aeropuerto. En ese momento estaba hablando con Jessica, no dudé en seguirla. Deseaba encontrarme con ella, pero no imaginé que algo así ocurriría entre nosotros.

Me siento con cuidado en el borde de la cama y le retiro el pelo de la cara. Es preciosa. Todavía está adormilada y, procurando no hacerle daño en la herida, la acurruco un poco hacia mí. Necesitado, como nunca en mi vida con otra persona, de tenerla a mi lado.

Le estoy acariciando el cuero cabelludo con mis dedos, escuchando su apaciguada respiración, cuando de pronto suelta:

—No me abandones —Arrugo las cejas y tengo intención de responder cuando ella gime, lloriqueando—. Tú también no, Zeus. Quédate a mi lado.

La beso sin poder contenerme, lo hago despacio y con tranquilidad. Incómodo por no saber a qué se refiere y porque dice tal cosa, pues no sé quién podría tener la desfachatez de abandonarla, me acerco a su oído y le susurro con todo el amor que puede:

—Jamás, honey. No creo que pudiera vivir sin ti.

Estoy un rato en silencio, con ella dormida en mis brazos y no puedo sentirme mejor. No me muevo, no quiero que se despierte, pero la puerta se abre. Subo la mirada y sonrío al ver a Jessica con Carl, la chica de la recepción de su edificio y Peter.

Mi amigo y yo intercambiamos una mirada que me dice que todo se puede arreglar, por lo que me levanto con cuidado de la cama. Dejando que todos se acerquen a verla, detengo a Jessica en el camino.

—Gracias, gracias, gracias. —dice ella de pronto tirándose en mis brazos.

Con una sonrisa la abrazo, mirando a mi amigo. También sonríe y me siendo el doble de idiota, tendría que confiar en Peter tanto como confía él en mí. Una vez deja de ahogarme con sus brazos, Jessica se aparta.

—No tienes que darme las gracias, haría lo que fuera por ella.

Mi revelación parece llamar la atención de todos, que me miran en

silencio. La sonrisa de Jessica de *siempre lo he sabido* me obliga a cambiar de tema y saco mi teléfono del bolsillo.

—Dame el número de sus padres, quiero decirles que todo ha ido bien.

Jessica asiente y así lo hace. Dejando a todos mimando a Ava, a pesar de que sigue atontada por la anestesia, salgo al pasillo.

Al tercer toque suena la voz de un hombre.

—¿Quién es?

Cojo aire, nervioso por estar a punto de hablar con su padre. Agarro con fuerza el móvil e, inexplicablemente emocionado, decido hablar en su idioma.

—Soy Zeus O'Donnell. Me consta que Jessica les ha informado, pero he querido ser yo quien les informe de que todo ha salido muy bien. La operación ha sido rápida y ella está recuperándose en la habitación.

El sollozo que escucho me inquieta, pero escucho al padre de Ava tranquilizar a la que supongo es su mujer.

—Encantado, muchacho. Soy Jorge, el padre de Ava y la que está aquí llorando es Sonia, mi mujer. Jessica nos mantiene informados.

Eso último me coge de sorpresa ¿Sabrán que hay algo entre nosotros? Como no sé qué decir para explicar algo que tampoco sé si quieren saber, paso directamente a la parte en que les hablo de venir.

—Había pensado que podíais venir unos días y así estar con ella. Yo puedo organizarles el vuelo.

Un suspiro de Jorge me hace mirar hacia la puerta tras la que se encuentra Ava, intuyendo que van a negarse.

—Ojalá pudiéramos, muchacho, pero nos he imposible.

—Pero, señor, su hija acaba de operarse. ¿No desean verla?

—Por supuesto, ¡No lo dudes ni un segundo! Por eso mismo cuando Hugo y Lucas viajen allí, iremos unos días.

Escuchar aquellos nombres no me gusta. He escuchado como Ava habla con ellos y por Jessica la buena relación que tienen. Sé que son amigos, pero pensar en que otro hombre la quiere y mima como quiero hacer solo yo, me inquieta.

No quiero empezar con mal pie con Jorge, por lo que, intentado comprender su situación, acepto lo que me dice y les ofrezco mi casa como suya.

Antes de volver al interior de la habitación, veo que Jayden aparece ante mí con un enorme ramo de flores. Me saluda con el rostro tenso y preocupado y entra en la habitación para besar y abrazar a Ava.

Al principio pensaba quedarme al margen, son amigos, pero al ver que todos salen y se quedan solos rechazo la idea. Ni loco la dejo a solas con él.

· Capítulo 44 ·

Ava

El efecto de la anestesia va desapareciendo poco a poco y cada vez me encuentro más consciente. Sonrío al ver el bullicio que forman mis amigos al salir de la habitación, y más aún al ver el enorme ramo de flores que aparece ante mí.

Jayden lo baja y veo su sonrisa tras él. Tan guapo y simpático como siempre. Me planta dos besos en las mejillas, que acepto gustosa, y deja las flores sobre la mesita que hay al fondo de la habitación.

Zeus, que ha entrado detrás de él, se apoya en el marco de la puerta del baño y nos observa en silencio. Sé que Jayden no le gusta, pero me da igual. Es mi amigo.

Jayden me pregunta por la operación, mi estado e incluso mi familia. El tiempo que pasamos charlando, con Zeus también en la habitación, no puedo dejar de reír. El pelirrojo es divertido y extrovertido, y no hay un solo momento en el que nos quedemos sin tema de conversación.

Dos horas después, en la que los dos hombres que están conmigo en la habitación han intercambiado unas palabras mientras yo hablaba con mis padres, Jayden decide marcharse y me dice que pasará por mi apartamento, pero antes de que le responda Zeus se coloca a nuestro lado.

—No estará en su apartamento, vivirá en el mío.

Dicho eso y sin dejar que yo diga algo, conduce a Jayden a la puerta.

Aunque me ha molestado como lo ha tratado, no puedo evitar la emoción que me produce que haya dicho eso. ¿Es en serio? Mientras camina hacia mí, pienso en esta locura. Nuestra locura.

No me puedo creer que me haya enamorado de un hombre prometido que ahora me pide ir a vivir a su casa. Lo que me hace pensar en Cristal, ¿La ha dejado? ¿Piensa hacerlo? ¿Qué dirá? ¿Qué pensará? Oh, Dios. Miro a Zeus, que se sienta a mi lado, horrorizada.

—¿Quieres que comparta tu casa con Cristal?

Sorprendido, sube las cejas.

—¿Por quién me has tomado?

No digo nada, me siento tonta por lo que he dicho. Me coge las manos y las miro, unidas.

—He roto con ella.

Levanto la cabeza, sorprendida y confusa por lo que acaba de

confesar. Sonriendo de medio lado, se acerca más a mí y me besa con delicadeza.

—Solos tú y yo.

El cuerpo me vibra, el corazón también. Jamás pensé que este día llegaría. La ha dejado, por mí. Emocionada, voy a sentarme cuando un dolor fino me cruza la cara y vuelvo a tumbarme.

—No seas bruta, honey. —dice apurado al ver mi cara. Se acerca a mí y me acaricia la mejilla.

—¿Cuándo...? ¿Por qué?

Suspira, tumbándose a mi lado.

—Hace unas horas. Cuando Peter me llamó yo estaba en la puerta de tu casa. Quería hablar contigo y contártelo —Durante unos segundos nos miramos, hasta que, nerviosa, sonrío y el me imita. Coge mi mano de nuevo y se la lleva a los labios — ¿Por qué? Pues por ti. No quiero seguir dejándote en las noches, ni despertando con alguien a mi lado que no eres tú.

Uf, lo que me entra por el cuerpo al escucharlo. Hasta ganas de llorar me entran. Que palabras tan bonitas.

Suspiro, aliviada, al fin parece que tenemos vía libre. Aunque solo hayan pasado dos meses, han sido tan intensos que tengo la sensación de que nos conocemos desde mucho antes. Voy a moverme, me apetece besarlo, pero como él no me deja no vuelvo a intentarlo.

Unos segundos después, lo miro divertida, a lo que él sube las cejas, y susurro encantada:

—Zeus.

Como era de esperar, mi hombre, guapo, perfumado y chispeante, deposita su mano en mi mejilla y atrapa mis labios en un beso cálido y deseado por ambos.

Tras el beso, me retira un mechón de pelo, que me ha caído en la cara, y pasa un brazo por mis hombros. Acurrucándome a él y sin necesidad de más palabras, me quedo dormida.

Al despertarme estoy sola en la habitación y me pongo nerviosa al ver que un doctor entra. Coloca la carpeta en el pie de la camilla y me mira con una sonrisa.

—Buenos días, señorita Ferrer. Soy Liam Stuart, quien te dará el alta a lo largo del día.

—Encantada. —musito, muerta del miedo al estar sola con él.

—Ahora voy a ver los puntos y luego los curaremos.

Estoy a punto de sufrir un ataque de pánico cuando la puerta se abre y aparece Zeus con la misma ropa del día anterior.

—Lo siento, he ido a por un café. Podrías haberme dicho a la hora que subirías.

Liam sonríe y le da un apretón en el hombro antes de empezar a

destaparme.

—Quería conocer a la mujer que te ha hecho poner patas arriba el hospital.

Ambos sonríen, mientras yo observo horrorizada como me quita la ropa en la zona de la herida y la destapa. Pasa un algodón húmedo, aprieta un poco y vuelve a taparla.

—Está estupenda. Si todo va bien de aquí a un par de horas más, te daré el alta esta tarde.

Asiento y, tras Liam despedirse de nosotros, nos deja a solas. Sigo los pasos del hombre que me ha hecho perder la cabeza en todos los sentidos. Por el que he aceptado y sentido cosas que jamás pensé que aceptaría y sentiría.

Zeus se mueve por la habitación con el rostro serio. Va recogiendo mis cosas poco a poco y las mete en un macuto que hay sobre el sillón de piel del fondo. En algún que otro momento me mira y sonríe, aunque no habla. Está totalmente concentrado en recogerlo todo.

Unos minutos después, cuando ya no queda nada mío, solo la ropa que me ha dejado sobre la cama se sienta a mi lado y me acaricia la mejilla con los nudillos.

—En unas horas estarás viviendo conmigo.

Asiento, encantada. Nada me gustaría más en este momento. Voy a decir algo, cuando la puerta se abre y aparece mi mejor amiga.

—Ay, mi Avuchi. No me acostumbro a verte en esta cama.

Trae varias clases de libros de sopas de letras, las deja en la cama y me da un beso. Entonces veo que Zeus los coge y me mira divertido.

—¿Y todo esto?

—Es una obsesa de las sopas de letras. —comenta Jess, sentándose al otro lado de la cama.

—Sí, me encantan.

—Qué curioso.

—Tienes mucho que aprender y conocer sobre mí.

Me encojo de hombros y Zeus, con una naturalidad que me enamora, coloca una mano en mi mejilla y se inclina sobre mí:

—Vamos, hazlo. Me muero de ganas de hacerlo, honey.

Entendiéndolo perfectamente, suelto una carcajada y, deseándolo yo también, susurro divertida su nombre. Me besa con delicadeza y amor, el beso no dura mucho, pues Jess está ahí, pero es suficiente para desbocar mi corazón.

Tras separarse de mí, se levanta y nos mira a ambas para despedirse e irse. No sin antes aclarar que volverá en un rato.

Cuando la puerta se cierra, Jessica se acomoda a mi lado y saca unos donuts de su bolso. Sonríe y me da uno, el cual saboreo gustosa.

—¿Sabes? No me queda mucho para terminar los exámenes y empezar las prácticas.

Asiento y le doy otro mordisco al dulce. Jessica está muy entusiasmada con su curso de cocina. Por suerte no tardó en encontrar uno que durase poco, tuviera mucha información y también prácticas.

Le encanta trabajar con Carl, pero ella siempre ha querido ser chef y tener su propio restaurante. Por suerte, está sacando unas notazas y el bueno de nuestro amigo Carl es flexible a la hora de que ella estudie y se presente a los exámenes sin problemas.

—No sabes cuánto me alegro. ¿Tienes alguna idea de dónde quieres dar tus prácticas?

Ella asiente emocionada, tragando el donut.

—Te vas a quedar muerta cuando te lo diga tía. —Jess sonríe y se coloca en la cama de tal manera que queda frente a mí— He elegido el restaurante La Gustosa, en Los Ángeles.

Abro los ojos desmesuradamente, ¡Los Ángeles! Jamás pensé que hablaríamos de algunas de estas ciudades con la posibilidad de conocerlas. Estoy súper emocionada por Jess.

Abro los brazos con cuidado hacia ella y le sonrío.

—Abrázame, aunque sea con cuidado, que me alegro un montón por ti.

Ella lo hace sin pensarlo y estamos un rato así, hasta que Jessica se separa para hablar de nuevo.

—Estaré allí dos semanas y me encantaría que me acompañases, aunque fuese solo el último fin de semana antes de volver. Necesito ver Los Ángeles contigo.

—Por supuesto, lo haré encantada.

Emocionadas, hablamos sin descanso de nuestra vida aquí, soñamos con nuestro futuro y recordamos con cariño a nuestras familias y amigos.

Una hora más tarde, Zeus vuelve a la habitación acompañado de Liam. Eso me inquieta, pues no sé si podré marcharme o tendré que seguir aquí otro día más. Los observo caminar hacia mí y escucho como Jessica contiene el aliento. Le doy un codazo en las costillas y ella se ríe por lo bajo.

Liam y Jessica se presentan con una sonrisa y luego él centra toda su atención en mí.

—El estudio de tu operación es estupendo. Todo está bajo control y en las horas que has estado aquí nada se ha complicado y, aunque todo puede pasar, no debe porque ocurrir. Así que, voy a preparar tu alta, las pautas que debes seguir durante dos semanas y podrás marcharte.

Sonrío contenta, parece que todo va de fábula.

—Gracias, doctor Stuart.

Liam sacude la cabeza y suelta una risa.

—Somos casi de la misma edad, llámame Liam.

Asiento, gustosa, por su amabilidad y veo que Jessica también asiente con una sonrisa en los labios.

—Si Peter me viera ahora mismo se enfadaría mucho. Pero es que el mediquito está para comérselo.

Suelto una carcajada que hace que Zeus y Liam, quienes ahora están en la puerta hablando, miren en nuestra dirección. Este último sonríe, sin embargo, mi hombre oscuro, seguro de sí y atrayente, achina un poco los ojos y me observa serio. El vello se me eriza.

Desvío la mirada al sentir el calor recorrer mi cuerpo y empiezo a charlar con mi amiga. Unos minutos después, esta se marcha a casa para darse una ducha y dejarme a solas con Zeus. Tenemos mucho de lo que hablar.

Con paso seguro y tranquilo, el hombre que me tiene en una nube coge mi ropa y la pone sobre la pequeña mesa que hay a un lado de la cama. Me destapa entera y me coge las manos.

—Tienes que levantarte y vestirte para poder irnos.

Tiene razón, por lo que empiezo a incorporarme poco a poco. Cuando estoy completamente sentada me siento un poco mareada, pero se me pasa rápidamente. Con su ayuda, consigo ponerme en pie.

—¿Estás bien? —pregunta acercando su frente a la mía.

Respira hondo cuando digo que si con la cabeza.

—Ahora vamos a vestirte.

Lo miro divertida y echándome hacia atrás el pelo.

—¿Sabes que puedo sola?

Frunce el ceño, después sonríe.

—Lo sé, pero quiero ayudarte.

Me siento loca de amor en este momento. Saber que no tendremos restricciones a la hora de estar juntos me hace sentirme como una niña pequeña. Pero tampoco puedo dejar de pensar en Cristal, ¿Va a desaparecer de nuestras vidas? ¿Tan fácil va a ser? Algo me dice que nos lo va a poner difícil y lo sé porque yo misma lo haría. Lucharía con dientes y uñas por defender lo que es mío, algo que pienso hacer si es necesario.

—Honey, ¿Me escuchas?

Parpadeo varias veces hasta que vuelvo a donde estaba. Niego con la cabeza, pues es la verdad, y se acerca a mí.

—Te decía que voy a quitarte la ropa.

Lo miro a los ojos, chispeantes y juguetones. Hay doble sentido en eso, lo que me eriza la piel y me acalora el cuerpo. Sin decir una palabra, asiento despacio y se coloca detrás de mí.

Sus manos se mueven despacio en mi espalda, desatando los nudos de las tiras del camisón que llevo. Sus nudillos rozan mi piel por encima de la tela, haciendo que mi estómago se encoja. Abre el camisón y siento su respiración en mi nuca.

Con una delicadeza que me seca la boca desliza sus manos, y con ellas lo que llevo puesto, de mis hombros hacia abajo. Dejándome desnuda. Desliza su mano por mi espalda, hasta llegar a la zona más baja.

—No sé qué has hecho. —susurra en mi oído y besa mi cuello— Ni como lo haces para que deje a la mujer que me tiene atado desde hace seis años, que ponga el hospital de mi familia patas arriba y que se me acelere el corazón cada vez que te veo. —Agarra mis codos y me invita a volverme, quedando frente a él. Me mira a los ojos, los penetra y siento que me ve por dentro. Entonces acaricia mis labios con los suyos, y susurra sobre ellos—. Pero, sea lo que sea que hagas, nunca dejes de hacerlo.

No sé qué decir, el corazón me aletea como nunca, mi cuerpo se estremece con su contacto y mi cabeza solo me repite una cosa: Es él. No hay dudas.

Me acerco a su cuerpo y lo beso. Ni siquiera me preocupo en estar desnuda, me pego a él cuanto puedo, para no hacerme daño, y lo beso como siempre deseo. Cuando el beso empieza a tener otro sentido, las manos de Zeus acarician mi espalda y cogen mis nalgas. Una de sus manos va a mi nuca y, tras un mordisquito en el labio, se separa.

Me mira unos segundos con los ojos medio cerrados y los labios entreabiertos, después mira hacia mi cuerpo y suelta aire por la nariz.

—Nena, cuando se trata de ti no tengo contención y sabes que debemos parar.

Consciente de eso, asiento satisfecha y doy un paso atrás. Dejo que me mire con descaro, que saboree mi cuerpo con los ojos, que provoque en mi un tsunami de emociones. Está a punto de volver a besarme, lo veo en sus ojos y su cuerpo, pero llaman a la puerta. Entonces, sonriendo como solo él sabe, se acerca, me besa como pensaba hacer y me conduce hasta el baño.

—Iré a abrir y volveré para ayudarte.

—Que sí, mientras iré haciéndolo yo.

—Ava...

Pongo los ojos en blanco ante su insistencia y le doy la espalda. Veo por el espejo que me mira el culo y, sin mirarlo le digo:

—Deja de mirarme el trasero. —Sus ojos suben hasta el espejo y suelta una carcajada que me sabe a vida.

—Ahora vuelvo.

Cuando cierra la puerta, me miro al espejo y sonrío como una tonta. ¿Quién me diría que la muerte de mi tía me llevaría a conocer a alguien tan increíble? Que conseguiría echar raíces y conocer a personas maravillosas como...

—Jayden.

La voz de Zeus al otro lado de la puerta me sorprende.

Recogiéndome el pelo en un moño bajo, me acerco a la puerta sin hacer ruido y pego la oreja en ella. ¿Jayden está otra vez aquí? Están unos minutos en silencios hasta que escucho la voz del pelirrojo.

—¿Dónde está?

Silencio.

—¿Para qué?

Maldigo. He aceptado ir a vivir con Zeus y no he hablado con Jayden. Le debo una explicación. Hasta el momento hemos hablado casi diario y nos hemos visto alguna que otra ocasión y, aunque no ha pasado nada entre nosotros, quiero aclarar las cosas.

Silencio y luego una risa. Zeus.

—¿A qué has venido?

—He sabido que le darían el alta y quería estar con ella cuando se fuese a casa.

—¿No escuchaste lo que te dije? Vivirá conmigo, por lo que no debes preocuparte por ella.

Vaya, no me gusta lo que está diciéndole a Jayden.

—¿Estás seguro de poder darle lo que merece?

—¿Qué quieres decir? —La voz de Zeus se vuelve tensa, lo que empieza a preocuparme.

Cojo la ropa que me dio antes e intento ponérmela. Empiezo por la camiseta, pero me molesta la herida al subir los brazos, por lo que me siento en el retrete y empiezo con el pantalón.

Me frustro en cuanto me doy cuenta de que me duele y necesito que me ayuden. Dejo la ropa en el suelo y vuelvo a pegarme a la puerta.

—Si no quieres problemas contén tu lengua. Piensa antes de volver a hablar.

¿De qué habrán hablado? Escucho pasos, luego abrirse la puerta de la habitación.

—No me voy a alejar de ella, Zeus. A no ser que me lo pida.

—Lo hará.

Después de eso la puerta se cierra y, al oír que se acerca, voy al lavabo y me lavo la cara. Cuando la puerta del baño se abre y aparece Zeus, tengo la cara mojada y él me da una toalla dibujando una sonrisa al mirar de nuevo mi cuerpo.

—¿Quién era? —pregunto sin poder resistirme.

—Uno de los enfermeros.

Su respuesta me duele y enfada. ¿Me ha mentido? Ha tenido la cara dura de mentirme. Molesta, pero consciente de que necesito su ayuda, dejo que me vista y no vuelvo a preguntar sobre el tema. Pues si algo decía siempre mi tía era que las mentiras tienen las patitas muy cortas.

· Capítulo 45 ·

Zeus

Una hora más tarde llegamos a mi apartamento. Cuando abro la puerta y entra no deja de mirar todo a su alrededor, observa cada detalle, sonríe mirando a cada lado. Tengo que reconocer que me pongo algo nervioso, no quiero que encuentre algo que no sea de su agrado.

Unas horas antes, Cristal ya me había informado sobre la recogida de sus cosas y que había dejado mis llaves en la recepción, pero, aun así, al dejar la bolsa con pertenencias de Ava, inspecciono cada rincón para comprobar que no hay ni rastro de ella.

Aunque ha hecho lo que le he pedido, no estoy del todo tranquilo, conozco a esa mujer y tengo claro que la cosa no ha quedado aquí. Ni que decir tiene que me he equivocado en mi proceder, pero joder, ha surgido sin planearlo.

Dejo la bolsa de Ava sobre la cama y verla me hace sonreír. Hacía mucho tiempo que no me sentía así. Emocionado, feliz, dichoso.

Vuelvo al salón para comprobar que está bien, no quiero que ande demasiado y algún punto se le zafe.

—He dejado tus cosas sobre mi cama, para que las acomodes a tu gusto.

—Está bien, luego lo haré.

Está de pie, frente a la estantería donde guardo todos los libros referentes a la medicina que he tenido que estudiar y que leo por gusto.

Sin poder estar lejos de ella mucho tiempo, me coloco detrás y le pasó una mano por la cintura con cuidado de no darle en la herida.

—Honey, siéntate y descansa. No quiero que te duela o se te abra la herida.

Niega con la cabeza suavemente y sonrío. Le beso el cuello con mimo y ella sonríe también.

—Honey, no seas cabezona.

—Ni siquiera me duele.

—Lo sé, cielo, —Quedo en silencio, me sorprendo por mis propias palabras. Los hombros de Ava se mueven levemente, pero lo suficiente para que pueda percibir que a ella también le sorprende. Suspiro e intento recomponerme—, pero solo quiero…

—¿Los has tenido que leer todos?

La miro, a pesar de estar dándome la espalda. Cambiando de tema,

no me sorprende viniendo de ella. Le beso el cuello con mimo, la noto tensa y no sé por qué.

—No todos, solo los que yo he elegido. Los demás han sido por estudios.

—Nunca me ha gustado leer, me aburre. Soy más de series o películas.

Sonrió ante su confesión. Me agrada saber algo nuevo de ella porque lo que estoy haciendo es una auténtica locura. La he traído a vivir conmigo sin conocerla, sin saber ni la mitad de lo que debería saber, solo por el hecho de no poder estar alejado de ella.

—Lo tendré en cuenta. Podremos ver una serie siempre que lo desees.

Ava asiente y no habla. Se vuelve despacio hacia mí y me mira unos segundos. Pasa sus manos por mi tronco, rodeándolo y transmitiéndome calor por la zona que toca.

Retiro un mechón de pelo que le cae en la mejilla y dejo mi mano en su nuca. Es tan delicada y descarada a partes iguales que me vuelve totalmente loco.

Voy a besarla cuando se me adelante y siento sus carnosos labios sobre los míos. Demasiado tiempo añorándolos. Son cálidos y suaves, además de juguetones. Se mueven con rapidez, incrementando el juego entre nosotros y las ansias que tenemos.

Desearía poder meterla en la cama y hacerla mía hasta que le doliese, pero soy consciente de que no puedo. No quiero lastimarla.

Acaricio su abdomen por la zona donde no está la herida y, como atraído por un imán, llevo mis manos hasta sus pechos. Recordar cuando la tuve desnuda en su habitación sobre la cómoda me pone duro. Demasiado.

—Mmm, nena, llevo mucho tiempo ansiando tenerte para mí. No podemos seguir así…

Ava ronronea a la par que acaricia mi pelo, luego vuelve a besarme, toca mi cuerpo a su antojo. Dejo que haga con él lo que desee, como con ninguna otra. Me dejo llevar por las ganas que tengo de tirarme en mi cama y que se suba sobre mí.

Cierro los ojos y aprieto los dientes, jamás había sentido tanta necesidad.

Agarro un poco su pelo para echarle hacia atrás la cabeza y besarle el cuello, la barbilla y de nuevo su preciosa boca. Estamos respirando con demasiada dificultad, algo que me va a llevar a hacer una locura si sigue así de receptiva y segura, pero entonces se pega demasiado a mi cuerpo y me tenso separándome de ella.

Su cara lo dice todo.

—Joder, ¿Te has hecho daño verdad? —pregunto intentando controlar mi respiración.

Ava asiente. Le doy un beso en la frente y levanto su camiseta, el apósito que tapa su herida y compruebo que está bien. Aunque me muero de ganas de seguir con lo que hacíamos, la acompaño al sofá donde nos sentamos juntos.

Mi piso está en silencio, es grande, tiene muchas ventanas, pero poca luz. Le falta vida, siempre lo he sentido así. Se me queda grande en muchas ocasiones.

—¿Me acompañas a guardar mis cosas? —Su voz me demuestra algo de inseguridad y por cómo se toca su collar termino de corroborarlo.

—Por supuesto. Puedes guardarlas donde desees, hay espacio de sobra.

Me mira unos segundos y se muerde el labio. Maldigo para mis adentros al verlo, de nuevo estoy ardiendo. Cojo aire y lo suelto, templando mis intenciones.

—¿De verdad?

La miro sorprendido. ¿De verdad cree que pueda haber rastro de Cristal aquí? ¿Después de haberle pedido que viva conmigo? Ahora que lo pienso…no le he pedido nada, se lo he impuesto más bien. Que cagada.

Cojo sus manos y le beso los nudillos bajo su atenta mirada—Honey, sé que he sido muy brusco. No te he pedido vivir conmigo, si deseas volver a tu casa yo…

—¿Qué?

—Eso, que puedes volver a tu apartamento si lo deseas.

—Dios. —suspira y me doy cuenta de mi metedura de pata. Pero ¿Qué hago? Voy a hablar, pero me interrumpe— No llevo ni diez minutos aquí y ya me dices tal cosa. Yo… Está bien, puedo irme…pero porque entonces...

—Eh, sh. —No dejo que termine, no al menos pensando que pueda querer que se marche—. No quiero que te vayas. Sólo estaba recapacitando ante mi imposición.

Me acerco a ella, cojo su cara entre mis manos y observo con descaro sus labios. Los beso con posesión, los acaricio con el pulgar y vuelvo a capturarlos. No me sacio.

Río irónicamente —Solo tus labios me hacen perder la cordura, ¿De verdad crees que puedo querer que te marches?

No responde, me mira a los ojos y siento la necesidad de aclararle mis sentimientos. Quiero que sepa que lo que digo es en serio, que no es un capricho ni algo pasajero.

Lo sé, es una puta locura, pero no puedo frenarlo. Ava ha llegado a mi vida como un salvavidas y no puedo hacer nada para ocultar mis sentimientos hacia ella. Además, ¿Por qué debería hacerlo?

Necesitado de conocerla más enciendo el televisor, con la intención

de saber sus gustos, y sonrío al percatarme que hacía mucho que no lo hacía.

—¿Qué te apetece ver? —Le pregunto tumbándola a mi lado.

Ella sonríe, se muerde el cachete por dentro y mira el techo.

—¿Qué tal algún programa? Soy fanática de los programas de aquí, y verlos en Nueva York sería una pasada.

Suelto una carcajada, me encanta que adore mi ciudad y me sorprende que la tenga tan fascinada.

—Está bien, veamos que encontramos.

Después de terminar poniendo el programa de Jimmy Fallon, el cual Ava disfruta como una cría, me doy cuenta de las horas que han pasado al ver la repentina oscuridad que se está creando en la calle.

Me levanto para bajar las persianas que Ava se empeñó en subir a pesar de que le dije que no. No estoy acostumbrado a tanto movimiento en mi apartamento. Normalmente, cuando llego del trabajo, dejo las cosas, voy al despacho y a la cama. Hacía meses que no estaba tan tranquilo en el sofá.

—Zeus.

La miro, tengo que besarla. Sonrió como un completo adolescente y me acerco a ella para pegar mis labios a los suyos. Saben tan bien.

—Dime, honey. —Ava es dulce como la miel.

—Estoy cansada, ¿Te importa si me doy una ducha y voy a dormir?

—Por supuesto que no, pero ¿No quieres cenar?

—No, estoy bien. Tengo el estómago algo revuelto.

No muy convencido, pues me inquieta que no tenga hambre, la acompaño a mi habitación. Observo como coge su ropa y la sigo hasta el baño, no quiero que necesite ayuda y estar lejos. Bueno eso y que nunca voy a perder la oportunidad de ver a mi chica desnuda.

Vaya, mi chica. Ahora sí.

—Nena, ¿Necesitas ayuda? —pregunto con la voz ronca. No puedo evitarlo si la veo desnudarse ante mí.

—Puedo sola Ze...—Alzo las cejas cuando deja mi nombre a la mitad y sonrío cuando se vuelve casi desnuda para sonreírme— Puedo sola.

Dejando escapar una carcajada e ignorando el bulto que empieza a estirar la tela de mi pantalón, levanto las manos rindiéndome. Dejo que termine de quitarse la ropa, se suelte el pelo y entre en la ducha. Quiero ir con ella, pero no agobiarla. Así que decido darle espacio.

—Estaré fuera por si me necesitas.

Limpia la mampara de la ducha y me mira a través del cristal, al que se ha pegado y por el que puedo ver sus pechos a la perfección. Gruño, esta mujer me pone demasiado.

—Pensaba que te ducharías conmigo.

Abro los ojos desmesuradamente al escucharla. Estaba ansioso por que me lo pidiera. Caminando hacia la ducha, bajo su atenta y grisácea mirada, me quito la ropa y me meto bajo el agua. Observo el trozo de bolsa que se ha puesto sobre el apósito y sonrío.

—¿Sabes? —dice entonces— Creo que nos va a ir bien.

Asiento, convencido, mientras empiezo a masajearle el cuero cabelludo. Le doy un beso en la mejilla mojada y acerco mi boca a su oído.

—Yo también lo creo. Se dice que las mejores cosas son las improvisadas.

Con una sonrisa en los labios, cierra los ojos y deja que continúe con mi masaje. Me acabo de volver adicto a ducharme con ella, podría hacerlo toda la vida.

Media hora después, vestidos y aseados, la acompaño a la cama. Me encantaría acostarme con ella, pero tengo que terminar de revisas unos documentos.

—No tardaré, solo tengo que terminar un trabajo. —Me acerco y la beso en los labios a la vez que se acurruca bajo las sábanas.

—Está bien, haz lo que tengas que hacer. Probablemente esté dormida cuando vuelvas.

Se ríe por lo bajito consiguiendo que desee meterme en la cama y mandar a la mierda todo el papeleo que me queda, pero sé que no debo. Además, si termino, así podré tener más tiempo libre.

La miro por última vez y Ava me manda un beso desde la cama, lo que no ayuda a que tenga que ir al despacho. Encajo la puerta y voy al salón. Cojo mi teléfono, cierro la puerta y me siento en mi sillón.

Al encender el ordenador me salta directamente unas notificaciones con mensajes sin leer. Resoplo, normalmente, cuando un mensaje llega es para viajar por petición del condenado de Máximo.

Los abro uno por uno, los leo y no tienen mucha importancia. Son casi todos de confirmaciones de reuniones y avisos de cursos de medicina. Hasta, por supuesto, que llego al octavo mensaje. El encabezado viene en mayúsculas y amenazando, no podía ser menos viniendo de su parte.

El nombre de Máximo Lewis aparece en el encabezado de mi correo y de siguiente su amenaza:

Eres un miserable al atreverte a dejar a mi hija. Nunca encontrarás a nadie como ella, ni siquiera esa con la que te acuestas. Estás muy equivocado Zeus O'Donnell si crees que te puedes salir con la tuya.

Estaba claro que no me iban a dejar en paz, tendré que lidiar con sus constantes amenazas hasta que se aburra o lo haga yo y tome cartas en el asunto. Guardo en una carpeta el mensaje del padre de

Cristal y me centro en el trabajo que me está impidiendo estar en la cama con mi preciosa chica.

Casi todos los documentos son del mismo tema, firmar para aprobar nuevas condiciones, nuevas reformas, reducción de plantilla, aumento y mil cosas más que debo afrontar al ser el hijo de uno de los dueños del hospital Vitaly.

Con la vista cansada y el cuello tenso de estar tanto tiempo tras el ordenador, decido finalizar todo por hoy. Solo me quedan que firmar algunas cosas, pero puedo hacerlo desde mi correo con la firma electrónica.

Apago la luz, cierro la puerta, salgo al salón y, aunque está todo en silencio, lo noto diferente. Ver el bolso de Ava en una silla del comedor y sus zapatos al lado del sofá cambia radicalmente la visión de mi salón comedor. Con una necesidad que hasta el momento desconocía, me quito los zapatos y, junto a los de ella, los guardo en el vestidor, cierro despacio la puerta y la observo mientras me quito la ropa.

A pesar de que no hace nada de frío, ella está tapada hasta el cuello con la sábana y la colcha, solo puedo verle un poco la cara y la coronilla. Joder, jamás me ha gustado tanto ver mi cama ocupada. Me siento en el borde del colchón por la parte en la que voy a dormir y de repente pienso en mi madre.

Hace muchos años que murió, pero tengo un leve recuerdo de ella. Era cariñosa, simpática y divertida, siempre quería ayudar a los demás sin pedir nada a cambio. No necesitaba un “gracias” ni un “por favor”, solo tenías que pedirle algo y ella haría lo que estuviera en su mano para dártelo.

Me duele pensar en ella. Con el paso del tiempo voy olvidando su rostro y la echo de menos todos los días. Tengo una foto guardada en el cajón de mi mesilla, la miro todas las noches antes de dormir para retener un poco más su imagen en mí.

Estoy seguro de que ella y Ava se llevarían fantásticamente. A mi madre le encantaba España y saber que estoy enamorado de una española la volvería loca.

La muerte de mi madre fue muy dura para todos. Mi hermana se llevó mucho tiempo visitando al psicólogo, mi padre se quedó sin la luz con la que brillaba cada día y yo, yo me volví un capullo de cuidado. Mi padre tuvo que lidiar con mi insoportable adolescencia, mi juventud mujeriega y ahora con mi seria madurez.

Cuando mi madre murió, deje de reír, solo quería estudiar para luego trabajar, ocupar mi mente en cualquier cosa y así no martirizarme con su ausencia. Eso pareció cambiar cuando Amber tuvo a Samy, mi sobrina, y luego a Seth, mi sobrino. Cuando los niños

llegaron cambiaron nuestras vidas, mi hermana dejó el psicólogo y encontró trabajo, parecía realmente feliz, pero entonces llegó la fatídica muerte de su marido y volvió a recaer.

No quería hacer nada, ni hablar con nadie, ni atender sus responsabilidades. Todo iba mal de nuevo, todo parecía ir cuesta abajo hasta que volvimos a remontar con el paso del tiempo, cuando Amber fue aceptando que su marido no volvería, pero que le dejaba dos joyitas que serían las que la empujarían a seguir con su vida.

Guardo la foto de mi madre de nuevo en el cajón tras besarla y fijo mi atención en Ava. Con su personalidad ha hecho que me aficione a ella, pienso en su sonrisa a cada momento y consigue abstraerme de todo. Estoy seguro de que a mi padre también le gustará.

Dejando escapar un suspiro muy necesario, me meto en la cama.

—Buenas noches, mi amor.

Beso su frente y me acuesto a su lado. Me coloco boca arriba, consciente de que voy a tardar en dormir como cada noche. Meto un brazo bajo la almohada y cierro los ojos escuchando la tranquila respiración de Ava. No tarda ni dos segundos en sentirme a su lado y acurrucarse a mí, pegando su cuerpo al mío y pasando un brazo por mi pecho.

Sonrío, nunca había estado tan feliz.

· Capítulo 46 ·

Ava

Los primeros días con Zeus han sido muy amenos y no puedo creer que haya pasado una semana desde que me instalé en su apartamento.

Al principio todo me recordaba a Cristal, la mujer que ha sido dueña de su corazón y hogar, la misma a la que he echado de su propia casa. Por lo que me ha contado Zeus, llevaban seis años juntos, pero hacía tiempo que no había amor. ¿El por qué? No sé, todavía estoy esperando que me lo quiera contar.

Jessica y Peter han venido a visitarme estos días, Amber tampoco ha faltado ni un día y mis padres y amigos de Madrid me han llamado diariamente. El único que me falta por ver es Jayden, al que no he vuelto a llamar desde el día que me dieron el alta. Él tampoco ha dado señales de vida.

Todas las mañanas estoy sola en el apartamento, aburrida y sin nada que hacer. Como ha pasado poco tiempo desde la operación, Zeus ha insistido en el hospital para que me den la baja durante un mes. Al principio me quejé, no quería perder los pocos clientes con los que ya tenía citas concretadas, pero, tras hablar con ellos, han decidido aplazar su cita para dos días después de mi alta.

Para pasar la mañana me pongo a recoger un poco. Aunque cada día viene alguien a hacerlo, me gusta estar entretenida. No es que tenga gran cosa que hacer. Lavo la taza que he utilizado hace diez minutos, guardo mis zapatillas, me cambio de ropa, me peino, quito las arrugas de la colcha y me cruzo de brazos. ¡Vaya aburrimiento!

Enciendo el televisor con la intención de ver algo entretenido, pero no encuentro nada. Bicheo las redes y me aburren enseguida. Pienso en llamar a los chicos, pero están trabajando y descarto la idea. Le mando un mensaje a Amber invitándola a venir, pero rechaza mi invitación y la pospone para mañana, los niños tienen clases extraescolares.

Miro mi teléfono que está en la mesita que tengo enfrente. Sin poder resistirme lo cojo, busco un número en mi agenda y estoy a punto de llamar, pero no quiero problemas con Zeus, por lo que bloqueo la pantalla.

No me queda otra que volver a encender el televisor y ver cualquier cosa hasta que llegue Zeus. Hago lo justo, busco un programa entretenido con el que pasar el día, encuentro algunos muy buenos, pero me aburren enseguida. Estar aquí metida todo el día por

obligación va a acabar conmigo y mi cordura.

Vuelvo a pensar en Jayden, ¿Por qué? Veo sus ojos verdes, sus pequitas que le quedan de infarto y su sonrisa. Esa sonrisa tan bonita y amigable que trasmite tranquilidad.

Me levanto exaltada, ¿Por qué pienso en él? Quizá porque es buena persona y siempre ha querido que nos llevemos bien, porque cuando hemos hablado me ha parecido transparente, de fiar. Nada que ver con Zeus, que es una incógnita andante.

Estoy confusa. Que Zeus no me hable de él me hace desconfiar y pensar, ¿Cómo he podido irme a vivir con un hombre al que no conozco? ¿me he vuelto loca? Estoy en un punto en el que no sé si coger mis cosas e irme pitando de aquí o quedarme y averiguar qué es lo que Zeus no me cuenta.

¿Por qué se tensa si está Peter? ¿Por qué se acabó el amor entre él y Cristal? ¿Con qué lo presiona Cristal? ¿Por qué le mintió a Jayden? Por qué, por qué, por qué... Este hombre tendría que llamarse Por qué O'Donnell.

Me siento de nuevo en el sofá, miro a mi alrededor buscando algo que llame mi atención en este apartamento tan minimalista, pero lo único que veo frente a mí son mis dudas. ¿Qué me pasa? Hace unos días estaba contentísima de estar aquí, Cristal me estorbaba y quería a Zeus para mi solita. ¿Por qué ahora me lo cuestiono todo y no me dejo llevar?

No puedo soportar la presión, ni tampoco seguir aquí metida más días. Me estoy convirtiendo en una bomba de relojería. Apago el televisor y entro en la habitación de Zeus, la que ahora es nuestra, cojo ropa limpia y me meto en la ducha. El agua aclarará mis ideas.

Justo en el momento que voy a abrir la mampara de la ducha, me suena el teléfono. Varias veces. Me doy la vuelta y lo cojo del lavabo, lo desbloqueo y ante mis ojos aparece mis dudas convertidas en realidad.

Dos mensajes de Zeus y uno de Jayden.

Zeus: Honey, no tardaré en llegar a casa. ¿Pido algo de comida china?

Zeus: Aunque yo solo tengo ganas de ti.

Leer sus mensajes me hacen sonreír como una auténtica niña. Yo sí que te tengo ganas "hombre Por qué". Tengo ganas de besarlo, abrazarlo y que me cuente como le ha ido el día tirados en el sofá tras habernos hartado de arroz tres delicias, sushi y rollitos de primavera.

Contenta, cojo mi ropa interior, voy a la habitación, la guardo y saco otro conjunto que a él le va a encantar. Vuelvo al cuarto de baño y, antes de darme una ducha, leo el mensaje de Jayden.

Jayden: Guapa, espero que estés mejor de la operación. Ya me avisas y no vemos.

Al terminar de leerlo es cuando me doy cuenta del golpe de realidad. Lo que siento con respecto a Jayden no es amor, ni siquiera puedo asegurar que lo sea con Zeus, pero si tengo claro algo y es que lo que siento con Zeus no lo siento con nadie.

Mi corazón se revoluciona si está cerca, si me sonríe o solo si pronuncia mi nombre. Quiero ser tocada, mimada y amada por Zeus. Y para que eso ocurra debo dejar que todo fluya. Vale que nuestro comienzo no ha sido el más correcto ni mucho menos, pero el desenlace va a ser increíble. Estoy segura.

Con una sonrisa y pensando en mis ojos color noche preferidos, tecleo en mi móvil y le doy a enviar cuando lo he leído otra vez.

Jayden: ¡Claro! No dudes de ello, pero las cervezas las traes tú.

Cuando el agua cae sobre mí cierro los ojos y lo disfruto. Está calentita, el vapor empieza a empañar los cristales y a envolver la estancia. Estoy así un rato, sintiendo el calorcito en mi piel, hasta que empiezo a enjabonarme.

Al mirar hacia abajo veo la herida. Quien me diría a mí que me tendría que operar estando lejos de mis padres y que me estaría tirando a uno de los cirujanos que estaban en quirófano. Suelto una carcajada que incluso a mí me suena descabellada. Sigo mi tarea y termino con mi pelo, continuo con mi cuerpo y cierro el agua.

Vestida, me peino y salgo al salón. Por las ventanas se ve el paisaje oscuro y las luces en las ventanas adornando los rascacielos. Es una fantasía vivir aquí. Voy a la cocina, enciendo la luz y preparo las cosas para la cena, estoy deseando hincarle el diente a la comida. ¿O es a Zeus?

Con una risita, cojo los cubiertos y los coloco sobre los salvamanteles de papel color gris que había en un cajón, dejo los vasos y los platos y escucho la puerta abrirse. El estómago se me contrae con el ruido al saber quién entra por ella.

Me vuelvo y lo veo. Su pelo negro, sus ojos a juego, el vaquero que lleva, la camiseta azulona, su cicatriz (que tanta historia e intriga tiene), sus hombros, sus manos llenas de bolsas con una de mis comidas preferidas, su sonrisa, sus pasos hacia mí. Toda su cara, que ahora está cerca de la mía. Sus labios rozando los míos.

¿Qué hacía yo unas horas antes dudando de esto?

Dejo que me bese, me encanta que lo haga. Sus labios están cálidos y son suaves. Rodeo su cintura con mis brazos y me pego más a él,

disfrutando del momento y su aroma.

—Que cariñosa está hoy mi chica.

Con una sonrisa, lo suelto, cojo las bolsas de sus manos y aprovecha para dejar sus cosas sobre un taburete. Dejo las cajitas sobre la mesa, las abro y me siento a la espera de que haga lo mismo y así empezar a cenar. El olorcito de la comida recién hecha me abre el apetito al instante, me encanta la comida china.

—¿Qué tal el día?— Le pregunto mientras echo arroz en mi plato.

—Por suerte, tranquilo. Solo dos operaciones leves.

Veo como coge una copa, le echa vino y luego bebe de ella. Miro sus labios que tanto me tientan a la locura y humedezco los míos. Levantando una ceja, Zeus me mira de reojo y sonríe. Deja la copa en la mesa, gira el tronco hacia mí y se inclina sobre mi cuerpo. Sus labios están a escasos milímetros de los míos. Que tortura tan deliciosa.

—¿Me has echado de menos?

Asiento, embobada.

—Yo a ti también, nena.

Uffffff, cuando me dice eso... Que calorcito me entra.

Llevo una mano a su pelo y lo acaricio con tranquilidad, dejando que él siga haciéndose hueco entre mis piernas. Tengo tantas ganas de sentirlo que me da igual la herida de la operación. Hace ya una semana, algo se podrá hacer.

Zeus se mueve con cuidado, antes de hacerlo me ha levantado la camiseta y ha inspeccionado la herida, al parecer tiene tantas ganas como yo. Lo miro a los ojos cuando él clava los suyos en mi boca, la cual se seca inmediatamente. Para tentarlo, saco la lengua y me mojo los labios lentamente hasta apreciar como su garganta se mueve al tragar saliva.

Dos segundos es lo que tarda en estampar sus labios en los míos.

Abro la boca, invitándolo a que juegue en ella tanto como deseé. Lleva su mano derecha a mi cuello y parte de mi mejilla para apretar e intensificar el beso. Cierro los ojos, abro más las piernas y el corazón me aletea al sentir lo duro que está. Me vuelve loca provocarle esto.

Gruñe. Oh, dios, si lo hace.

Gimo. Él se bebe mis suspiros.

Aunque se mueve, me toca, besa y calienta, sé que no está del todo cómodo por la dichosa herida. Ya lo voy conociendo un poco más. Empujo un poco la pelvis hacia arriba, consiguiendo que, sin dejar de besarme la boca y el cuello por turnos, lleve sus manos a mis caderas y me mueva para sentarme sobre él.

—No sabes cómo me gusta que te sientes encima.

Me muerdo el labio por dentro cuando se quita la camiseta y deja a la vista sus pectorales y abdomen. No está marcado, pero sí ejercitado.

La línea honda que se forma en su pecho me tienta a pasar un dedo, y lo hago. Paseo mi dedo índice por su pecho, bajo su oscura mirada, lo subo por su clavícula, cuello, barbilla y llego sus labios.

Por unos segundos nos miramos a los ojos y, con ganas de más, mucho más, presiono sus labios con el dedo y él abre la boca. Lo chupa, juguetea con la punta de la lengua en él y lo muerde sin hacerme daño antes de volver a besarme con fuerza.

Se deshace de mi camiseta casi sin mirarme porque está muy ocupado en besarme y mover mis caderas para intensificar la fricción entre ambos. Pero el color azul eléctrico de mi sujetador transparente acapara su atención y alza las cejas al mirarme.

—Hoooney...—Silba, se muerde el labio y empieza a masajear mis pechos—. Perfecta, eres perfecta.

No puedo hablar, de verdad que no. Tengo la boca tan seca por el deseo que solo puedo besarlo, acariciarlo y rozarme contra él. Me pongo de pie frente a Zeus, le desabrocho el pantalón y se lo quito cuando levanta un poco el culo del sofá. Miro su erección, preparadísima para mí. Está mojada, seguramente caliente y muuy, muy, hinchada. Gimo solo de imaginarla dentro.

Zeus sonríe socarrón al verme mirándolo, embobada, y no tiene más gusto que abrir las piernas, hundirse más en el sofá y empezar a tocarse. Con cada subida y bajada de mano y piel me pongo más cardíaca. Necesitada de su atención y ver su cara cuando se excita, me desabrocho el sujetador y cae al suelo. La mano del hombre que me vuelve loca empieza a moverse más rápido y sus ojos se achinan.

Caliente y mojada por lo que veo, me agarro los pezones con ambas manos y juego con ellos. Mojo mis dedos para pasarlos por la rugosa piel, los estiro, los pellizcos y, dando unos pasitos hacia Zeus y arrodillarme ante él, dejo que meta su erección entre ellas y continúe con el juego.

Como puedo, me deshago de la ropa que me falta y, cuando estoy totalmente desnuda, llevo una mano a mis labios húmedos y exigentes que palpitan cada vez que me toca.

—Joder, eres una puta fantasía. —Aprieta la mandíbula, seguramente haciendo esfuerzos para no correrse.

—Quiero ser tu fantasía. —susurro, pareciendo más una súplica, acercándome mucho más a su dura carne.

Tengo intenciones, unas muy placenteras para ambos, pero que se tuercen cuando él coge mi barbilla y niega con la cabeza sin dejar de satisfacerse.

—Como te la metas en la boca no aguantaré.

Sonrío y me coloco de pie. Su mano libre viaja por mi cintura hasta llegar a mi humedad, donde introduce un dedo entre los labios y luego en mi cavidad. Entra y sale con facilidad, demasiada, e introduce dos

más. Cierro los ojos y gimo sin temor a que me escuchen. Mete un último dedo y me embiste con fuerza, arrancándome gritos desesperados y suspiros. En mi último gemido, lo escucho suspirar con fuerza y soltar su miembro.

Saca los dedos de mí, más bien su mano, dejándome vacía y con las piernas temblando. Me agarra de la cintura con ambas manos y me hace subir sobre él. Sentir su piel cálida contra la mía me excita demasiado. Acaricio su cara, sus hombros, pecho y reparto besos allá donde me apetece mientras muevo mis caderas sobre su empapada y calidad extensión.

—Vamos, nena. Lo necesito. Te necesito.

Como yo siento lo mismo, no lo pienso más y termino con los preliminares. Subo un poco el cuerpo, agarro con una mano su erección y me coloco sobre ella. Empiezo a descender, sintiendo como mis paredes internas se adaptan a su anchura y luego se contraen al tenerle dentro por completo.

Deja caer la cabeza en mi hombro cuando empiezo a mover mis caderas. Al intensificar mis movimientos, ambos gemimos, yo grito y él gruñe, me muerde, me aprieta, me acaricia y me desboca la respiración. Sentirlo sin el látex es como una droga. Cada vez quiero más. Mis bamboleos son intensos y duros, a la mierda la herida, necesito llegar al orgasmo y provocarle otro a Zeus.

Embestidas, mordidas, lametazos, sacudidas, besos y caricias envuelven nuestra pasión. Las palabras subidas de tonos que susurra en mi oído es lo más placentero y provocativo que jamás he escuchado, son palabras sucias, pero que me ponen a mil. Aunque no tiene comparación con su cara relajada y sus ojos entreabiertos cuando llega al clímax.

El orgasmo nos atraviesa como una bala. A mí me tiembla todo el cuerpo y a él le suda. Jadeo y boqueo como un pez, y él gruñe y aprieta los dientes dando pequeñas embestidas para vaciarse por completo.

Me enamoro cada vez más de él y sus secretos, y él me demuestra su amor otra vez, al hablar, sin apenas percatarse de ello.

—Eres mi fantasía —Agarra mi cara con sus manos y me besa jadeante—. Desde que te vi la primera vez no has dejado de serlo.

Y aquí, tumbados en el sofá de su piso, desnudos y sudorosos, corroboro eso que siempre he escuchado y él me dijo días atrás: «Las mejores cosas pasan sin planearlas».

Y si tengo claro una cosa es que lo que hay entre Zeus y yo no es planeado.

· Capítulo 47 ·
Mayo

Ava

Estamos en un mes precioso en el que se va notando los cambios de estación.

El sol de esta mañana casi me ha calentado el cuerpo o tal vez ha sido la notable erección con la que me ha dado los buenos días, Zeus. ¿Quién sabe?

Después de una mañana movidita entre nuestras sábanas, hemos decidido levantarnos y darnos una ducha. Por separado, claro, tengo cita para mirarme los puntos y si él está desnudo, mojado y dispuesto, no llegamos ni de coña.

—Ya sabes que la hora no es problema. —Lo miro de reojo mientras dejo caer el agua sobre mí.

—Claro que lo sé. Pero me gustaría llegar puntual, como si no me estuviera tirando al casi dueño del hospital.

—Eh, no te lo estás tirando. Lo estás seduciendo. Lo nuestro no es solo un aquí te pillo aquí te mato. —Se frota tanto con la toalla para secarse que me entran ganas de quitársela y que se seque conmigo. Zeus ríe malicioso como si escuchara mis pensamientos—. Honey, mis ojos están arriba.

Oh, era eso.

Me giro y le doy la espalda. Casi esperanzada de que me sorprenda por atrás. Me asusta lo que me hace pensar y desear.

—¡Vete a la mierda! —Grito, y la carcajada que suelta me llega al corazón y me hace reír a mí también.

Media hora después, Zeus deja el coche en la zona privada que le pertenece y entrelaza su mano con la mía para entrar en el hospital. Las puertas se abren hacia los lados y la mujer de recepción le sonríe tan descaradamente que me hace hasta gracia. Que obvia somos algunas veces.

Miro todo a mi alrededor y no me sorprende como saludan al hombre que me lleva de la mano. Algunos compañeros sí que lo detienen y hablan un poco con él, ocasión que Zeus aprovecha para presentarme como su novia.

¿Tan pronto? Aunque, ¿Quién tuvo la idea de que debe pasar un tiempo para ponerle un apodo cariñoso a la persona que te gusta? ¿Quién tuvo la idea de poner una fecha para vivir juntos? ¿Y para amarse?

Estoy en contra de esas teorías. Amo cuando llega la oportunidad porque nunca sabes cuándo va a llegar.

Aprieto su mano para demostrarle que me agrada que me presente así y el me mira de reojo y sonríe. Dios, que sonrisa. Continúo mirando a mi alrededor, cuando la conversación se dirige al trabajo, y veo a un hombre alto, con el pelo negro y canoso, bien peinado, vestido elegante y una sonrisa, que en su juventud tuvo que robar muchos corazones.

Observo como saluda a los enfermeros y los pacientes, como algunos niños lo saludan también y…¿Viene hacia nosotros? Sus ojos se entornan cuando me ve y dirige la vista a mi mano y la de Zeus, que siguen agarradas. Me incomoda al instante, ¿Será el padre de Cristal? ¿Aparecerá la rubia y me arrancará los pelos?

No me da tiempo a crearme respuestas de auto convención porque el hombre se acerca mucho a Zeus y su compañero, coloca una mano en su hombro y comenta con una sonrisa:

—Hijo, que alegría conocer por fin a esa mujer que te roba el tiempo. Taylor, me alegra verte.

El tal Taylor, saluda también y se disculpa segundos después para marcharse. Yo ni siquiera respondo, estoy demasiado concentrada en apreciar el parecido entre padre e hijo. No sé cómo no me he dado cuenta antes, se parecen muchísimo.

Zeus suelta mi mano, le da un abrazo a su padre que me parece de lo más mono y ambos se vuelven hacia mí. Me siento pequeña a su lado, son altos, están en forma y la intensidad con la que me miran me traspasa. Mi *chico* pasa un brazo por mis hombros y me aprieta un poco a su costado antes de hablar.

—Papá, esta es Ava. Ava, él es mi padre, James.

Este coge mi mano, la besa con galantería y muestra una sonrisa muy tranquilizante. Nos llevaremos bien.

—Encantada de conocerlo, señor O'Donnell.

—Nada de señor, toda aquella persona que sea capaz de soportar a mi hijo puede llamarme por mi nombre.

Me río, lo hago de forma natural y sincera. Pero Zeus cabecea nada de acuerdo con lo que ha dicho su padre.

—El placer es todo mío. Espero poder verte más a menudo.

Asiento, complacida.

— Estoy segura de que así será. —Me acerco un poco a James, quien tiene que agacharse un poco para escucharme, y cuchicheo mirando de reojo a Zeus—. Y si él no me lleva a verle, ya voy yo solita.

James suelta una carcajada y le da unas palmaditas en el hombro a su hijo que intenta aguantarse una sonrisa.

—No la dejes escapar, hijo. Esta mujercita te va a poner a raya.

—¿Sabes a quien le gustaría también? —pregunta entonces, haciendo que su padre y yo lo miremos. Por los ojos de James sabe a quién se refiere.

—Claro que lo sé. La conocía como a la palma de mi mano. Le encantaba España y su gente.

Cuando creo que ninguno va a decir quién es la persona a la que le gustaría, Zeus se gira hacia mí y, con una sonrisa nostálgica y sincera, coge mi mano y declara:

—Le encantarías a mi madre. Ella amaba la sinceridad, el coraje y la valentía, y desde luego tú tienes de todo eso.

El corazón me palpita con fuerza. Es la primera vez que Zeus hace referencia a Sarah, su madre, quien falleció cuando era un niño. Lo poco que se de ella es por Peter y que Zeus hable de su madre me emociona. Me hace pensar que poco a poco, a su ritmo, empieza a abrirse a mí.

Le doy un apretoncito a su mano, sonrío con sinceridad y lo miro a los ojos. Esas dos perlas negras que luce con tanta elegancia y que saben mirarte bien, muy bien.

—Qué alegría me da escuchar algo así. Estoy segurísima de que ella a mí también me gustaría.

Cuando James carraspea me doy cuenta de sus ojos y decido cambiar de tema a otro más alegre. Acabamos hablando de Amber y los niños y lo bien que se le da la fotografía. James habla con orgullo de ella y tengo que recogerle la baba a Zeus cuando habla de sus sobrinos. Los quince minutos que dura nuestra corta conversación me descubre que padre e hijo se llevan de maravilla, aunque se lleven la contraria la mayor parte del tiempo.

Entre risas, entro en la sala de enfermería junto a Zeus. Este se sienta en un taburete pequeño para observar cómo Mike, el enfermero que me va a atender levanta mi camiseta y limpia mi herida.

—¿Cómo está? —insiste Zeus sin levantarse de su asiento. Puedo ver la incertidumbre en sus ojos y se ve adorable.

—No sabía que eras tan pesadito. Está estupendamente, voy a quitárselos.

Abro los ojos al escuchar a Mike, un rubiales muy simpático, y agarro el papel de la camilla. Me va a doler.

—Ava, cielo, no lo vas a notar. —asegura Zeus levantándose.

Muevo mis ojos en sus movimientos hasta que se acerca a mí, me besa la frente y sonríe. Agarra mi mano y, con suaves roces, consigue que suelte el papel que termino rompiendo.

Algo más tranquila, observo a Mike coger una especie de quita grapas que, al parecer, según me explica, se llama así, y acercarse a mí. Ese utensilio hace que vuelva a ponerme histérica y me niego. No pienso quitarme nada.

—No voy a dejar que me arranques los puntos con eso. ¿Os habéis vuelto locos?

Intento incorporarme, pero Zeus hace presión en mi hombro hacia abajo y mira con una sonrisa a su compañero.

—Nadie va a arrancarte nada. Solo engancho, levanto un poco y sale solo. —Me explica Mike, haciendo los movimientos en su mano.

El silencio se hace con la habitación. Los dos hombres que tengo delante me miran a la espera de que acceda a seguir, pero no puedo. Quiero a mi madre.

—No, de verdad que no. No puedo.

Zeus coge aire, le devuelve una mirada a su amigo y este se pone a hacer cosas en un intento de darnos intimidad a pesar de estar en una salita de enfermería.

—Escúchame, no pasa nada. Yo los he tenido en la cara, no eran grapas si no hilo, pero sé de qué te hablo. Cuando llegué al hospital con el ojo así, rápidamente me atendieron y me pusieron doce puntos. Fue en un momento y a la hora de quitarlos también, incluso te digo que es más molesto el hilo que la grapa.

Que me hable un poquito de su herida me hace sonreír como una pánfila. Por fin empieza a abrirse de verdad. Quiero preguntarle qué fue lo que le ocasionó la herida, donde estaba cuando ocurrió, si fue una pelea o un accidente, quiero saber tantas cosas que él no me cuenta que...

—Honey, confía en mí.

Lo miro a los ojos. Respiro hondo y pienso en cómo decirle a este hombre, al que conozco desde hace muy poco tiempo, que confío en él desde el primer beso que me dio.

Levanto su mano y la llevo a mis labios, la beso y la apoyo en mi mejilla. Unos segundos después asiento, asustada.

—Vamos colega, antes de que se lo piense.

Mike se da la vuelta y da cuatro o cinco pasos, esa era la intimidad que el enfermero nos ha dado, limpia mi herida y empieza a trabajar. Siento el quita grapas en mi piel, un leve movimiento y nada más. Es un alivio para mí, necesito terminar cuanto antes.

Unos minutos después, Mike está tirando todo lo utilizado a la basura, limpiando de nuevo mis heridas y bajándome la camiseta. Nos explica que las postillas se caerán, de nuevo la dieta que debo seguir un tiempo, el esfuerzo y más bla, bla, bla. Cuando Mike nos informa que ha terminado y podemos irnos, tiro de la mano de Zeus hasta la salida.

—¿Quieres que hagamos algo? —Le pregunto enganchándome a su cuello.

Estoy feliz, parece que esto empieza a ver la luz.

—Claro, tengo el día libre.

—Qué raro, ¿Y eso?

—Sé cuánto te gusta venir al hospital —ironiza con una sonrisa y después me besa la punta de la nariz—. No podía perdérmelo.

—Vaya, gracias —Hago una mueca que le hace gracia y pongo cara de estar pensando algo—. Tendré que agradecértelo de alguna forma.

—Estaré encantado de recibir mi premio por buen comportamiento.

Zeus hunde la cara en mi cuello y lo besa despacio, erizándome la piel. Creo que, si fuera consciente de lo que me hace sentir, se privaría de hacer algunas cosas.

—Qué bonito es el amor cuando una se entromete en una relación. —Esa voz...

Suelto a Zeus, que ya me estaba apoyando en el suelo, y amos miramos a Cristal, que nos mira con superioridad. Lleva el pelo en un moño, una bata y una bolsa de piel de color verde botella. Nos mira con recelo, no la culpo, ojos acusatorios, tampoco la culpo, y apretando los puños, que seguramente querrá estampar en mi cara, y no la culpo.

Soy una persona horrible.

—Espero que estés disfrutando de mi cama, mi bañera, mi cocina, mi sofá y nuestro despacho.

No aparto la mirada de ella, pues no he entrado aun en el despacho, aguanto sus pullitas porque sé que lleva razón. No hay nadie que la lleve más que ella en este momento, porque se la he jugado. Tendría que haber sabido llevar la situación y haber esperado a que su ruptura hubiese llegado.

—Cristal, no te pases. En mi piso no hay nada tuyo, nunca lo ha habido.

—Bah, no digas idioteces. Ambos sabemos que eso no es verdad, pero tú te empeñaste en estropearlo todo. Decidiste no olvidar, castigarme día a día solo a mí, haciéndome la única culpable y...

—¡Ya basta!

Hay un silencio entre los tres que yo aprovecho para mirarlos alternativamente, buscando algo que me aclare de qué coño hablan. El corazón me va a mil, la posición de disputa en el cuerpo de Cristal es visible a ojos de cualquiera y el cabreo en Zeus es palpable. Tengo la intención de agarrarlo de la mano para llevármelo y dejar esto para otro momento con más privacidad, pero Cristal no ha terminado.

—¿No se lo has contado? —Suelta una carcajada que hace que la gente que pasa por nuestro lado sonría, creyendo que estamos pasando un buen rato entre amigos. En décimas de segundos clava sus ojos claros en mi— ¿Sabes algo de él, querida? ¿Se ha dignado a contarte algo de su vida? ¿O te estas metiendo en la cama de un completo desconocido?

Voy a quejarme, a decirle que sí que le conozco muy bien, pero ¿A

quién quiero engañar? Cohibida por lo que me hacen sentir sus palabras, callo. Dejo que siga diciendo cosas a diestro y siniestro, que nos insulte, que Zeus defienda esta extraña relación que tenemos y que ella vuelva a gritar.

—Cállate. Cállate de una puta vez. —amenaza con dureza, apretando la mandíbula.

—No me hables así Zeus.

—Pues déjanos en paz. Sigue tu camino y aléjate de nosotros.

La situación me parece, como mínimo, absurda. No son capaces de hablar como adultos del tema y zanjarlo de una vez, pero si se tiran los trastos en medio de la calle, con la causante del problema en medio. Es decir, yo.

—Creo que deberíamos irnos. La gente nos mira y eso no es bueno para vosotros, ni para el hospital.

—Ahora quiere imponer. ¿No has tenido suficiente rompiendo nuestra relación?

—Cristal, yo...lo siento, ha pasado sin...

Zeus me mira bruscamente y niega con la cabeza.

—Ni se te ocurra seguir. Tú no eres culpable de nada, solo ella.

—Hombre, algo culpable si es. Incitó a mi prometido a acostarse con ella en un sucio cuarto de baño en Madrid.

Por ahí sí que no paso. Yo no incité a nadie. Cabreada por aguantar que Cristal siga menospreciándome de tal manera, doy un paso al frente y levanto el mentón.

—Ya he aguantado bastante. Podrás llevar la razón en parte, ya que no lo hicimos bien y yo no tendría que haber seguido con este juego, pero no voy a permitir que me faltes el respeto de esta manera.

—¿A caso no me lo has faltado tu a mí? ¿No sigues haciéndolo? —ataca Cristal, llevando de nuevo la razón.

—Sí, pero ahora intento evitar un problema más gordo. Si quieres hablamos de esto en privado, o vosotros dos solos, pero dejad de montar este espectáculo.

—Mira niña, no me digas que hacer o no con mi prometido. ¿Entendido? —Debe ser muy acentuada la sorpresa en mi cara porque Cristal suelta una carcajada—. Ay, no. Pobrecita. Zeus sigue siendo mi prometido, ¿Lo sabes? ¿Verdad?

La respiración se me corta, ¿Cómo es eso posible? Miro a Zeus que a su vez me observa, pero ahora más rígido. Su postura y mirada afirman las palabras de Cristal y me siento traicionada, engañada.

—Ava —susurra Zeus cerca de mi cara, ignorando las risitas de la rubia—. Sé lo que puede parecer, pero te lo puedo explicar.

Lo miro enfadada. Entiendo que me oculte cosas, nos conocemos desde hace dos días prácticamente, aunque vivamos juntos, otra puta locura que he cometido, pero que se ría así de mí no. No pienso

consentirlo, pero tampoco voy a discutirlo delante de Cristal, por lo que le doy la espalda para ir al coche.

—Vámonos.

—Eso, vete. Vete a mi casa y disfrútala por mí.

Con los ojos llenos de lágrimas camino, ignorando como Zeus intenta detenerme para hablar, intenta explicarse y hacer que lo mire. Deja de insistir cuando me vuelvo con los puños apretados y las lágrimas asomándose por mis párpados, seguramente pareciendo una estúpida. Esto me lo he buscado yo solita.

De camino al apartamento, pues a la mierda se han ido los planes que quería hacer con él, estamos en silencio. Aunque me lo paso mirando por la ventana, noto como Zeus me mira de vez en cuando, pero hago como si no me diera cuenta. En algún que otro momento pone su mano sobre la mía, pero no hago ni digo nada, mi mente está muy ocupada pensando en una sola cosa:

Zeus tiene que empezar a ser claro y solucionar sus problemas para que podamos continuar, o tendré que marcharme.

· Capítulo 48 ·

Zeus

—Honey, puedo explicártelo.

Cierro la puerta, dejo las cosas sobre la isla y la sigo hasta el salón. Gracias a que decidí caer todas las pareces puedo ver sus pasos enfadados y como aprieta una y otra vez los puños.

La he cagado.

No dejo de mentirle, de darle falsas esperanzas a ser sincero de una vez por todas. Pero ¿Cómo voy a contarle sobre mi vida para que huya? La sigo, la sigo y la sigo, hasta que no aguanto más, la agarro de la muñeca y la hago mirarme.

—Ava, por favor. Sé que parecen mentiras, que te oculto mucho más que la historia de mi vida, pero no es así.

Achina los ojos y me fulmina con ella. ¿Cómo puede ponerme que esté enfadada? Tengo que controlarme.

—¿No es así? ¿Y qué es?

Cierro los ojos, frustrado. No quiero contarle que echo de menos a mi madre. Que temo que mi padre vuelva a sufrir un infarto. Que mi exnovia me engañó a saber cuántas veces. Que el padre de esta quiere que me case con ella o me quedaré sin algo que mis padres han labrado durante todo su matrimonio. Que no soy capaz de mirar a mi mejor amigo a los ojos sin que me duela.

Que me he enamorado de ella en apena unas semanas. Que no quiero que me deje. Que se me acelera el corazón cada vez que está a mi lado.

No puedo, no me atrevo.

—Silencio de nuevo —Ríe entre un suspiro e ironía—. Esto es una locura.

Se suelta de malas formas de mi agarre y me encara. Dios, como me gusta que lo haga. Que me ponga en mi sitio, que me haga espabilarme. Como me gusta toda ella. Su pelo negro alborotado porque sus manos se empeñan en tirar de él, sus ojos grises como las nubes de una peligrosa tormenta. Sus curvas temblando por la rabia. Sus labios apretados.

—Tienes una semana para contarme lo que pasa. Por qué Cristal decía que la castigas. Qué pasa con el hospital y porqué estoy viviendo con un hombre prometido.

Abro los ojos. La entiendo, pero no. ¿Me está dando un ultimátum? ¿Y si no lo cumplo qué? ¿Se irá? Doy un paso hacia ella, pero

retrocede. Joder, otra vez no.

—Ava.

—Déjame.

—Vamos, cielo.

Me mira desde el sofá y arruga la cara.

—No me llames así. —sentencia con los brazos cruzados.

Reprimo una sonrisa.

—Honey, déjame hablar contigo.

—Así mucho menos. —insiste alzando la voz.

Dejo escapar el aire y me paso las manos por la cara. Que complicadas son muchas veces las cosas. Me siento a su lado sin tocarla, no quiero que se levante. La miro a los ojos, reprimiendo las ganas de secarle las lágrimas.

¿Por qué no lo hago? Quizá es lo que necesite.

Igualmente me contengo.

—No te pongas así. Me cuesta abrirme, pero voy a hacerlo.

—Como las veces anteriores, ¿Verdad?

No hablo, ¿Por qué no hablo? Ella me mira, cada vez más enfadada, ¿O dolida? ¿Cómo puedo estar provocándole tanto dolor si llevo en su vida apenas un mes?

No la merezco.

—Lo de Cristal es una situación muy complicada. Puedo explicártelo, pero no lo vas a entender.

—Explícamelo, por favor. —La súplica en su voz me empuja a besarla.

Mi mano derecha se posa en su mejilla, mis labios en los suyos. Su calidez me quita el frío, el temblor, el miedo. Pero no las dudas.

Mierda, ¿Qué me pasa?

Abro los ojos y me separo, ella sigue con los labios en posición unos segundos más hasta que se retira completamente. Aparta la mirada y se agarra las manos, mirando fijamente el suelo.

—El compromiso con Cristal es algo que se pactó hace unos años —Me escucho hablar por fin y me sorprendo tanto como ella, que se ha vuelto lentamente hacia mí—. En ese entonces nos queríamos, o al menos yo a ella. Me pertenece la mitad del hospital, realmente tendría que ser mío en un futuro, pero mi padre quiso compartirlo con Máximo, el padre de Cristal.

La miro un momento, buscando en su rostro alguna reacción, pero está procesándolo todo. Incluso creo que no entiende la mitad de lo que le estoy contando. Le cojo una mano y se la beso antes de continuar.

» Cuando firmamos el contrato de casarnos en unos años, acepté tener que hacerlo para poder recuperar algo que es de mi familia. Por eso no he roto el compromiso. Me esforcé en nuestra relación, la

adoraba, o eso creía hasta que te conocí.

—No…no entiendo lo que quieres decir. —murmura en voz baja.

Sonrío un poco, consciente de que si sigo hablando probablemente se marche. Pero se lo merece.

—Pensé que quería a Cristal, la amaba, quería casarme con ella. Lo tenía casi claro unos minutos antes de conocerte. Incluso le dije que la perdonaba —Como la conozco, niego con la cabeza al ver sus labios moverse—. No me pidas como fue la infidelidad, aun no quiero hablar de eso.

—Está bien. Al menos me estás contando esto —Parpadea un par de veces, intentando procesarlo todo, luego frunce el ceño— ¿Me estás diciendo que vas a casarte con ella?

Suelto su mano como un acto reflejo, algo que no le pasa desapercibido y que me arrepiento al segundo de haberlo hecho. Intento volver a cogerla, pero ya se ha levantado y colocado delante de mí.

—Dime que no vas a casarte. Sé que no nos conocemos de hace mucho, pero no quiero imaginar lo que tiene que ser ver tu boda.

Me levanto también.

—No vas a verla, no se celebrará. Solo se firmará un papel, me encargaré de ello. No siento nada por Cristal, créeme.

—Pero yo no quiero ser la otra. La amante, el juguetito.

—No lo eres, honey. Jamás podrías serlo.

Seguimos de pie en el salón, mirándonos a los ojos. Diciéndonos tantas cosas que me abruma. Tenerla tan pequeñita delante de mí me hace sentirme el peor hombre sobre la faz de la tierra.

—No lo sé, Zeus. No creo que sea capaz.

Guardo las ganas de besarla al ver sus labios moverse diciendo mi nombre. No es buen momento. Por otro lado, el miedo me atenaza. No quiero que diga que no es capaz, quiero que diga que encontraremos una solución. Pero como no lo dice, lo hago yo.

—En cuanto me case con ella, me divorciaré. He conseguido que mi abogado se la juegue y en el contrato haya una cláusula donde ella acepta divorciarse sin pedirme nada.

Sueno tan desesperado que me aterra. Jamás creí que suplicaría, que me dolería el pecho o me sudarían las manos al ver que una mujer volvía a poner esa cara de querer marcharse.

—¿Sabes lo que me estas pidiendo? —Ava se mueve por el salón, de un lado a otro.

—Claro que sí. Que estés a mi lado, que no te marches.

—¿Te has vuelto loco?

Voy tras ella. La cojo de la cintura y la pego a mi pecho. Estamos cerca, muy cerca. Sus pechos moviéndose sobre mis pectorales debido a su respiración acelerada. Sus manos en el aire en un intento de no

tocarme. Llevo mis ojos a su boca y se humedece los labios, volviéndome completamente loco.

—Sí. Desde que te vi. —declaro hechizado.

Va a quejarse, a reprocharme, pero no la dejo. La beso con tanta fuerza que damos un traspié. Pego su pelvis a la mía, acaricio su espalda y continuo con mi beso hasta que ella me lo devuelve. Gime en mi boca e intensifico el beso por el placer que me hace sentir.

Sus brazos se mueven hasta rodear mi cuello y eso me confirman que no va a rechazarme. Agarro sus nalgas y la hago rodear con sus piernas mi cintura. Tengo cuidado con su herida cuando me pego a ella y al quitarle la ropa. No puedo evitar gruñir como un animal al ver su sujetador. Aunque me encanta la prenda me deshago de ella.

Ava jadea cuando le muerdo los pezones. Se roza cuando los estiro. Suelta una risita cuando intenta quitarme la camiseta. Y me toca la piel como nunca nadie ha hecho.

Me reinicio, lo hago cada vez que ríe.

Entre besos y caricias, la llevo sujeta a mi cintura hasta el dormitorio. La dejo en la cama y la miro unos segundos, desnuda de cintura para arriba.

Tan bonita, tan natural y sencilla.

Tan ella.

Tan mía, espero.

—Nena, quiero hacerte el amor. —confieso gateando por la cama hasta ella.

—¿No es eso muy romántico?

Sonrío y le bajo las mayas.

—¿No es romántico lo nuestro?

Ella me mira, con los ojos chispeantes.

—¿A caso hay un «lo nuestro»? —pregunta revolviéndose en la cama al sentir mis dedos apretar su hinchado clítoris por encima de la tela de sus bonitas bragas.

—¿Lo dudas?

Me quito toda la ropa y quedo desnudo ante ella. No tarda en sentarse en la cama y tocarme. Su mano acaricia mi carne provocándome calambres por todo el cuerpo. Muevo las caderas por inercia, como si sus manos fuesen su interior.

—Un poco. Vas a casarte con otra.

La miro a los ojos sin dejar de mover mis caderas y de magrear sus pechos. Los muerdo, chupo, aprieto. Y ella grita, como me gusta. Como sabe que me encanta.

—Intenta entenderlo, mi amor. Necesito que lo hagas para yo poder avanzar y no perderte.

Suelta mi erección y se tumba debajo de mí. Me he vuelto adicto a sus movimientos e intento hacerla sentarse sobre mí, pero ella se niega

y se abre de piernas ante mis ojos.

—Ayúdame a entenderlo. Hazme sentir que soy la única. Que esta locura merece la pena.

Paseo la mirada por ella. Sus pechos libres. Sus piernas abiertas. Sus manos bailando por mis brazos.

Ella decidida.

Segura.

Empezando a confiar en mí.

—Lo haré. Lo haré siempre que lo necesites. Porque quiero que entiendas que eres tú.

Ava asiente, yo me inclino sobre ella y la beso. La saboreo. Y, con un cuidado que nunca había empleado, acerco mi erección hacia su vagina. Jugueteo un rato, la excito un poco más, la humedezco más y la penetro.

Siente tan bien.

Entro y salgo despacio, recreándome en ello. Disfrutándola. La beso, me besa. La toco, me toca. Nos sumergimos en un vaivén de emociones, de sentimientos, que nos cala a ambos. Lo veo en sus ojos.

Embisto con un poco más de fuerza cuando ella me lo pide, pero intento ir despacio para no hacerle daño. Esto era muy necesario.

La hago mía con todas mis ganas, mi anhelo. La saboreo. La acaricio. La tiento.

—Me gustas tanto. Me encanta cuando estás tan receptiva. Tan para mí.

—Oh, dios. No dejes de...

Muerdo sus labios para no dejarla terminar y sintiendo como me hormiguean los pies.

—Nada de dios —Apoyo la frente en la suya y respiro sobre sus labios sin dejar de moverme—. Ya te lo dije. Soy yo. Siempre yo, Zeus. —Ella asiente, se humedece los labios resecos y sonríe.

Vuelvo a reiniciarme.

Durante unos minutos me centro en ella, la hago jadear, gritar y arañarme. Me rodea con sus piernas y brazos. Me dice cosas muy dulces y otras muy sugerentes que me avivan cada vez más hasta que siento el placer romperme en dos. Uno que experimento por primera vez.

Gruño en el hueco de su cuello, le muerdo la piel y la beso después. Escuchando de fondo como ella grita mi nombre y tiembla debajo de mí.

—Intentaré entenderlo. —Susurra acariciando mi pelo cuando su cuerpo deja de temblar.

Una hora después, Ava está dormida ocupando casi todo el colchón. Le acaricio la mejilla y el hombro, se lo beso y me tumbo a su lado.

Me he desvelado al soñar que se iba, asustado. La acerco a mi pecho, ella se queja y le beso la nuca.

—Puede que sea pronto. O que me esté volviendo loco —comienzo a decir sabiendo que no me escucha. Quizá por eso lo hago—. Pero creo que te quiero.

La vuelvo a mover, me doblo un poco y la posiciono de manera que encajemos y la abrazo. Aspiro su aroma. Cierro los ojos, dejo mi frente caer en su cabeza y abro los ojos.

—Joder, no lo creo. Lo sé y me asusta.

· Capítulo 49 ·

Ava

Hay días en los que quiero detener el tiempo. Quedarme todo el día en casa, sin tener que hacer o decir nada. Sin tener que influir en la vida de mis seres queridos o, incluso, sin que ellos influyan en la mía.

Hay veces que veo venir lo que va a ocurrir, como cuando un niño pequeño, que apenas sabe andar, quiere bajar el escalón y sabes que caerá. Lo sabes, aunque cabe la posibilidad de que no lo haga, aunque esté esa mínima esperanza de que ponga bien el pie y por amor al arte sepa bajarlo.

Y hoy, consciente de que han pasado cinco días desde que hablé con Zeus, tengo ese presentimiento. Por la mañana se ha levantado, casi ha evitado hablar conmigo, ha desayunado a la carrera y se ha ido pitando, despidiéndose con un «hasta luego» que apenas se ha escuchado porque lo ha interrumpido el portazo que ha dado al salir.

Los días pasan, los momentos a su lado crecen y mis sentimientos también. Lo que hace que esté asustada y confundida la mayor parte del tiempo. Estoy en ese momento en el que lo veo todo de color de rosa, un rosa que empieza a oscurecerse a medida que él no habla.

Esa mínima claridad del color típico del comienzo de las relaciones qué, cuando uno de los dos la caga y hay que tomar la decisión de marcharse, consigue que cambies de opinión y te quedes un ratito más. Esperando a que ese «por si acaso» que siempre esperamos de los demás, pero que nunca llega, llegue. Agarrando por el borde a la esperanza que te queda de que todo cambie y vaya a mejor.

Esperando que todo fluya, sea perfecto, de cuento, de ese que te cuentan cuando vas a dormir, de que todo sea como lo has imaginado siempre.

Como si la realidad fuese otra y no una en la que he roto una relación, he dejado de lado la fotografía, me he mudado a vivir con un tipo que está buenísimo y folla del carajo, pero del que no tengo ni idea de cómo es en realidad. De que hay otro hombre hablándome todos los días e interesándose por mí, pero al que no le respondo porque escuché como Zeus le mentía para que se alejara de mí.

Una realidad en la que no tengo que solucionar problemas, sufrir un mal de amores como el que presiento que viviré y en la que la mujer a la que adoro, por la que he venido aquí, la que me ha cambiado la vida, ya no esté conmigo para contarle todo este caos.

Cada día, a cada instante me acuerdo de mi tía. Siempre que estoy

nerviosa toco mi gargantilla para sentirla a mi lado. Si estoy sola, pienso en ella, e imagino qué me diría que hiciera, cuál sería el consejo que me daría y, normalmente, acabo triste porque solo me queda eso: imaginarla.

A veces quedo con Marga, que me cuenta cosas sobre su familia y mi tía. Me sorprendí mucho cuando me enteré de que ella y mi tío habían tenido una pequeña biblioteca en Brooklyn, que tuvieron que cerrar cuando él murió. Le he preguntado a Marga muchas veces por la foto que tiene sobre el mueble de la entrada, esa donde están mis tíos con dos niñas, literalmente me he llevado semanas intentando saber de ellas y cuando decidió contármelo me quede blanca. Tuve que sentarme para poder procesarlo todo.

Al parecer mi tía María no fue la única que se marchó de casa, mi abuela fue con ella. Juntas, llegaron a Texas, ¿El porqué de vivir ahí? No lo sé, tampoco es que me importe mucho el lugar en el que estuvieron, si no la historia. Por otros motivos que no me han quedado muy claros, unos años después terminaron en Brooklyn, donde mi abuela conoció a quien fue su marido tiempo después.

Lo que me hizo llegar a la conclusión de que mi abuelo es americano. ¿Una locura? ¿Verdad? Aunque lo es más que mi padre nunca me haya hablado de esto. Mi abuela tuvo a mi madre y a mi tía antes de volver a España sola con sus hijas. ¿Por qué? Pues porque abandonó a mi abuelo. Al enterarme de eso la odié sin conocerla. La odié por haber sido ella la que empezó haciéndolo, dejando que mi madre creyera que abandonar no es doloroso para quienes deja detrás.

Sobre mi abuelo, solo sé que vive. Pero no donde, ni que es de él, ni nada que me ayude a encontrarlo. Ahora mismo tampoco sé si quiero hacerlo. Sí tengo varias preguntas, de esas que esperamos que nos conteste el universo antes de tener que hacerlas en persona, como que si habrá vuelto a ver a sus hijas, si sabe que tiene una nieta o si se ha enterado de que mi tía falleció.

Hay momentos en los que quiero mover cielo y tierra para encontrarlo. Para conocer un trozo de familia que nunca supe que existía, pero en otros momentos prefiero dejarlo ahí, por si ella también aparece con esa búsqueda. Porque, siendo franca, no sabría qué hacer si volviera a ver a mi madre después de veinticuatro años sin saber de ella.

Sigo sin entender a mi padre. Sé que sufrió, lo he visto durante años mirarme a los ojos y no saber que decir cuando le preguntaba por ella. Pero no creo que tenga excusas para no haberme hablado de mi abuelo. Tengo derecho a saber de él, es mi familia y solo yo puedo decidir si quiero que forme parte de mi vida o no.

Cuando supe toda la historia llamé a mi padre, le pedí explicaciones y él solo dijo que no había sabido como contármelo. Que tenía la

esperanza de que yo conociera la verdad una vez estuviera aquí. Y, aunque me enfadé con él, luego nos reconciliamos, intentó ser sincero conmigo y me respondió a todas las preguntas que le hice, incluso una tan obvia de la que ya sabía la respuesta, pero de la que necesitaba escucharla de él, sigo sin creerme que mi abuelo, William Graham no sé qué más esté vivo. Solo me quedé con ese apellido ya que es también el mío.

¡Sí! Llevo toda la vida creyendo que el apellido de mi madre es Novoa, porque decidió años atrás que ese sería su apellido y no Graham. Si alguien estuviera escuchando lo que pienso podría decir: ¿Y qué si ese es tu apellido y no el otro? Y lo entendería, porque a simple vista ¿Qué importancia puede tener un apellido? Pero para mí tiene mucho, pues acabo de descubrir que tengo familia por parte de mi madre que podría quererme, una qué, si algún día conozco y me acepta, podría compartir su apellido conmigo y, por primera vez en la vida, estaría orgullosa de llevar el apellido de mi madre.

—Ava, espabila tía. Estas en la parra. ¿Me has escuchado?

Miro a Jessica, que está sentada en una silla del salón esperando a que le lleve la cerveza que había ido a buscar. Me acerco a ella a paso ligero, me he quedado absorta en mis pensamientos y ni siquiera he sido consciente. Abro las latas y me siento a su lado.

—Lo siento. Tengo la cabeza en otro mundo desde que me enteré de lo de William, el padre de mi madre.

Jessica asiente y le da un buche a la cerveza. La deja sobre la mesa y cruza las manos mirándome.

—¿Qué piensas hacer?

—¿A qué te refieres? —Bebo de mi lata y la vuelvo a dejar en la mesa.

—Pues con lo de tu abuelo. ¿No piensas buscarlo? ¿Se lo has contado a Zeus? Quizá él pueda ayudarte con su búsqueda. Ya sabes tía, eso de que los ricos siempre consiguen lo que quieren y ese rollo.

Niego con la cabeza, lo que menos deseo es que nadie me ayude a buscar a William. No quiero que remuevan el asunto y eso haga que también aparezca mi madre biológica, es lo último que quiero.

—No quiero que Zeus me ayude. Además, tampoco he decidido si quiero encontrarlo.

—Pero ¿Qué dices? Es tu abuelo Ava. Podría hablarte del pasado de tu familia, explicarte por qué tu abuela lo abandonó o yo qué sé. Infinidades de cosas que un abuelo le cuenta a una nieta que no conoce.

—Que no, que no. Deja las cosas como están por ahora. Ya tomaré una decisión.

Jessica está a punto de volver a hablar, de soltar alguna otra idea imaginaria sobre cómo será conocer a mi abuelo, pero el sonido de un

mensaje en mi teléfono la interrumpe. Miro el teléfono antes de cogerlo y después a Jess, quien me mira con los ojos abiertos y la diversión en los ojos. Estoy segura de que ha visto quien es cuando se ha iluminado la pantalla. A mí no me ha dado tiempo, pero solo por su cara puedo adivinarlo.

—Vaya, vaya. ¿A cuenta de qué te pregunta Jayden que tal llevas el día?

Vale, me ha pillado. Pero ¿Qué puedo esperar si doy acceso en mi teléfono para que la pantalla se ilumine con cada mensaje y este aparezca en ella? Además, no me ha pillado nada, es un amigo.

Sí, uno con el que mensajeo diariamente desde hace una semana, pero bueno, al fin y al cabo, también hablo casi todos los días con Hugo y Lucas.

—¿Qué tiene de malo?

Jessica sube las cejas y sonríe.

—No lo sé, dímelo tú. ¿No es este el mismo Jayden que te ha tirado los tejos desde que lo conoces? ¿El mismo al que Zeus le ha mentido para que no te viera en el hospital? ¿El mismo que te regaló la lámpara que te has traído de tu casa a la del tío con el que sales y vives?

—A ver…mmm, no es así la cosa. Yo...él y yo solo...

—Madre mía Ava. Tienes un cacao en la cabeza monumental.

La miro perpleja, sin saber que decir. ¿Tengo un cacao?

—¿Es que existe un “él y yo”?

Muevo la boca, lo hago como un pececillo, pero no hablo. Jessica se mueve en su asiento, algo inquieta.

—Mira Ava, que como me vengas ahora con dudas te arranco la melena negra que tienes.

—¿Dudas? —Me escucho decir.

—Sí, dudas —Me imita Jessica moviendo las manos.

El sudor frío que me siento en todo el cuerpo me pone nerviosa. Yo no tengo dudas, es solo que Jayden me escucha y es sincero conmigo. Y Zeus, me mima, me cuida, pero me oculta demasiadas cosas. Las cuales aún no se ha molestado en nombrar.

Apoyo los codos en la mesa y meto la cabeza entre mis manos.

—La madre que te parió. Que seguro está muy tranquilita allí donde coño esté. —Mueve mi cabeza con su mano y me hace mirarla — ¿Tienes dudas?

Niego con la cabeza.

—¿Entonces? —Jessica se acerca más a mí, como si así pudiese leer mis pensamientos.

Joder, vamos Ava es tu mejor amiga.

—Es solo que...

—Ay, joder, hay un “es solo que”.

—Tía, no me pongas más nerviosa —suplico poniéndome derecha en la silla—. Zeus me oculta tantas cosas...

—¿Qué te oculta cosas? ¿Qué cosas? —Voy a responderle, pero ella vuelve a interrumpirme— A ver, es normal. ¿Qué esperas de un hombre al que conoces hace unos meses? ¿Siquiera tus padres saben que vives con él?

—No.

—Menos mal. Sabrá dios que diría tu padre.

Miro a Jessica espantada, necesito que deje de juzgarme. Ella empezó a salir con Peter pocos días después de tirárselo, lo metió en mi casa a vivir poco después también, y ahora sus planes de futuro, porque ya tienen, es montar un restaurante con él.

No sé por qué intenta sacar tantos inconvenientes de lo que he hecho porque está claro que vivir aquí nos ha vuelto loca a las dos.

Miro el teléfono unos segundos antes de cogerlo, levantarme y empezar a caminar hacia la habitación.

—Deja el tema ya Jessica, es solo un amigo y te lo voy a demostrar. ¿No querías enseñarme unos planos de ese restaurante que quieres regentar cuando termines los estudios? Pues vamos a ir los tres, como buenos amigos.

No sé si es una buena idea, solo sé que necesito demostrar a Jessica, y a mí misma, de que Jayden es un amigo más. Para Jayden:

Hola, ¿Te gustaría acompañarnos a Jessica y a mí a ver cómo será su nuevo restaurante?

Tras enviar el mensaje, dejo el teléfono sobre a cama, busco unos vaqueros, una camiseta de mangas cortas, mis zapatos planos y me visto. Compruebo si tengo algún mensaje antes de entrar en el cuarto de baño para vestirme, pero no tengo ninguno.

Me miro en el espejo sintiéndome completamente idiota. Me repito una y otra vez que cuando esté con Jayden no sentiré nada, por favor, ¡Es un amigo!

Tras recogerme el pelo en un moño bajo, cojo el teléfono y veo que la lucecita de las notificaciones parpadea. Abro el WhatsApp y veo su mensaje.

Por supuesto. Estoy deseando verte. ¿A qué hora y dónde?

Le envío la ubicación y salgo al salón en busca de mi amiga.

Veinte minutos después, Jessica y yo estamos en la puerta de una empresa de arquitectura llamada “The Change of the Changes”. He tenido que leerlo tres veces para creerme que alguien haya llamado a

una empresa con un nombre tan obvio y tenga tantísima fama.

Mientras esperamos a Jayden, Jessica me cuenta cómo será su estancia en Los Ángeles. Quedan dos semanas para que se vaya. Pensar en que tendremos que separarnos no me gusta demasiado, pero me tranquiliza que ya no estamos solas. Conocemos a personas maravillosas que irán a visitarla ese mes y con las que estaré ese tiempo. Saber que Zeus estará conmigo me hace feliz. Bueno, y también saber que podré hablar con Jayden siempre que lo necesite.

—Ahí viene.

El casi grito de Jessica en mi oído me hace mirar al frente y contengo la respiración. Pero ¿qué hago? Sacudo la cabeza y vuelvo a mirarlo. Es guapísimo. Lleva una camiseta de mangas cortas de color arena, unos vaqueros y unos zapatos oscuros también. Las gafas sobre el pelo le dan un rollito muy sexy, que me gustaría si no fuese mi amigo.

—Hola chicas. Que alegría volver a veros.

Jayden nos sonríe abiertamente y nos mira a ambas de arriba abajo. No sé porque siento calor cuando sus ojos suben de mis pies a la cabeza. Aparto la mirada unos segundos, necesito tranquilizarme. No vaya a ser que por tanta insistencia por parte de mi amiga vaya a ver cosas donde no las hay.

Cuando entramos en el gran almacén convertido en una increíble empresa, Jessica nos adelanta y empieza a hablar amistosamente con una mujer unos años mayor que nosotras. La naturalidad con la que hablan me dice que ya se han visto antes y me duele la boca del estómago. He estado tan absorta en los secretos de Zeus, los problemas con Cristal y ahora lo de William que he dejado de lado a mi mejor amiga.

—Estás más guapa que la última vez.

Abro los ojos cuando el aliento de Jayden choca en mi oreja. Me tenso en mi sitio y ni siquiera lo miro. Me muero de la vergüenza.

—Gra-gracias —musito sin mirarlo y ríe por lo bajo.

—Puedes mirarme, ¿lo sabes? ¿verdad?

Voy a responderle cuando Jessica vuelve con nosotros y nos lleva con ella para enseñarnos los planos. La mujer que viste un traje de chaqueta precioso, a juego con la camisa que lleva debajo y un moño desenfadado, nos enseña los planos con las diferentes ideas que Jessica y Peter les han pedido. Miro sorprendida a mi amiga, al parecer la cosa va en serio.

Jayden y yo escuchamos atentamente todo lo que Jessica tiene que contarnos. Cada detalle del restaurante me parece increíble y me siento enormemente orgullosa de ella. Por fin va a hacer y ser lo que ha deseado siempre. Chef y dueña de su propio restaurante.

Dos horas después, en las que he hablado con mis padres y mis amigos, también con Zeus, estamos sentados en una cafetería muy bonita. Hemos pedido unas cervezas y reímos como tres amigos que se conocen de toda la vida. Las historias que Jayden cuenta de su primo nos hacen mucha gracia a las dos, sobre todo a Jessica que asegura usar esa información contra Peter cuando tenga la ocasión.

Al parecer, Jayden no solo es simpático y atento, sino que también gracioso, trabajador, seguro de sí mismo y muy, pero que muy atractivo. Si no que se lo digan al grupo de mujeres que no dejan de sonreírles al otro lado del cristal de la ventana.

No me molesta ni nada por el estilo, de echo eso me alegra. Si no me importa que baboseen por él será porque no veo en Jayden nada más que un amigo. Eso me hace sonreír. Me encanta Zeus, me vuelve completamente loca.

De verdad pienso que lo nuestro podría salir bien. Vale que el comienzo no ha sido nada bonito y tampoco es que esté siendo fácil, pero eso mismo es lo que me da esperanzas. Es lo que me hace pensar que nuestro momento, ese que tanto ansío tener con él sin que haya terceras personas ni mentiras, llegará. Hemos pasado lo peor, que es dejar a su ex prometida y abrirse a mí.

¿Que podría pasar?

—Jayden. Que de tiempo sin verte.

La voz de una mujer me hace mirar arriba y me encuentro con una morena de pelo corto que no deja de mirarlo con atención. Bueno, en alguna ocasión si deja de hacerlo, pero para mirarnos a Jessica y a mí con el ceño fruncido. La tensión en Jayden es palpable y lo notamos las tres.

Jayden está mudo. Mira a la mujer mientras parpadea y traga saliva. ¿Qué le pasa?

—Hola, soy Jessica una amiga. Encantada.

La morena mira a mi amiga, no muy contenta de que sea ella quien responde, pero dándole la mano para intercambiar un apretón.

—Soy Emily, una antigua amiga de Jayden. No contesta mis mensajes desde hace unas semanas. Pensaba que estabas ocupado con la empresa de tu padre, que ya te habían nombrado nuevo jefe, pero veo que tus ocupaciones son otras.

Vaya, qué incómodo y qué directa es Emily. Miro de reojo a Jayden que no sabe dónde meterse y me quedo petrificada con lo siguiente que hace y dice.

—Lo siento Emily, no sabía cómo decírtelo —Coge mi mano, la entrelaza con la suya y la pone sobre la mesa, atrayendo las miradas de Emily y Jessica—. Estoy saliendo con ella.

Con los pulmones y el pecho contraídos por la presión y la sorpresa, miro de soslayo a las tres personas que me miran impacientes, cada

uno por saber cuál será mi respuesta. ¿No me preguntaba yo hace unos instantes que podría pasar?

Que el universo se ría de mí. Eso puede pasar.

· Capítulo 50 ·

Zeus

—Es la única solución.

—Pero como me dices eso Gustavo. ¿Qué sentido tiene que haga separación de bienes si Cristal también es dueña de esa parte del hospital?

—Mirándolo por el lado bueno no podrá quitarte tu parte.

—Joder, estaría bueno. Yo no quiero que no me quite mi parte, yo quiero que me dé la suya.

—Lo sé, Zeus. Pero no puedo falsificar el contrato matrimonial. O aceptan el dinero que les ofreces o esa es la solución.

Me quito el teléfono de la oreja, cabreado. Como siga escuchando hablar a mi abogado la vamos a tener. Lo conozco desde que cumplí la mayoría de edad, jamás ha habido problemas para que haga su trabajo y ¿Ahora me viene con esto?

Me masajeo la sien, necesito encontrar otra solución. No puedo casarme con Cristal cediendo a que conserve su parte del hospital. Mis padres han trabajado muy duro para que vaya adelante, han dejado la piel en él. No puedo permitir que Máximo y Cristal lo destruyan con su vanidad y poca empatía.

—O'Donnell ¿Estás ahí?

Al escuchar la voz de Gustavo vuelvo a coger el teléfono y me lo pongo en la oreja. Dejo salir todo el aire de mis pulmones y asiento.

—Sí, intento encontrar una solución.

—Está bien, pero no hagas nada de lo que puedas arrepentirte.

—Lo sé, lo sé. Pero necesito algo. No voy a compartir la herencia de mis padres con esos buitres.

—Bueno, ya no es de tus padres. También es de los Lewis, te guste o no.

—Gustavo. Tengamos la fiesta en paz.

—¡Oye! Solo hablo desde el lado legal y juicioso.

—Pues deja de hablar desde ese lado o la vamos a tener —Gruño, frustrado.

—Mira, dejemos el tema por hoy. Tranquilízate, piensa en una solución y cuando la encuentres me la cuentas ¿De acuerdo?

Cabeceo y me acaricio la barbilla. Eso es lo que pienso hacer, pero en el despacho del hospital, echando horas, teniendo pendiente dos operaciones y sin saber de Ava desde esta mañana sabiendo que necesita que hablemos, no me concentro.

Quiero contarle a Ava lo que está ocurriendo, pero no puedo decirle que intento mangonear a una mujer para arrebatarle algo. Me odiará. Y con razón.

Joder, que difícil se ponen las cosas. Con lo sencillo que sería si Cristal y Máximo aceptan los millones que les quiero dar por su parte. Ni siquiera debería darle tanto, pero ni por esa acceden.

—Zeus…

Me sobresalto al volver a escuchar a mi abogado, pensaba que había colgado.

—¡Que sí! ¡Ya hablamos!

Cuelgo y dejo de mala gana el dispositivo en el escritorio. Miro al frente, no sé qué cojones hacer. Tampoco es que pueda ponerme ahora a pensar porque tengo la primera operación en menos de diez minutos.

Siento como la rabia hierve en mi sangre, estoy tan cabreado que temo hacer cualquier tontería. Me levanto con tanta fuerza que tengo que recoger la silla del suelo. Golpeo el escritorio con la palma de la mano varias veces hasta que consigo apaciguar un poco mi ira, necesito volver a controlarme.

Aunque sé que tengo que dejar el tema para después, no puedo irme y dejarlo estar. Por lo que cojo mi teléfono y marco el número de la única persona que sabrá qué hacer y me querrá ayudar, aunque lo que se me ocurra sea una puta locura.

—Ey, colega.

—¿Estas ocupado esta noche?

—Me encanta cuando me lo pregunta Jess con su vocecita de gatita, pero en ti no suena tan bien.

Lo que tengo que aguantar.

—Jódete, Peter. Hoy no es un buen día.

—Que mierda de humos tienes. Ni tirándote a Ava se te pasa.

Que haya podido pensar en ella de esa forma me pone de aún de peor humor.

—No te pases.

—Sí, estoy libre. Pero como antes de venir te llame y sigas igual de gilipollas, te ves solo.

Cierro los ojos, me siento en el borde del escritorio y cojo aire. Lleva razón, me veré solo. Todo el lío de la boda, Ava que necesita menos secretos, mi abogado haciendo su trabajo a medias para lo que cobra al mes, el pasado que me vuelve loco…no sé cómo no he explotado todavía.

Sé que Peter lleva razón y que no debería hablarle así. Es el único que me aguanta y me ha aguantado en mis peores momentos y no se lo merece. A pesar de todo.

—Lo siento, tío. Pero tengo la cabeza echa un caos, no puedo dejar

de pensar en la boda, como conseguir mi parte del hospital y en que tengo que hablar con Ava.

—Eso quiere decir que esta noche toca Brandy. Y del caro.

Suelto una risa, con Peter siempre me siento liberado. Es un hermano.

—No me vendrá mal.

—No se hable más. Esta noche te hago la cena y te enciendo unas velitas.

—Vete a la mierda —digo riendo y mirando el reloj—. Tío, tengo una operación. Nos vemos luego.

Por el pasillo saludo a algunos compañeros y pacientes que se alegran de verme de camino al quirófano, donde me encuentro con Arizona.

—¿Estás listo? —pregunta con una sonrisa mientras se recoge bien el pelo para luego ponerse el gorro.

—¿Cuándo no lo estoy?

Tras una sonrisa la dejo pasar y luego lo hago yo. Hago uno a uno cada paso que realizo, tanto de higiene como de vestimenta, siempre que tengo una operación y pienso en lo que ha dicho Ari.

No quiero dármelas de sabelotodo o de un tío muy fuerte, pero la única vez que me puse nervioso, a lo que en sanidad se refiere, fue el primer día que mi madre se puso la quimioterapia. El día que nos enteramos muy duro y verla sufrir por el tratamiento fue muy doloroso. Lo sigue siendo, aunque ya no esté.

Recuerdo cada día de su proceso como si estuviese en cada momento de nuevo. Como lloraba, vomitaba, dejaba de comer, adelgazaba…como se apagó. Mi madre luchó como una auténtica guerrera hasta el último día de su vida como jamás pensé que alguien pudiera hacerlo. En ese momento se convirtió en mi heroína.

Después de su muerte decidí volcarme en los estudios hasta conseguir trabajar en el Vitaly, el hospital del que ellos eran dueños y, tras mucho esfuerzo, lo he conseguido. Como cirujano ortopédico, por supuesto. Mi padre ha sido cirujano ortopédico durante toda su vida hasta que sufrió un infarto poco después de que mi madre muriera y decidió retirarse.

No soy cirujano por seguir los pasos de mi padre, que en parte sí, siempre he querido que me reconozcan y me respeten como lo hacen con él. Y, aunque yo decidí decantarme por otra cirugía, lo elegí porque me he criado viendo la alegría de mi padre siempre que una operación de muchas horas salía bien. Incluso los llantos cuando se encerraba en su despacho por la presión. Y, sobre todo, el esfuerzo y empeño que ponía en cada paciente.

He estado orgulloso de mi padre toda la vida, lo sigo estando, me encanta la sanidad y todo lo que a ella se refiere ¿Por qué no unir todo

eso y ser cirujano igual que lo es él?

—O'Donnell, es la hora.

Miro al enfermero y asiento, me coloco los guantes y lo sigo hasta la sala. En la camilla hay una chica de menos de veinte años muy tranquila. Me acerco a ella, observo la zona donde vamos a proceder a la operación y doy el visto bueno para que puedan anestesiarla. Unos minutos después empezamos la operación.

—Que puta locura. —exclama Maverik, el enfermero en prácticas que lleva menos de un mes con nosotros. Lo miro con una sonrisa, recordando mis prácticas.

—Sí, ha sido una locura, pero intenta contener esa efusividad cuando hablemos con los familiares.

—Sí, sí, lo sé. Por eso dejo salir la adrenalina ahora.

Dos compañeros más, que nos siguen los pasos, sueltan una carcajada y se unen a la conversación mientras salimos a la sala de espera. Allí nos espera un matrimonio, un joven y una anciana. Esta última se levanta al vernos y se acerca a nosotros, cogiéndome las manos.

—¿Cómo ha salido todo? ¿Ha sobrevivido mi niñita?

Abro los ojos sorprendido por la pregunta y voy a decir algo, pero una de las mujeres se acerca también.

—¡Mama! No seas exagerada —Esta pone los ojos en blanco y después de mirarnos uno a uno vuelve a hablar—. Disculpadla, es lo que tiene tener una sola nieta. El dramatismo al saber que se opera por una rotura de hueso ¿Cuándo podremos ir a ver a nuestra hija?

La otra mujer, morena y algo bajita, que también esperaba, le pasa un brazo por los hombros y le besa la cabeza a la rubia. Observo a las cuatro personas que esperan a Jazmín, la paciente, y sonrió levemente para que se tranquilicen.

—¿Vosotras sois las madres de Jazmín? —Las dos mujeres asienten— Está bien. La operación ha salido perfectamente, pero la recuperación va a ser muy pesada. En principio tendrá que estar aquí varios días y cuando esté en casa deberá estar dos meses en reposo. Igualmente tendrá cita gradualmente para ver su progreso.

Miro a la abuela, que se toca el pecho dramáticamente y ahora soy yo quien le coge las manos y las aprieta con cariño.

—No se preocupe, su nieta sobrevivirá.

Todos reímos, liberando algo de tensión. Observo al chico que se toca el pelo varias veces y no deja de apretarse las manos. Inmediatamente me dirijo a él.

—¿Estás bien? —pregunto preocupado. Recuerdo cuando Jessica se puso así al entrar en el avión.

—Sí, es solo que…que estoy…

—Tranquilo, es normal. Eres su hermano, amigo o…

—Soy su novio. Soy Fernando.

Asiento y lo entiendo. Lo pasé muy mal cuando Ava se operó.

—Encantado, yo soy Zeus. No te preocupes, ha salido todo muy bien. Ella estaba tranquila y eso nos ha ayudado mucho. Puedes estar orgulloso.

Fernando asiente, pero no habla. Se deja caer en una silla y mete la cabeza entre sus manos. En cuanto se le escucha hipar la anciana se acerca a él y lo abraza.

Veinte minutos después de seguir dando pautas y explicándole lo más importante a las madres de Jazmín, Maverik y yo volvemos al pasillo. Tras despedirnos cada uno coge una dirección y yo voy al vestuario.

Le mando un mensaje a Ava, pero no responde. No insisto, me explico que iba con Jessica a mirar los planos del restaurante y no quiero ser insistente. Aunque me muero por llamarla y escuchar su voz, saber qué hace y que me cuente cuanto como le va el día.

Miro el reloj y compruebo que me quedan varias horas hasta que termine mi turno, pero no tengo ninguna operación programada por lo que decido tomarme un descanso en la sala. Cuando entro y me encuentro con Cristal quiero darme la vuelta, no me apetece escucharla.

—Zeus, que bueno verte.

La miro, molesto, pero fijo la vista en mi tarea. Llenar mi taza de café. No me molesto en contestar, quizá sí hago como si no estuviera se marcha.

—Es bueno verte porque tenemos que hablar de nuestra boda.

Pues no, no se va a ir.

Rechino los dientes conteniendo cualquier impulso primitivo que tendría si fuese un hombre. Lo siento por las nuevas generaciones, sé que ella podría defenderse igualmente, pero así me educó mi padre. Cierro los ojos con fuerza, acordándome de Gustavo y todos los antepasados de Cristal. Al encararla ella está sonriente, triunfante.

—De qué coño te ríes. —Aprieto la taza entre mis manos.

—No sé cómo puede aguantar estar con alguien que se va a casar. ¿Tan poco orgullo tiene?

Joder, como me toca los cojones. No sé cómo pude fijarme en ella. Aumentando mi cabreo, dejo la taza sobre la mesa con tanta fuerza que se derrama gran parte del contenido.

—Cristal, no quieras jugar conmigo o te vas a arrepentir. Sabes que voy a hacer todo lo posible para que no haya ninguna boda y me des mi parte. No quiero tener ningún vínculo contigo porque para mí no vales nada. Tuve que darme cuenta el día que empezamos a salir o tal vez cuando me fuiste infiel y dejarte de una puta vez.

Veo como se clava las uñas en las palmas y sé que le ha jodido.

—Mira imbécil, has hecho que llegue a mi límite.

Me río sin poder evitarlo y eso la cabrea.

—¿Sabes qué? Que hasta aquí llega la broma. O te casas conmigo y una vez me hayas dado tu apellido, me des también una buena cuantía para recuperar tu parte del hospital o sacaré mucha mierda de Ava que podrá destruirla emocionalmente. Y ni siquiera tus besos o promesas la harán sanar.

Me quedo petrificado. ¿Qué puede saber Cristal de ella como para tal cosa? ¿Qué puede ocultar Ava? Aunque me horroriza solo pensar en el daño que puede causarle si se lo propone, me torno serio y seguro ante ella.

—¿De qué hablas? ¿Qué puedes tener tú de Ava?

—Ni siquiera sabes nada de ella.

Mientras Cristal ríe yo me acerco a ella hasta acorralarla contra la encimera.

—Déjate de juego Cristal. Y dime de qué coño hablas.

Cristal sonríe y me besa haciendo que me separe rápidamente. Quedamos a unos centímetros de separación, pero vuelve a acortarla. Me toca los hombros, el cuello y me agarra la cara con las manos. Intento zafarme, pero clava las uñas en mis mejillas. Acerca la boca a mi oído y susurra:

—La madre de Ava es una drogadicta que vive en Brooklyn, en sus calles más bien. Es una muerta de hambre que estará encantada de fumarse el dinero de su hija. Quién, estoy segura, de que la ayudará, lleva muchos años sin verla. Solo tengo que decirle donde vive Ava y ella estará allí en décimas de segundos.

Doy un paso hacia atrás a pesar de resentir el arañazo de las uñas de Cristal. La miro sin entenderla, creía que la madre de Ava estaba en Madrid. ¿Por qué no me ha dicho nada? Siento mi boca moverse, pero no sé qué decir.

—Además, su abuelo vive también en Brooklyn, aunque no quiere saber nada de su hija ni de lo que a ella respecta. ¿Pero y si le doy la dirección de su casa a Ava y le miento diciéndole que quiere conocerla? ¿Cómo se sentiría si volviera a ser rechazada por una parte de su familia?

A cada segundo más confundido por lo que me cuenta, doy otro paso atrás y me dejo caer en una silla. Me paso una mano por el pelo y apoyo la enfrente en una de mis manos, pensando en cómo podría ayudar mi abogado a Ava si Cristal hablase.

—Créeme, sé que la rechazará. No la conoce de nada, el hombre ni siquiera sabía que tenía familia y el dinero que le he ofrecido para que la rechace le ha llamado más la atención. Al fin y al cabo, no siente nada por su nieta desconocida, pero por si el viejo tenía dudas al verla

le he ofrecido una suma importante que le permitirá vivir muy bien.

Me masajeo la frente, confundido y asustado. No sabía nada de lo que Cristal me cuenta y no sé si creerla. Pero por otro lado no sería raro que Ava no me contara algo así, yo a ella le he ocultado varias cosas. Tengo que protegerla como sea, no puedo permitir que cristal le haga tanto daño. Si es verdad lo que me cuenta, la destrozará.

Me levanto, la miro enfadado y señalo la puerta.

—Vete de aquí.

—No pienso irme, estoy terminando mi café. —Mueve la taza delante de ella y le da un sorbo.

—Cristal, sal de una puta vez de aquí.

No me presta atención y muy cabreado voy hacia ella, le doy un manotazo a la taza y esta se hace añicos en el suelo manchándolo todo de café.

—¿Te has vuelto loco? —grita asustada.

Respiro con dificultad, el corazón me va a mil e incluso me tiemblan las manos. Temo volverme loco como ella siempre dice.

—Esto no te lo consiento. O hablas con tu mujercita o hablo yo, si no lo haré con todos los medios para que se entere de la peor manera. El encabezado seria exquisito: La mujerzuela de Zeus O'Donnell es hija de una drogadicta y pertenece a una familia que prefiere dinero antes que conocerla.

Abro los ojos horrorizado y alzó los brazos asustándola aún más y haciendo que salga de la sala. Cuando me quedo solo tiro la silla de un golpe, todo lo de la mesa y golpeo la base de madera.

—¡Joder!

De un momento a otro, no quepo en la estancia. Necesito salir y mandarlo todo a la mierda, pero no puedo. Tengo una plantilla, trabajadores que necesitan serenidad y profesionalidad por mi parte. Así que, una vez más toca dejar la vida privada a aún lado y centrarme en el Vitaly.

· Capítulo 51 ·

Ava

La mano de Jayden quema en la mía. La agarra con fuerza y tiene entrelazados los dedos en los míos, sobre sus piernas y con el otro brazo por mis hombros. Y eso no es solo lo que quema, la mirada de Jessica sobre nosotros también.

Estoy totalmente confundida, no sé cómo hemos llegado a estar así. ¿Por qué ha hecho eso? ¿Qué voy a hacer yo ahora sí vuelvo a encontrarme con esta mujer?

Miro de manera intermitente a la morena y a Jayden. Es obvio que han tenido algo y que él ha pasado de ella, lo que me corrobora que no es sólo Zeus el que miente.

—Pues que te vaya muy bien Jayden. ¡No vuelvas a llamarme en tu vida!

Sin dejar que nadie diga nada y después de mirarnos mal se va de mal humor. Aunque no es para menos, no es de buen gusto que te hagan lo que le acaba de pasar a ella.

En cuanto la pierdo de vista suelto de su mano y lo miró confundida.

—¿Qué acaba de pasar? —Alzo las cejas, esperando una respuesta.

Jayden mi mira a los ojos y tengo que apartar la mirada.

—Lo siento, Ava. Salí con ella unos meses, pero nunca fijamos una relación. Cuando dejé de verla pensé que no teníamos que darnos explicaciones, pero al parecer ella no piensa igual.

—Y lo más sensato era decir que estábamos saliendo. ¿Qué pasa si un día me ve con Zeus?

—Ah, pues nada, pensará que hemos roto.

—¿Y si es una de esas psicópatas de las que se acercan y gritan que ahora estoy con otro mientras salgo con el amor de su vida?

Jayden alza las cejas y Jessica se mueve en su asiento, pero solo para acercarse más a nosotros y vivir el momento.

—Entonces, me encantaría ver la cara de Zeus.

Aprieto los labios y lo fulmino con la mirada por hacer reír a Jess.

—¡No tiene gracia! Me has metido en un lío.

—Tranquila mujer, es una tontería. No volverá a repetirse —Miro su mano, que vuelve a agarrar la mía, y ahora el calor que siento no es tan desagradable. Por eso mismo vuelvo a apartarla. Jayden me mira y sonríe antes de resoplar—. Gracias por la ayuda.

Pongo los ojos en blanco y me apoyo con los codos en la mesa.

—Ya claro, una ayuda obligada.

Jayden clava sus ojos en los míos y nos quedamos en silencio, uno tan extraño que solo es roto por la voz de Jessica.

—Dejad esta pelea de tortolitos, que ahora sí que parecéis una pareja de verdad.

Abro los ojos y miro mi taza. Ni Jayden ni yo decimos nada al respecto, es mejor dejar el tema, y no pasamos mucho tiempo más en silencio. En unos minutos los tres volvemos a sumergirnos en una conversación de obras y sueños.

Mientras ayudamos a Jessica a buscar estilos de decoración apropiados para su estilo y sus gustos, siento mi teléfono vibrar. Lo saco del bolso y veo el nombre de Zeus en la pantalla. Miro a los chicos, aviso de que tengo una llamada y la cojo.

—Hola, ¿Qué tal el día?

Escucho como Zeus suelta una gran cantidad de aire antes de hablar.

—Por fin puedo hablar contigo. El mío muy bien y el tuyo entretenido parece.

Sonrío como una tonta y estrecho el móvil en mi oreja.

—Sí, ya sabes cómo es Jessica. Además de indecisa es exigente.

En cuanto hablo siento un dolor punzante en la espinilla y miró a mi amiga, que ríe como una hiena.

—Oye, honey. —Silencio.

—¿Sí? —inquiero, inquieta sin saber por qué. ¿Querrá decirme algo sobre el tema?

—Al salir del trabajo no iré a casa. Necesito…—Alzo las cejas por su nuevo silencio—…necesito arreglar unos asuntos.

Miro a Jayden y Jessica, incómoda, teniendo la sensación de que han escuchado lo que Zeus acaba de decirme. Como si supieran que ha vuelto a ocultarme algo. Quito la mirada cuando mis ojos llegan a los verdes esmeralda del pelirrojo que tengo a mi lado y asiento, como si Zeus pudiera verme.

—Está bien. Espero que no sea nada importante.

—No, está todo bien. No te preocupes.

Río irónicamente y separo un poco el teléfono para mirar desilusionada la pantalla.

—Ya, ¿Por qué debería hacerlo? Si tú eres tan transparente conmigo. Confío tanto en ti…

Zeus maldice al otro lado de la línea.

—Cielo, entiéndeme. Estoy intentando aclarar mi mente antes de ser sincero contigo.

—Claro, Zeus, te entiendo, como siempre. ¿Pero me entiendes tú a mí alguna maldita vez? —Me cuesta horrores no alzar demasiado la voz.

—Honey, no te pongas así. No puedo soportar que tú me odies.

Me duelen sus palabras, no estoy así por odiarlo precisamente.

—Sabes que no te odio, pero…

—Soy un capullo, imbécil, estúpido, un…

—Vale, vale —digo entre risas—. No eres nada de eso, lo sabes. Bueno a veces sí, pero no siempre.

Zeus suelta una carcajada y yo lo acompaño con una sonrisa. Siento mi estómago encogerse y tomo aire.

—De verdad que voy a ser sincero y por eso necesito aclarar antes unos asuntos. ¿Tú estás bien?

—¿Qué? ¿Yo? Perfectamente, ¿Por qué?

—Quería saber cómo está mi chica —Unos segundos de silencio, en los que desearía estar con él y besarlo—. Nos vemos luego, ¿Vale? Pásalo bien y pórtate mejor.

Me lo imagino guiándome el ojo y besándome y se me revolucionan las mariposas. Suspiro y me despido. Cuando dejo el teléfono en el bolso de nuevo, Jayden está mirando su café y Jessica a mí. Esta gesticula y se inclina sobre la mesa.

—Has sido súper empalagosa.

—¿¡Yo!? Pero si he hablado normal.

—No te has visto la cara de pánfila que tenías. ¿A que si Jaydencito?

Las dos lo miramos, pero parece como si no estuviera con nosotras. Le da vueltas a su bebida con la cuchara y observa su acción como si nada más ocurriera sobre la tierra.

De repente, arruga la cara y se rasca la pierna. Inmediatamente miro a mi amiga y esta vuelve a carcajearse.

—Mira que eres bruta. —Le digo mirando al pobre Jayden.

—Anda ya, soy más flojos que un polo de Coca-Cola. Bueno que eso Jayden, ¿A que tenía cara de pánfila?

Jayden me mira, siento un escalofrío al ver que mira mis labios de soslayo, y parpadea. Después se levanta y nos mira.

—No me he fijado, pero si es así es normal. ¿Está enamorada no? —Intercambiamos miradas y el da un paso atrás— Tengo que irme chicas, espero volver a veros.

Y unos minutos después, no le vemos entre la gente. A pesar de ello, sigo mirando por donde se ha ido, confundida por su reacción.

—Guau, eso ha sido suuuúper intenso.

—Déjalo ya. No busques más donde no hay —Me vuelvo en mi asiento y le doy un sorbo a mi bebida. Cuando dejo la taza sobre la mesa intento convencerme de que es verdad lo que voy a decir—. Somos amigos, nada más.

—Mmm, ya.

La miro de mala manera y ella hace un gesto de cerrarse la boca

con llave. Me vendrá bien que deje el tema.

Media hora después, vamos a pagar las bebidas, pero la camarera nos informa de que ya lo han hecho. Sin nada más que hacer, salimos de la cafetería y empezamos a caminar sin rumbo.

Tras visitar varias tiendas en las que Jessica se compra ropa para su viaje, nos detenemos en mitad de la calle. Con su brazo y el mío entrelazados, mirándonos, riendo como en una típica escena de amigas de una película antigua mientras la gente nos esquiva para no chocar con nosotras.

—Jamás hubiera querido hacer esto con alguien más.

La miro con cariño y asiento.

—Nunca hubiera elegido una acompañante que no fueras tú.

Felices por estar juntas en Manhattan, viviendo un sueño, empezamos a caminar hasta que Jess vuelve a detenernos.

—¿Hacemos algo de turismo? Desde que hemos llegado apenas hemos visto nada.

—Llevas razón. Entre el trabajo, los chicos y la operación, no he tenido un rato de tranquilidad. Si alguien supiera todo lo que hemos vivido no se creería que llevamos apenas dos meses aquí.

Jessica suelta una carcajada y me zarandea por el brazo emocionada.

—¡Voy a tener mi propio restaurante! ¡Y con el hombre de mis sueños!

Río por su felicidad, contenta porque sea dichosa y al fin vaya a cumplir su sueño. Voy a decirle algo, pero vuelve a interrumpirme con un grito que hace que algunas personas nos miren.

—¡Ya sé que vamos a ver!

—¿Qué tienes pensado? —inquiero volviendo a andar.

—Es una sorpresa. Ya lo verás cuando lleguemos—Mira su teléfono, luego a mí y junta sus dientes con la boca abierta, aspirando hacia adentro—. Si no nos perdemos, claro.

Suelto una risa y segundos después de intentar pensármelo, empiezo a caminar siguiendo su ritmo mientras sigo agarrada a su brazo.

De camino al destino, escuchamos a varias personas hablar sobre una fiesta que se celebra en junio en Nueva York. Al principio no prestamos mucha atención, pero al escuchar como otras tantas personas hablan emocionadas sobre la fiesta, decidimos preguntar en una tienda de ropa.

Al parecer, es un festival ambientado a la comida en el que los bares de la zona sacan puestos a las puertas de sus restaurantes y colocan una barra para que le gante pidan y coman al aire libre. Es un festival muy conocido y cotizado y miles de personas salen a la calle para celebrarlo.

A las dos nos parece una idea increíble y quedamos en comentárselo a los chicos, para salir en grupo. Aunque mientras seguimos nuestro camino, pienso en que el grupo se ha reducido a nosotros cuatro. Podría decirle a Zeus que invitase a Amber y podemos llamar a Carl. ¡Seguro que lo pasamos genial!

Según me dice Jess, el sitio al que quiere llevarme está a media hora en coche, por lo que decidimos parar un taxi. ¡Es alucinante! Sí, sí, parar un taxi es increíble. El simple hecho de levantar la mano y esperar que el coche amarillo de todas las películas que has visto a lo largo de tu vida se detenga para llevarte a tu destino me hace flipar.

—¿Dónde os llevo? —pregunta el conductor cuando hemos subido al coche.

Jessica que no quiere desvelar el destino, le pide que no lo diga en voz alta y le muestra la pantalla del teléfono. El señor, moreno, delgado, simpático y de mirada amable, asiente con una sonrisa y se pone en marcha.

El tráfico sigue maravillándome. Aunque tiene que ser un coñazo para quien conduzca, me gusta estar dentro del denso tráfico del que siempre he leído o escuchado hablar en el cine o mis series favoritas. El ruido de los vehículos, los cláxones, el aire al abrir la ventana… aspiro y suspiro. Me encanta mi nueva vida.

Al final, tardamos casi cincuenta minutos en llegar al lugar al que Jessica quiere llevarme. Al salir del taxi y despedirnos de Ronald, el conductor, miro a mi alrededor. Estamos en medio de una calle llena de gente y edificios altos. No tengo ni idea de donde me ha traído, pero no me importa, solo espero que no nos perdamos.

—Vamos, solo hay que caminar unos minutos y lo veremos.

—¿Pero el qué? ¡Dímelo!

—Solo espera un momento, estamos al llegar.

Voy a quejarme cuando agarra mi mano y empezar a sortear a gente. Mucha gente. Miro a mi alrededor y me sorprende empezar a ver a tantas personas, ¿Qué ocurre? Camino a trompicones entre los demás, siguiendo a mi amiga y con los ojos de par en par ante la sorpresa del entusiasmo de todo el mundo.

Al llega al que parece el tope. Me explico, hemos llegado hasta una especie de barrera humana en la que solo consigo ver brazos en alto, el flash de los teléfonos y la gente intentando pasar entre ellos mismo. Cada vez entiendo menos y llego al punto en el que me dejo arrastrar por Jessica que me obliga a avanzar.

Tengo que admitir que estoy confusa. O hay demasiada gente o simplemente yo no estoy acostumbrada a estar entre tanta. Sigo absorta en la tarea de buscar una respuesta mientras me empino con la punta de mis pies hasta que escucho a mi amiga gritar.

—¿¡No es alucinanteeeeee!?

Jessica está mirándome con una sonrisa enorme y señalando con su pulgar detrás de ella. Sigo con la mirada su indicación y levanto las cejas exageradamente.

¡Estoy a-lu-ci-nan-do! Tengo delante el enorme Toro de Wall Street

¡Ahhhh! No puedo dejar de gritar.

Emocionada, cojo las manos de mi amiga y gritamos juntas, reímos como locas y nadie, absolutamente nadie, se extraña de que lo hagamos.

Dios mío, esta ciudad es increíble.

—No me lo puedo creer. —Miro la estatua de bronce, es intimidante en personas, y como la gente se acerca a ella para hacerse fotos.

Sé un poco sobre la historia de la estatua, aunque no mucho más de lo típico. Que simboliza fuerza y poder. He escuchado y leído muchas veces que si tocas los testículos de la estatua te traerá prosperidad financiera. Claro, no le toques sus partes bajas y te olvides la foto para inmortalizar el momento. Es una leyenda tan conocida y se ha extendido tanto que es inevitable venir a ver la estatua y no hacerlo.

Jessica y yo nos detenemos cerca del toro y ella saca su teléfono con la cámara abierta. Como en principio solo íbamos a ver los planos de su restaurante no he traído mi cámara de fotos y tendremos que conformarnos con los móviles. Me da algo de rabia, siempre voy con la cámara colgada al cuello y no poder fotografiar.

—Toma. Primero hazme una foto tocándole los huevos al toro. Luego nos la hacemos las dos y después tu sola.

—En serio Jessica, cuando quieres eres muy fina y delicada.

Las dos nos reímos por mi ironía y después nos colocamos en posición. Jessica se agacha en la parte trasera del toro, pone la mano en posición de estar cogiendo ambos testículos y abre la boca como si mordiera el culo del toro. De verdad, Jessica está majara.

Entre risas nos fotografiamos varias veces. Nos hacemos selfis y le pedimos a la gente que nos hagan fotos, después se las enviamos a nuestros amigos y familias y, cansadas de tanto toro, nos vamos a dar un paseo para aprovechar y visitar la zona. No tengo que aclarar que es preciosa. Todo tan alto, tan vivo, tan loco y libre que me pregunto cómo he podido no vivir aquí antes.

Unas horas después, Jessica y yo decidimos volver y cenar por algún restaurante. Ni que decir tiene que probamos de todo, marisco, carne, cocteles, bebidas y postre. ¡El postre que no falte! Sobre las doce de la noche, pedimos otro taxi que la deja a ella en el edificio en el que vivíamos juntas y después me lleva a mí a casa de Zeus.

Cuando me he despedido de Jessica me ha dado mucha pena, añoro vivir en el apartamento de mi tía. Durante el trayecto al apartamento

de Zeus le he estado dando vueltas a como he acabado viviendo con él, como he dejado que su encanto me haga perder tanto la cabeza como para dejar todo a un lado.

Yo no soy así, no dejo nada atrás mucho menos a las personas que me importan y la fotografía, algo que he hecho en menos de una semana. Y mientras yo lo dejo todo él sigue ocultándome cosas, pasándose por el forro lo que hablamos los últimos días y para colmo dejándome sola en su casa hasta que arregle unos asuntos.

¿Es que estoy mal de la cabeza o qué? Tengo que reconducir mi vida e ideas si quiero volver a ser la misma de siempre. La Ava toca pelotas de la que se han quejado siempre mis amigos, la Ava que no dejaba que nadie la torease, la misma que cogía al toro por los cuernos... ¡Queda claro que mi tarde ha terminado visitando el Toro de Wall Street!

Bueno, en conclusión, que tengo que espabilar.

· Capítulo 52 ·

Zeus

El agobio de imaginar lo que Cristal puede hacerle a Ava sigue martirizándome. No he podido dejar de darle vueltas a la posibilidad de lo que eso podría provocar. Que Ava no me haya contado algo así de ella también me hace sentirme un idiota solo por esperar que se sincerase conmigo cuando yo no le he hecho.

Pensar que su madre la abandonó sin conocerla, me parte el corazón. En el poco tiempo que yo lo llevo haciendo he podido ver en ella cosas mágicas. Es graciosa, amable, cariñosa, cabezota…muy cabezona y no podría negar que es una de las cosas que más me gustan de ella.

Ava es luz, una luz que brilla con mucha intensidad en mi oscuridad. Una luz a la que quiero dirigirme y de la que jamás quiero desprenderme.

Y por eso mismo no puedo permitir que sufra. Tengo que encontrar una solución y alejarla del centro de atención de Cristal, pero no tengo ni puta idea de cómo hacerlo.

El afán que tengo de protegerla y de que sea feliz es algo que hacía mucho tiempo no había vuelto a sentir por alguien. Había abandonado totalmente cualquier esperanza de amor y de ilusión con respecto a una relación, nunca me imaginé volviendo a subir cada uno de los peldaños del romance. Mucho menos por voluntad propia. Y ahora aquí estoy, sin poder dejar de pensar en ella más de un segundo, buscando la manera de evitar que le hagan daño.

Tenías que ser tú ¿Verdad, Ava? Siempre has sido tú. Y han tenido que pasar lo años para descubrirlo.

—Está bien, deja que me aclare. ¿Me estás diciendo que Cristal te ha saboteado porque sabe un pasado de Ava que tú desconoces y quieres hacer algo para evitar que tu ex prometida chantaje a la mujer con la que estás ahora?

Muevo el vaso que tengo en la mano en pequeños círculos, haciendo que el líquido y los hielos lo hagan al compás. Miro a Peter mientras busco una respuesta, porque escuchado de otra persona la situación me parece aún más ridícula que cuando la pienso.

Busco las palabras idóneas para poder responderle de tal manera que no parezca un punto culebrón. Le doy un trago largo a mi bebida, dejo que descienda por mi garganta y vuelvo a mirar a Peter.

—Si —No digo más. No sé qué más decir.

Peter asiente despacio y me rellena el vaso. Después deja la botella sobre la mesa y se acerca a su equipo de música.

El apartamento de mi amigo es elegante y sutil y, aun así, parece acogedor y hogareño. No importa la decoración cara o la madera de lujo que tenga, si entras en su casa lo siente un hogar. El lugar perfecto para una familia.

Cuando la música empieza a sonar reconozco rápidamente la canción Mirrors de Justin Timberlake y me es inevitable no pensar en Ava. Observo a mi amigo mientras vuelve a su asiento, coge su vaso y le da un trago.

—Sabemos que Cristal sabe jugar sucio y que cada vez te tiene más cogido por los huevos.

—Vaya, ¿No me digas? —Mi ironía parece hacerle gracia, algo que a mí no.

—A lo que me refiero, es que tienes que deshacerte de ella. Saca el Zeus que tienes dentro, ese cabronazo que guardaste con dieciocho años y arrasa con todos. Ella no deja de jugártela, joder, haz lo mismo.

—No sé. ¿Qué quieres que haga? No puedo obligar a su padre a que renuncie a su parte del Vitaly, ni a que quite a su hija de su testamento.

—¿Cómo qué no? —Peter se cruza de brazos, apoyado en el respaldo de su sillón. Niega con la cabeza, rechazando lo que quiera que su mente le haga pensar— Tienes pasta, tío, puedes hacer lo que quieras.

—No digas gilipolleces, sabes que ya no hago eso. Una cosa es añadir letra pequeña al contrato y otra muy diferente hundirle la vida alguien. —protesto, algo molesto por recordar mi pasado.

Peter se mueve en su sillón y se echa hacia adelante, apoyando los codos en sus rodillas. Me mira fijamente y niega con la cabeza.

—Ella quiere hundirte a ti. Es así Zeus, uno de los dos tiene que salir a flote. Ahora está en tu mano decidir quién de los dos. Si Cristal o tú.

Vaya, a veces me sorprende como habla. Se nota que tiene un bar y ha trabajado de camarero muchos años. La labia que tiene puede camelar a cualquiera. Aunque tiene parte de razón, no quiero dársela. Hace mucho que no tiro de mis contactos y no quiero volver a hacerlo.

—Que no tío, que no. —Dejo el vaso sobre la mesa y me levanto. Voy hasta el ventanal del salón y me apoyo en el cristal.

—Está bien, haz lo que creas que es lo mejor. Si no quieres emplear mano dura intenta camelártela. Entra en su juego.

Lo miro de reojo, a pesar de la oscuridad del salón, alumbrado por una pequeña lámpara que hay sobre la mesa en la que tenemos la bebida, puedo ver perfectamente la cara de mi amigo. Vuelvo a fijarme en los edificios altos que tiene frente al suyo, iluminados en la

noche.

—¿Qué quieres decir con entrar en su juego?

—¿Cristal quiere casarse? ¿No?

Asiento, sin dejar de mirar el cielo.

—Entonces dale una boda.

Me giro de golpe, impactado por sus palabras.

—¿Te has vuelto loco? No pienso hacer eso.

Peter se levanta, colocándose a mi lado.

—Añade al contrato lo que te salga de los huevos, haz que firme que se casa contigo pero que en el divorcio te lo cede todo.

—Eso intento, pero Gustavo no quiere cogerse los dedos —Peter levanta las cejas, tan asombrado como yo cuando se lo escuché decir a mi abogado.

—¿Ahora tiene principios? —exclama levantando los brazos— Ya te lo dije, le pagas demasiado. Cambia de abogado.

—No encuentro a nadie que me guste. Gustavo ha hecho mucho por mí, se de lo que es capaz. Sabe demasiado, no puedo buscar otra persona y confiarle tanto.

—Claro que puedes. Con Gustavo tuviste que hacerlo. —Resoplo, agobiado aún más de lo que lo estaba antes.

Pensando en mil cosas, me acerco a la mesa y me vuelvo a beber el líquido de mi vaso. Con la música de fondo, lo relleno de nuevo y esta vez guardo la botella. Llevo tres vasos y no quiero beber más de la cuenta.

Me dejo caer en el sillón de cuero, apoyo las manos en los reposabrazos y dejo la cabeza es el respaldo. Intento poner la mente en blanco, dejar de pensar por una milésima de segundos, esperando que de la nada surja alguna solución.

Tanto meditar me hace apalancarme, pero también pensar en idioteces como en tener un hijo. ¡Todo sería más fácil así! El único que puede quedarse con todo es un heredero, de lo que yo he huido siempre. Pero ahora que está Ava…todo es diferente.

—Un hijo —susurro poniéndome bien en mi sitio.

—¿Qué? —Peter no me mira, pero aun así la cara le ha cambiado.

—Un hijo, esa es la solución.

Mi amigo deja su teléfono en el sillón y me mira muy serio. Sé que piensa que estoy loco. Quizá lo esté.

—Muy bien Zeus, no quieres chantajear con un folio, pero si dejar embarazada a Ava —Espera unos segundos, puede que a la espera de que yo diga algo, pero no tengo nada que decir y suelta una carcajada incrédula—. Has perdido la cabeza.

—Totalmente. —afirmo, dejando caer mi cabeza de nuevo en el sillón.

Me paso las manos por la cara y el pelo, sin saber que hacer. Nos

quedamos en silencio un momento. Aún echado hacia atrás, abro un poco los ojos y miro a Peter. Esta con las manos cruzadas y la cabeza agachada, seguramente buscando algo con lo que arreglar mi problema y entonces me doy cuenta de una cosa: desde que conocí a Ava no he pasado tiempo con él. Ni siquiera sé cómo le va con Jessica, el trabajo o la vida.

—¿Cómo te va con Jess? —mi voz suena decaída.

—Bien, nos va muy bien. Pero ese no es el tema importante, tenemos que solucionar tu problema.

Me inclino hacia él y le agarro la nuca.

—Tío, llevamos dos meses dándole vueltas a mis problemas. Tú dicha es muy importante para mí, incluso más que lo que está pasando. Y soy un amigo de mierda por no haberte preguntado antes.

Peter me mira y sonríe, dejando una mano sobre mi hombro.

—No sabes la suerte que tenemos todos de tenerte.

Asiento con una sonrisa en los labios y volvemos a nuestras posiciones actuales. Ambos volvemos a coger nuestros vasos y brindamos.

—Por que seas padre cuanto antes —dice Peter alzando la mano.

Niego con la cabeza y me bebo todo el contenido de mi vaso. Peter me ofrece más, pero lo rechazo, ya es tarde y no quiero llegar bebido a casa.

—Jessica es increíble. Esta loca, ¿Sabes? Y me encanta su locura. Siempre que estoy con ella estoy riendo, tiene unas ocurrencias que me dejan pasmado. Estoy enamorado, yo, que hice lo que te hice. Que pensé que ir de mujer en mujer era mejor.

—Olvídalo Peter, yo lo he hecho.

—Sé que no.

—Peter. —No me gusta nada la conversación que estamos entablando y necesito terminarla.

—No pasa nada, lo entiendo. Lo entiendo cada día que sigues a mi lado. Soy un amigo despreciable, no me lo merezco.

Maldigo para mis adentros y me aprieto la mandíbula con la mano, no quiero hablar de esto, pero al parecer Peter sí.

—Un error lo comete cualquiera —aseguro, queriendo que no se sienta mal.

—Ya, un error... ¿Un amigo se folla a la prometida de otro?

—Peter, ya.

—No, de veras. ¿Lo hace? ¿Un amigo la caga tanto que provoca que casi pierdas un ojo en una pelea?

Me levanto del sillón algo incómodo. Hace años que no hablamos del tema y estoy seguro de que lo hace porque necesita liberarse ahora que está con Jessica y borracho.

—Son cosas que pasan.

Me giro hacia la ventada al decir eso para que no vea cómo aprieto la mandíbula. Aunque le he perdonado, aún sigue doliendo. No que se acostase con Cristal si no que me traicionara de ese modo. Pero quiero olvidar el pasado y hablar de lo que ocurrió no es buena idea.

—¿Y si vuelvo a hacerlo?

—¿Qué? No digas gilipolleces —Le digo de mala manera, enfermo solo de pensarlo.

—No son gilipolleces, ¿Y si soy así? ¿Y si intento acostarme con Ava?

Me quedo estático. Me cuesta tragar saliva y siento un sudor frío que no augura nada bueno. Aprieto los puños. No sé a qué viene que diga algo así, ¿Habré estado tan sumido en mis cosas que no he visto si ha bebido más de la cuenta?

Doy un paso atrás, porque si me acerco no creo que sea bueno. Me apoyo en el cristal de la ventana y lo observo. Sigue sentado en el sillón, con la cabeza apoyada en las manos y los codos en las rodillas. Ni siquiera sé qué cojones decir ante tal cosa.

El silencio no dura mucho más ya que lo que me parece un hipido lo interrumpe. ¿Está llorando? Confundido, me acerco a él y lo hago mirarme.

—¿Estas llorando, Peter?

—Si, joder.

—Te dije que está olvidado. Te he perdonado, eres mi amigo.

—No, no soy tu amigo.

—No digas tonterías Peter. Sabes que sí. Confío en ti más que en nadie, sé que no volverías a hacerlo.

—No lo sabes, ni siquiera yo lo sé. Como vas a saberlo tu.

—Lo sabemos los dos porque estás demasiado pillado por Jessica. Incluso vas a tener un negocio con ella, nunca te había visto así. Créeme cuando te digo que sé que no le harías algo así.

—Tengo miedo, ¿Sabes? Temo salir de fiesta sin Jessica, emborracharme y tirarme a alguien. Incluso al principio me daba miedo acercarme más de la cuenta a Ava.

Quito mi mano de su hombro, impactado por su confesión. No quiero pensar cosas que no son.

—¿Por qué? —pregunto riendo, intentando darle a entender que es absurdo lo que dice.

Peter no responde, se levanta y se aleja de mí. Mal asunto.

—¿Por qué Peter? —repito la pregunta, esta vez levantándome lentamente.

—Quise ser yo quien la hubiera conocido primero. En cuanto la vi quise ir a por ella.

No puede ser. Aprieto los dientes, enfadado. No me gusta un pelo lo que está diciendo. Lo miro desde mi sitio, sin moverme en ningún

momento temiendo que pueda hacer una tontería.

—No hablas en serio.

—Si, sí que lo hago. Ya no siento eso. En cuanto conocí a Jessica me hechizó. No pude dejar de pensar en ella. Pero al principio, cuando me hablabas de Ava quería tenerla.

Respiro hondo, tranquilizándome con sus palabras. No quería a Ava como tal, si no lo que ella me daba y no le culpo. Lleva demasiado tiempo solo. Con paso firme me acerco a él y lo abrazo. Al principio él no se mueve, pero después también me abraza.

—No pasa nada Peter. Se cuanto adoras a Jessica y tuviste que conocerla para saber qué no necesitas nada más. No pasa nada si al principio querías algo como lo que Ava aporta. No pasa nada si deseabas lo que otra persona tenía antes de conocer a Jessica.

—Joder, Zeus. Esa española te está cambiando. Me esperaba un derechazo.

Me separo de él y le rodeó los hombros con el brazo.

—Por fin alguien que lo hace.

Entre risas, volvemos a nuestros asiento y Peter me habla de cómo le va. Esta muy contento con Jessica, está ilusionado con sus planes de futuro, orgulloso de que ella esté estudiando algo que le apasiona y no le importa una mierda el poco tiempo que llevan juntos. Quiere ser feliz sin pensar en el cómo, cuándo y dónde y, sinceramente, me parece de puta madre.

Con forme va pasando el tiempo me doy cuenta de lo bien que me siento tras este rato con Peter. Necesitábamos un momento de sinceridad para hablar de lo que teníamos guardado. Vuelvo a confiar en él como lo hacía años atrás, sé que ahora lo hago de verdad y no debo preocuparme cuando los vea juntos.

A pesar de estar horas hablando y buscando alguien que pueda ayudarnos, me voy de su casa igual que llegué. Sin saber qué hacer y con mil problemas. Peter se empeña en que entre en el juego de Cristal, pero no puedo casarme con ella, que use mi dinero para quitarlos de en medio, algo que no quiero hacer, y que busque otro abogado que haga más cosas ilegales que legales.

Estoy hecho un caos, la cabeza me va a explotar y me duele los hombros por la tensión de los músculos. Como siga por este camino acabaré hablando solo.

Llego a casa sobre las dos de la madrugada y cuando entro en el apartamento está en silencio. A pesar de saber que Ava estará en la cama, siento una presión en el pecho solo de imaginar que se haya podido ir. Extrañado, dejo las cosas en la encimera de la cocina, voy a mi habitación y ahí está.

Ocupa casi toda la cama, está tapada hasta el cuello, dándole la espalda a la puerta. Su respiración es tranquila. Nada que ver a como

me siento yo.

Mirándola me corroboro que no puedo perderla. No quiero, maldita sea y como siga siendo tan imbécil es lo que voy a conseguir.

Camino despacio hacia la cama, le beso el cuello con cuidado y le acaricio el pelo. Rodeo la cama, me siendo en el borde del colchón y la vuelvo a observar unos minutos. Es preciosa.

Podría decir que entiendo de qué hablaba mi padre cuando se refería a enamorarse.

¿Estoy loco por decir que me he enamorado en apenas dos meses? Puede ser, pero me importa una mierda porque es la realidad.

—Ava, cariño. Despierta.

Me acerco a su cara y le acaricio la mejilla con mi nariz y mis labios. Apoyo mi frente en su sien y aspiro su olor. Ella se remueve bajo las sábanas, pero apenas cambia su postura. Río por lo bajo, embobado.

—Honey, vamos. Acabo de llegar —Ava me responde con un gruñido y, como si hubiera sido consiente de su sonido a pesar de estar dormida, me acaricia el cuello en una intención de disculpa que me parece lo más tierno que me han hecho jamás—. Sé que tienes sueño, pero quiero hablar contigo.

Lentamente, sube una mano a su cara y se echa el pelo hacia atrás. Se restriega los ojos despacio y empieza a abrirlos. Sin poder contenerme le doy un beso rápido en los labios y le hago un gesto para que se eche a un lado.

Cuando me ha dejado espacio suficiente, me tumbo a su lado y jugueteo con su pelo mientras se gira hacia mí. Estamos de lado, mirándonos a los ojos. Yo con su pelo entre mis dedos y ella con mi corazón en sus manos.

—Honey, tenemos que hablar. —repito ahora que está despierta, o al menos un poco.

—¿Qué hora es?

—Las dos. Me he entretenido en casa de Peter.

Ava escanea mi cara con sus bonitos ojos grises y siento como todo mi cuerpo se revoluciona. Despacio, me acerco un poco más a ella.

—¿Qué tenemos que hablar a las dos de la madrugada? ¿No puedes esperar hasta por la mañana, Zeus?

Miro sus labios un segundo y la beso. Me es inevitable no hacerlo. Ella me responde rápidamente y el quejido que se escapa de entre sus labios me vuelve loco. Sabiendo que no voy a poder contenerme, termino separándome.

—No puede esperar. No quiero que termine el plazo y me abandones.

Sabiendo qué significan mis palabras, Ava mueve sus ojos de mi boca a mis ojos. Suelta aire, como si llevase mucho tiempo

conteniéndolo y, sin necesidad de pedirme permiso, pasa sus delicados dedos por mi cicatriz.

No aparta su mirada de la mía y nuestro contacto visual me hace sentir escalofríos. No deja de mirarme, mira tan dentro de mí que no creo que nadie pueda conocerme mejor de lo que lo hará ella.

Sutilmente, acerca sus labios a la punta de mi nariz y la besa con cariño.

—Estoy aquí, amor. Hablemos.

Agradecimientos

En primer lugar, a ti, que has llegado hasta el final de mi libro y eso me hace sentir enormemente agradecida. Espero que hayas disfrutado de la lectura tanto, o más, de lo que disfruté yo escribiendo esta historia. Sin ti, sin tu amor por la lectura, por el romance, por los viajes a lugares imaginarios de ensueños y sin las sonrisas que se te escapan al leer esas partes del libro que ponen los pelos de punta, nada de esto sería posible. ¡Te mando mil besos allí donde estés!

A Romantic Ediciones por confiar en mí y dejar que forme parte de ella. Es increíble el cariño y empeño que ponéis en el trabajo que realizáis. Ha sido un placer conoceros y es maravilloso trabajar con vosotras.

A Marta, mi editora, por la ayuda que me ha brindado siempre que lo he necesitado y por leer y responder a todos mis *emails* de dudas con tanto cariño. Además, de la dedicación en el trabajo realizado en todo este maravilloso proceso. ¡Gracias de corazón!

A Maria Àngels, por la preciosa e increíble cubierta que ha creado. Ha sido un placer trabajar contigo y poder encontrar juntas el diseño perfecto, porque sí, lo es. En cuanto la vi lo supe, después de varios modelos, habíamos encontrado la ideal. Y fue un momento que viví con mucha emoción y me encantó sentir la tuya cuando me lo comentaste por *email*.

A mi familia, que me ha apoyado desde el principio y me ha alentado a luchar por mi sueño: ¡Escribir mis propias novelas románticas!

Y a Antonio, mi amor, que siempre me da su opinión más sincera y me demuestra lo orgulloso que está de lo que hago. Quiero que sepas que sin tu apoyo y cariño todo sería mucho más difícil. ¡Te quiero!

Mil besitos y abrazos a todas mis lectoras, ya sean nuevas o futuras. Sois geniales. ¡Nos leemos pronto!